3 1761 08831769 8

LUIS ANTÓN DEL OLMET

LOS GRANDES ESPAÑOLES

COSTA

LIBRO QUE RECOGE EL TRÁGICO LAMENTO DE UNA RAZA EN LA FIGURA DEL MÁS EGREGIO PATRIOTA

ILUSTRACIONES CULTURALES É HISTÓRICAS, DEL MARQUÉS DE DOSFUENTES

COSTA

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/costaant00antn

C837
Ya

LUIS ANTÓN DEL OLMET

LOS GRANDES ESPAÑOLES

COSTA

292205
16. 10. 33

LIBRO QUE RECOGE EL TRÁGICO LAMENTO DE UNA RAZA EN LA FIGURA DEL MÁS EGREGIO PATRIOTA

ILUSTRACIONES CULTURALES É HISTÓRICAS, DEL MARQUÉS DE DOSFUENTES

PARA DON TOMÁS COSTA

QUE RINDE CULTO Á LA MEMORIA DE SU HERMANO GLORIOSO, Y Á QUIEN SE DEBE LA POSIBILIDAD DE ESTE LIBRO

Capítulo primero

El ambiente de Costa

Los precedentes.—La región de Costa.—El Alto Aragón, patria del insigne polígrafo.

Antes de estudiar á Costa y de seguir el curso de su vida nos parece interesante describrir, siquiera sea de pasada y ligeramente, su región, su ambiente, su raza, los caracteres étnicos y psicológicos del Alto Aragón, comarca española de peculiarísima originalidad.

El Alto Aragón constituye, dentro del reino aragonés, una región aparte, perfectamente definida. Es el Aragón primitivo, el de la reconquista, el del fuero de Sobrarbe, tipo de las libertades aragonesas, y el condado de Rivagorza, de Bernardo de Pallars, modelo histórico castellanizado luego por el romancero en la leyenda.

Cabeza de la región más alta y de la primitiva reconquista fué Jaca, cuya comarca se llamó oficialmente "Las Montañas".

Este Alto Aragón es parte integrante de aquella enorme región septentrional que Estrabon denominó "Los Montañeses", comprendiendo en ella á los lusitanos, galaicos, astures, cántabros, vascones y los del Pirineo ó piraicos, ó sea los catalanes.

El Alto Aragón, ó sea la provincia de Huesca, tiene á ésta por capital. Huesca, como se prueba en los "Himnos iberos; orígenes de la raza y del idioma", del marqués de Dos Fuentes, se llamaba "Huescar" y era capital de la región denominada "Huescaria"; esto es, *euscar* y *euscaria*. También fué llamada "Hueski", por los griegos; "Vesci", por los latinos; siendo capital de la Huesquitania ó Vesquitania, esto es, de la Vasconia.

Todos los montañeses de Estrabon tenían el mismo carácter, usos y costumbres, siendo tenidos por bárbaros y feroces, á causa de haberse negado á someterse á Roma, sosteniendo largos siglos de guerra contra el imperio formidable.

Vencidos militarmente en tiempo de Augusto, los montañeses de Estrabon conservaron de hecho su independencia en los tiempos del imperio romano, sometidos sólo á tributos.

Cuando la invasión de los bárbaros, los gallegos aceptaron en parte á los suevos, y los catalanes en parte á los godos; pero los demás montañeses, esto es, septentrionales, sostuvieron contra los bárbaros las mismas luchas que contra Roma. El rey Don Rodrigo se encontraba guerreando en tierras de Navarra, para someter á los rebeldes vascones, cuando el africano Muza invadió á España.

De todas estas regiones de los montañeses, la de los vascones del Alto Aragón es la más caracterís-

tica étnicamente, como supervivencia ibérica; el tipo del gigante no es excepcional en la comarca. Sabido es que la provincia de Huesca da el máximum de talla en España.

Ejemplo sintomático y no absolutamente excepcional de los aragoneses de esta comarca se halla en Fermín Arudí, muerto hace unos diez años, y que se exhibió por España y por fuera de España durante largo tiempo, causando maravilla.

Un cronista dijo acerca de Arudí lo siguiente, tras de narrar una aventura en la que dió Arudí muerte á un oso, peleando contra él sin arma alguna:

"Acabáis de leer el relato de la hazaña cinegética del gigante aragonés Fermín Arudí. Conoce al "niño" oscense el público de todas las ferias de España, porque Fermín se ha exhibido en el Norte y en el Mediodía, y ha puesto su brazo extendido sobre los sombreros de copa de los hombres más altos.

"Es natural que hombre de semejante altura no se divierta cazando conejos. Por hacer honor á su estatura y al *mauser* que le regaló S. M. la Reina, Fermín elige sus víctimas de oso para arriba.

"Y contemplando el espectáculo de minúsculas proporciones que nos rodea, es grato ver en las montañas de Sallent á ese hombre gigantesco que mata á golpes á los osos y que avanza por las sendas como si calzase las "botas de las siete leguas", de que habla el cuento fantástico."

Todas estas regiones de los montañeses de Estrabon conservaron íntegros el espíritu, las instituciones, el derecho y las tradiciones de los iberos

autóctonos (únicos y nunca radicalmente diferenciados). La lengua ibérica es hablada todavía en tres provincias de la Cantabria y en una de la Vasconia.

El Alto Aragón se caracteriza por hablarse en gran parte de él todavía el romance ibérico de Cataluña; pero esto no es de extrañar, porque el romance aragonés todo, lo mismo que el navarro, eran lo que hoy se llama lengua catalana, cuando dejaron de hablar el idioma ibérico primitivo, hoy llamado indebidamente vascuence.

Las montañas abruptas del Alto Aragón, su clima helado, han mantenido en la provincia de Huesca un espíritu marcadamente regional, impidiendo que la tradición espiritual de la raza desaparezca y siendo la más fuerte de las supervivencias ibéricas en lo físico.

Con estos precedentes genealógicos en la psicología y en la etnología, en este ambiente arisco, hostil á toda innovación, nació, creció y se desenvolvió Joaquín Costa.

Físicamente era Costa un gigante por su estatura como por su corpulencia. Había étnicamente en él alguna mezcla de raza germánica, que se manifestaba en su tendencia á la obesidad, pues los iberos, según los historiadores contemporáneos, eran (magnos, pero flúidos), es decir, gigantescos pero enjutos.

Las facciones de Costa eran una mezcla entre lo ibero y lo germánico: la cabeza más bien redonda y muy grande, la nariz más bien corta que aguileña, el rostro más bien ancho que entre largo, las manos y los pies extraordinariamente pequeños, denotaban lo aristocrático de su raza ibérica, y la intensi-

dad de la mirada profunda de sus enormes ojos castaños indicaba igualmente su filiación étnica peninsular.

El color era blanco y sonrosado, propio de los iberos antiguos; los cabellos y la barba, pobladísimos, á estilo celtíbero, según los romanos, como atestigua el inmenso aragonés Marcial; los ojos eran castaños.

El cuello de Costa era netamente germánico; eso que se llama vulgarmente cuello de toro, morrillo ó cogote, de inmenso desarrollo, y sanguíneo.

El padre de Costa, recio y longevo, rasurado, el rostro entre largo, la nariz aguileña, el entrecejo ligeramente fruncido, la mirada penetrante, la expresión enérgica, el rostro anguloso, nos da en su retrato la sensación de un ibero aragonés coetáneo de Marcial.

La mezcla étnica de ibero y germánico que hallamos físicamente en Costa, y la influencia del ambiente en que se formó, nos explicarán cumplidamente la contradicción constante que caracteriza las ideas y sentimientos de este gigante material y espiritual, y el predominio en la lucha de ambos principios antagónicos del elemento racial, tradicional, nacional, ibérico;

También nos explicaremos ya el horror del León de Graus, sus rugidos, acometidas y zarpazos, al sentirse casi solo en España, en una España degenerada y caduca.

Capítulo II

Nacimiento de Costa

Su pueblo.—Partida de bautismo.—Sus padres.—Sus hermanos.—Su familia.

Nació Costa en Monzón (Huesca), calle Mayor, 70, el día 14 de Septiembre de 1846.

Su padre, modesto labrador, con escasos bienes propios, se llamaba D. Joaquín Costa Larrégola. Su madre se llamaba doña María Martínez Gil. El padre era natural de Benabarre, y la madre había nacido en Graus.

Á titulo de curiosidad reproducimos la partida de bautismo de Costa, que nos ha sido remitida desde Monzón expresamente.

Dice así:

"Don Cosme Pueo Salas, Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología, Cura-párroco, Arcipreste de Santa María del Romeral de la ciudad de Monzón, Diócesis de Lérida, Provincia de Huesca

Certifico: Que en el folio ciento noventa y siete del libro doce de Bautizados de este

archivo parroquial se halla la partida siguiente. = Al margen. = Costa. = Dentro. = En la villa de Monzón, Provincia de Huesca, Obispado de Lérida; Yo Don Rafael Castanera, Canónigo Vicario de la Colegiata de la misma, bauticé solemnemente á un niño, nacido en dicha villa el día anterior á las cinco de la tarde, hijo legítimo de Joaquín Costa, natural de Benabarre, vecino de Monzón, labrador, y de María Martínez, natural de Graus, vecina de Monzón; siendo sus abuelos paternos Josef, de San Esteban del Mall, y María Larrégola, de Esdrás, y los maternos Vicente y Martina Gil, ambos de Graus. Se le puso por nombre Joaquín, y fueron sus padrinos Francisco Sorribas, de Monzón, soltero, de oficio jornalero, y Antonia Salamero, de Graus, vecina de Monzón, soltera, de oficio jornalera, á quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él contraen. Siendo testigos Antonio Cuader y Joaquín Ferrer, ambos de Monzón, solteros, escolanos. Y para que conste extendí y autoricé la presente partida en el libro de bautizados de esta Parroquia. Monzón, día quince de Septiembre de mil ochocientos cuarenta y seis. = Rafal Castanera, Can.° Vic.° = Rubricado. =

Concuerda con el original á que me refiero.

Y para que conste expido la presente, que firmo y sello en Monzón á nueve de Diciembre de mil novecientos diez y seis.—*Licdo. Çosme Pueo.*"—Hay un sello.

El padre de Costa era viudo antes de contraer matrimonio con la madre de D. Joaquín. Casado en segundas nupcias tuvo á D. Joaquín y á sus demás hijos, muriendo octogenario. Era el tipo del labrador clásico, de esos llamados en León caballeros pardos, y del cual es emblema el alcalde de Móstoles.

Once hijos dejó el matrimonio: dos fueron varones, D. Joaquín y D. Tomás, que vive, y que se halla casado con doña Luisa Sánchez, señora inteligente y virtuosa. Los demás fueron hembras. Sólo vive doña Martina, la cual asistió en Graus (donde habita) á su hermano Joaquín durante su enfermedad mortal. Doña Martina estuvo casada con don Antonio Viñas. Tiene tres hijas, llamadas Balbina, Carmen y Pilar.

Doña Martina y sus hijas vivían modestamente en Graus, siendo recogidas por Costa en su casa. Eran espíritus humildes y sencillos que sentían amor, respeto, gratitud, admiración y veneración, con cierta especie de temor, por Costa. Cuando el León, herido por sus enfermedades, rugía, su hermana y sus sobrinas no acertaban á dominarle y á obligarle á la alimentación y al reposo.

Aunque económicamente la familia de Costa era humilde, pertenecía socialmente á esa categoría tan frecuente y característica en las pequeñas villas de España de lo que se llamaba en lo antiguo los villanos caballeros, ó los caballeros villanos.

Eran familias de pequeños propietarios labradores, que desempeñaban pobre, pero hidalgamente, las funciones de justicia y gobierno, esto es, políticas, y en momentos dados las funciones militares de

los pueblos. Eran los alcaldes, regidores y escribanos, alféreces, tenientes y aun capitanes.

Cada familia además solía ostentar á manera de blasón un sacerdote, que ennoblecía á esos linajes íntimamente emparentados con Pedro Crespo y García del Castañar.

En la familia de Costa, así paterna como materna, no faltaron sacerdotes, deudos lejanos ó próximos parientes. Alguno de estos sacerdotes, como el señor Salamero, pertenecía al clero político afiliado al partido llamado tradicionalista en España, quiere decir, lo contrario precisamente á la tradición española, que fué siempre libertad, hasta que la teocracia y el cesarismo extranjeros se inculcan en España.

La condición social de la familia de Costa nos explicará aquel gallardo y caballeresco *pundonor* que fué el eje y el tormento de su juventud y aún de su vida.

El elemento místico, clerical, de su familia nos explicará las crisis porque atravesó su juventud, su desaliento y deseos de suicidio que aparecen alguna vez en su existencia.

Tuvo Costa muchos sacerdotes en su familia: D. Manuel Mur, hijo de una prima hermana de Costa. Cuando murió D. Joaquín se hallaba en Graus el Sr. Mur. También fué pariente suyo monseñor D. José Salamero y Martínez, aludido anteriormente. Era tío de Costa y ha muerto no ha mucho. Fué una gran personalidad dentro del carlismo, y ejerció segura influencia moral sobre su egregio sobrino. Y, por último, mosén Lucas Martínez. Fué este señor (tío carnal de Costa) fraile trapense. Pa-

sado luego al clero regular, ejerció de párroco en varios pueblos, teniendo últimamente un cargo eclesiástico importante en Zaragoza. Mosén Lucas, que solía colgar medallas del cuello de su sobrino Joaquín, ayudó algo á éste en su mocedad dándole dinero.

Pero, en realidad, puede afirmarse que Costa no recibió gran protección de sus parientes. Se hizo solo y vivió solo.

Resulta muy curioso lo que han dicho periódicos clericales y periódicos ateos acerca de las relaciones de Costa con sus parientes sacerdotes.

Nosotros, que pretendemos únicamente en estos libros realizar una labor difusiva de los grandes hombres raciales, hecha con toda ecuanimidad, no ponemos el menor comentario de propia cosecha.

La *Gaceta del Norte*, de Bilbao, dijo el 30 de Julio de 1903 lo siguiente, atribuído al Sr. Lagarza, aunque se insertaba como anónimo:

"El periódico de la tarde que tantos detalles inserta acerca de la vida del diputado republicano don Joaquín Costa, omite que este señor, merced á la protección que le dispensó un respetable sacerdote aragonés, D. José Salamero, pudo ir adelante en su carrera; así como también el Sr. Costa, en los últimos doce años, hubo de acogerse en el Alto Aragón al apoyo de respetables personas, católicas de buena cepa, entre las cuales podíamos citar no pocos señores sacerdotes, porque según declaraba en público y en privado era un ferviente católico, arrepentido, eso sí, de extravíos anteriores, que por lo visto han retoñado en el eterno soñador de la política hidráulica.

Vista de Graus.

"Así paga el diablo á quien bien le sirve", puede decirse ante la actitud del Sr. Costa."

España Nueva, por su parte, hizo una minuciosa información acerca de estos extremos, y de la cual reproducimos los más salientes párrafos.

Replicando á cierta revista, que copió y amplió las palabras del aludido diario bilbaíno, dijo lo que sigue:

"La aludida revista había oído campanas, pero no sabía dónde. Porque es cierto que el ilustrado publicista y académico tuvo siempre á su lado á un sobrino suyo, desde la infancia, mirándolo como hijo, y que este sobrino se lo debe todo, absolutamente todo, incluso haberlo casado, haberlo hecho catedrático y haberlo nombrado su heredero; pero ese sobrino no es el Sr. Costa, sino D. Antonio Ibor. No es esta la primera vez que se confunde al uno con el otro. El Sr. Salamero y el Sr. Costa eran casi de la misma edad; el primero pasó su infancia en Madrid y su primera juventud en Roma, y cuando volvió á España, ordenado ya de sacerdote, el Sr. Costa salía para la capital de Francia. Entonces se vieron por primera vez, y el sobrino prestó su primer servicio al tío, sirviéndole gratuitamente de corresponsal en la Exposición Universal de París (1867) para el primero de los periódicos que han debido su existencia á D. José Salamero. Así se explica que este señor haya usado siempre en su conversación y en su correspondencia con Costa el tratamiento de "usted", sin haberlo tuteado nunca. Un cuarto de siglo más tarde el Sr. Costa publicó, retribuídamente ya, en una revista de su expresado pariente, una de sus obras, *Estudios ibéricos*, lau-

reada por la Real Academia de la Historia y escrita en sus ocios de abogado y de notario.

„Es curioso, á propósito de la relación entre estas dos personas, leer el único de los dos testamentos ológrafos de Salamero, que pareció á su muerte y lleva la fecha de 31 de Marzo de 1894. "De muy buena gana—dice—dejaría á mi sobrino Joaquín Costa algún recuerdo, si no fuera porque acaso no lo acepte, como no ha aceptado otros ofrecimientos que le he hecho en vida; pero si fallezco antes que él y lo quiere, puede elegir cualquier objeto de los que tenga disponibles, sea algunos libros, etc." Esta sentida y significativa cláusula está copiada del original en la notaría de D. Magdaleno Hernández, de Madrid, en la que fué protocolizado dicho testamento en 23 de Mayo de 1896 bajo el número 338 y dice más para quien sepa leer entre líneas que todo cuanto pudiera acopiar de detalle el más diligente biógrafo.

„Es de notar en esa cláusula testamentaria algo como propósito deliberado de dejar liquidado el pasado, borrando el recuerdo de un anticipo de hasta 3.000 pesetas, hecho por el tío al sobrino años antes, á causa quizás de las circunstancias que concurrieron en el préstamo; y no digo que á causa de la procedencia del dinero, porque esta es otra historia. El Sr. Costa reintegró dicha cantidad cuando más falta le hacía, mandando á su acreedor títulos de la Deuda por todo su importe; por cierto la víspera de aquella inesperada crisis de 1884 que repercutió tan ventajosamente en la Bolsa, elevando en una proporción considerable el valor de los efectos públicos. El Sr. Salamero no aceptó el pago

y devolvió los títulos, porque sabía que se había cobrado ya en otra forma, que no hace ahora al caso; pero el Sr. Costa insistió, poniéndose serio, y los títulos fueron aceptados y quedó saldada con creces la cuenta. Lo sucedido desde la fecha del testamento hasta hoy obligaría al Sr. Salamero, si resucitase, á reconocerse más deudor que acreedor de su pariente Sr. Costa."

Respecto á mosén Lucas Martínez, he aquí lo manifestado por *España Nueva*:

"El beneficiado de Zaragoza D. Lucas Martínez, hermano de la madre de Costa, ahora jubilado, de quien hace también memoria el sueltista con intención de sugerir otro padre y señor del publicista republicano, no ha olvidado que tuvo su beneficio por empeño tenaz de éste, que quería verlo descansar, anciano ya, de sus treinta y cinco años de servicio parroquial en riscosas y miserables aldeas del Pirineo; y que pocos años después, con objeto de que pudiera ver realizada antes de morir la aspiración de toda su vida, ahora por fin lograda (ser párroco de Torre de Esera, aldehuela de Graus, á media legua y á la vista de esta su villa natal), el señor Costa, luego que hubo fallecido su buen amigo el cardenal Cascajares, con quien contaba para eso, fué personalmente, á cuestas con su padecimiento, á Zaragoza, á gestionar la jubilación, que el interesado había desesperado ya de conseguir. El señor Costa quiere y venera al excelente mosén Lucas, por la santidad de su vida (*rara avis* en toda la Península) más aún que por su ancianidad y por su parentesco; pero no le debe carrera ni fracción de carrera, ni ha recibido de él su educación, como

el sueltista inventa; ha recibido su educación exclusivamente de los maestros de las escuelas municipales, del preceptor de latinidad y de los profesores del Instituto y de la Universidad. Claro que algo habrá recibido; pero otro tanto ha dado, como les pasa á todos con los respectivos parientes y con los que no lo son, siendo como es la vida necesariamente un orden de servicios recíprocos, sin lo cual en menos de una generación la Humanidad se extinguiría."

No entramos ni salimos. Lo que sí podemos afirmar con sinceridad absoluta, estudiada con intensa minuciosidad la vida de Costa, es que este inmenso pensador, esta gloria absoluta de España, se creó á sí mismo. Hijo de una honrada, pero humilde familia, más fatigas que ayudas hubo de proporcionarle su abolengo.

Capítulo III

"En este valle de lágrimas"

D. Tomás Costa.—Las memorias de D. Joaquín.—Unos amables cuadernitos.—En Monzón y en Graus.—El cáliz de la amargura.

PARA fortuna de sus biógrafos y de sus admiradores, Costa ha dejado un hermano. Este hermano suyo, D. Tomás, del que estuvo por fútiles motivos familiares distanciado D. Joaquín hasta poco antes de su muerte, rinde un culto sagrado á la memoria del grande hombre. Su hotel de la calle de las Naciones, en Madrid, titúlase "Biblioteca Costa"; tiene en su alto el busto del patriota egregio, y será en su día—un día lejano y triste—público taller de intelectualidad, consagrado á la memoria del colosal aragonés. Allí se han recogido las notas dispersas, los apuntes del maestro glorioso, y allí se han editado libros que llevan la firma del enciclopedista admirable.

En el trance de escribir este libro, hemos acudido á la generosa hospitalidad de D. Tomás Costa, pa-

recido á su hermano en la fortaleza corporal y en la recia mentalidad, altanera y fuerte, el cual ha tenido para nosotros bondades que deben ser públicamente reflejadas.

Merced á esto hemos podido hallar una pista segura é insustituíble, para trazar la vida de Joaquín Costa. Ha sido ello nada menos que sus propias memorias, trazadas por aquella mano venerable, que Costa tituló *En este valle de lágrimas.*

Nosotros las hemos leído con infinita emoción. Están escritas sobre unos cuadernos baratos, de rayado papel, vulgares y anodinos, engrandecidos por la pluma del insigne polígrafo español. Pocos autores, pues, han podido ser estudiados después de muertos con una justeza y una intimidad tan fieles y tan preciosas. Nos ha cabido esa suerte. De las memorias de Costa, pues, se halla tomada gran parte de la presente biografía. Ello agradará más á nuestros lectores.

Comenzó á escribir Costa sus diarias impresiones el día 15 de Junio de 1864. De su primera página copiamos al comienzo textualmente: "Hasta ahora, no se me había ocurrido trasladar al papel mis sentimientos. Voy á ver si recuerdo algo de lo que ha pasado por mí desde fines del año 63. Mi vida entera ha sido un tejido de pesares y lágrimas, porque el maldito pundonor, que, sin duda, ha puesto la Naturaleza en mí con abundancia, ha sido la única causa que me ha atraído, atrae y atraerá constantes desgracias de todo género."

En las memorias de Costa se encuentra á cada paso la palabra "pundonor", empleada como una obsesión persecutoria. Se advierte en todo una

melancolía infinita, y es como una gran desesperanza. Costa no fué dichoso. Esta es la más triste impresión que se saca de tan emocionante lectura.

Pero vayamos ya derechamente á la anotación de los hechos más salientes en la vida del patricio.

Nació Costa en Monzón (Huesca), como hemos dicho. Hasta los seis años vivió allí, en casa de sus padres. D. Joaquín nada dice acerca de esto. Sólo señala fechas y fija el nombre de un pueblecito humilde. Parece como si sus recuerdos estuvieran borrados. Acaso halló trivial D. Joaquín hablar de sus puerilidades en la niñez. ¡Hubiera sido tan grato conocer el nombre de su primer maestro, evocado por él—aunque lo conozcamos por distinta referencia—, acaso los de algunos pequeños amigos y compañeros en travesuras!

Nada hemos podido averiguar. Su hermano don Tomás, mucho más joven, ignora estos detalles menudos.

Á los seis años se trasladó Costa á Graus, el pueblo elegido más tarde para morir, siguiendo á su familia.

Vivió en Graus hasta los diez y siete años. Sabemos que allí trabajó con febril entusiasmo, que allí se formó su carácter, que Graus es el troquel donde se acuñó su alma. Empero, tampoco se tienen muchas noticias menudas acerca de estos años. Costa pasa por ellos como sobre ascuas. Recuerda á Graus con una lamentación conmovedora.

Dice así, textualmente, el gran escritor y político: "De los seis á los diez y siete años lo pasé en Graus, donde el pundonor me ha hecho beber las heces del cáliz de las amarguras."

¿Qué amarguras serían estas? Sus penas, muy hondas debieron ser para que perseveraran en aquel gran espíritu durante tanto tiempo y para que al iniciar sus memorias señálase la primera cuartilla con tan desconsoladora confesión.

Aun así, Costa siguió amando á Graus férvidamente. No se explica de otro modo su reclusión en Graus durante los años últimos de su existencia y el haberla elegido cuna y lecho de agonía.

Á los diez y siete años, triste, acongojado por una tragedia que no concebimos—, ¿sería amorosa?—fuése á la capital de Aragón... Mediaba el año 1863 cuando penetró Costa en Zaragoza por primera vez.

Y desde este día, sí, ya podemos seguir casi paso á paso la vida ejemplar y maravillosa de este hombre único, cuya biografía será, no por haberla trazado nosotros, lo más curioso y ejemplar que pueda ofrecerse á la curiosidad ó al estudio de nuestros contemporáneos.

Capítulo IV

Una triste niñez

Descubriendo el enigma.—Una vida en la pobreza.—Sin alas.—Las primeras letras.—El Sr. Díaz.—¿Soldado?—Á Huesca.

La tragedia surgió en Costa durante sus primeros años. Fué la pelea entre la humildad del ambiente en que vivía y su infinita ambición de aprender, de estudiar y de perfeccionarse. Sintiéndose arrastrado por un inmenso talento nativo, no hallaba medios para desenvolverse. Sabiéndose un elegido de Dios, era tenido por un ínfimo pelantrín entre la grey hirsuta y zafia. ¡Lo que padecería aquel espíritu supremo, encerrado en la cárcel de una existencia ruda y sombría! Á esto, á su extremada pobreza, á su carencia de recursos con que estudiar y esclarecer su alma, alude el insigne pensador en sus confesiones.

Nuevas entrevistas con su bondadoso hermano D. Tomás han hecho luz en nuestro pensamiento. La vida infantil de Costa no pudo ser más triste.

Había heredado su padre de un tío suyo algunos bienes, no pocos, en Monzón. Á Monzón, pues, fué la familia para labrar las tierras con su propio esfuerzo. Escasos años vivieron allí. La madre de Costa, quien había nacido en Graus, y que allí tenía familia y deudos, anhelaba volver á dicho pueblo. Al cumplir Costa los seis años logró ella realizar sus aspiraciones. Vendió las tierras el padre de Costa, y con el producto de aquella venta adquirió otras en Graus, haciéndose el traslado rápidamente y dedicándose allí la honrada familia al trabajo agrícola, con el que no tuvieron ni grandes medios ni fortuna holgada.

Tan estrecha era la existencia de los Costa, que Joaquín no pudo casi recibir entonces educación cultural de ninguna especie, criándose en el campo, y entre ruda gente, y paseando, errabundo, sus visiones de niño precoz y predestinado entre la zafia gañanía. Juzgad cuáles serían sus tormentos, sus ilusiones pronto descuajadas, sus penas, sus *saudades*, sus morriñas.

Muchacho además lleno de "pundonor", como señala D. Joaquín frecuentemente en sus memorias, no podía recibir sin sobresalto y sin angustia las zumbas y bromas odiosas de que le hacían víctima sus compañeros de trabajo manual, viéndole soñador y creyéndole quizás un pobre iluso.

Cursó Costa penosamente, gratuitamente, las primeras letras, en la escuela municipal de Graus y bajo la dirección del maestro D. Julián Díaz.

Repetimos que fué D. Joaquín á Zaragoza en 1863 á probar fortuna, con unos ahorros entregados por su padre.

No habiendo tenido suerte, pero habiendo visto soldados por vez primera, sintió la tentación moceril del uniforme, y estuvo á punto de sentar plaza como soldado, "concibiendo entonces" como él dice, la palabra "guerra". Quería además con esto poner fin á sus zozobras y azares.

—Tal vez ahora estaría con mis hermanos, con mis compatriotas—dice D. Joaquín en sus memorias—ese día solemne, combatiendo por la Patria en Santo Domingo.

Fué en Diciembre del 63 cuando decidió sentar plaza.

Antes de resolverse tornó á Monzón para solicitar la autorización paterna. Fué, empero, imposible de persuadir al autor de sus días. Mostróse inflexible ante aquella determinación, que conceptuaba absurda.

—Te digo que no consiento—exclamó, inexorable, ante las reiteradas súplicas de Joaquín.

Costa, entonces, hizo una confesión sincera:

—Es que no quiero seguir viviendo á tus expensas. Aspiro á ganar mi pan. Tengo derecho á ser libre y á no imponerte sacrificios.

El padre, entonces, le dió una solución en tono de mandato. Se iría á Huesca con el arquitecto don Hilarión Rubio, pariente lejano de su madre. Allí trabajaría y se haría hombre.

Y como fueran estériles las nuevas demandas de Joaquín, salió Costa camino de Huesca, con sus diez y siete años, sus tristezas de siempre, su altivez indomable, roto su ideal militar y libre, preso de una infinita amargura.

Capítulo V

Costa al cuidado de un coche

En casa de D. Hilarión.—Huesca.—¡Cochero!—Sólo la pitanza.—Costa es sangrado.—Un caballo díscolo.—El Bachillerato.—Entretanto, albañil.

Era D. Hilarión Rubio arquitecto provincial de Huesca. Vivía con algún acomodo, pero no debía ser persona harto generosa. Costa fué colocado en su casa para que cuidase del coche y del caballo; era mantenido, pero no tenía sueldo ni jornal.

D. Joaquín no debía tener un concepto muy loable de D. Hilarión, ni un recuerdo muy grato de su casa. Dice que "abusaron de su bondad", que lo "trataban como á un criado sin sueldo, sufriendo las inconsideraciones sin cuento por parte de los señores y del servicio".

—Mis penas—dice—se agravaban siempre que tenía necesidad de calzar ó vestir.

Nosotros hemos sentido al enterarnos de estas cosas menudas y dramáticas una suprema emoción, tanto de angustia como de orgullo, pues ello, aun-

que nos contriste, también nos trae la sensación de fortaleza que es necesaria para llegar á ser un Joaquín Costa después de haber sido un cocherillo analfabeto. ¡Qué grande sería aquella alma! ¡Qué firme aquella voluntad! ¡Qué titánico el impulso! ¡Qué vigor total, absoluto é inmenso!

El día 24 de Junio de 1864 cayó enfermo, visitándole el médico cinco veces y recetándole una sangría. Le fueron extraídas ocho onzas de sangre. La cuenta que pagó D. Hilarión fué la siguiente, y que transcribimos, por estimarla interesante:

Médico.....	16 reales
Medicinas.....	3 „
Sangrador.....	4 „
TOTAL.....	23 reales

Su principal atención en casa del hacendado pariente era cuidar del caballo y del cochecillo. Pero como Joaquín carecía de grandes fuerzas y el caballo era indómito, sufría mucho, maldiciendo frecuentemente la hora en que sus padres le habían ordenado ir á Huesca para ganar tan arduamente la vida. A mediados de Septiembre vendió D. Hilarión el coche y el caballo, con gran júbilo del joven y egregio automedonte. Dedicado á otros menesteres menos plebeyos y rudos, pudo Joaquín comenzar á estudiar, iniciándose en el camino glorioso que le había de conducir hasta la cumbre de la intelectualidad española.

Robándole horas al sueño y ayudado por don Hilarión, el cual empezó á darse cuenta de que aquel muchacho tenía un talento excepcional, apren-

dió mejor las primeras letras y rudimentos de Aritmética y de Gramática, comenzando luego los estudios del Bachillerato.

Una vez que supo leer dióse á la lectura con verdadero frenesí. Devoraba cuanto caía en sus manos, con sed insaciable de sabiduría, caótica y desbordadoramente. Leía de todo,—ciencias, Arte, Historia, Geografía—, cuanto libro existía en casa de D. Hilarión ó le prestaban los doctos del pueblo. Sin maestro fijo, sin sujeción á plan pedagógico alguno, sin método de ninguna especie, inicióse en un tumulto enciclopédico, luego desarrollado copiosamente durante su madurez.

En Octubre de 1864 puede afirmarse que empezó Costa á estudiar en serio y de una manera más metodizada. D. Hilarión Rubio, para el que tiene luego Costa en el transcurso de sus memorias los conceptos más altos, habiendo rectificado sus primeros é inexpertos juicios, llegó á prendarse del pequeño y humilde pariente. No le vedó el trabajo manual, pues le hizo trabajar en las obras de Monte-Aragón, enseñándole además el oficio de jabonero; pero le facilitó medios de enseñanza, contribuyendo hasta con su estímulo y con sus dádivas á formar aquel gran temperamento.

Alternaba, pues, Joaquín los trabajos manuales con los trabajos de la inteligencia por aquel entonces. En Octubre del 64, repetimos, empezó á estudiar Costa en un colegio de pago. Las primeras asignaturas que cursó fueron: Aritmética, Dibujo é Historia Natural. Ese mismo día escribe Joaquín en sus memorias, lleno de emoción: "¿Tendré sobresaliente? ¿Ganaré medallas?"

A fines de este mismo año, con sus ahorros modestos, conseguidos fabricando jabón al servicio de su "hospedero", compró dos libros, los primeros de su propiedad. Eran un tratado de Agricultura y una tragedia histórica.

—¿Llegaré yo algún día á realizar estos trabajos? —se preguntaba, lleno de infantil esperanza.

Pasaron los meses. Costa no dormía, no se daba punto de reposo. Trabajaba durante largas horas en sus quehaceres fatigantes. Luego, como descanso exquisito, se ponía á estudiar. Iba al colegio no muy asiduamente, pero con provecho grande.

El día 12 de Junio de 1865 lo señala Joaquín con letra grande y entre admiraciones. He aquí sus propias y risueñas palabras:

"Mis profecías del 2 de Octubre se han cumplido. Mis presentimientos eran ciertos. He tenido ¡tres sobresalientes y dos medallas! Puede ser que aún gane otras. ¡Ah!... Así como predije esto, ¿resultará feliz mi otra predicción sobre el tratado de Agricultura que he aspirado á componer? Este verano—sigue diciendo Costa—voy á aprender de albañil. Ya he trabajado algunas horas entre ratos. ¿Ejerceré algún día ese oficio práctimente para ganar la comida?"

Añade luego: "Para el verano próximo tal vez aprenderé el oficio de carpintero. ¿Cuál de los dos será mi definitivo, si no paso de aquí?"

Durante los días 13 y 14 del mismo mes se excita aún más su ambición de cultura, su miedo á caer en la humildad del oficio, su anhelo de un trabajo intelectual, su espanto ante ser para siempre albañil ó carpintero, no porque halle desdeñables esas pro-

fesiones, sino porque se siente capaz de más delicadas empresas.

El día 15 de Junio escribió, lleno de alborozo, la siguiente frase, que nos ha dejado conmovidos:

"Hoy trabajé durante todo el día. Luego dediqué mis horas al estudio. No me prueba *mal.*"

¡No le prueba mal un trabajo doble, insistente, agotador! Y de ello se jacta el pequeño cíclope con risa de niño.

Capítulo VI

La imitación de Franklin.

Sigue siendo albañil.—Plantea una obra agrícola.—Su primer artículo periodístico.—Fabricante de jabón.—Se dibuja una gran personalidad.

ACABADAS las obras de Monte-Aragón, donde había ganado su jornal Costa durante varios meses, fué con D. Hilarión á Pertusa, replanteando una acequia molinar para los Sres. Ordas y Foncillas. Al cruzar aquellos campos que había recorrido antes melancólicamente, escribe Joaquín en sus memorias:

—¡Cuántas veces recordé los sitios por donde había pasado el 7 de Diciembre de 1863, y el distinto estado de mi posición: pobre y desamparado entonces; con risueño porvenir ahora!

El 18 de Junio de 1865 dice Costa:

—Hoy he leído el librito *El tío Pedro ó el sabio de la aldea*, en que se narra la vida del gran Franklin ¡Cuánta semejanza con la mía! Pobre y aficionado á lecturas y composiciones... ¡Ojalá le aseme-

je en el método que empleó para corregir sus costumbres! ¡Franklin! Tu recuerdo me es grato, como también el de mi juventud, parecida á la tuya. Mi aplicación, sin embargo, no es tan grande. ¡Franklin, yo te admiro y te respeto!

¡Cuánto idealismo, cuánta dulce bondad revelan estas frases preciosas! ¡Qué ojos los suyos puestos en los ejemplos altos! Y esto, ¡dicho por un muchacho albañil que replanteaba acequias!

El día 24 de Junio (día de San Juan) dice:

—Sigo de albañil y aprendo algo. Me prueban bien el trabajo y el estudio.

Al día siguiente se expresa así:

—Vamos á Pebredo para ensayar una máquina segadora, que ya probamos el jueves, siendo sus resultados satisfactorios, aunque no en todo. Estas ocupaciones cumplen con mi inclinación, aunque no con toda la amplitud que deseara, ya que deseo aprender teoría, por si doy cima á mi obra de Agricultura, cuyo índice he modificado estos días.

Añade:

—He vuelto á leer *El tío Pedro*, en el que veo más y más la semejanza entre Franklin y yo. Pobres, aficionados á lecturas y composiciones, aprendiendo de jóvenes varios oficios, comprando libros en lugar de gastar el dinero en diversiones, adquiriéndolos prestadas para más instruirse... Ahora voy á seguir su método para aprender á componer, haciendo la semejanza más cercana. Imitaré *El Criterio* de Balmes.

Sigue después transcribiendo sus adorables intimidades preciosísimas:

—Tengo prestado por la Biblioteca el tomo de

álgebra de Cirold, que me parece bastante difícil para aprenderlo SIN MAESTRO. ¡Ojalá que un día pueda ampliar mis conocimientos en esta materia y otras, como Agricultura, Historia Natural, etcétera, etc!

El día 1.° de Julio de 1865 es un día memorable para Costa, y para el periodismo español, que debiera recordarlo con orgullo: He aquí lo que dice Costa:

—El día 1.° se publicó en *El Alto Aragón* mi artículo de fondo titulado "La segadora Ransormas", á consecuencia del ensayo practicado el 28 del anterior. Parece que su estilo y plan no han desagradado.

Termina:

—Sigo siendo albañil y no me prueba mal.

Á fin de ese mes dice:

—Ayer sembré semillas del Hollo sacarino y sesgo azucarado. ¿Tendré al fin una cosecha mía? Lo dudo, pues las semillas eran añejas (siete años).

Semanas después escribe, jubiloso:

—¡Han nacido las semillas! ¡Qué felicidad!

Al día siguiente:

—Fabriqué jabón por un sistema que he inventado. Salió bien. Me servirá para el tratado de Agricultura, que he modificado algo. Ayer oí decir á Casas, hablando con Castan, que yo podía estudiar cualquier especialidad de Ciencia ó de Arte, porque tengo condición. Pero sigo siendo albañil.

El día 24 de Diciembre es Costa feliz:

—Me han dado dos medallas. Feliú pronunció un discurso. Hemos organizado una sociedad, "Ateneo Oscense", para ilustrar al pueblo. Comenzará á

funcionar el día 1.° de Enero de 1866. También hoy se ha publicado en *El Alto Aragón* un artículo mío en la sección de "Variedades"; se titula "El día de Navidad". Gustó, según me dicen, y hasta hizo llorar á la gente. ¡¡Oh felicidad!! ¡¡Cuánto gozo, y cómo lo guardaré!! Que Dios derrame sobre mi alma fecundas fuentes de sabiduría.

El año de 1885 termina para Joaquín Costa de una manera sensacional.

—He sido—dice—profesor sustituto de la cátedra de Dibujo, durante treinta y seis días, en lugar del Sr. Abadías. El director del Instituto me envió un oficio de gracias bastante expresivo.

Creemos, lector, que te habrán sido gratas estas intimidades del más egregio varón de la generación española anterior al desastre. ¡Cuánta sabiduría y cuánto tesón revelan!

Realmente, fuera pueril quererlas aderezar con perfiles literarios. Perderían su fragancia. Bástenos recogerlas con la emoción con que se ofrece un milagro.

Costa albañil y á la vez catedrático, articulista y fundador de Ateneos para educar al pueblo, se nos presenta como algo desorbitado é inmenso, cuya grandeza no es posible ensalzar sin disminuirla.

Capítulo VII.

Costa desea una pensión de albañil.

Las inquietudes de un alto espíritu.—Proyecto de obras literarias. — Una gramática francesa. — En Madrid.— Confesiones desoladas.

Entramos en el año 1866. El día 26 de Marzo se verifica la apertura del Ateneo Oscense, pronunciando Costa un discurso que se imprimió por suscripción entre los socios.

—En el Ateneo—dice Costa—fuí profesor de Agricultura; pero por falta de alumnos cambié esa asignatura por la de francés. Ahora—añade—quizás se enseñe en el Ateneo la Taquigrafía, mi sueño dorado. Después de aprendida la Taquigrafía ordenaré un gran libro que titularé *Mis ensayos literarios*. Formarán este libro mi artículo de Agricultura, el de la segadora, "Un día de Navidad", "La gacetilla de Graus", "La patata", "Un día de tempestad", "Una noche en Monte-Aragón" y el discurso del Ateneo. A continuación vendrán composiciones pequeñas.

Trabajó mucho Costa en el proyecto de mercado de Huesca.

El 25 de Noviembre publicó en *El Alto Aragón* una crónica sobre la batalla de Alcoraz.

Leyó también en el Ateneo Oscence un discurso sobre Meteorología, que se publicó más tarde en la *Revista de Instrucción.*

Después de publicado afirma Costa en sus memorias que no le satisfizo gran cosa aquel trabajo.

10 de Junio. Este día escribe Costa:

—Terminaron el curso y los exámenes. He obtenido cuatro sobresalientes y dos medallas, siendo de advertir que en los exámenes de Francés tuve como competidor á Anzon, rival temible.

Más tarde, dice:

—Para un proyecto de bodega que hacemos en Monte de San Juan redacté una memoria sobre „Viticultura y vinificación". No me olvido de mi obra sobre Agricultura. Tengo proyectada una Gramática francesa. Si tuviera dinero podría llevarla á cabo y sería útil. He compuesto dos artículos titulados "Un sueño" y "Filosofía". Este último encierra mi filosofía peculiar.

Día 6 de Julio:

—De Madrid me enviaron una Gramática italiana (Tomasi) y un buen Diccionario italo-español. Veremos si aprendo pronto á traducir. He comenzaño á escribir la Gramática francesa y sale como una seda. Estos días hemos empezado á levantar el plano del Seminario, que van á modificar.

24 de Septiembre:

—El plano está concluído.

1 de Octubre:

—Fuí á la apertura de curso. Me obligaron á salir para recibir mis premios. Concluí la Gramática francesa, que me parece bien. Pronto la cotejaremos con la de Soler. Tengo en proyecto un Diccionario francés español por un nuevo sistema. Durante el verano que viene compondré, si puedo, *La religión de Cristo y las creaciones del cristianismo*, ó sea una doctrina cristiana para texto en los Institutos y Escuelas Normales, con su correspondiente Historia Sagrada. Me parece que saldrá bien si Pedrol me trae la Biblia que le he encargado. Dentro de pocos días se abre el Ateneo, donde seguiré explicando francés.

17 de Octubre:

—Ayer fuí elegido vocal del Ateneo.

Luego añade una cosa preciosa sobre la que concitamos la atención de nuestros lectores:

—Para la Exposición de París de 1867 pensionará el Gobierno á diez y siete artesanos. ¿No sería imposible que yo fuese uno de ellos? Con este objeto salgo mañana hacia la granja, para perfeccionarme en el oficio de albañil.

Más tarde:

—Estoy poniendo en limpio la Gramática francesa, para que la vea alguien. La de Soler es muy buena; pero tiene el defecto de la confusión. Ya compré un ejemplar de la Biblia.

2 de Noviembre:

—El nuevo plan de estudios exige para ser bachiller seis años. Yo voy ahora en el segundo. Tengo que desistir de ser bachiller. Si quisiera ponerme la sotana y el tricornio, ya estudiaría el cuarto año.

Pero es igual. Para estudiar las carreras de ingeniero no hace falta ser bachiller. ¡Hay camino abierto!

Luego:

—No fuí á la granja, pero sí al hospital, en cuya obra trabajé durante doce días. He aprendido algo. Los documentos precisos para lo de la Exposición fueron á Madrid, y de un momento á otro espero el edicto convocatorio. Si llego á ser escritor un día, compondré dos poemas parecidos á los de Chateaubriand ó un libro sobre Moisés; muchas cosas más. Esto suponiendo que me asistan las musas.

21 de Noviembre:

—Heme ya en Madrid. He sido invitado por el jurado. Tuve que solicitar dispensa de edad para ser admitido.

En 20 de Diciembre le fué concedida la dispensa. Se examinó del primer ejercicio. Y al día siguiente de los otros dos, previa una pieza de moldura que construyó en una obra madrileña.

28 de Noviembre:

Hizo los ejercicios prácticos y teóricos finales, que salieron á las mil maravillas.

—Me felicitaron--escribe--algunos jueces y espectadores, y se me dieron esperanzas. Salimos luego con Soler en el tren y llegamos á Zaragoza con retraso, donde hubimos de permanecer un día. Como yo no tenía dinero, Soler hubo de pagar. El importe se lo remití á Barcelona. Llegué á Huesca y esperé el resultado. En Huesca recibí carta de mi madre, en la que me decía que estaban mal, muy mal, económicamente.

Costa escribe luego, con trágica amargura:

—Yo he de ser artesano ó labrador por fuerza. Es imposible que yo estudie. ¿Para qué? Conozco que no sirvo para estudiar. Me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas. Soy un desdichado.

Capitulo VIII

En la Exposición de París

Detalles interesantísimos.—Un compañero de mal carácter.—¡Portero!—Vive en París, con nueve reales diarios.—Más lágrimas.

El día 5 de Febrero de 1867 escribe D. Joaquín Costa:

—Supe que me había dado el tribunal el número 13. Afortunadamente, los mismos jueces examinadores—dijeron á Carderera que había sido una injusticia manifiesta, realizada por ellos mismos. ¡Intriga y favoritismo! Pero se consiguió, á pesar de todo, que el ministro de Fomento me nombrase independientemente de los examinadores.

Antes de esta fecha estuvo Costa en Graus con D. Hilarión Rubio, en cuya casa seguía viviendo, aunque ya no se ocupaba de trabajos manuales, pues abonaba sus gastos con el producto de su esfuerzo. Su deseo era ver si le convenía hacerse un labrador á la moderna.

—Hubiera sido—dice—mi felicidad y mi carrera.

Acaso hubiera podido llegar á ingeniero agrónomo. En Grus, con este motivo, supe por D. Manuel Lasierra que había dicho mi padre que si yo quería, me auxiliaría para que siguiese la carrera de abogado. Mi familia lo pasa medianamente tan sólo, casi mal. En Graus me creen un oráculo, ó al menos un sabio, todos sin excepción. ¡Imbéciles! O por mejor decir: ¡lo que es la ignorancia! Hasta me han envidiado creyendo que yo era dichoso, cuando envidio la suerte del ignorante pastorcillo que entona en su rústica zampoña los cantares del ruiseñor enamorado, y casi al mismo mendigo que no conoce que la Naturaleza le ha criado para otra cosa que para mendigar.

6 de Febrero (en Huesca).

—Anoche, á las diez, recibí un telegrama que decía: "Felicito á Costa apasionadamente. *Camo.*" Veremos con las cartas el significado de esto.

7 de Febrero:

—Ayer se confirmó la noticia por los periódicos. Tengo el número 11. Marcharemos pronto. Nos darán 500 reales para gastos de viaje y 600 por la segunda quincena de Febrero.

14 de Febrero:

—Hace unos días he recibido aviso de la Comisión, que me convoca. Mañana marcho.

16 de Febrero:

—Sin novedad. Acabo de llegar á Madrid.

Confirmado el premio, vuelve Costa á Anjou, triunfante.

20 de Febrero:

—Ya estamos otra vez en Madrid. Ya estamos de nuevo lanzados en este maremágnum que se llama

corte. Y, sin embargo, ¡tanto como la aborrezco! ¡Tanto, que la cambiaría por lo esteva del honrado agricultor. Y á pesar de esto, dentro de pocos días voy á meterme en otro maremágnum todavía mayor. ¿Qué resultará de todo esto, respecto á mi porvenir? ¿Se modificará éste? Por de pronto, ya sé que seré libre de quintas, por inutilidad física. ¡Triste realidad!

La única dolencia que sufría en un brazo fué la que le impidió servir en el Ejército.

4 de Marzo:

—El día 1.° salí de Madrid y me detuve en Burgos, donde vi la magnífica catedral, y llegué á Hendaya, de donde saldré para París el 5. Vi el mar por vez primera en Hendaya. Vi también algunos vapores cargados de huesos que iban de España á Francia. Este hecho lo haré anotar alguna vez en mis escritos. Advertí también algunos taludes en la vía férrea francesa, poblados de árboles.

Más adelante escribe:

—Estuve también en Bayona, donde vi los buques surtos en la ría. También paramos en Burdeos.

El día 6:

—Hoy por la noche hemos llegado á París. El cochero nos ha llevado á un hotel distinto del que le hemos dicho. Durante las dos noches que pasamos en el tren sufrimos un frío espantoso. Vimos inmensos pinares en las Landas, muchísimas viñas de Tours á Orleans, un eclipse de sol y las inundaciones de Loire.

9 de Marzo:

—El día 7 fuimos á ver la Plaza de la Concordia,

con su obelisco egipcio; Nuestra Señora de París, calle de Rívoli, el Louvre y las Tullerías. Por fuera, el Palacio de la Industria y otros bellísimos monumentos. Hoy hemos visto la Magdalena, el Panteón donde reposa Luis XVI, y el Palacio de la Exposición, sus alrededores, sus cascadas, sus casitas rústicas. ¡Había mucho que estudiar! Ya tengo principiados los cuadernos de apuntes. En el hotel donde fuimos el primer día, nos examinaron, así como lo hicieron en Hendaya. Con D. Manuel Gil, á quien me recomendó D. Rufino de Cobos, hemos buscado cuarto cerca de la Exposición. El compañero tiene un carácter tan raro por lo terco, calmo y retrógrado, que mala espina me da... Aquí la comida no es cara. Las habitaciones medianas. Se gasta mucho dinero en cosas indispensables. Hemos adquirido una luz (lámpara Mignon) que arde gastando poca esencia. El 7 nos presentamos en la Secretaría. El 11 estamos de guardia allí. Estoy en París y no lo parece, no lo creo ¡Quién lo dijera hace dos ó tres años! ¡¡¡Quién lo dijera hace cinco años!!! Me acuerdo de mi casa, de mis amigos, del Ateneo, de D. Hilarión. ¿Cuándo volveré á verles? Es más difícil el francés de lo que yo creía. Me costará algún tiempo entenderme con los franceses.

10 de Marzo:

—He visto otra vez la Magdalena. ¡Qué puertas de bronce tan magníficas tiene! Es muy hermosa iglesia también la de Loreto.

Luego escribe:

—He tenido que separarme de Sierra, pues necesito un cuarto muy grande donde quepan mis libros. Yo debo trabajar mucho, darme á conocer, para no

tener que volver á Huesca sin otro destino más holgado. Me decido á gastar 17 francos más al mes. Sobre todo sabiendo que no habré de gastar nada en librarme de quintas. ¡Ya trabajaré!

Se admira ante el espectáculo luminoso que ofrece París desde el puente de la Concordia.

Escribe después, ingenuo:

—Esta tarde he comprado dos pañuelos para el bolsillo, y esta noche he comenzado á coserlos yo mismo. Por fuerza ha de acordarse uno de su familia.

16 de Marzo:

—Llevo ya en París diez días. Ya conozco algo la vida de París. Me gusta la ciudad. He aquí una pregunta que no puedo contestar. ¿Viviría siempre en París? Acaso... Sin embargo, ¡esta agitación!, ¡esta baraúnda! Por ahora gasto menos de diez reales. Si no fuera á Huesca hasta Mayo podría ahorrar cuatro ó cinco mil reales, que me servirían para estudiar durante tres ó cuatro años en Madrid, con el suplemento que pudiera ganar ayudando á Salamero.

Menos de veinte años, en París... Y en vez de lanzarse á los vicios, este mozo vive con nueve reales, estudia, investiga, y sólo piensa en ahorrar algún dinero para seguir trabajando intelectualmente. Por algo se dijo que el genio es un martirio inacabable.

—Salamero me nombró corresponsal de un periódico, *El Espíritu Católico*. Ayer le mandé una correspondencia. No sé que tal le parecerá.

23 de Marzo:

—Estuve enfermo. Tengo ganas de salir de aquí, vivir como labrador, ser independiente.

22 de Marzo:

—Lo que había sospechado. Sierra (su compañero de trabajo y de hostal) tiene un carácter tan salvaje y rudo que no puede simpatizar conmigo. Ha sido preciso separarnos. Yo me voy á la rue Saint-Beriot. Pago 35 francos; pero estaré tranquilo y no tendré que sufrir las impertinencias de un carácter indómito. Á los doce artesanos nos tienen en concepto de porteros. Entonces, ¿á qué hacer oposiciones? Nos harán llevar uniformes semejantes á los que llevan los ordenanzas de los ministerios.

28 de Marzo.

—¿Qué es de mí? ¿Estoy en mejor posición que ayer? Al parecer, sí; pero ayer tenía medio año menos de edad y más limitadas aspiraciones... ¿menos aspiraciones? ¡Tenía más! Yo pensaba en... no recuerdo. Ahora sólo deseo salir de esta Babilonia, que ya me cansa, y en ser labrador, agricultor, último objeto de mis afanes.

1.° de Abril:

—Hoy ha sido la inauguración de la Exposición y no he podido verla, por falta de papeleta de entrada. Sólo entraron de los compañeros, cuatro que tenían el uniforme. Éste es hasta ridículo en la gorra. Fuí á la explicación de Mecánica aplicada á las artes. Lo entendí casi todo. Pienso ir todas las noches, y de día los domingos.

10 de Abril:

—Recibo carta de Salamero. Se publicó mi artículo, gustando mucho. Dice Salamero que me aplique, pues me espera un buen porvenir. ¡Pobre Costa! ¿Qué es lo que anhela? Un trozo de tierra para vivir sosegado y sin ambición. ¡Ojalá me espe-

re un buen porvenir!; pero por el lado que yo lo deseo: por la tranquilidad, por la honradez, por el trabajo, por la familia, por la agricultura!

Ahora, un suceso inaudito:

—En estos días he concebido un proyecto, el más descabellado que me ocurrirá nunca, y que á pocos como este me quedo arruinado. Mientras escribo estas líneas estoy aguardando á que hierva el agua para hacer sopa. Es de noche. Y estoy riendo, no sé si de ironía por mi simpleza ó de rabia por mi falta de cálculo. ¡Pues no había concebido hacerme mi comida en casa con una lámpara de alcohol! ¡Es cosa de reir! ¡Y todo por economía! Soy torpe de veras. Pensado y ejecutado. Me gasto una porción de francos en lámparas, tarros, alcohol, aceite, cubiertos y comestibles, y á la primera vez he visto que era casi imposible, y que pierdo al día tres ó cuatro horas, tan preciosas en estas circunstancias. Serviráme de escarmiento para cuando tenga que obrar más en grande, y siento que me haya sucedido, porque esta noche acabo de cenar una tortilla hecha con un huevo, un plato de arroz con patatas y unos trocitos de tocino. Todo estaba riquísimo, sobre todo la sopa. Es lástima; pero pierdo el tiempo. Lo haré sólo dos ó tres días, para consumir los comestibles que he comprado.

15 de Abril:

—Escribí una nueva correspondencia á Salamero. Quería comprar algunas obras de Agricultura; pero, ¿de dónde sacar dinero?

Añade:

—Me paso el día trabajando. Me acuesto á las doce y me levanto á las seis.

19 de Abril:

—Esto es imposible. Acostarse á las doce, levantarse antes de las seis, y no parar en todo el día. No siento las piernas. Como en los viajes del perro, hago el camino siete veces. No saben mandar. He maldecido de la Exposición ya. No volveré á otra por todo el oro del mundo. Ayer supe que era Jueves Santo, y, sin embargo, comí de carne toda la semana. ¡Qué vergüenza! Afortunadamente hoy he podido comer todo el día de vigilla. No visité los monumentos. ¡Buenas Pascuas tendremos, trabajando todo el día como perros!

24 de Abril:

—La gente de la Exposición son unos granujas. Se beben los vinos de los expositores y hacen mil infamias. ¿Dónde vamos á parar? ¿En qué manos está colocada la nación? ¡Pobres expositores, cuyos productos son devorados por aquellos mismos que después de haberse chupado su sudor abandonan, sin que el Jurado los vea, los más ricos productos!

28 de Abril:

—¡Con qué desvergüenza siguen almorzando de los productos de la Exposición (se ha de advertir que Costa se refiere al pabellón de España), y se llevan hasta jamones enteros, diciendo que son regalos para el Jurado!

9 de Mayo:

—Hoy he tenido una grande y célebre cuestión, que algún día quizás salga á relucir en las Cortes. Es el caso que al pasar el Jurado de aceites franceses, D. Emilio de Santos, de la Comisión y del Jurado internacional, se zafó apenas vió no sé qué aceite en el que estaba particularmente interesado,

dejando al Jurado solo. Cuando le hube enseñado al Jurado internacional los aceites que quiso ver, me dijo el compañero de M. Berral (también del Jurado) que les diera una nota en la que figuraran los mejores cosecheros, cantidad de producción, etc., pues ya que nuestros aceites eran inferiores, podrían ser considerables por su cantidad. Esta nota pasarían á recogerla al día siguiente. Aguardé todo el día al Sr. Muñoz, ingeniero, para que la redactase. Se lo dije al vicecomisario. Nadie me hizo caso. La nota hube de hacerla yo, ¡un barrendero!

Premiado, según nota de Costa, un cosechero no afecto al Sr. Santos, este señor maltrató de palabra á Costa, tan rudamente, que, según confiesa, no pudo contener las lágrimas.

¡Cómo se incubaría, en presencia de estas cosas tan desbarajustadas é inmorales, el revolucionarismo de Costa! Jurados que le interesan por expositores! ¡Jurados que malbaratan los productos! Una España en plena anarquía..!

Capítulo IX

Más de París.

Otras interesantes aventuras.—¡Pilar!—Los amores de Costa.—Un banquete y un discurso.—Á España, por fin.

1 de Junio:

—Estando peinándome me ha ocurrido una cosa. Son las siete de la mañana. ¡1 de Junio! El 1 de Junio pasado tenía bien distintas ocupaciones. Son las siete, y mis compañeros de Huesca estarán vistiéndose para ir al Instituto y examinarse. Dichosos vosotros, estudiantes; ¡adiós!

2 de Junio:

—Hoy he ido á la Exposición, porque me dijeron que la visitaría el príncipe de Prusia. Por verlo, por explicarle alguna cosa, por hablar con él, quise entrar á toda costa. Al llegar á la puerta noté que se me había quedado olvidada la "Carte". Tuve que pagar dos francos por el acceso. ¡Qué importa! ¡Allá van los dos francos! ¡Hablaré con el príncipe! ¡Hola!... Eso faltaba. Llego... El príncipe no viene. Me servirá de escarmiento.

1 de Julio:

—Han dado medalla de plata á un aceite de Huesca. ¡Triunfó mi nota!

Durante esta época se acrecentaron en Costa sus aficiones á la Agricultura. Escribió á D. Hilarión Rubio una carta rogándole lo pusiera al frente de alguna explotación agraria.

9 de Agosto:

—¡Al fin vuelvo á España! Mañana marcho. Me detendré un día en Marsella; tres ó cuatro en Barcelona, y ¡á Graus, y á Huesca!

1 de Septiembre:

—¡En París de vuelta! El 10 salí del maldecido París. El 11 llegué á Marsella, en cuyas fondas me asaltaron. Fuí á ver al fabricante de aceites M. Deiss, y me recibió grosero. Fuí en ferrocarril hasta Perpiñán; en diligencia hasta Gerona, y en tren hasta Barcelona. En Barcelona estuve dos días. Me gustó más que Marsella. El 16 salí de Barcelona con el susurro de una revolución. Encontramos en el camino un puente quemado y cortadas las vías telegráficas. El 16, por la tarde, llegué á Barbastro. El 17, en Graus. ¡Con qué placer atravesaba las calles de mis pueblos queridos! El día 18 fuí reconocido (objeto de su viaje á España), quedando libre de quintas.

El 31 llegaron Costa y D. Hilarión Rubio á París, pues su pariente quería visitar la Exposición celebérrima.

16 de Septiembre.

—Hace tres días cumplí veintiún años. ¡Veintiún años! Veintiún años, y sin dibujarse mi porvenir.

27 de Septiembre.

—Ayer tuve una cuestión seria por cuestiones de dinero con un colega. El jefe se puso en contra mía. ¡Qué bien dijo quien afirmó que más vale ser el primero en una choza que el segundo en un Imperio! ¡Cuándo seré yo el primero aunque sea en una choza! ¡Quiera Dios que sea pronto! He ido á mi ortopédico y me ha dado alguna esperanza de curarme el brazo. Aunque me costara doscientos francos compraría el aparato que me es preciso para intentar mi curación. Tendría dos brazos para trabajar. He escrito unos versos en francés. Terminan así:

Je tiens pour seul espoir,
la calme du tombeau.

Estás triste. ¡Pilar!...

Y al llegar aquí no podemos menos de hacer un alto para dedicarle un recuerdo á esta Pilar que nombra dos ó tres veces D. Joaquín en sus memorias, sin más explicaciones; pero siempre con unción y entre signos admirativos y como reveladores de un amor muy grande.

Confusas son las noticias que acerca de esta Pilar tenemos. Sabemos únicamente que era rica, que amaba á Costa, sintiendo en su corazón de mujer toda la grandeza suprema de aquel hombre. También sabemos que se conocieron en Huesca, donde ella vivía, y que aquellos amores no prosperaron por haberse opuesto tenazmente los padres de Pilar á que tuviese por novio á un hombre de escasa fortuna.

Durante la estancia de Costa en París la evoca alguna vez con estas palabras:

—¡Qué lejos, amor mío!

No se casaron. Costa pareció llevar slempre en el pecho el hueco de esta pasión magna y única. Costa murió soltero. ¡Qué íntima y gran tragedia esta de los amores del glorioso maestro!

Habla después del regreso á España de D. Hilarión, de sus soledades, de sus deseos de retorno, de una colección de semillas que ha reunido, de monsieur Guérin Menevill, de M. Iderizé, director de la Escuela de Grignen, del Sr. Maisonave.

Comenta la invitación á almorzar que le hizo el primero, celebrando la riqueza de su casa y las cualidades de su trato.

El 21 de Noviembre refiere el banquete dado á sus jefes por los obreros de la comisión. Costa combatió este homenaje por parecerle indebido y adulador. Uno de los jefes, el Sr. Bazán, al levantarse á hablar, dijo:

—Aquí tienen ustedes al amigo Costa, al hombre sin vicios, el hombre modelo. ¿Cuál es su especialidad? Todas. Me ha admirado cien veces viéndole discutir como un botánico. Costa encierra el germen de un gran hombre.

Al terminar el banquete, Costa, que no se detiene para narrar estos bellos sucedidos, exclama:

—Cuando se fueron aquellos señores hablé durante hora y media de Agricultura con el secretario de la Comisión española. Entretanto mis compañeros salieron medio borrachos, alborotando por las calles, siendo detenidos por la Policía.

El 26 de Noviembre le notifican de oficio que

podía regresar á España, pues había finado su misión. El 28 estuvo en la Exposición para cobrar y despedirse.

Dice así ese día:

—¡Por fin dejaré la gran ciudad! Me acordaré siempre de París. ¡He aprendido tanto!

El 29 estuvo en Burdeos. El 30 en Vitoria. A fin de mes y de año regresó á Huesca.

Esta larga estancia de Costa en París, descripta por él con tan nimios é interesantes detalles, ¡cuán benéfico impulso ejerció en su alma!

Lejos de sentirse inclinado á los vicios, estudió, observó, se oreó en un ambiente alto y espléndido, sutilizando su alma y ampliando sus conocimientos.

Pocos extranjeros—sólo los elegidos—saben de París que es una ciudad de trabajo.

Capítulo X

En España otra vez.

Palabras desoladas.—En Chapinería.—Vive en casa del mozo Fernández y no puede pagar el pupilaje.—Ensayos literarios.—La guerra franco-prusiana.—Costa llama bárbaros a los alemanes.—Á Madrid otra vez.

Vuelve Costa de nuevo á España. Continúa su vida de trabajos y de luchas, dedicándose enteramente á los estudios. Hállase en Madrid.

El día 4 de Marzo de 1870 escribe:

—Estoy muy triste. Tengo el mal de los libros. Tengo el mal de la Ciencia. Ayer leí parte de *El ideal de la Humanidad*, por Krause y Sanz del Río. ¡Cuánto me gusta la Filosofía! Estoy triste, muy triste, y ¡pensar que hay tantas calabazas que estudian y viven; que mi cerebro ha de consumirse en la obscuridad, y mi corazón se debatirá en viudez perpetua! No puede ser eso, no puede ser. Anoche me han dicho que dormí hablando dos horas en alta voz. Mi amigo Luis Martínez, que duerme cerca de mí, cree que estoy loco, pues me oyó repetir incesantemente las siguientes frases:

—"Esto no puede ser."

El 12 de Marzo del mismo año escribe:

—Cada día que pasa es una lanzada en mi corazón: Desde que dejé Graus mi inteligencia se ha remontado á gran altura. Veo cosas grandes, armonías sublimes que antes no había tenido ocasión de contemplar. He escrito una memoria sobre el catastro, he dado una conferencia en el Ateneo sobre Geología aplicada á la Historia, he puesto un prólogo á *El ideal de la Humanidad*, al *Progreso de los siglos*, al *Cosmos*, de Humboldt. Todo esto ha descubierto en mí horizontes nuevos, horizontes de infinita grandeza. Mas ¡ay!, que por eso mismo todo concluirá por hacerme más patente mi desdicha. El número de soluciones va disminuyendo. Ya sólo me quedan dos. El suicidio ó el silencio. En mi pecho se apaga una hoguera. En mi cerebro se muere un genio. Amor, gloria, vosotros habéis sido los ídolos de mi alma después de Dios y de la Patria. Pero antes que llegue la gloria y el amor seré derribado por la desdicha.

El día 15 de Marzo vuelve á hablar de su tristeza y de su desesperación. El día 22 de Marzo cita á un Sr. D. José Montany, del pueblo de Benavente, al cual había pedido un empleo Costa; pero este no le hizo caso. Alguien, el Sr. Moncasi, lo había recomendado para ese empleo diciendo "el recomendado es una notabilidad, un talento fenomenal llamado á ser y figurar como una lumbrera en esta provincia".

Costa comenta estos párrafos del siguiente modo:

—"¿Si lo creéis así por qué, no me tendéis una

mano vosotros que podríais hacerlo sin sacrificio alguno?"

Luego encontramos en sus memorias las siguientes palabras:

—El mes se acaba. Hace algunos días que tengo enfermos los ojos, efecto de la luz artificial. ¡Si Dios quisiera que un día me levantase ciego!

Trasladado á Madrid D. Joaquín Costa para dedicarse más detenidamente á sus estudios, emprendió con mayor ahinco que nunca sus trabajos sobre Agricultura, viviendo en una verdadera miseria y consumiendo sus economías, que consistían en 800 y pico de reales que le debía la Sociedad Extractora de Basbastro y cuyo cobro le costó trabajo extraordinario y no pocas dudas y zozobras.

El día 13 de Abril de 1870 encontramos en las memorias de Costa un pasaje de supremo interés; dice así el maestro:

—Ayer por la mañana fuí á San Luis. Acerquéme á un confesionario é hice ver al confesor mi estado de desesperación, y encontré en el sacerdote consoladoras palabras que me movieron á la realidad.

Más tarde, pensando emprender un viaje á Francia con objeto de realizar unas pesquisas de carácter histórico, estuvo en el Monte de Piedad á empeñar una levita, un carrick y un reloj, por todo lo cual le dieron 110 reales.

A fines de Abril márchase Costa de Madrid y dice:

—Falto de dinero no puedo decidirme á partir á Francia.

De Madrid fuese á Chapinería, empleado por su amigo Bergnes.

Escribe Costa desde Chapinería:

—Es preciso á toda costa estudiar desde el próximo curso. Pasemos este mes como Dios quiera, y vivamos. He encargado que me busquen unas lecciones de inglés, de francés y de otros idiomas. Mientras llegan he venido á este pueblo haciendo un informe del Catastro por cuenta del Gobierno, para lograr el cual me ayudó mi amigo Bergnes, á cuyas órdenes me encuentro.

Ahora estoy solo, porque Bergnes ha ido á Villegas á principiar el replanteo de la vía de ferrocarril de Villena á Alcoy. Estoy triste porque me hallo sin dinero y porque al fin, aunque en Madrid pasaba muy mala vida, al menos me rodeaba una bella atmósfera de ciencia.

Hace pocos días me escribió mi padre diciéndome que Frontons, gestiona acerca de Sallen y La Sierra para que me presten dinero bajo la garantía suya, añadiendo mi padre que le han dado alguna confianza.

El día 15 de Mayo escribe Costa:

"Tengo veinticuatro años, ¡ah!"

Habla de que está aburrido en el pueblo, de que se pasa el día en casa, unos ratos tomando datos topográficos, otros leyendo, otros estudiando inglés. Por la noche acude á la tertulia del farmacéutico del pueblo, señor Arnilla, donde concurren también otros jóvenes, las niñas del marqués de Villanueva de la Sagra, el marqués de Grimaldi. En estas tertulias leyó algunas de sus composiciones.

Le molestan los cálculos matemáticos. Dice que con ellos se le abre la cabeza como si se le partiera en dos. Una parte queda dedicada á los números, á

las matemáticas, y otra se va errante por los conventos de paz y las florestas poéticas. Dice que le cuesta mucho trabajo calcular. Las tablas del braquímetro le molestan extraordinariamente. Aparte de estos trabajos, y volviendo á sus temas filosóficos, escribe una fórmula filosófica y un método reflexivo puramente personales.

El 14 de Junio va Bergnes al pueblo, marchando luego á la inauguración del ferrocarril de Villena á Alcoy y deja á Costa al cuidado de su familia. Dice: "He merecido no pocas confidencias de Elisa (la mujer de Bergnes). Estos días ha habido una cuestión entre ella y su esposo á causa de los celos que venían atormentando á Bergnes hace mucho tiempo." Habla luego que los esposos se reconciliaron pronto, pues no había motivo para que pudieran estar enojados el uno con el otro, siendo un matrimonio dichoso, cuya felicidad envidia.

Sigue estudiando inglés y escribe sobre temas filosóficos, trabajando incansablemente. Piensa también escribir una novela titulada *El siglo XXI*, de carácter científico; pero le obsesiona la idea de no poder estudiar de una manera sistemática y definitiva, habiendo de compaginar sus labores intelectuales, que son toda su vida, con las tristes obras de obrero.

El día 13 de Julio vuelve Bergnes á Madrid, quedando Costa en casa del mozo Fernández.

El 29 de Agosto se lamenta Costa de su vida. No ha podido pagar á Fernández el mes y medio de pupilaje que le debía. Bergnes escribe desde Las Arenas (Bilbao), ofreciéndole el envío de 300 pesetas.

Su amigo Espí le escribe desde Huesca pidiéndole un proyecto de programa para un colegio que piensa abrir en la referida población.

Tropezamos luego con el siguiente párrafo, que damos á título de curiosidad: "La guerra entre Francia y Prusia se ha empeñado de un modo terrible. Cinco veces han derrotado ya los alemanes á los franceses y es posible que á estas horas hayan llegado á los muros de París. Ha sido una verdadera irrupción de barbarie."

El 23 de Septiembre dice: "¡En Chapinería aún! Estoy sin dinero, sin saber si iré á Madrid, sin saber qué haré, sin esperanzas, aburrido. ¡Si yo pudiera estudiar este año! ¡Por qué tanta humillación, por qué tanto sufrimiento! Estoy atormentado, sin noticias de Bergnes, á quien he pedido dinero para ir á Madrid. El pobre ¡estará también tan fastidiado!..."

Al fin y cuando el año 70 terminaba, regresó Costa de nuevo á la capital de España, después de haberse consumido estérilmente en sus labores de poeta y de filósofo, atado al yunque de un trabajo manual tremendo, y arrastrando la más triste de las vidas.

¡Bien lamentable y bien dolorosa fué la juventud del gran español!

Capítulo XI

Estudiante en Madrid

Jurisprudencia y Filosofía.—Una espantosa situación.—Prim y Amadeo.—El tormento de una vida.

Como hemos dicho en el capítulo anterior, á fines de Diciembre regresó Costa á Madrid. El día 23 de Diciembre nos trasmite las siguientes palabras:

—Hace tres meses justos que escribí mis últimas palabras, ó sean mis últimas quejas en estas páginas. De entonces acá, ¡cuántas cosas han pasado! Prusia, con todo su ejército, ha invadido París. La tercera parte de Francia está ocupada por los alemanes. El Gobierno se ha trasladado de París á Torns y de Torns á Burdeos. En España hay en las Cortes votación del Monarca. La comisión viaja á Italia. Un día de estos viene Amadeo á coronarse.

Estoy alojado en Madrid, en la calle de Jesús y María, 29. Trabajo en casa de Bergnes, en tres proyectos de saneamiento de marismas, para D. José Garnica. Escribo los preámbulos de las materias y

dibujo los planos. Un día entero lo pasé buscando traducción á la palabra *colmataje* (entarquinamiento), que quería poner Bergnes, por no usar palabras francesas. En este intervalo me matriculé en la Universidad, desempeñé mi ropa del Monte de Piedad, escribí el reglamento para una escuela práctica de Agricultura, y al fin me decidí á pedir definitivamente un préstamo á Sallen y La Sierra. ¡Cuánto me costó decidirme! ¡Cuánto hube de sufrir antes, viendo el camino cerrado por todas partes, cuando ya tenía un pie puesto en los umbrales de la Universidad!

Estuvo por primera vez en la Universidad á 1.° de Octubre, llegando á ella con el ánimo alegre y decidido y enormes ansias de cultura.

Matriculóse en cuatro asignaturas, pero asistía á seis cátedras, queriendo examinarse en Septiembre de alguna de ellas. Aún estudió una séptima asignatura (Derecho político y administrativo) durante las vacaciones de Diciembre. Propúsose concluir la carrera de Jurisprudencia en dos años y la de Filosofía y Letras en un tercero. Para todo esto necesitaba aprovechar los minutos. Su tormento era vivir en la calle de Jesús y María, que encontraba lejos de las aulas. Le atormentaban las conversaciones ociosas con perezosos y vagos. Se acostaba á la una y media de la madrugada.

Los domingos, sobre poner en limpio algunos apuntes, le hacía servicios técnicos á su amigo Bergnes.

En la Universidad encontró á antiguos amigos, como Guillermo Rancés, Hevia y González, Alvarez Arnás, Ramírez Arellano y otros.

Los domingos eran los días peores para Costa, pues como no tenía clase se aburría desesperadamente. Tuvo amistad con el profesor Camús, el cual le hizo llorar un día con un discurso que pronunció ante los escolares. Decía Camús: "Hoy estáis creciendo en medio de flores y alegrías. Vais á salir de la Universidad para ser diputados, periodistas, abogados, ministros, mientras que vuestro amigo se quedará aquí; pero, ¡ay!, llegaréis á la cumbre con el corazón lleno de ilusiones, y cada paso hacia adelante señalará una arruga en la frente y otra arruga en el alma."

"Al decir esto Camús, me clavó un dardo en el corazón," dice Costa.

Más tarde se fué á vivir Costa á casa de D. José Vidal, recomendado por Bergnes. Dice en sus memorias, lamentando el traslado.

—Esta traslación ha sido un pequeño progreso, porque tengo cuarto y mesa independientes y puedo aprovechar tres horas de la noche.

Para la otra casa tuvo que pedir dinero á su amigo Espí, y empeñar, con autorización suya, un reloj de Bergnes.

Por esta época—escribe D. Joaquín—escribí una carta á Castelar, que firmaron conmigo varios estudiantes, protestando de ciertas frases en que ensalzaba al extranjero, sobreponiéndolo á España." Esta carta la publicaron *El Imparcial*, *Novedades* é *Iberia*, los días 18 y 19 de Noviembre.

"Por entonces ocurrieron grandes desórdenes en la Universidad y en San Carlos, con motivo de la votación del Monarca, desórdenes que duraron tres días. Habiendo sabido que Madrazo y Maranjes ha-

bían presentado su dimisión, escribió Costa una solicitud al rector para que se les admitiese de nuevo, y recogió firmas, logrando la reposición de Madrazo. También fué con una comisión al nuevo rector, Sr. Bardón, para que explicase el dimisionario Castro, ó en su lugar Revilla, reanudando Revilla sus lecciones. Los estudiantes de Filosofía y Letras crearon por entonces una sociedad científico-literaria, para discutir temas y leer composiciones. Con este motivo escribió Costa sobre cuestiones de la Propiedad.

Hasta el 8 de Julio no reanuda Costa sus memorias.

En este día escribe D. Joaquín:

"Prusia acaba de destrozar á Francia. La Porra asesinó á Prim cuando el rey Amadeo vino. Aparece la Internacional dando el grito de la revolución, que no se hará esperar mucho. La Commune destroza á París."

Aprobó D. Joaquín siete asignaturas. La situación económica de Costa se hizo en estos momentos desesperada, porque no pudiendo trabajar para Bargnes á consecuencia del cúmulo de estudios, le era muy desagradable vivir á costa suya. Por esta época comía en su casa, que estaba cerca de la Universidad; pero al llegar el verano retornó Bargnes á Aragón, no preguntándole á Costa cómo se las iba á arreglar.

Aspiración de Costa era el que se trazase el ferrocarril de Zaragoza á Gargallo, donde esperaba encontrar algún destino que le permitiese seguir ganando, para estudiar en la Universidad, aunque fuese cursando por enseñanza libre. La situación

desesperada del glorioso hombre la pintan estas frases, de una sinceridad espantosa:

—He de arreglarme una muela, y como no tengo dinero aguanto dolores horribles."

Otro detalle también estupendo:

—Me faltan botas—dice D. Joaquín—, y para que me arreglen las que llevaba he de ponerme un par del mismo pie, lo cual no deja de tener su lado chistoso. Anoche hube de poner una de ellas en agua para que se amolde al contrario la huella del pulgar. Me falta sombrero. El que llevo es una perdición—dice—¡y hay tantos ricos que tiran el oro en cafés y tiendas de modas!

Por esta fecha apareció la *Gaceta de la Cruz*, dirigida por D Modesto de Lara, encargándose Costa de la sección científica. Esto le proporcionó un modestísimo estipendio.

Por dar en el colegio de Santa Isabel clase de seis asignaras le pagaban de doce á quince duros mensuales. En la *Gaceta de la Cruz* cobraba otros doce duros.

Durante el verano cursó Derecho canónico y Derecho civil, además de realizar sus trabajos habituales para ganarse la vida.

A cada momento se lamenta de su situación angustiosa.

—No he podido comprar—dice—no sólo un aparato de inducción, sino el aparato ortopédico que necesito para mi pobre brazo izquierdo, que se me va atrofiando. El oro es salud, el oro es vida, el oro es la salvación, el oro es amor. ¡Maldito oro! ¡Bendito oro!

El 12 de Agosto nos da noticias de haber fallecido

la *Gaceta de la Cruz*, suprimiéndose, por lo tanto, uno de sus modestos ingresos.

Siendo espantosa su situación económica, dice: —He tomado el partido de irme quince días á casa de Bergnes y ocho á Pinto, donde viven unos amigos extranjeros.

—¿Cambiará mi vida durante el año próximo?

Aprobó en Septiembre tres asignaturas y empezó en el curso siguiente con la Licenciatura, estudiando además otra asignatura (Griego), y asistiendo á la cátedra de Historia, que explicaba Castro, y á la de Derecho Natural, que explicaba Giner de los Ríos, por cuyos dos ilustres profesores sentía extraordinaria admiración.

Siguió transcurriendo la vida de Costa agotada espiritualmente, aunque monótona en su aspecto exterior.

Habla de su amistad con Canalejas, al que conoció en la Universidad. Realiza algunos trabajos periodísticos de escasa importancia todavía, para los periódicos *Imparcial*, *Constitución*, *Igualdad*, *Mundo Federal* y otros. Nos habla de su amigo y protector Bergnes, que sigue con sus obras ferroviarias. También nos describe sus lecciones de francés á Eloisa, hermana de Elisa y cuñada, por consiguiente, de Bergnes.

Nos cuenta que ha concluído una memoria para aspirar al premio de la Sociedad Económica Matritense sobre Educación Popular, y recoge elementos para escribir un tratado sobre Filosofía de la Propiedad, no cesando en su labor intelectual de inmensa tensión.

El día 30 de Septiembre del 71 formula una la-

mentación triste, diciendo que ha cumplido ya veinticinco años y que todavía nadie conoce su nombre.

Nos habla de que pasó estos días de último año dedicados á la Navidad, sumido en una melancolía profundísima, diciendo que agoniza su alma entre la imposibilidad de vivir y la necesidad de vivir.

Dice que le han ofrecido una plaza de traductor en el periódico carlista *La Reconquista*, y lamenta tener que trabajar, aunque sea de un modo neutralísimo, en un periódico cuyas ideas no comparte. También nos manifiesta que proyecta una serie de novelas históricas, además de la titulada *El Siglo XXI*, para hacer ver por todo el mundo la magnificencia de nuestra historia.

Así fué transcurriendo la vida triste del gran español.

Capítulo XII

1872

Premio frustrado.—Acosado por las deudas.—Sin camisa.—Muerte de su hermano Juan.

Durante los primeros meses de este año, Costa permanece silencioso en sus memorias. No encontramos observaciones hasta el día 7 de Julio, en que nos refiere que se ha examinado de tres asignaturas, que no ha podido tomar el grado en Junio, ni tampoco hacer oposiciones en Septiembre al premio de 3.000 reales que el Estado concedía, por no disponer de diez duros para matricularse.

Se queja de que algunos amigos han gastado 20.000 reales en futilidades.

En Abril hizo oposiciones al premio de Derecho natural, en el que le dieron el número 2, siendo este uno de los mayores chascos de su vida y constituyendo un desengaño sangriento. Consistió el premio en un diploma firmado por Giner, Azcárate y Maranjes.

Durante Enero buscó inútilmente trabajo para ganar algo y pagar sus deudas.

—Supe—dice Costa—que los tíos de Barbastro estaban esperando mi carta con los veinte duros que les había ofrecido pagarles antes de Navidad; les escribí, para decirles que tuvieran paciencia, pero en cinco meses no me han contestado. Están enfadados conmigo. ¡Cómo ha de ser! Espín tampoco ha contestado á mis cartas. Debe estar disgustado porque no le pagué. Mosén Lucas, también se enfadó, no sé por qué. Sufro la obsesión de las deudas y de los enojos. El sastre me pide el dinero que le debo por ropa ya gastada. Carecía de botas, no podía mudarme de camisa, hacía un frío horrible y no tenía camisetas ni chaleco, ni calcetines, ni brasero; estudiaba con el ánimo de concluir Leyes en Junio, y no podía estudiar, pensando en que necesitaba cuarenta duros y no había de poder encontrarlos; tenía grandes proyectos y me veía obscuro y sin esperanzas de un rayo de luz...

Veía yo en sueños á los tíos, y ellos veían cómo vivía de limosna, y pensaba yo que todo Graus me estaba contemplando irónicamente.

—Una mañana—dice D. Joaquín—dejé escrita una carta á D. José Bergnes, señalándole algunas de estas causas que me obligaban á tomar cualquier resolución extrema, y el resultado fué lograr tres duros para botas y cinco que dí á Compairé, y decirme que fuera á casa del sastre á hacerme lo más preciso. La Universidad y mis papeles me detuvieron al borde de la desesperación, y seguí viviendo y estudiando, y recogiendo apuntes para las proyectadas obras. No he proyectado desde entonces

ninguna otra; lo que prueba que me he fijado ya en lo que debía ser objeto de mi vida. ¡Qué lástima! Lo único grave que me ha sucedido es ver en *La Epoca* que M. Lesseps tiene el proyecto de "restablecer el mar que debió existir algún tiempo en el Sahara". ¡Cuál fué mi dolor al leer esto! ¡Yo iría á esa divina aventura!

En esto vino D. Guillermo Guglielmi, cura italiano que había comenzado á publicar un periódico político-religioso, titulado *Roma*, que él componía en italiano y que era necesario traducir al español para la imprenta.

Se arregló Costa con él como traductor, y tradujo hasta el número 7.° Este número fué el último.

—Pero lejos de sentirlo—dice—me alegré: teniendo tanta hambre de dinero, me alegré. Tantos suspiros y trabajos hubo de costarme la traducción de un número... Además, calculaba que para traducir tres números por semana, tenía que dejar alguna asignatura.

—Al fin supe de Mata—sigue contando—, quien me escribió diciéndome que no lo había hecho antes, esperando poder enviar dinero para desempeñar el reloj, que se había casado, que dispusiera de su casa y que perdonase su delito de no haberme escrito. Le respondí que no había cometido ninguno, que no me acordaba ya del reloj, que en rigor era suyo, y que lo tomaría de Balbuena, para convertirme en depositario y usufructuario de él hasta que hallase proporción de enviárselo; que le agradecía sus ofertas, pero que procuraría no molestarle; que ignoraba si podría concluir en Junio por falta de recursos. No me ha escrito más, sin duda para evi-

tarse el compromiso de ofrecerme dinero para la matrícula. ¡Quién lo hubiese dicho! ¡Amistades... mentira! Una nonada basta para destruirlas. Ninguna he hecho sólida en la Universidad, ó no llegan á solidificar ó se deshacen como el sol en el agua. Potoc, Fañanás, Mur, Espín, Mata, etc. ¿Qué os habéis hecho?

Bergnes, después de muchos viajes fué con su familia á San Per de Calanda, á los trabajos del ferrocarril.

—Se despidió de mí—dice D. Joaquín—fríamente, perdiendo yo la esperanza de refugiarme allí este verano y evitarme el ir á Graus. En Junio le escribí para que me enviara si podía 200 reales, y no me contestó. Le escribí otra vez para que me enviase una carta para Martí, y me contestó el 30 que no había recibido la primera y que pensaba salir á flote á fines de Agosto ó principios de Septiembre. Recibí esta carta en Tetuán delante de Ferrari, á quien no había podido dar noticias de Bergnes días antes.

Los meses de Mayo y Junio han sido terribles para mí. Sobre el trabajo ordinario de las clases, y el extraordinario del repaso para el Grado, me han sobrevenido las ansias de buscar 40 duros y los dolores de buscar ocupación para este verano. ¡Cuántas y cuán horribles amarguras! Y al lado de todo esto el no poder moverme. Tres semanas llevé una camisa sin poder mudarme, hasta que gasté en comprar un par de ellas los tres duros que me había traído Coronas de Graus, y que guardaba para botas: desnudar un santo para vestir otro. Y al lado de esto, la impaciencia y los temores (que

se han realizado) de no poder graduarme en Junio.

Para lo de buscar trabajo con que ir pasando hablé á D. José (que escribió sin resultado á Silvan); escribió Ferrari á un amigo suyo, hermano de Araus, del *Imparcial*, también sin resultado; habló Enrique Compairé á un tío suyo que diz que tenía correspondencia y pleitos, pero nada; escribí á Bergnes preparando el terreno para irme allá, y nada me brindó. Cerrado todo, menos Graus. ¡Cuántos ratos de meditación, cuántos proyectos, cuánta vergüenza me cuestan estos diversos medios imaginados y frustrados!

¡Dinero! ¡Esto es en mí desgracia injertada en desgracia!

Escribí, primero, á Mur para que me prestase 300 reales. No me contestó porque, como supe un mes después, había muerto; segundo, á Bergnes para que me prestase 10 ó 12 duros; no me contestó porque, como me dice un mes después, estaba en Andorra y no recibió la carta; tercero, á Ducay, y me contestó en seguida diciéndome que no tenía dinero; cuarto, á mis padres para que me envíen ocho duros y tardan un mes para enviármelos. Pedí primero á D. José, que me ofreció sólo ocho duros, pues no tenía; segundo, á Pedro Fuertes el día de su marcha, y no tenía nada; tercero, á Palacios, que con gran dolor suyo me ofreció siete duros para el 29 de Junio, y que no he llegado á recibir; cuarto, á Coronas, que me prestó cinco duros; quinto, á un prestamista, que me prestó tres duros sobre el reloj; no me quisieron recibir en empeño los libros regalados por el Instituto Agrícola de San Isidro. No pude pedir ni á los tíos de Barbastro, ni á don

Lucas, ni á Mata, ni á Espín, y lejos de pagarme Comas los dos duros que me debía y D. Guillermo los dos y medio, me encaja el pobre Castillo nueve duros de deuda.

Llegó el 30 de Mayo y no sólo no había hecho todavía la matrícula, sino que no tenía en mi poder más que los tres duros del reloj y los cinco prometidos por D. José.

Faltaba un día para la matrícula; si lo dejaba pasar no podía examinarme, y menos graduarme, y todas mis ilusiones se las llevaba el viento. Pateaba de rabia, lloraba de angustia, y cuando no lloraba me reía como un loco. Sin mis papeles, otra vez hubiese peligrado mi vida.

Decidí, al cabo, acudir á mi D. José. Bien sabía el recibimiento que me haría D. José; que su gesto y respuesta me estremecería todo; pero faltaban horas y hube de decidirme.

¡Ay!, le dije, que en vez de cinco duros necesitaba once y medio y me respondió... que hacía más de lo que podía por mí; sin embargo, me los dió y me matriculé y pagué derechos de examen y me examiné de dos asignaturas. En esto me exigen 20 reales más por las otras dos y tengo que pedírselos á D. José. Concluí el 14 (dejando el Griego para otro año), y me puse á repasar de firme para el grado de licenciado.

Vi los ejercicios de algunos aprobados y comprobé que podía yo muy fácilmente aprobar. Pero me faltaba el grado de bachiller. Pedí el certificado á Mairal, de Huesca, y me contestó que no se lo daban sin el depósito. En esto no me enviaban de Graus los diez duros que era el mínimum de lo que

necesitaba, eso contando con que me prestaran doce entre Coronas y Palacio. La impaciencia me devoraba. Preguntábame: "¿Vas á tomar el grado? No lo sé. ¿Te quedas? No lo sé. ¿Estudiarás más? No lo sé."

Cuando llegó el 25 supe que el claustro había decidido no prorrogar los grados en Julio. Cansado de aguardar, desesperado, escribí á Graus que si no me los enviaban á correo vuelto, era inútil los enviaran.

Mi padre estaba en la cama enfermo y mi hermano Juan muriéndose. Sin embargo, los pidieron prestados y los recibí. ¡Pobre padre mío!

Fuí al Instituto y no encontré al secretario. Me escribe que al día siguiente lo enviará y me llegó, en efecto (cuando ya estábamos á 29); mas no el título original, que es lo que pedía, sino el certificado. Lo recibí á la hora de cerrarse la secretaría; seguían dos días de fiesta y al siguiente estaba la secretaría cerrada por desestero; así es que cuando lo presenté el día 2 me dijeron que no valía la instancia fechada el 29. En esto ya tenía comprometidos á Giner y á Ballarino; pero me faltaba el permiso del decano, y voy y me lo niega groseramente. Hablo al día siguiente al nuevamente nombrado rector, Moreno Nieto, y me responde que por él no había inconveniente; pero que esto es cosa del decano, que me entienda con él. Voy á casa del decano Andonnague y se niega á recibirme. En lo cual concluye, ó mejor, se suspende, este largo calvario que me ha hecho sufrir horriblemente, como me hace padecer todo lo que trastorna un plan mío bien combinado, y resuelve en humo todas mis ilu-

siones. Con los pasos y tiempo que me cuestan veinte duros pudiera estudiarse la carrera de Filosofía, y con la vergüenza que me roban pudiera hacerse ministros honrados de otros tantos licenciados de presidio. El 25 decía al ver que no me enviaban el dinero de Graus: "quisiera que el peso de este dolor eterno gravitara sobre la cabeza del culpable".

Más tarde escribe:

—He venido á Tetuán, dónde está D. José, para hacer algo. No sé dónde ir, sin gana ni aliento para estudiar. ¿Dónde iré? ¿A Escatron? y ¿cómo? ¿A Graus? Y ¿cómo volveré? Y ¿cuándo? Y ¿no podré hacer ya oposición al premio? ¡Ay!, este fatalísimo desolador en que vivo me abruma. Esto de no saber nunca qué haré. Esto de no poder caminar por camino conocido, con plan reflexionado, me consume. Si yo ganase libres, como en París, 6.000 reales para estudiar desahogadamente tres años más...

En cambio, me dicen en la última carta de Graus que dónde pienso establecerme, que en Benabarre hay sitio vacante... ¡qué ocurrencia! Ya comprendo que no les vendría mal á los pobres, y que se habrían hecho ilusiones respecto de este particular; pero el hombre propone y los demonios disponen. Para los dolores que yo sufro no es bastante premio el triste honor de llamarse abogado de secano, y el cambiar la dura ocupación de revolver terrones por la árida y embrutecedora de revolver leyes.

Cuatro Caminos, 21 de Julio.

Anteayer me escribe mi padre, desesperado como no lo he visto nunca, y con razón; se ha muerto Juan, el único hijo que podía ayudarle á trabajar entre cuantos ha tenido, el que tan buenos servicios le

hacía ya y que tan bien le venía ahora que es viejo, ha muerto rabiando, abrasado por la viruela. Lo he sentido infinito por mi padre, pero no por él, porque no sé qué me sucede, que cuando muere uno, y más si es pequeño, me alegro y le envidio .. Pero aquí estaba de por medio mi padre. Juan iba á sustituirme y ha muerto á los diez años de edad. He ¡lorado.

Les he escrito sobre esto, muy extensamente. Tengo copia de la carta. Les hablo claramente y les digo que, ya perdido por mil, perdido por mil quinientos; que una vez á mitad de la pendiente debo seguirla toda y correr mi suerte y obedecer mi vocación; que á toda costa debo estudiar más y quedarme en Madrid, porque el que vive en provincias no llega nunca á tener fama, ni á ser ministro, y yo tengo grandes ambiciones. Que lo único que para esto necesito es ganar 6, 8 ó 10.000 reales para ellos y para mí, y quedarme en libertad de esperar, pues quizás por querer adelantar dos años pierda doce. Que si me veo obligado á abandonar mis proyectos y á meterme en un pueblo, tendré bastante con dos años para morir tísico de tedio y desaliento.

Como me dicen que conocen en Benabarre un amigo de Moncasi que pudiera recomendarme, les incluyo una nota sobre las cosas que puede pedírsele para mí (pensionado para la cuestión social, periodista, empleado). Veremos. Probablemente, y con gran dolor de mi alma, tendré que acompañar á D. José á Graus y á Alhama. ¡Qué lástima de dinero! ¡2.000 reales harían feliz á mi padre!, y ¡yo carezco hasta de corbata!»

¿No veis cuánta desesperación, pero cuánta fe;

cuánta egregia fe de luchador encierran estas confidencias?

Se ve á un atlante luchando con la miseria y el infortunio á brazo partido. Se vé cómo vase templando el alma gigantesca de Costa en la dura ley de la vida.

Leyendo y anotando nosotros estas desnudas verdades, ¡cómo se ha estremecido nuestra alma, y cómo hemos caído, arrodillados, ante la sublime grandeza de ese hombre á quien acosan el hambre, la desnudez, y que, haciéndose fuerte sobre el infortunio, sigue peleando con las armas más nobles por la conquista de la cultura y del éxito!

Capítulo XIII

Licenciado en Derecho.

Una noche en Graus.—Llanto bajo las sábanas.—Licenciado.—Angustias infinitas.—La República.—Juicios de Costa.—Sus proyectos.—Una viña que se vende.

A FINES del año 1872 hubo de regresar Costa á Graus, impelido por sus agobios económicos. He aquí las noticias que anota en sus memorias acerca de esta etapa de su vida:

—Mi padre, con el tío de Frontons, fueron á ver á Piniés de Moncasi, y el resultado fué enviarme una carta para éste, escrita por Frontons, para que se la llevase á su casa. Al mismo tiempo me enviaban por intermedio de los Romeros cien reales. Tomé los cien reales, me compré botas, sombrero, bastón, lentes, y fuí á casa de Moncasi. Me dijo que volviese para Septiembre y vería dónde podía colocarme. Creo que no hará nada Moncasi, porque Frontons le prometió los votos de Benavente y Benavente se los ha negado; pero quizás me conviene que así sea; pues tratarse con caciques es una deshonra, y ante

el concepto de este país un demérito grande, y no sin razón. En Madrid, en Huesca, en Barbastro, en Graus, no he oído otra cosa que maldiciones contra Moncasi.

Salí de Madrid con D. José y llegamos á los baños de Alhama, donde estuvimos tres días. Fuimos á ver el Monasterio de Piedra, que tantos deseos tenía de visitar. Magnífico todo; pero en la piscicultura me llevé algún chasco. En Alhama hice amistad con el director del Instituto del Noviciado, Moya.

Salimos de Alhama, no nos detuvimos en Zaragoza y llegamos á Huesca, donde estuvimos un día en la fonda de España, viendo á Potoc, Vidales, Miranda, señora de Bescon Fañanás, Espín... Fuimos á Barbastro el 18 (Agosto), y nos quedamos otro día en casa de los tíos y vi á Estanislao de Antonio, á Eloísa y su familia de Pepín (que me entregaron unos números de *La Abeja*, de Bergnes), á León (á quien hablé de mi cuenta con la sociedad extractora). Llegamos á Graus á las diez y media de la noche; fuí á casa y hallé á mi padre sufriendo en la cama por consecuencia de los calores del día y riegos de la noche, mi hermano fallecido, mi madre envejecida y acabada, todos y todo en la miseria, apiñados en la mitad de la habitación que tenían antes, de la cual los echa Pajazas este año, y cuyo Pajazas quiere ponerles pleito, negándoles deuda por su trabajo. Cuando me quedé solo á media noche rompí á llorar desconsoladamente, considerando tanta pobreza en contraste con mi edad y con mi imposibilidad actual de remediarlo, y con que hubiese podido arreglar todo esto si hubiera sido obrero agrícola. Lejos de eso, les he estado pidien-

do duros y duros todo el año, habiendo tenido ellos que pedir prestado el dinero con que había comprado las botas que llevo. Cuando fuí á la cama y vi el color y pobreza de la sábana, rompí á llorar más desesperadamente, considerando que mi padre había dejado su colchón para prepararme esta cama, y quizás hasta la pobre sábana de su lecho. Acordéme del gasto loco hecho por nosotros en el viaje de Madrid hasta aquí, de la decadencia de una familia y de la triste situación mía. No podía consolarme en la cama; me arrancaba el cabello de la cabeza, me escondía la cara en las manos como avergonzándome de mí mismo aun en la obscuridad. Estuve llorando hasta que ya entrada la noche me rindió el sueño. ¡Ay!; quisiera no haber venido, quisiera haber venido; quisiera no haber estudiado y que mis manos ganaran el sustento de mis padres.»

El día 13 de Septiembre del mismo año continúa en Graus el gran español, y exclama:

—¡26 años, y todavía nada!.. Estoy haciendo un proyecto de jardín para D. Domingo del Campo. Estoy sin ganas de estudiar y con muchos deseos de marcharme."

A primeros de Octubre regresó á Madrid y logró la licenciatura en Derecho. Formaban tribunal Moreno Nieto, Giner y Mesia. El tema elegido fué el siguiente: "Derecho electoral y particularmente del sufragio universal". El rector aplaudió mucho su discurso, haciéndole interesantes objeciones y dándole beligerancia de verdadero profesor. Siguió estudiando á la par la carrera de Filosofía y Letras, y al mismo tiempo se proporcionó unas lecciones de

español á Mr. Tower, norteamericano que vino á estudiar la literatura española.

Dice en sus memorias:

—14 Diciembre 1872. ¡Qué coincidencia y qué motivo de desaliento y modo de renovar heridas apenas cicatrizadas en el corazón! El 14 y 15 del pasado fuí á la Sociedad Económica Matritense para recibir el desengaño de que no han creído mi *Memoria* merecedora ni aun de accésit. ¡Y tengo más de 26 años! Y hoy he sabido que mi condiscípulo Santa María ha sido premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas con 8.000 reales, y 200 ejemplares impresos, por una Memoria sobre la propiedad. ¡Tiene 18 años! ¡Ay, recuerdo mis ambiciones de niño, recuerdo los diez años que he perdido en Graus, Huesca y Zaragoza! ¡Recuerdo mis ensueños de gloria! Y recuerdo á la vez el bárbaro grito de Rubio: "Te parece que va á faltarte tiempo, no te apresures." ¡Ay, ya no es ira, ya no es cólera! ¡Es desaliento, es dolor lo que llevo en el alma! "El tiempo perdido no vuelve", dice Sanz del Río, y yo he perdido diez años más. ¡Desgraciado! ¿De qué te sirven las lágrimas? Al felicitar á Santa María me pareció que un cadáver abrazaba á la vida. Con tal violencia vinieron á mi mente los negros recuerdos."

Durante esta etapa Costa trabajó constantemente y no sin fruto. Se examinó, hemos dicho, de la Licenciatura, aparte examinarse de siete asignaturas. Se examinó con Amador de los Ríos, Fernández y González, y Ortega. Continuó dando sus lecciones á Mr. Tower, el cual le entregó 2.000 reales, con los cuales pagó 25 duros á Ferrari, 8 á Espín, 1.715 rea-

les á su padre, aparte de haberse satisfecho matrículas, ejercicios, etc. También desempeñó su reloj. Mr. Tower lo invitó además á una excursión por El Escorial, La Granja, Segovia y Ávila.

Tomó parte en el concurso para un premio que dejó la familia del profesor Maranjes, escribiendo una Memoria sobre "La Costumbre como fuente de Derecho en Roma".

Después nos habla Costa de la proclamación de la República en España, en los siguientes términos:

—Se ha proclamado la República (por renuncia de Amadeo), y ha comenzado á hacer sus pruebas. Predije parte de lo que sucedería; decía yo: "los radicales se harán republicanos, los sagastinos alfonsistas". Vendrá la República, el ensayo. Como todos los principios será fatal. Ocurrirá la Restauración con Alfonso, durará diez ó doce años, y volverá la República más racional y prudente, porque el país estará desahogado, el pueblo educado y menos crédulo, y los propagandistas serán más prácticos, menos utópicos... En esto ¿qué papel puede tocarme á mí? Si fuese catedrático en Madrid, ser uno de estos propagandistas racionales, con predominio de la cuestión económica, durante estos diez ó doce años; fundar escuela, formar un núcleo de nacionalistas, armónicos en Economía, y á la caída de Don Alfonso, ser Gobierno. Esto puedo ser si consigo ser profesor de Economía en Madrid; si no, nada. Para esto me habría favorecido el ensayo de República; hay que sembrar sobre llovido. Se impone hacer una cruzada de moralidad y virtud políticas. Hay que tronar mejor que contra la organización actual de

la sociedad, contra los utopistas é idealistas, contra los que quieren derribar todo el pasado como reacción, contra los que quieren conservarlo todo y se oponen en absoluto á toda reforma. Es este un precioso momento histórico; ¿me ha reservado Dios en él algún papel que desempeñar? Yo lo siento dentro de mí; pero esto no basta."

En Julio del 73 le concedieron el premio Maranjes por su Memoria sobre la Costumbre. Más tarde empezó á asistir en la Universidad á las clases del Doctorado, de Derecho y Filosofía y Letras. Para que pudiese concluir D. Joaquín sus estudios tuvieron que vender sus padres una viña que tenían en Capella.

Capítulo XIV

1874

La vida política española.—Opinión de Costa sobre el matrimonio.—Giner le ofrece un destino.—Doctor en dos Facultades.—El premio.—La bondad de Azcárate.—¡Al fin, ganado!

"7 Enero 1874.

Continúo estudiando—dice Costa en sus emmorias—; pero tiemblo de pensar en los cinco meses que me esperan hasta Junio. Estos quince días de vacación han sido fecundos en dolores. En cuanto al Gobierno, derrotado el de Castelar por una votación de la Cámara, ésta fué disuelta á bayonetazos, y Serrano se ha puesto al frente del Gobierno tras el golpe de Estado; de modo que ya no habrá ley de *Instrucción pública*, ni reformas académicas, por ahora. ¡Qué fatalidad! Castelar era el único que estaba en lo cierto pidiendo una dictadura para hacer guerra á la guerra. Salmerón, derribándolo y derribando á la República, me ha dado un gran chasco: no lo esperaba.

Estas vacaciones tenía yo que trabajar muchísimo para la Memoria. Me había preparado con unos veinticinco volúmenes que me han prestado varios profesores de la Universidad, y para poder trabajar con desahogo dije á D. José *que si le parecía bien*, iría á vivir durante estas vacaciones á casa de Grau, para poder estudiar; pero le pareció mejor que me quedase, para que D. Ildefonso me viera á su mesa y se enterase de todo con todos los sentidos. Así he sacrificado la salud y el tiempo y parte del porvenir para satisfacer su vanidad. No tengo luz, ni espacio, ni silencio, sino todo lo contrario. He tetenido que trabajar de noche y dormir de día, y aun así el trabajo ha cundido poco, y he estado enfermo, y he sufrido moralmente de un modo horrible... ¡Cuánto trabajo para edificar un solo peldaño de la escala infinita!...

10 Septiembre 1874:

—¡Qué cinco meses! ¡Cuánto trabajar! ¡Cuánto sufrir!... Afortunadamente, habiendo cambiado de casa (calle de Belén 2), tuve cuarto independiente, con mucha luz y bastante silencio, pero al Norte, corriendo el viento dentro, sin fuego todo el invierno (D. José tenía chimenea de cok, y no fué para decirme nunca: "Toma ocho reales para cisco", aunque me dijo una vez que debía comprarlo) ¡Qué frío tan horrible he pasado! Hasta tenía que irme á á la cama antes de la hora para calentarme los pies ó estudiar allí.

En Febrero se publicó en la *Revista* el primer artículo de la Memoria; valió 15 duros menos unas pesetas. Los 15 duros ayudaron para las matrículas de Mayo (con los 22 que me enviaron de Graus). El

segundo se ha publicado en Julio, y sus 11 duros han de ser para el pago de la mensualidad de Septiembre, porque aunque los destinaba á ropa, don José se marchó á Graus sin dejarme un duro, y he tenido que pagar Agosto con dinero enviado de Graus (13 duros), y los siguientes con los artículos ó no sé cómo. El tercero está entregado para Septiembre, y tengo hecho el cuarto. Tal se va preparando el libro, que va á ser muy interesante y buena base para lo ulterior.

Estudiando día y noche, pude dar salida á mis asignaturas. ¡Qué mes de Mayo y de Junio! El maldito sistema de los apuntes me ha hecho perder el curso con ellos. Dos días tuve para estudiar y uno para repasar cada asignatura; para la *legislación comparada*, cinco días, y para Filosofía del Derecho, ocho días. Después hice el discurso del Doctorado en cuatro ó cinco días, lo presenté y quedé *doctor en Derecho;* el resto del mes y la primera semana del siguiente lo pasé en rehacer los artículos segundo, tercero y cuarto para la *Revista*. Por falta de dinero no me doctoré en Filosofía y Letras, pues tengo hecho el discurso.

Consiste éste en un estudio sobre la *Revolución española*, que hice porque quería enterarme de este interesante asunto y porque me servirá de preparión para un certamen de artículos en *La Ilustración Española y Americana*, con premios de cuarenta y de cien duros."

Habla luego del resultado de este certamen, y dice:

—Se presentaron doscientos y pico, y ninguno les gustó ni para *accesit*. Pero, ¿cómo iban á ente-

rarse de ellos, ni aun de los lemas, en seis sesiones? Y luego, mi trabajo (cinco artículos continuados) es altamente democrático, y los jueces resultaron poco menos que carlistas (Castro Serrano, Serra, Selgas, Tamayo, etc., etc.) Estos artículos, que han sido desechados, constituían (después del discurso del Doctorado) un libro de interés, pues creo que el tema es todavía nuevo, no ha sido aún bien tratado y será uno de mis primeros trabajos en mi nueva carrera, y no de los más infructuosos.

Desde el 7 ú 8 de Julio comencé á preparar la Memoria y programa para hacer oposición á las cátedras vacantes de *Derecho político y administrativo* de Oviedo, Valencia y Granada, y resulta un libro que será de interés cuando se publique como introducción al estudio del Derecho político (si gano las oposiciones). Trabajé mucho y cundió el trabajo en cantidad y calidad. Tengo muchas esperanzas. Ahora conozco (atendida la dirección y forma que he dado al trabajo) que me conviene más comenzar á trabajar y enseñar Derecho que Economía, aunque las dos cosas debo hacer, como Stuart Mill y otros (aparte de novelas, fisiología, botánica, etc). También me parece oportuno estar en provincias tranquilamente construyendo mi alma y renunciando á los bienes materiales, para luego venir á Madrid en momento oportuno *y abrir brecha en la opinión* sin necesidad de hacer tanteos, y poder comenzar á escribir un tratado fundamental político ya terminado lo de *Derecho consuetudinario*. Riñen en las oposiciones Mellado, Santa María, Lizárraga, etc., gente buena; algunos ya profesores auxiliares; de modo que van á ser difíciles y discutidas."

Luego, volviendo á sus intimidades, dice:

—Mata se quedó viudo .. y, ¡quién lo dijera!, se ha hecho carlista... y ¡horror, furor, terror!, ¡se va á ordenar de clérigo católico! En una carta que ha escrito últimamente á D. José tiene satisfacciones para Fuertes, Grau, Vidal, etc., sus amigos de política y de religión antes, y para mí, al aludirme, hablaba de su desdén por los racionalistas más que por los que crucificaron á Cristo. ¡Santo Dios! ¡Mata carlista y cura! ¡Qué cosas, qué cosas! No se puede creer, ó vaga en nuestra atmósfera una enfermedad contagiosa y de misterio. Pero, ¡qué de disgustos he de dar á estos canallas clericalescos que crucifican á Cristo y su doctrina todos los días! Por ahí comenzaron casi todos: un pesar muy grande, misticismo repentino, ceguera, apostasía de su razón, y... órdenes sagradas. Á los pocos años renovación de las exigencias pasadas, lucha entre ellas y los votos, cisma, ó herejía, ó cosa peor. No he tenido tiempo de escribir para decirle que cumpliría mejor sus deberes para con Dios viniendo á Madrid (ahora que tiene establecimiento é intereses) á buscar á su primera y abandonada esposa, que esposa era, pues mediaba promesa hecha, no ante el juez ni ante el párroco, que vale poco, sino ante la conciencia, que vale más que ellos, y ante Dios, que vale más que todos. Y no por interés ni por exigencias de familia, sino por amor y por llamamiento del cielo. Su tercera esposa (la Iglesia ¿!) le perdonará el olvido y abandono de la primera, el haber roto en pedazos el alma de ésta, fuertemente ligada á la suya; pero Dios, que perdonó á la pecadora porque amó mucho, no perdonará al pecador que se burló

del amor de una inocente con quien partía el pan, á cuyo lado estudiaste y cuya desesperación supiste resistir escuchando sus sollozos oculto en una alcoba!!... Estas cosas me indignan: escribir tales noticias en tiempo en que los clerico-carlistas espantan á Europa con sus repetidos crímenes!"

Después, volviendo á su vida privada, dice:

—Los apuros de este curso han continuado en aumento. El año pasado dije á Giner que me buscara algo. En Abril ó Mayo me envió á llamar para decirme que si tomaría un empleo de escribiente de 4.000 reales en el Ministerio de Hacienda, caso de que pudiera disponer de él; entonces fué cuando le dije que había tenido 14.000 reales hace siete años. Le contesté con las dificultades que tenía para mí su desempeño, porque no iba á poder terminar los cursos, y que esto me sería muy sensible, á pesar de que necesitaba aun esa miseria. Y como me dijese que podría trabajar en casa, quedamos en que sí. Pero hice que comprendiese que no me gustaba (á pesar que dijo que como había pasado por muy estrechas circunstancias, sabía lo que eran necesidades y apuros y que en ocasiones lo poco era de recibir), ó que realmente se aguara, algún tiempo después me dijo que ya lo había cogido otro."

Dos meses después había concluído Costa las dos carreras, hasta el Doctorado inclusive.

29 Septiembre 1874:

—Á cada paso un tropiezo, si no dos. ¡Qué desgraciada suerte la mía! Otros años las oposiciones á premios extraordinarios eran á últimos del mes; este año han sido el 26. Ignorándolo yo, fuí á la Universidad el día 26 mismo; pero á la una, cuando ya ha-

bían dado principio las oposiciones á las diez. Sin saber qué hacer voy al punto á buscar á Azcárate y me encierro en el aula. En cinco cuartos de hora hago unos preliminares magníficos. Cuando iba á entrar en materia me interrumpen, porque es la hora, y á pesar de que sólo pido un cuarto de hora más, me es negado. Azcárate y Comas propusieron que se celebrasen los exámenes otro día, con las debidas formalidades; pero se negó Colmeiro. Así es que leída la Memoria, lo más que se pudo lograr fué dar por no hecho el ejercicio, á fin de que no constase y se me consintiera volver al examen. Sin embargo, Azcárate lo sintió infinito, indicándome acudiese al decano pidiendo se señalase otro día para los ejercicios; pero poniéndome de acuerdo con Colmeiro y Comas. Aquél, en paz con su conciencia, quería salvar las apariencias; éste, importándole poco las apariencias, quería no ponerse mal con su conciencia. Así es que me costó bregar y sudar con ellos para arrancarles un medio consentimiento con mil condiciones. Hago la instancia al decano Madrazo, viéndome antes con él, y dice que lo pasará á infor. me del tribunal; se ve con Colmeiro y resuelve que no es de su competencia sino de la Superioridad. ¡Cuánto viento, cuánta vanidad, cuánto formulismo en esta raza de leguleyos que no tienen un adarme de Derecho en sus conciencias! No hay misericordia, ni equidad, ni les importa que otro sufra, estando ellos ricos; ¡con qué impasible frialdad firman el "no ha lugar", por más que á otro le vaya la vida, sólo por no esperar ellos media hora! ¡los reyes! Toda la ciencia que tienen sólo les sirve para ser más injustos, para agarrarse más á la ley como vara

inflexible igual para todos los siglos, hombres y circunstancias."

He aquí otro pasaje muy interesante de las memorias de Costa:

—Hoy se han celebrado las oposiciones para profesores auxiliares en la sección administrativa; el tribunal era Madrazo, Colmeiro y Figuerola. Han dado los dos primeros números á los dos que eran profesores auxiliares el año pasado (Pérez de Vargas y Santa María), y á mí el tercero; éramos cinco. ¡Siempre Santa María! ¡Por todas partes Santa María! .. Hay sólo una clase vacante: la de Moreno Nieto. Por este lado me alegro que no me toque ninguna, porque tendré más tiempo para estudiar, aunque por otro lado lo siento, porque estoy agotado y ahogado y no sé por dónde dirigirme para sacar con qué pagar el mes que entra. Es una desesperación. Las botas agujereadas, el chaleco, pantalón y gabán es una vergüenza, no tengo real y medio para cortarme el pelo, ni dos cuartos para un sello de guerra, ni tres reales para papel sellado, ni dos cuartos para sobres é hilo y debo sobres, papel, reales, etc., etc. He vuelto á una de las peores situaciones."

27 Diciembre 1874.

—Se resolvió el conflicto del premio: Obtuve del director de Instrucción pública (Moreno Nieto) prórroga para el ejercicio y éste se llevó á cabo y me dieron el premio; creí que no sería por unanimidad y lo fué. Pero el segundo conflicto continúa. Todavía no he podido pagar los duros que ofrecí á los mozos el día del premio. D. José me envió ocho duros y reñimos una batalla en tres cartas que son

monumentales, por su despecho y su vanidad las unas, por su dignidad y recto sentido las otras."

Como la filosofía y la falta de dinero suelen andar parejas, el grande hombre hace aquí un estudio muy interesante á propósito de sus amigos y de su particular situación.

Copiamos algunas de sus más notables ideas.

Hablando de un íntimo suyo, dice:

—Yo le he dado lecciones de moral práctica, del bien por el bien, de moderación y de templaza, que han debido arrancar de su corazón católico quejidos de honda pena. "¡Los racionalistas son mejores que nosotros! ¡Son más humanos y más divinos que nosotros!" Esto debió decir cuando comprendió que yo afirmaba, aunque indirectamente, que él pregonaba sus beneficios por Graus á fin de satisfacer su vanagloria. Se retorció como una culebra á quien aplastan la cabeza. En la carta se revolvió contra mí. Pero por el tono se comprendía que aquella noche, á solas en su cama, hubo de revolverse contra sí mismo."

Costa, pues, se declara racionalista en el párrafo precedente. Por eso hemos juzgado interesante su resolución.

Interrumpiendo sus soliloquios filosóficos, exclama después:

—Respecto de lo demás, mi padre me envió ocho duros. Después me envió trécé, y dice me enviaría otros trece para completar el pupilaje del mes pasado. Estoy en cueros: no tengo pantalón para salir de casa. Giner estuvo malo, y para ir á verle tuve que ponerme uno que hasta para casa había desechado por roto. Su color obscuro disimulaba más

la vejez que el otro claro de los diez y ocho meses seguidos. Le falta el trasero, y no tengo calzoncillos."

Otro día, aciago, dice:

—Como debía tres duros á Modesto, no tenía ya para comer, le di dos duros de los 48 reales que me envió para pagar el semestre adeudado de la Revista de la Universidad, y ahora tengo miedo de que venga el cobrador y me coja *in fraganti delito*. Estoy estudiando todo lo que buenamente puedo (que no es mucho, por lo monstruoso del programa y la premura del tiempo) para la oposición, escribiendo las lecciones, usando al efecto libros de la Biblioteca; pero algunos días no tengo papel y he de revolver los cuadernos antiguos para arrancar la hoja ú hojas que quedaron en blanco; y eso que gasto costeras de á real: rebusco lo que dejé cuando no podía estar peor. ¡Cómo estaré ahora!... Escribo con plumas de otro, porque yo no puedo comprarlas.

Y soy doctor en dos facultades. Y escribo libros. Y llevo un mundo de colosales proyectos dentro. La patrona ha vestido á su hijo de seis ó siete años, que apenas sabe hablar, con sombrero de 40 reales, botas de 40, gabán de 90, tapabocas, cuellecillo alto, etc.; total, unos 18 duros; más de lo que el niño vale; y su marido gana 20 duros cada mes para pagar el alquiler de la casa; y con los huéspedes tiene que mantener á tres hijos y dos criadas y pensar en un hijo más por cada dos ó tres año que pasen, y acaso con una disminución de sueldo y de huéspedes. El mismo mes, el mismo día atormentaba á éstos para que la dejasen dinero; tenía

empeñadas hasta las mantas de la cama, debía dinero á varios amigos. Y yo pensaba: con 40 reales se podían comprar cuatro gorras; con otros 40, cuatro pares de zapatos; con los 90 reales cuatro pares de delantales para otros tantos niños que van desnudos y un pantalón, un par de calzoncillos para el pobre doctor! Si algún día mis hijos siguen el primer camino por culpa mía ó de mi mujer y no el segundo, aunque yo fuese ministro, que Dios los saque del mundo, para que no sean piedra de escándalo al cielo y á mí me castigue terriblemente para que sirva de escarmiento á la tierra!

Mientras tanto, ¡qué angustias pasarán en mi casa para proporcionarme aquellos duros y con qué ansia esperarán que salga en la *Gaceta* el reglamento de oposiciones y empiecen éstas! (D. Joaquín se refiere indudablemente á las oposiciones al Notariado.)

¡Qué angustia si luego no consigo nada!

Capítulo XV

1875

La entrada de Alfonso XII.—Rey para diez ó doce años.—Una epopeya.—Pozo sin fondo.—La cátedra.

Llegamos con esto al año 1875. Sus intimidades nos siguen ofreciendo ancho campo de interesante observación.

Escribe Costa en uno de los capítulos en sus memorias relativas al año aludido:

14 de Enero.

—Hoy he presenciado la entrada de Don Alfonso XII, proclamado rey por el Ejército el 29, 30 y 31 de Diciembre último. Ha sido un magnífico recibimiento, porque las clases media y la nobleza, espantadas del pasado (desde 1869) y temerosas del porvenir, al verse con su rey casi de improviso han echado la casa por la ventana. El entusiasmo ha sido fabricado, pero fabricado por los cantonales y por los carlistas, con las muestras que han dado de su gobierno. Tenemos rey para diez ó doce años. Mis pre-

dicciones se van cumpliendo. Hoy estaba viendo la magnífica entrada con el pantalón roto, pedestremente, como un número, un actor de relleno. Casi me han estrujado."

Poco después sigue escribiendo:

—Gran notición: una de las novelas histórico-científicas nacionales se ha ido desarrollando, ha crecido como una semilla que nace y se agranda y ha resultado una novela humana á la vez que nacional, el Quijote de la civilización nueva, pero positivo, afirmativo y además armónico, como lo requiere la nueva edad. La fórmula de la síntesis que presintió Cervantes, pero que no realizó porque en aquel siglo era difícil, está encontrada: ¿sabré desarrollarla? Dios lo quiera. ¿Tendré tiempo para ello? Dios lo haga. Por ella sacrificaría las otras seis novelas. Y precisamente sobre un argumento nacional tan simpático para mí como la revolución de Francia y de España. España es la humanidad sintetizada, una representada en Justo de Valdedios; Francia es la humanidad de la contradicción, de la oposición sin síntesis, representada en otro sabio vano: Fernando *el Vil* es el genio del mal. ¡Dame fuerzas, Dios mío! ¡Inspírame, razón suprema! Ya no se trata de libros de caballería, sino de la vida real, de las luchas por la libertad; ya no se trata de flagelar á los malos predicadores, sino de animar la verdadera racional filosofía, de hacer la epopeya de nuestra edad. La moral, la religión, la ciencia, el derecho, el arte, la economía, toda la vida representada en un grandioso episodio de la historia de la humanidad, expresada por un sencillo argumento, pero interesantísimo. ¡Qué escenas pintan los mar-

tirios de la humanidad! No necesito acudir al lenguaje de Shakespeare. La grandeza nace de ellos mismos.»

Luego, añade:

—He fijado el proyecto al mismo tiempo que el nieto de aquel rey-monstruo entraba en España y se sentaba por vez primera en el trono.

El 13 de Enero de 1875 publicaba *El Imparcial* lo siguiente: «Emilio Castelar sale el sábado para Suiza.»

Comenta Costa:

—Él ha perdido una república y encontrará otra. Pero nosotros, más desgraciados que él, volvemos los ojos á nuestra patria, buscando otro Castelar y no lo encontramos. (¿Es porque realmente no lo hay?)

25 Febrero 1875.

—Asediado por las mismas dificultades y por las mismas angustias; torturado por las que llenan las últimas páginas del anterior cuaderno, pero también sostenido por las mismas esperanzas. Mi padre ha pasado el límite de lo posible y se ha rendido: he tenido que escribir pidiendo dinero á D. Julián Díaz y á D. Domingo del Campo. El primero me ha prestado quinientos reales, el segundo me ha respondido que no tiene: me alegro; una montaña menos de merecimientos que remover y que incensar, porque en este renacimiento y recondescencia del individuo primitivo, el más exiguo beneficio se reputa tan colosal esfuerzo que no hay mundos bastantes á pagarlo. Aguantemos *sic facta idvenunt:* hemos nacido ahora y no antes ni después. Él sabe por qué. Después de todo, prefiero luchar aquí á podrirme en una Bizancio; amo más á mi siglo que á la mayo

parte de los siglos, porque es siglo de combate, y el combatir me agrada únicamente, que si con el combate lo antiguo cae, lo nuevo se levanta y la humanidad progresa. Los vendavales continuados llegan á humillar la soberbia de la robusta encina, la tirantez permanente quebranta la elasticidad del arco, rompiendo sus fibras. Y yo he sentido más de una vez quebrarse las fibras de mi alma. Menos mal, si mi mal hubiera sido todo mío; pero siempre lo ha acrecentado la relación, ya de mí á otros, v. gr., á mi familia, ya de otros á mí, v. gr. Mata, Mur, Rubio... En fin, pase; pero ver sufrir y ser impotente para dulcificar el sufrimiento ajeno, es horrible. En el largo calvario de mi vida casi nunca me han faltado compañeros; pero más afortunados que yo, todos se han ido orillando; unos porque han muerto, otros porque han cedido al peso de la adversidad y de la convicción racionalista han pasado al escepticismo; otros han hallado su puerto; yo sólo he sufrido invariablemente mi camino de amargura, doblándose á cada paso los dolores y doblándose igualmente la sensibilidad para que fueran mayores sus estragos. Si no me hubiera alentado la esperanza, ¡cuántas veces no hubiera renacido el criminal intento de hace tres años! Pero ya pasó. ¡Adelante, adelante! ¡Bebamos las últimas gotas... las últimas! ¿Las últimas, dije? ¡Ay!; que no he principiado todavía, y soy pozo sin fondo. El propósito me justifica; pero, ¿quién me asegura el éxito? Mis amigos pronto dejarán el campo, victoriosos; me tocará á mí todavía proseguir el mismo papel, ni vencedor ni vencido, siempre con los laureles verdes incitándome, pero siempre fuera de mi alcance...

Luego cambia, brusco, de inspiración y escribe:

—Pero, ¡insensato de mí! ¿De qué me quejo? ¿Quién me manda poner la vista más lejos de donde consiente mi poder? Por ventura, ¿he tenido jamás ninguna? ¿He podido hacer jamás lo que creía debido para mí? Siempre á merced del acaso, juguete de mil vientos, náufrago en todas las riberas. ¡Cuántas veces he andado y desandado mi camino, ignorando mi suerte y mi destino, hasta que me lo ha dado á conocer, no sé si demasiado tarde, una serie de casuales coincidencias! Ahora se va á decidir mi porvenir: una humilde cátedra de una Universidad humilde, escondida en un rincón de Europa; ésta ha de ser la semilla de mi obra, la piedra de mi cimiento; si ésta se desmorona, soy perdido; juego á esta pobre carta toda mi fortuna. *Alea, jacta est.* ¡Sobre cuán frágiles cimientos descansan los proyectos, y, si se quiere, las ilusiones de los hombres, y cuán leve y delgado es el hilo de que pende nuestra existencia! Porque, ¿qué otro camino se me abre si éste llega á cerrárseme? Ninguno que sea de razón, ninguno, porque no puedo esperar. ¡El agua me llega á la garganta, y á otros ahoga el exceso de riquezas!"

Luego, añade:

—Hoy he contestado á Mr. Tower, que me escribió desde Frankfort recordando que no se ha olvidado de mí, á pesar de no haberme escrito en año y medio que hace que se marchó. Es un joven excelente. ¡Qué lástima que no posea yo lo que él gasta en medio año! ¡Que no pueda proporcionarme los medios de instrucción que á él le sobran! Quizás sea un buen intermediario para traducir en los

Estados Unidos alguno de mis libros; lo invité á venir á Aragón este verano á estudiar literatura española conmigo y á visitar los Pirineos."

Nos parece también interesante copiar lo que piensa Costa de sus amigos íntimos, porque ello nos da fiel reflejo de su alma. Dice:

—Otro buen amigo es D. Modesto. á quien ha engrandecido, sin transformarlo, la filosofía, en el espacio de un año, pero á quien abate el infortunio. Ha estado sobrado de bienes y ahora le falta hasta la esperanza. ¡Cuánto daría por aliviar un poco la carga de sus dolores! Es ya casi el único amigo, aunque el último; pero, ¡ay!, que yo estoy como el necesitado de alivio y no puedo hacer sino devorar en silencio mis pesares y sus pesares, ahogando todas las explosiones del afecto, porque carecen de material con que alimentarse. Corazones como el suyo han hecho falta en la política hace dos años. Hoy sólo sirven de potro á quien los lleva, y es pobreza de espíritu ser generoso, entusiasmarse y reñir por una convicción. ¡Ay siglo mío, siglo XIX! Has ido recogiendo todas las tristezas y todas las amarguras de la Historia y las has arrojado sobre nuestras cabezas como un bautismo de fuego: la Historia se purifica descargando sobre nosotros sus escorias. Para nuestros venideros aparecerá puro y radiante el sol y soplará la brisa sin tempestades. No te maldigo no, siglo mío, porque haces de nosotros otros tantos Cristos que llevamos en nuestras espaldas los pecados de muchos siglos y bebemos el vinagre y la hiel que amargan las aguas del progreso, y sufrimos el frío de la nube que obscurecía el sol de la Historia, para que á nuestro calor se

disipe, y la humanidad (la Humanidad, que no nosotros) prosiga más en paz sus inmortales destinos."

El 10 de Marzo del 75 escribe el gran español:

—Escribo bajo los techos de la casa de D. Modesto, que aquí me ha traído para un mes: primero, la nesesidad de paz para estudiar este mes, que será probablemente el último de los preparativos para la oposición; segundo, la necesidad de gastar menos que hasta aquí, que siempre será más de lo que puedo: cinco duros pedí para comenzar y pronto tendré que pedir tres á D. José. Y con esto pasaré el mes. Pero, ¿y el que viene? No sé si en la *Revista* de la Universidad publicarán este mes mi artículo ó la mitad; si no será fiado. D. Modesto me ha recibido en su casa como no merezco. Era generoso y ahora lo es más, porque la filosofía es más social, más religiosa que la religión misma, más cristiana que el catolicismo. D. Modesto se va ahora á Jaca á desempeñar su antiguo ministerio de canónigo; pero con la diferencia que entonces era con fe y ahora con la misma del actor que representa el papel de rey: no cree ser verdaderamente rey; sólo sabe que eso le da de comer. ¡Con qué repugnancia vuelve á ceñirse las vestiduras del culto, único elemento que queda en pie del catolicismo! ¡Y qué extraño!; el fósforo apagado cabe en una caja negra, pero la mecha encendida se ahoga y desfallece en esa linterna sin cristal que no da libertad á la luz para que se difunda. Deplora la solución de los conflictos entre la Iglesia y el Estado, porque le ponen en camino de Jaca, mientras tantos y tantos otros afortunados que siguen en la obscuridad habrán doblado las campanas, no por

la restauración de la Monarquía, sino por la restauración del presupuesto eclesiástico, que les permitirá poner chorizo á las judías y suscribirse al empréstito de Don Carlos. Después de todo, ¿porqué no? ¿No vivimos en un carnaval eterno, cada día disfrazados con un nuevo traje, nosotros, los tristes y angustiados hijos del siglo XIX? El carnaval es el pasado. No le queda sino el traje; el porvenir es serio, y apoderado del espíritu constituye toda nuestra vida: luchan en este período de transacción, el uno por posesionarse de la forma como se ha posesionado del fondo, el otro por recobrar el fondo que ha perdido, y seamos nosotros el campo de batalla y suframos los estragos, pero no perdamos la esperanza: el bien siempre triunfa. Lo que pasó ya nunca se señoreará del campo perdido, y el triunfo tanto es para la Humanidad como para el individuo, definitivo para aquélla, intermitente y temporal para éstos; hoy parecemos vencidos y mañana pone la fortuna en nuestras manos el laurel de la victoria. Pero la fortuna no es del todo ciega, ni refractaria á la solicitación; mientras dura el vencimiento bueno es tener dos cosas: *esperanza* que aliente é inspire (al desesperado y apremioso puesta la alianza en general epidemia); *perseverancia* en el trabajar, á fin de estar preparado á todo evento, porque no se sabe el día ni la hora. Á D. Modesto le falta buena dosis de lo primero, como me ha faltado á mí mientras he hecho el duro aprendizaje del sufrimiento. ¡Ay, también la esperanza es fruto del estudio y del trabajo! ¡Á fuerza de sufrir he aprendido á esperar y espero que Dios se compadezca al cabo de mí y no arroje más obstáculos en

mi camino y no me cierre aquel claro que he visto abrirse en el cielo y que me anuncia próxima bonanza!

Anteanoche fuimos á casa de *Salmerón*, el ex presidente de la *República*. D. Modesto iba á despedirse de su amigo. Yo acompañándole á ver un maestro, que junto con Giner han despertado en mí una nueva vida; hablamos de lo que D. Modesto debe hacer, de mi Memoria de la Universidad, de la política española. Sobre esta última tan pesimista y escéptico como Giner, y en verdad que con semejante escepticismo no podía salvarse en sus manos la democracia. Son buenos profilácticos, pero malos médicos, y médicos es lo que hace falta en la política de este siglo, no *representantes voluntarios*, no pilotos para tiempo de calma, sino tutores, hombres excepcionales, y esto no lo alcanza porque el pueblo está pervertido, porque el Ejército tiene la organización antigua. Creer que no hay remedio y soltar el timón. Valiera más no haberlo conocido antes y no haberlo empuñado. El que no se sienta con fuerzas que se retire, como hacían los grandes capitanes de Roma en la guerra de Numancia; no faltaría un niño, un Escipión que dijera: "Yo me atrevo."

En suma: me pareció un político desproporcionado para las circunstancias de nuestra política, y cuando dijo que los aragoneses se habían distinguido siempre y aun hoy por su talento político, dije para mí que tenía razón. Espero probárselo: primero, en el discurso del doctorado (sobre la Revolución española); segundo, en otra parte (¿en las Cortes, en el sillón de la *dictadura?)*

24 de Marzo de 1875.

—¡Qué agonía! ¡Qué de contradicciones sin fin! Tres años, tres oposiciones iniciadas sobre la fe de tres decretos, y los tres pisoteados y desconocidos los derechos de expectativa adquiridos á su sombra. El domingo me dijeron que ya no iban á celebrarse estas oposiciones hasta Octubre; corrí al día siguiente al ministerio, vi á Cardona el lunes y casi lo desmintió; pero el martes Macanaz casi me lo confirmó, y así Moreno Nieto, que hablé muy mal de estas gentes, á quienes llamé indignos é ignorantes. Le pedí que se interesase con ellos para que se celebren en este curso, porque á mi petición no quiso ceder el tal director. He buscado á Lizarraga y Santamaría para ver al ministro de Fomento y á Cánovas; pero aún no ha venido Lizarraga, y Santamaría ha venido á decir que le urgía un negocio, y sólo Mellado ha quedado en enterarse por un amigo suyo de los propósitos del ministro Ossorio para el lunes, y en vista de ello ir á verle ó desistir. Esto es ya seguro ó poco menos. ¡Soberbio negocio! El mismo domingo en que me llegó la noticia tuve carta de Lasierra, recomendándome que fuera á visitar de su parte á D. Juan Cavero y á D. Fermín Abella. Mañana le escribiré que me envíe cartas para ellos.

El 25 de Marzo del 75 dice:

—Hoy escribí á Lasierra; la carta es digna por su razonamiento, satírica y elegíaca por la forma, aunque breve. Expongo el por qué de la empleomanía. Cómo extrañar que la haya cuando á mí, ¡á mí!, me precipitan las torpezas de los partidos en esa vertiginosa corriente de la empleomanía.

Añade tristemente:

—Buen golpe en casa cuando sepan que ya no hay oposiciones este curso."

¡Que no hubiera un solo instante de felicidad para este hombre! ¡Siempre la misma incertidumbre! ¡Siempre el mismo calvario de dolores!

Capítulo XVI

Siguen las luchas.

Una credencial.—Brutalidad contra Giner.—La patrona está fresca.—Oposiciones chiquitas.—La señorita F...—Gana las oposiciones.—África no será española.—¡Sin el número uno!

Como se difería la hora de celebrar aquellas oposiciones que constituían toda la esperanza del grande hombre, alguien le ofreció una modesta credencial en Ultramar.

He aquí cómo comenta D. Joaquín el suceso:

4 Abril 1875.

En vano lucho por mantenerme en mi campo neutral y guardar inmaculado el manto de mi virginidad política para que el día de mañana no pueda nadie echarme en cara la menor mancha. ¡En vano!; porque me empujan y acosan de todos lados las circunstancias, forzándome á beber el cáliz y á pasar por el conflicto este, entre las convicciones, las ideas y la apariencia exterior y la coacción de la forma, es decir, á preparar deliberadamente, con

pleno conocimiento, la *inconsecuencia* de mañana, según el lenguaje usual, ya que no según la razón, que la razón seguramente no remuerde después de tantos golpes. Antes de venir la credencial que me prometen, cuando quizás no venga, ya experimento todos sus efectos como si realmente existiera y fuese de ascuas fabricada, me quema, me abrasa el alma; cuando entraba en la casa de Correos me parecía ir al Matadero, y cuando fuí al Ministerio de Ultramar creía que me llevaban á la picota. Cuando las gestiones no dan resultado me alegro—alegría sobre fondo de dolor—. Y cuando pienso en la posibilidad que no sean estériles, me entristezco y empavorezco. ¡Dolor causado por lograr aquello mismo que se busca! Siempre la misma situación de conflicto y de contradicción. ¡Siempre! Pero, ¿no acabará jamás?

Habla luego de un decreto sobre la enseñanza:

—Una última nota que conviene hacer resonar aquí contra un decreto estúpido dictado por el Gobierno en perjuicio de la enseñanza y de la dignidad de la Ciencia: el 25 de Febrero último protestó Giner, y Giner, enfermo, fué arrancado de su casa á la una de la noche y llevado en tercera clase á Cádiz, para ser embarcado á Canarias ó Filipinas. Este rasgo de bestial arbitrariedad ha indignado á la opinión, y otros profesores han protestado como Giner, Azcárate, Salmerón, González Serrano, Linares, Calderón, etc., los auxiliares y algunos hasta dimitieron. Los estudiantes firman también una protesta contra el decreto y contra la prisión... Probablemente saldrá de aquí una crisis ministerial. ¿Parcial ó total?

14 Abril 1875.

—Me parezco en mi fiebre á la palma del desierto: la raíz en la arena abrasadora, la copa en las nubes; abajo la fiebre del hambre, arriba la fiebre del ideal.

14 Mayo 1875.

—Hoy he cobrado una letra de cien reales que me ha enviado Mosén Lucas. Podré algún día reñir con él, podrá excomulgarme; pero tengo que agradecerle estos cinco duros más que á D. José sus 10.000 reales. Dice: "Gustoso te mandaría más; pero por hoy no me es posible, pues concluído de recibir lo del mes de Febrero ya queda invertido el haber: con esto, con aceite para la iglesia y lo que he remitido á los pobres padres (los suyos), que se ven apurados para los pagos y gastos de la hacienda, que todo tienen que atenderlo á peso de dinero, y del vino este año no sacan casi nada; todos son apuros."

Lamentando el rasgo de su pariente, exclama:

—En verdad, en verdad, que hay diferencia con los curas asesinos que manchan con su planta las generosas montañas del Pirineo y de la cordillera Penibética, cazando hombres y cometiendo crímenes diariamente. Y yo, ¡qué mal estoy! ¿Cómo voy á pagar el pupilaje de Abril, Mayo y Junio, los veinticinco duros de D. Julián, hacerme un traje de verano, etc.? Ya me ha pedido dinero la patrona; pues ¡está fresca! Me prometió el secretario nuevo de la Universidad que en el número de este mes saldría mi artículo cuarto, íntegro, que valdría unos diez y seis duros, y estoy en ascuas porque ha pasado el 12, 13 y 14 sin venir las pruebas.

Más tarde decide Costa hacer unas pequeñas oposiciones:

—Habiendo visto que sacaban á oposición varias plazas de oficiales letrados de la Administración Económica "con 10.000 reales de sueldo", he resuelto tomar parte en ellas como resuelve el náufrago agarrarse á una barra candente: primero por ver si logro cobrar alguna mensualidad de algo que parezca dinero este verano, y segundo, para tener un refugio en el caso de que me den calabaza en la oposición de las cátedras. Esta noche he presentado la instancia. Pero es tan áspero lo que hay que estudiar, que ya me duele la cabeza antes de coger los cuadernos: Deuda pública, Clases pasivas, Aduanas y comisos, Débitos de Hacienda, Legislación hipotecaria y Notariado, impuesto de traslado de dominio, etc., etc.

Leed una intimidad ahora:

—Pero, ¡qué dificultad para estudiar esos cuadernos de apuntes! Sostengo una perpetua lucha conmigo mismo; no puedo sujetar la atención á que recoja y grabe en la memoria los detalles de legislación positiva, y continuamente se huye y vuela al campo de los proyectos de reforma de la Administración y establecimiento en ella de los principios racionales de justicia; anteanoche estaba estudiando las Clases pasivas, pero sin poder salir de una página, como el bocado de comida rueda por la boca cuando por inapetencia no podemos tragar ó no lo admite el estómago, porque le causa asco; pero no tuve pereza, sino gusto, en imaginar y apuntar un proyecto de restablecimiento é idealización de los montepíos antiguos en una Asociación Libre patrocinada sólo por el Estado, pero sin ser dependencia suya, que sería base ó fragmento precioso y

grande de la futura organización económica: me parece magnífico.

El mismo día en que hice este proyecto he hallado la *ley de la división terciaria de la regla jurídica* (para el 5.° artículo), que me traía preocupado tanto tiempo ha, no acertando á conciliar las formas de la actividad jurídico-legislativa (espontánea-reflexiva, etc.) con las formas orgánicas ó referentes al organismo (sinergl.ª anerg.ª, etc.), ni, por tanto, alcanzando á determinar la naturaleza del plebiscito que yo me empeñaba en calificarlo de costumbre y Giner en que no; y claro, el plebiscito es forma terciaria y la costumbre secundaria. No había paridad... Después de todo, estas cosas me sostuvieron y aún me alientan; ya voy dejando los andadores en este libro y son ya varias las doctrinas y teorías nuevas que hay en estos artículos 4.° y 5.°; surgen muy laboriosamente y despacio, pero por lo mismo más sólidas y vigorosas.

Más adelante:

—¡Qué triste noticia! La cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid, renunciada por Castelar, sale á oposición. Yo no podré hacerla á la vez á Derecho político y á Historia de España; ¡qué calamidad!; tantos años sin nada y ahora todo á la vez; atonía y plétora; podía haber sustituído á Castelar en su cátedra desde un principio para acabar sustituyéndolo en otra parte con mejor derecho y con más fortuna. Pero, ¡qué remedio!

Vuelve después á hablarnos de míster Tower:

—Míster Tower, mi discípulo norteamericano, ha sostenido correspondencia conmigo. Yo le he insinuado, y acepta, el tomar á su cargo la traducción

de mi *Derecho consuetudinario* y de mi *Revolución Española*. Va á dar la vuelta completa al planeta y llegar á su país en lo fuerte de la Exposición universal de allí. ¡Qué feliz haber nacido con tantos medios de instrucción!

Y ahora hallamos una interesante página, de íntimo y poético aspecto amatorio:

—Esto es una amistad; hay otra, la de F..., más vecina, más estrecha, más afectuosa. ¡Que no haya nacido al par de mí ó después! No hallaré otra F... para completar mi personalidad en la familia. Le digo *mother*, me dice *son*, y de esta suerte ha crecido nuestro cariño al punto que ya no parece de *mother and son*, porque la relación y subordinación que ésta entraña parece que se tomará en relación de igualdad. Es amor compuesto. Todas las jerarquías del parentesco doméstico se alían con él, al modo de Jean Valjean y Cosette. Pero cuando reflexiono, comprendo que no puedo quererla para mí. Ella, pienso, ha entrado en esa senda... Sin esperanza. Ha sufrido tanto, que cuando ha encontrado por primera vez un corazón que en absoluto se entiende con el suyo y podía llenarlo, con ser tan inmenso se ha conmovido y vivificado, como las cenizas calientes cuando las sopla el viento. "¡Si no fuera tarde!", dice ella, á media voz y para sí. "¡Si no fuera tarde!", digo yo. Debe derramar muchas lágrimas. ¡Pobre! Nos hemos unido por el camino de las desgracias; espinas han prendido los corazones. En su compañía paso cada dos días un par de horas, descargando la cabeza de la horrible presión que me produce el estudio ingrato de lo de Hacienda y cargando de afectos el pecho, ¡seco por tantos años!

Sin embargo, si yo hallase un opuesto á mi persona y F... fuera el vértice común, el Espíritu Santo, compañera de estudios y trabajo al par que educador de mi opuesto. ¡Ay ilusión! Sería demasiado amar; ni lo uno ni lo otro me será dado. Gran recompensa sería al cabo de tanto padecer; pero, ¿quién sabe si la merezco?

6 Junio 1875.—El 23 vino D. Modesto, y ese día precisamente principié las oposiciones de oficiales letrados. Anteayer sufrí el primer ejercicio y quedó cerrado para principiar el segundo en la semana que entra. ¡Qué medio mes he pasado tan infernal, tan diabólico! En trece días no he ido á ver á F... y apenas he tenido una lágrima ni tiempo para llorar. ¡He quedado seco de cuerpo y alma! ¡Se han reunido tantas torturas! Necesitaba libros, no podía comprarlos, no podía hacerme socio de la Academia de Jurisprudencia ni ir á la Biblioteca; pasaban los días vertiginosamente, crecían mis apuntes y se complicaban; mi memoria se negaba á retenerlos, porque el espíritu no atendía; se echaban encima tres meses de pupilaje; la clase de Historia de España me rodaba por la cabeza, pero no tenía diez duros para los ejercicios ni podría estar aquí en Junio, ni dejar de estar... no podría dormir sino cuatro horas, y últimamente dos, resistiendo á fuerza de tazas de café, con la cabeza atada porque se me abría, solicitada por cien opuestas corrientes, el último día con multitud de materias desconocidas aún y sin encontrarlas en los libros ó encontrándolas, pero con tal extensión, que se hacía imposible leerlas porque llegaba la hora de ir á examinarme. Silvela dando óptimos informes de mí y creando absurdas esperanzas en

el tribunal, muchos condiscípulos esperando mi turno para oirme, otros chiquillos licenciados que hicieron muy buenos ejercicios, otros que los habían hecho muy malos, infinidad de preguntas sobre varios reglamentos que no había podido leer, haciéndome temer cuatro ó cinco planchas de las diez preguntas que me tocaron. Por otra parte, el resultado de la oposición, con la cual ya no podía lograr el primer propósito de tener dinero este verano y dejar malogrados los sesenta ó setenta duros de los exámenes y deber tres meses de pupilaje, y mi padre cojo de una pierna. ¡Qué noches, qué días! Horas como las diez y seis desde las doce de la noche á las cuatro del día 4 no recuerdo haberlas pasado jamás; miedo como el que pasé al entrar en ejercicio, vacilaciones como la que sufrí hasta el momento crítico, sobre si presentarme ó no, no los he visto nunca en mi azarosa vida, en presencia del tribunal, de Silvela, de Rico, de mis condiscípulos, exhausto de todo recurso, llena de esperanza mi familia, medio muerto yo de puro estudiar.

Añade:

—Al fin salí como pude, sin hacer planchas, al menos manifiestas. No contesté directamente algunas preguntas, pero no callé.

Insiste:

—No sé si al fin me decidiré á tomar parte en las oposiciones de Historia de España, de Madrid. Giner dice que debo; pero no puedo disponer de mí porque me faltan dineros... Por si acaso voy á preparar el discurso del Doctorado de Filosofía y Letras; si los he de sufrir tendré que empeñar la

capa de Vicente, porque ni aun capa de empeñar tengo, mientras que á todos debo.

Se refugia luego en el amor de F...

—He vuelto á ver á F... Está tristísima y desmejorada; tiene que contarme, dice, cosa grave. Don M... la ha debido hacer sufrir mucho. Dice que tiene el corazón henchido y no ha podido desahogarse con nadie porque no estaba yo. ¡Pobre! El dolor moral la llevará al sepulcro... Y dentro de breves días ha de marcharse á E...

30 Junio 1875.

—Ayer terminaron mis oposiciones, ¡gracias á Dios! Me he quitado de encima una montaña; ya era hora. Desgraciadamente quedan muchos años. En el primer ejercicio obtuve el número uno, en el segundo estuve menos afortunado; pues estando soberbiamente razonado el informe, faltóle un punto; pero tras vacilaciones y angustias, pasó y no salí mal. Con el tercer ejercicio sufrí más porque le acompañaron otras desdichas; la materia no era concreta como en el segundo sino vastísima, y los puntos dificilísimos y para mí desconocidos, y los días que disponía para estudiar, me los distraía la *Revista de la Universidad* y el discurso del doctorado, pues todo se reunió; con este último sufrí mil percances. La *Revista de la Universidad* imprimió al fin mi capítulo de *La Vida del Derecho y sus leyes*, y comprendía 49 páginas, cuyas pruebas me atarearon con la triple corrección, y á última hora, para llenar un hueco, tuve en una noche que arreglar el artículo "El suelo de la Patria", que en parte tenía impreso (en *La Gaceta de la Cruz*) y que ahora ha quedado mejor y mucho más interesante.

Añade:

—Principiaba el tercer ejercicio y me causaba inquietud el cariz de las primeras cuestiones, ponía en limpio parte del discurso del doctorado, que lo rechazaban por no estar todo en limpio, produciéndome ira tanto formulismo. En el mismo día llegaban unos libros enviados de Frankfort por Tower, con cuenta de gasto de dos duros. Ya se ve; con mayor oportunidad no pudieron llegar; los estaba guardando para el comisionista. Y el mismo día entraba la patrona á pedirme los tres meses de pupilaje, mientras no tenía un duro ni de dónde sacarlo, ni para los ejercicios, ni para pagar á D. Julián, ni para quedarme ni para marcharme... En la noche de aquel día se acabó el petróleo y se apagó el quinqué á las cuatro de la mañana, media hora antes de hacerse de día, y tuve que dejar el trabajo hasta que saliese el sol. En aquella media hora tuve tiempo para pensar, y pensé en mi situación; tuve tiempo para llorar y lloré amargamente de codos sobre la mesa, en la obscuridad. He aquí lo que proyecté mientras sollozaba: Para el mes que viene pediré á D. José me deje dormir y estudiar en un cuarto de su casa, compraré un mes de medios billetes en una casa de comidas, para hacer una cada día, que no me cueste más de 14 ó 17 cuartos diarios, y así no aumentaré la deuda del pupilaje; pero, ¿y los 60 reales necesarios al efecto? Tengo 56 y Dios sabe lo que he tenido que hacer para conservarlos, y hasta he pedido para el momento, por no tocarlos; pero voy á tener que tocarlos para lo del doctorado, pues sobre la capa de Vicente, ni aun me prestaron ocho duros. Y al

pensar que por la mañana corregía las pruebas del capítulo de *Derecho consuetudinario*, y por el día asistía á la oposición y por la noche escribía en la *Introducción á la Revolución española*, y que tantos títulos, trabajos, desdichas y labor tenaz no eran bastantes á darme dos reales diarios hoy en 1875, lloré más fuertemente. Y pasada la media hora y amanecido el sol, me puse á trabajar de nuevo.

Luego nos cuenta:

—El discurso del doctorado ha gustado, lo han calificado con sobresaliente; únicamente han tachado el estilo de demasiado oriental y me han recomendado que lo pode. Me sospecho por indicios graves que Valle lo ha copiado ó lo ha dado á copiar á Santamaría, y que éste se va á aprovechar en la oposición, si no en otra parte, pues de todo es capaz. Doctor ya, puedo resolverme á entrar en Historia de España; pero me espanta el poco tiempo y los muchos y gordos coopositores que va á haber, sobre todo el hijo de Amada, que aun duro de mollera, tendrá nota de las preguntas que formule su padre, y tales que no podemos sospecharlas ni sorprenderlas.

Vuelve luego á su novia.

—La pobre F... está horriblemente triste y angustiada. Don M... se ha marchado ayer á Zaragoza sin venir á despedirse, y por los preludios de la revelación que va á hacerme y que no me ha hecho porque no ha estado aún sola, pues la urge para que la consuele y la sostenga en la vida, infiero un atropello brutal por parte de D. M. ¡Quién lo dijera! Siempre el dolor en mí y alrededor de mí. ¿No saldré nunca de él?

8 Julio 1877:

—Lo esperaba y no lo esperaba, me ha extrañado y no, me ha valido la amistad contraída con Rico y Modesto Fernández, para que reparasen en mí más de lo que permitían los repetidos ejercicios; me han señalado por unanimidad el número 2 entre los 40 aprobados en definitiva; para el número 1 hubo empate. En su virtud, es probable que me designen para la asesoría general del Ministerio, y esto será para mí una gran ventaja, principiando por la de no tener que gastar en viaje para tomar posesión, y acabando, para mayor facilidad, por los ascensos.

Se interrumpe, y añade Costa:

—Pero al lado de esta noticia satisfactoria tengo que apuntar otra, para España y para mí angustiosísima: ese continente africano ha de ser mi eterna pesadilla y ha de perseguirme. Hace uno ó dos meses vi que los italianos han enviado por la parte de Túnez una comisión geográfica para estudiar el Cosmo y por dónde abrir un canal que precipite las aguas del Mediterráneo en el Sahara; lo sentí muchísimo; pero estaba distraído con las oposiciones, y, por otra parte, eran italianos, no franceses ni ingleses, é iban por la parte del Mediterráneo. Pero hoy acabo de leer en *El Imparcial* que los ingleses proyectan otra empresa análoga por Occidente; abrirán canal desde la costa, precisamente por frente á Canarias, por donde yo creía que debía estar la depresión. ¡Pobre España!, ya no será *nunca* tuyo Marruecos. Adiós, España transfretana. ¡Pobre Costa! Ya no podrás llevar á cabo expediciones de descubrimiento sobre una nave en el interior de África, ni podrás repartir entre las naciones de Eu-

ropa y América sobre un mapa el interior de África para que sea rápidamente civilizado! Yo he nacido tarde, y España llega tarde á todas partes, desde que la tocaron de parálisis los reyes absolutos. Ya no se escuchará el español en los labios de la raza negra; el inglés acabará de invadir el planeta; ya no podrá España lavar sus manchas de la conquista de América. ¡Adiós, generosos proyectos de civilización, de colonias, de estudiantes negros en Madrid, dominación universal, de islas, costas!... Italia é Inglaterra á un tiempo, Francia en medio y España dormida, despertando sólo para desangrarse, envilecerse, escandalizar al mundo con sus orgías demagógicas y sus repugnantes autos y hecatombes absolutistas. ¡Ay!

15 Agosto 1875:

—Presenté las Memorias para Derecho político de Salamanca y para Historia de España, pasé un mes infernal de trabajo, hice el programa de Historia de España, que es soberbio, aunque no ha de servirme, porque no harán caso de él, y, en cambio, me obliga á estudiar muchísimo.

Todavía no soy oficial letrado: los nombramientos no llegan nunca, tienen que crear las plazas y carecen de crédito; tienen que andar de expedientes; contaron con un crédito que no fué luego admitido en el Presupuesto, y emprendieron las oposiciones sin tener la seguridad de él, y ahora se encuentran con pobres hechos y hospital por hacer.

Madrid 10 Octubre 1875:

—Hoy, llegado de Cuenca, adonde fuí el día 5 con objeto de tomar posesión del cargo de oficial letra-

do, á que fuí destinado en nombramiento del día 16.

A pesar del hambre de dinero que sentía, no me daba prisa en ir á recoger el título, hasta que me citaron por la *Gaceta* para que lo hiciera. Después de muchos trabajos he logrado me admitieran un sustituto que no me cueste nada. No sé cuánto se prolongará esto. Mañana tengo que pedir licencia en la Asesoría. El 16 principian las oposiciones y aún no he principiado casi á estudiar. Mi amigo Ortega quería quedarse (con parte de mi sueldo) sustituyéndome, y ha inutilizado por tiempo mis esfuerzos. Se ha dado por vencido, pero aún forcejará con cualquier pretexto.

Más tarde:

—He sabido que se ha iniciado el proyecto de pasar el Estrecho de Calais con un puente suspendido de globos cautivos. Hace dos años que lo pensé yo. Siempre llego tarde. Hasta tenía dibujada una perspectiva y una sección del proyecto. Hace quince días vi en *El Bazar* (revista) que en Inglaterra existe el proyecto de hacer andar los coches con un mecanismo semejante al de los relojes, para lo cual, Sheffield ha fabricado muelles de infinita fuerza. Estoy viendo que mi *mentirologio* va siendo un almacén de utopías, que de un año á otro van dejando de serlo para convertirse en realidades. Por cada día veo que mi aliento para las grandes empresas es mayor del que creí antes. ¡Pues son pocas las que se han proyectado en Europa en estos años que yo tenía en apuntes ó en proyecto! ¡Qué lástima! Pero nada se puede hacer faltando los medios y caminando con una lentitud fatigosa mientras los demás corren.

Anoche me decía D. José en presencia de Castán y Vidal.

—¿Por qué no publicó usted el proyecto ó invención?

¡Hubiera tenido que publicar tantos!, y luego para ello falta tranquilidad y tiempo para estudiar. ¡Cómo ha de ser!

Madrid 28 Noviembre 1875:

—No puedo más conmigo. He hecho esfuerzos titánicos, gigantescos, he prodigado mi vida, he consumido mi salud y... todo ha sido inútil. ¡La indignidad se ha llevado el fruto del trabajo!

Comenta las oposiciones á cátedras, que son todo su ideal, de esta manera:

—Por el primer ejercicio se me echaron tan pronto, que no pude presentarme y tuve que pedir una prórroga por enfermo. Me la concedieron; pero al sexto día me emplazaron y reclamé, y aun con gran oposición de Amador de los Ríos, presidente (según me dijo el escribiente del Tribunal), se retrajo del Tribunal y me admitió. Yo creí haber hecho el peor ejercicio de todos los opositores, y así se lo participé á mi tío y á Giner; pero luego parece que no fué así, sino al contrario, el mejor, según dijeron delante de mí Muñoz Arca y Brieva, opositores.

Más tarde:

—En el segundo ejercicio ya principié á descollar sobre mis contrincantes, tanto en mi lección (*caída del imperio gótico y conquista árabe*), como en las objeciones á las de los otros dos (*comunidades de Castilla: Omar Ben Hafan y Muza II*). En el tercero me puse resueltamente sobre los demás; mi programa era superior en mucho á los demás pro-

gramas, pero en mucho; probé á los contrincantes que no habían comprendido lo que es "Historia de España". Los esfuerzos que he tenido que hacer para esto son colosales: no salir, no escribir, no dormir, y á veces no comer, por no perder un cuarto de hora ni entorpecer con mala digestión la actividad del espíritu.

Luego:

—Llegué á creer que me votarían para el primer lugar, é hice algunos preparativos. Pero no contaba con las miserias humanas. ¡Quién lo había de decir! ¡Qué golpe, qué golpe tan bestial! Pedrayo, Sancho Gil y Costa. . ¡He aquí la terna! ¡Gran terna! ¿Cómo fué eso? Muy sencillo. Pedrayo es amigo, paisano, condiscípulo y huésped de Modesto Fernández, y éste es el galleguito más galleguito que hay en el mundo en esto de hacer recomendaciones: amigo de Amador y de Rosell, de Salaverría... y altamente inmoral, ha debido llevar cartas de los ministros y del rey é irles diciendo cuánto interesaba al trono, á la religión y á la sociedad, que entre Pedrayo y nosotros... republicanos... El caso es que Pedrayo deberá la cátedra á Modesto Fernández, no á su ciencia. Sancho Gil también tuvo sus compadrazgos, y, por último, en tercer lugar estaba yo, desnudo de recomendaciones, sin más que mis ejercicios. ¡Y yo rechacé una recomendación que me ofreció Jovellar! En tiempo de moderados los dignos tienen que rechazar y renunciar á las oposiciones. Verdad que en su tiempo hicieron oposiciones Salmerón, Castelar, Giner, etc.; pero no estaba de presidente Amador, ni de contrincante Modesto Fernández. ¡Otra vez á recomendar el tra-

bajo de Sysipho! ¡Á llenar el tonel de las Danaudes! ¡Á nueva oposición para luchar con gentes indignas, con recomendaciones, con rastreras serpientes!

Y no ha parado aquí la broma, sino que con el cuidado de estudiar "Historia de España" se me pasó por alto la oposición de Derecho político y administrativo de Salamanca, que era de seguro para mí, pues sólo había tres opositores y malos, según confesión propia.

Madrid 30 Diciembre 1875.

—Hace dos años no tenía ni lumbre para la rejilla, ahora ni calcetines llevo, y... hoy tengo que regalar un pavo al conserje de la Academia de Jurisprudencia, que me ha dejado libros varias veces, sin ser socio ni pagar. Estos días he concluído los dos artículos que me faltan para completar el primer capítulo del *Derecho consuetudinario*, que pondré á la venta, y he hecho un artículo extenso sobre "La política antigua y la política nueva", de Giner, que haré porque se publiquen en *La Revista Europea;* era deber mío hacerlo por Giner. Hoy principio á estudiar Derecho político."

Parece todo esto una pesadilla dantesca.

¡Cuántas amarguras hubo de sufrir esa alma egregiamente luchadora!

Capítulo XVII

1876

Trabajos literarios.—Costa, inventor.—Profesor de la Universidad Libre.—Lucha contra Menéndez Pelayo.—En San Sebastián.—En Guadalajara.—Opinión sobre los reyes.

30 Enero 1876.

Se ha publicado en la *Revista Europea* el artículo mío. Lo recomendó Salmerón. También este mes, la *Revista de la Universidad* publica otro artículo de *Derecho consuetudinario*. La convocatoria para las oposiciones no ha salido todavía. Y sigo, por supuesto, sin un cuarto y con muy pocas ganas de estudiar Derecho administrativo para esta nueva oposición.

8 Febrero 1876.

—Al fin he fijado la relación entre lo anergálico y lo inergálico de la actitud jurídica en distinción de lo reflexivo y espontáneo para el artículo próximo de la *Revista de la Universidad;* he fijado también al cabo, por principios, induciéndolo de la

naturaleza del poder regulador, al concepto de *revolución* y de *dictadura* y su relación, y he hecho una curiosa historia de las doctrinas sobre esto. Hace una semana redondeé mi interesantísimo proyecto de constitución libre de la Institución Científica, ó del orden social para la ciencia, y de propaganda rápida de la instrucción por el pueblo, mediante instituto de revistas escalonadas, y de funcionarios *ad hoc*, desde las centrales hasta las escuelas de primeras letras. ¡Qué magnífico es! ¡Pero es preciso ser dictador muchos años!

Luego escribe, cambiando de tema:

—Ayer he proyectado un aparatito de salvamento ó *salvavidas* de acero, caucho y corcho, ó de madera, cuero y calabazas, para un hombre; abulta poco y puede llevar dentro alimentos, etc. Sentiré no poder ensayarlo y no ver los aparatos que se presentarán á la Exposición Especial de Bruselas. ¡Cómo ha de ser! Pero cuando menos lo utilizaré en la novela *Justo*.

Sigue imbuído en sus trabajos:

—Hoy he formulado interesantes *leyes de la vida vegetal* (unidades ideales consecutivas, indiferenciadas, progresando á órganos, y órganos retrocediendo á unidades indiferenciadas y relacionadas entre la actividad energálica y la inergálica). ¡Qué ganas tengo de estudiar fisiología y organografía vegetal y hacer un libro sobre esto para sistematizar y proyectar nueva luz sobre los fenómenos de la *vida vegetal* y abrir nuevos horizontes á la agricultura!

Su libro dice:

—El mes que viene voy á poner á la venta *La*

Vida del Derecho (la parte publicada hasta aquí en la *Revista de la Universidad* del *Derecho consuetudinario.* Y mis padres me han escrito que vaya á Cuenca y abra bufete. ¡Pobre de mí! ¡Y pobre de ellos que se cansan de esperar!

15 Febrero 1876.

—Parece que van á dar la cátedra de Historia de España al número dos, á Sancho Gil. Pocos días después de terminado el ejercio me participó Martín Herrera, diputado, que uno de los jueces le había dicho que Pedrayo era un botarate y que habían descollado Sancho y Costa, que éste sabía más que aquél; pero que aquél decía lo que sabía en más bella forma, y que, por consiguiente (¡qué consecuencia!), debieron haber puesto en primer lugar á Pedrayo, y en segundo á Costa. Ayer me dijeron que fuí un tonto en presentar mi renuncia, porque me hubieran, probablemente, nombrado. Otro me dijo: "Ha cometido usted un delito; he oído decir que hubiese sido usted el nombrado." Contesté: "Dígales que es delito que acaso cometa de nuevo dentro de dos meses: no me arrepiento y tengo propósitos de reincidir si desdichadamente se repite la ocasión."

Graus, 26 Agosto 1876.

—Se hizo la oposición de Derecho Político y Administrativo; publiqué algunos trabajos, salió *La Vida del Derecho*, principié y continúo un trabajo sobre "Tratado de Política", deducido de los Romanceros y Refraneros de la Península; pasaron meses, se inició la Universidad Libre, y yo, catedrático de ella, salí de Madrid. He estado en Huesca, Barbastro, Graus, Arro, Benavente; he sido trasla-

dado á San Sebastián, y de todo tengo mucho que decir y aún no he tenido tiempo de recordar estas pobres páginas. No lo tengo hoy tampoco y habré de dejarlo para mejor ocasión. *El Imparcial* de ayer dice que el ingeniero inglés Dowald Makencia acaba de volver á Inglaterra con los diseños del Canal, que los jefes de las tribus de la costa le han prometido ayudar los trabajos, que la barrera es sólo de 300 metros y la depresión de 230 pies, y, para colmo, que los españoles de Arrecife enviaron una Comisión de felicitación al viajero inglés. La mano me tiembla de ira y de rabia. ¡300 metros, Inglaterra Dowald Makencia, los jefes de las tribus conformes y las Canarias enfrente, y los canarios se contentan con felicitar al otro cuando podríamos ser los amos! El periódico dice que la "Nueva Sociedad de Geografía de Madrid" tiene bellísima ocasión de entrar en acción, uniendo sus trabajos á los de la de Inglaterra, y el Gobierno excelente momento de utilizar los ocios de ingenieros y marinos que acudan á examinar el terreno y de ganar participación para el porvenir. ¡Qué se ha de ganar, hombre de Dios, si España está en Babia y el Gobierno se ríe de todo lo que no sea hacerse inmortal, y componemos una jaula de grillos á ratos y á ratos una esfinge, y debíamos estar la mitad en una casa de orates y la otra mitad en un presidio! ¡¡Malditos, malditos!!

1.º Octubre 1876, San Sebastián.

—Medio año tengo en retraso estas memorias; pero antes de nada he de referir un suceso que se me pasó por alto y que ocurrió días antes de la ida á Cuenca: la oposición al premio extraordinario del Doctorado de Filosofía y Letras. Era el 29 de Sep-

tiembre del año pasado. Opositores, Menéndez Pelayo y yo. Jueces, Fernández y González, Codera y Valle. Tema: "Doctrina aristotélica en la antigüedad, en la edad media y en los tiempos modernos." Yo lo hice de doctrina aristotélica, Menéndez de bibliografía aristotélica. El Tribunal le adjudicó el premio. Yo me quejé al rector en exposición reservada: el rector se declaró incompetente; sin embargo, ordenó al Tribunal que examinara de nuevo las Memorias: lo hizo é insistió en su primer fallo. Acudí al ministerio de Fomento pidiendo constitución de nuevo Tribunal, fundándome en la permisión de la ley y en que el otro confesaba en su Memoria que no había tenido tiempo para tratar el tema. Se me contestó verbalmente al cabo de unos meses, ¡que no había precedentes! Así ha quedado la cuestión: las imprudencias literarias del tal Menéndez me proporcionaron sobra de ocasiones de publicar las las dos, apelando á esta suprema instancia del público. ¡Parece han hecho gala de atropellarme los catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras!

Añade luego:

—En Abril de este año fué la oposición de Derecho Político y Administrativo. Mi lección versó sobre el Renacimiento y el absolutismo. Mi ejercicio de objeciones al programa fué el más brillante, y demostré á Portero que era excesivamente filosófico su programa, siendo histórica la asignatura, y discutí extensamente con él. Las objeciones á mi programa fueron desdichadísimas. (Por desgracia no se permite replicar; es sistema pésimo el que se sigue en las oposiciones con el reglamento actual,

y esta ha sido una de tantas causas que se han ido amontonando para perderme.) Hubiéranse hecho estas oposiciones y las de Historia de España en 1874, con aquellos reglamentos y gente liberal en el Tribunal, y yo hubiera sido de fijo el número 1. El día de la votación envié al Tribunal por medio del escribiente multitud de documentos y *La Vida del Derecho*, que se estaba acabando de imprimir; pero el secretario no lo vió hasta que habían votado y estaban levantados para marcharse de casa del presidente, porque lo habían olvidado encima de la mesa; de modo que ya no lo vieron. En todo fuí desgraciado. El día que fuí á recoger á casa del presidente mis papeles, me dijo éste que había hecho mal en dar carácter filosófico á la asignatura, que hacía falta cultura en nuestra Administración y era necesario hacerla práctica. Le contesté: "Pero, ¿y qué? el pleito ya estaba fallado para mí desde el primer día." No quise ir con mis compañeros á saber el resultado de la votación. Aquella tarde había principiado á leer *Los últimos días de Pompeya*. El autor ponía en boca de un romano esta frase: "Un poeta sin patrón (padrino) es un ánfora sin etiqueta; el vino puede ser bueno, pero nadie le rinde homenaje". Poco después supe mi derrota en las oposiciones. No había tenido patrón: ¡había sido vino sin etiqueta! El día antes de la votación salió en la *Revista Europea* un artículo mío extenso: "El suelo de la Patria y la redención del agricultor", ampliación del de la *Revista de la Universidad*.

Escribe más tarde:

—En el mismo mes publiqué en la Revista ó Boletín del Impuesto de Derechos reales el artículo

"Un libro de economía" (en que analizaba el libro de Madrazo, tomo I) El día 26 fuí por primera vez á casa de D. Tomás Miguel para práctica de bufete, presentado por Leopoldo Soler. Lo primero que hice fué un extenso escrito de 27 pliegos, contestación á otro de agravios de la parte apelante, redactado por Rivero, ó, mejor dicho, por su ayudante, Núñez de Velasco. Se trataba de un pleito entre Gregorio Bayón, de Segovia, y Navacerrado, de Bustarviejo sobre reivindicación del predio "Raso de los Toros". Dos más hice aparte de una vista de ensayo en casa. Agradóle al abogado, y al marcharme me ofreció darme algo si iba á Madrid y quería trabajarle: me lo ha repetido en carta hace pocos días.

Luego:

—En el mes de Mayo se puso á la venta *La Vida del Derecho:* la cuenta de Aribau subió 69 duros; un desatino. Le di 30, desde luego, y aún no le he podido pagar el resto, porque la Administración de la *Revista de la Universidad* se negó á pagarme poco ni mucho de los mil reales de artículos que me debía, y por lo demás siempre he andado con apuros. Victoriano Suárez, que se encargó de venderlo por el 35 por 100, me dió al mes y medio mil reales, con los cuales y los ochocientos de Cuenca, y ropa del sastre, pude irme á Graus.

Más tarde:

—Se ocuparon del libro, aunque muy poco, *Los Lunes de El Imparcial* y la *Revista Contemporánea*, para decir las simplezas de cajón: que revela vasta instrucción y gran conocimiento del asunto; pero que es krausista y escrito en estilo indigesto y bár-

baro. ¡Qué lástima que no haya en España críticos serios que hablen sólo de lo que entiendan y lean lo que han de criticar y escriban despacio y con conciencia, descubriendo defectos y razonando omisiones y sublimando novedades!

Después:

—Se ha abierto suscripción para fundar por acciones una Institución Libre de Enseñanza (Universidad é Instituto), y la Junta directiva me invitó á encargarme de algunas asignaturas. (Historia de España y Derecho administrativo.) Acepté y quise trabajar para conseguir el traslado á Madrid; pero se me cerraron todos los caminos. Unos que no estaban y otros que casi se negaron, no conseguí nada en total. Mientras tanto el curso comienza y no estoy en Madrid. He tenido que escribir al secretario para que no cuenten conmigo por ahora, porque contaba con las oposiciones de auxiliares de la Dirección del Registro, y no sé aún cuándo serán. ¡Qué buen pie para abrirme camino, á fin de no estar lejos el día de la revolución!

Algunas intimidades:

—Fuí á Graus después de una ausencia de cuatro años. He encontrado á mi familia como siempre... Mis abuelos arrastrando su vida llenos de achaques, contentos de verme. Muchas simpatías en la villa.

Estuve nueve días en Arro, bien tratado por el bueno de Mosén Lucas; fuí á cazar, subí á San Victoriano y Spelunca, tuve noticia allí de mi traslación y trabajé bastante en la "Introducción" de mi *Política de los Romanceros y Refraneros*. Estuve cinco días en Benavente tomando agua sulfurosa de San-

ta Lucía, cogiendo piedras (fósiles) en el barranco, trabajando en la "Introducción", haciendo consultas, viendo la fiesta y comiendo virol. Tenían empeño que me quedase para la fiesta de Graus; pero hube de irme el 28, para llegar á San Sebastián el 30.

He aquí lo que dice de San Sebastián:

—La vista de San Sebastián me dejó encantado: no hay cosa más bella que esa Concha, puerto sin buques, en cuya boca hay una isla; á derecha é izquierda montañas verdes y castillos; detrás palacios y paseos, y alrededor triple cinturón de animadas espumas, por entre las cuales saltan y juegan multitud de tritones y nereidas, que hacen de Neptuno un tripociates. Desde el primer día fuí yo uno de esos tritones. Tomé once baños: no sé qué efecto producirían en mi organismo; pero es lo cierto que no se ha resuelto aún la crisis orgánica por que está atravesando mi cuerpo. ¿Vencerá?

Habla de su empleo:

—En cuanto á mi empleo, muy poco trabajo; pero me sirve de pesadísima carga; ¡qué ganas tengo de dejarle! Empleados idiotas é inmorales y corrompidos hasta la médula de los huesos, incapaces de nobles amistades; por fortuna, con mis libros y mis trabajos, triste á ratos, pero no mal acompañado.

Sus esperanzas:

—Estoy deseando ardientemente que anuncien las oposiciones de auxiliares de la Dirección del Registro; si las gano, estaré en Madrid al lado de la Biblioteca, de la Institución, de los hombres de pro, y podré casarme. Desde Graus pedí á Madrid para que me lo enviase á San Sebastián, Félix, un cajón donde tenía los documentos para toma de

posesión, cuadernos, libros para estudiar, etc.; pero lo equivocaron; pedí el legítimo de nuevo y no quisieron enviármelo. Tuve que ir á Madrid á buscarlo por mí mismo. Además lo deseaba, porque necesitaba evacuar multitud de citas en las Bibliotecas, buscar poesías célticas (que no he hallado). Estuve cinco días. Fuí cuatro veces á la Biblioteca, Academia de Jurisprudencia; dos, á la de Historia (donde conocí al erudito y amable M. de Goicoechea); tres á casa del administrador de la *Revista de España*, á la de la *Revista Europea* (donde quiero publicar dos artículos sobre "Minuta de un testamento", de Azcárate); dos, á casa de J. Martín; una á casa de Mr. Bust; una, á Cuatro Caminos; tres, á casa de Salamero; dos, al ministerio de Gracia y Justicia, etc. Y aún hube de abandonar Madrid con mucho trabajo por hacer.

Algunas intimidades:

—Cuando subía de la estación por la calle del Pez me parecía que salía de la Universidad, como en tiempos de curso ó de oposiciones: ninguna extrañeza me causaba; estoy connaturalizado con aquello, y al estar allí me parece lo normal, fuera de allí lo violento. Y así es. Fuí á casa de D. José. ¡Qué abandonado todo! Mis cajones los habían bajado al sótano. Abrí el que había pedido y encontré la credencial de Cuenca; pero no el título; me desesperé buscándolo, y con la sospecha de si lo habrían perdido los chicos, porque hallé el cajón revuelto, con libros que yo puse y no estaban, y otros que estaban y no puse. Después lo encontré en el cajón del paquete de cartas. Suárez me dijo que no había vendido los libros; en cambio, me en-

vió algunos que le encargué, por valor de cinco duros, sobre ley Hipotecaria y Literatura.

Después:

—He regresado y he terminado el segundo artículo para la *Revista Contemporánea*, que hoy envío, y estoy vacilante, no sabiendo en qué trabajar. Es una muerte no saber cuándo van á ser las oposiciones.

Guadalajara, 23 Noviembre 1876:

Cuando menos lo esperaba me encontré con la novedad de que me trasladaban á Guadalajara; hubo creaciones de plazas en la Asesoría, y auxiliares en las capitales de primer orden. Pensé haber estado cuatro ó cinco semanas en Madrid; pero una orden me obligó á tomar posesión el 18; yo me tomé dos días: el sábado, porque me faltaba evacuar algunas citas del *Glosanium Du Cange*, Cánovas, Toledo, etc., y el domingo para ir á ver el Retiro, que amo tanto. El librero Suárez no me dijo esta boca es mía respecto á *La Vida del Derecho;* para este viaje no tenía necesidad de darle el 35 por 100. En cambio, Aribau me escribió diciéndome que había recibido de Cuenca 18 duros y que le remitiera lo antes posible el resto. ¡Para restar estoy yo!

Luego:

—Vi á Giner, Linares y Azcárate. La Institución Libre ha empezado bajo buenos auspicios: tiene más de 190 alumnos. Me están esperando aún y me guardarán mi puesto para otro año; allí están ya los fósiles que recogí este verano en Benavente. Ahora van á reunir copiosa biblioteca, con libros recibidos en depósito. ¡Qué lástima no poder asistir á ella y aprender ahora alemán y explicar De-

recho político! Después de todo, si para el año que viene lograse ir empleado á Madrid, me convendría no estar allí este año, porque necesito trabajar mucho para la "Política de los Romanceros, Refraneros y Gestas" y para la oposición. Desgraciadamente, faltan algunos profesores notables y sobran pipiolos. Moret no va. Salmerón está huído en Francia. Publicó un manifiesto con Zorrilla, en que detallaban un programa político republicano reformista; se trataba de prender á Salmerón y huyó á Portugal, de donde ha pasado á Francia, después que se ha descubierto una conspiración republicana antes de cuajar. Realmente era un desatino pensar ahora en revolución, y más republicana; no sé dónde tienen la cabeza esos hombres. Ya pueden esperar sentados algunos años. ¡Desgraciadamente!

Después:

—Vine el 20 y tomé posesión. Hay mucho que hacer, y lo peor es que casi es todo nuevo y tengo que andar con pies de plomo y con gran trabajo. Sin embargo, no puede estar descontento el jefe (que es bastante ordenancista y nimio, lo opuesto de San Sebastián), pues en los tres días que llevo he despachado una porción de asuntos; pero, ¡me entristece tanto perder horas y horas, casi todo el día, en revolver expedientes!

He aquí algunos detalles de su vida:

—Luego he creído que esto estaría más barato que San Sebastián, y está más caro. La población, el polo opuesto de San Sebastián; ¿dónde está aquí aquella limpieza, aquella divina Concha, aquella aristocracia? Me parezco á un árbol trasplantado; siempre que cambio de aires, casas, rostros, me mus-

tio y renacen los mal disimulados deseos de la familia. ¡Cuándo tendre hogar propio y lo animará y me animará una mujer propia! ¡Cuándo acabará para mí esta vida provisional que es como un naufragio que amenaza prolongarse, hasta que me ahoge sin hallar el puerto de salvación!

29 Noviembre 1876. Hoy los empleados no han tenido oficina porque ha venido el rey á repartir los premios de la Exposición provincial. Ayer pasaron por las oficinas una comunicación para que asistiéramos al Gobierno civil á la recepción. Yo, como todos, firmé que quedaba enterado; pero frescos están si creen había de ir. Ya podía haber andado solo el monigote de Don Alfonso si no tenía otro que lo acompañara. Me he estado en la oficina solo trabajando y me he ido á la hora de costumbre á tomar el sol y leer *El Imparcial* junto á la plaza de toros. Desde allí oía las campanas á vuelo, veía las esquinas llenas de gente, los balcones colgados, hombres y mujeres de gala. Si lo hubieran hecho para solemnizar la Exposición, corriente; si hubieran engalanado las calles para el paso de los premiados, magnífico; pero por el reyezuelo, ¡mentecatos, idólatras! Cada vez que oía ó veía alguna de esas manifestaciones no podía evitarlo, decía: ¡Estúpidos!; merecen ser regidos por un maniquí semidiós por nacimiento. Cada día aborrezco más á la monarquía. Quieren que fuera yo á formar parte del relleno á oir embebecido "las elocuentes palabras que se dignase pronunciar con su pico de oro, el padre del pueblo, el fomentador de las artes... Y luego creerse honrados los labradores con recibir del monigotillo sus premios, ellos que tienen que

pagarle treinta millones, amén de los de su madre, abuela, hermana, etc.!; ellos, á quienes se niega el ejercicio de la magistratura más sencilla, la de elector, mientras á él, el diosecillo menor de edad y todo, lo creen apto para la magistratura más alta y difícil. Esto es irresistible...

Capítulo XVIII

1877

Anécdota.—Costa á punto de sostener un desafío.

Estuve en Madrid los días de Navidad trabajando muchísimo; vi á Fernández Guerra, P. Fita, Goicoechea, Giner, Sola, Azcárate, Linares, etc.

Salió el primer artículo de mi trabajo en la *Revista de España*. He trabajado muchísimo luego aquí y sigo trabajando para la historia de la poesía popular. He intentado otra vez lograr que me trasladen á Madrid por medio de Cavero. Inútil. Le contestó el asesor que habría que quitar á uno que, aunque tiene un número más bajo que yo, es hijo de un director de Hacienda. Sobre todo esto tengo que escribir bastante otro día.

Se ha constituído una Sociedad Geográfica de notabilidades españolas para organizar una expedición al interior de Africa; inmediatamente he escrito á D. Antonio Fernández Guerra, noticiándole la existencia de un viajero español africanista (Joa-

quín Gatell) y dándole las noticias al caso, para si lo quieren buscar y utilizar sus servicios como experimentado en ese género de empresas.

Voy á enviar para el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, "La religión de los celtas españoles", "Un viajero español en África", "El teatro popular en Ribagorza", "Reformas necesarias en el Reglamento del Impuesto de Derechos Reales", "Una hectárea de regadío", "La Moralidad en el siglo XVII", etc.

El otro día me escribió D. Anselmo Fernández Guerra, acusándome recibo del opúsculo de Gatell y diciéndome que la Junta Directiva de la Asociación Española para las exploraciones en África le había rogado que la dejase el opúsculo en secretaría, por las notas manuscritas que tenía sobre la depresión conjetural del Sahara y proyecto de canales para llevar el mar al Gran Desierto; ¡y esas notas son mías! ¿y no lo han comprendido por la letra de la palabra (Depresión)?, ¡y el color de la tinta de las líneas, igual á la de las letras! ¡Sería gracioso y chocante que trascendiesen á más esas notas! y añade que la directiva de la Sociedad desea tener una conferencia con Gatell, y que si lo sé les envíe las señas de su residencia: le he escrito que lo ignoro, que averiguaré.

En el *Boletín de la Institución* he comenzado á publicar artículos míos: "La religión de los celtas españoles". Anteayer envié: "Las inglaresas gaditanas", van firmadas por el *profesor J. C.*

Salió el segundo artículo en la *Revista de España*. He rehecho estos días "Génesis de la Poesía popular", y ha aumentado muchísimo su interés,

con mejor desarrollo de la doctrina y nuevos datos históricos. He hallado ya el argumento de *Justo* á los Presidarios.

Hoy he leído en *Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote*, de A. Fernández Guerra: A intentos soberanos incitábanle la hidalga sangre heredada; y la pobreza y el infortunio amarrábanle á mercenarias turcas. Tan pronto veíase en los palacios y festines de los próceres como en el hediondo calabozo de una cárcel; hoy camarada de príncipes y señores, y mañana mezclado con asesinos y rufianes; así cultivando el trato de hermosas y discretas damas en Italia, España y Portugal, como de fregonas, vivanderas y campesinas. Valiente, asiste á la batalla y la victoria; cristiano, sufre con ánimo y resignación el cautiverio; noble y con ínfulas de caballero andante, sueña hallar en su entendimiento, en su industria, en su valor y arrojo bastantes fuerzas para levantarse con Argel y ceñir el laurel de los héroes!...“

¡Qué parecido de retratos!

Huesca, 20 de Julio de 1877.

—¡En Huesca otra vez! Al cabo de diez años he vuelto, á pesar de Rubio. Ya nadie se acuerda de él y todos se acuerdan de mí!

Me resolví por pedir esta plaza de oficial letrado. Me fuí á Madrid el 6 de Junio; me firmaron el nombramiento el 12; trabajé durante cinco semanas mucho en Madrid, para el cuarto artículo de *Revista de España*, que salió estando allí, y para el quinto; examinando en San Isidro á los alumnos de Historia de España y Universal de la *Institución Libre de Enseñanza* (por figurar yo como profesor en e

cuadro enviado al Gobierno); recogiendo datos para un *Ensayo sobre los dialectos de transición de la Península durante la dominación romana y visigoda*, que pienso pnblicar el mes que viene en la *Revista Europea*, que es muy interesante, que forma parte de la *Historia de la Poesía* y parte del cual hice apresuradamente para que lo leyera el P. Fita, que lo leyó y me dió algún apunte; recogiendo también algunos datos, pocos, para mi trabajo de política popular, etc. Al fin me he resuelto á publicar seguidamente en la Introducción la parte histórica.

Salí de Madrid el 16: llegué y tomé posesión el 17. *El Diario de Huesca* anunció mi llegada con bombo, diciendo que era uno de los hijos de la provincia que más la honra, etc., etc.

El 17 y 18 trabajé en el artículo 5.° de la *Revista de España*, el cual envié, al fin, ayer, poco satisfecho de él, pues le falta una semana de pulimento, á diferencia del artículo, que le salió bastante bien.

En Madrid pasé una tarde con el P. Fita hablando sobre dialectos celto-latinos, etc. Le presté el Zeux y le di ejemplares de la *Religión de los celtas españoles*, del *Boletín de la Institución*. Me prestó el Smilh y me dió cartas entre él y Fernández Guerra. Sebarbi me prestó libros, y así Goicoechea.

Salió en el *Boletín de la Institución* la conclusión de mi *Religión de los celtas españoles*.

Una cosa rara. Aquel presidente del Tribunal de Artesanos, "discípulos observadores" de la Exposición de París de 1867, D. Agustín Pascual, estaba buscando en la biblioteca de la Academia de la Historia datos sobre las corridas de toros para compatirlas en el Senado, y hablando con otros y

conmigo le facilité algún dato de las Cortes de los tiempos de Felipe II, y como le dijese yo que suprimidas por Godoy las restableció José Napoleón, me encargó que le buscase este dato; se lo hallé en Toreno y se lo envié en carta á su casa. ¡Si se hubiera él acordado!

14 Agosto 1877.

—En el teatro encontré á Pedro Fuertes, de paso desde Lérida, donde es ingeniero agrónomo, para un castillo. Me dijo que había leído muchas veces con encanto mi "Suelo de la Patria" en la *Gaceta* ó *Revista de Montes*, y que por las ideas conoció que era mío, que se afirmó más en ello al ver firmado J. C., y más tarde lo vió con firma en la *Revista Europea*, de donde lo había copiado aquélla.

He rehecho el "Suelo de la Patria" y lo titulo "Agricultura expectante" y "Agricultura popular". Es interesantísimo; se va á publicar en la *Revista de España* y haré una tiradilla aparte para los amigos, en forma de opúsculo.

En el *Diario de Huesca* voy á publicar esta semana la "Religión de los celtas españoles", aumentando considerablemente los articulitos del *Boletín de la Institución;* lo haré preceder de una carta al P. Fita para la tirada aparte, excitándole á que publique lo que sepa sobre esa materia.

Me parece que antes de un año me nombrarán socio correspondiente de la "Academia de la Historia"; pero, ¡qué importa, si no consigo mi ideal!...

Han salido dos artículos y queda otro de "Agricultura expectante". Se publicó el opúsculo "Cuestiones celtibéricas: Religión", y en el que puse por vez primera: Relación de "Obras del mismo autor",

publicadas, en publicación y próximas á publicarse, que es ya respetable *en extensión.*

Tuve una pendencia á punto de duelo con Luis de Fuentes (jefe de Fomento), Ignacio Lafarga (profesor auxiliar) y Antonio Gasos, abogado, por lo de siempre, por salir á la defensa de la moral ofendida por ellos con su obsceno lenguaje en una reunión.

Capítulo XIX

La novia de Costa.

Epistolario amoroso del gran español.

Costa tuvo una novia formal. No llegó á casarse con ella, pero la amó con inmenso cariño. Se llamaba ella Concepción y vivía en Graus. Costa, desde Huesca, le dirigió muchas cartas llenas de pasión varonil. De ellas insertamos algunas:

26 Febrero 78.

—Esta mañana, mientras ella estaba sobre una cómoda arreglando unas compras, y aprovechando una vuelta de Salvadora, arrojé en las manos de C. C. la siguiente carta:

"Huesca, 26 Febrero, 78.

„¡Que eres cruel, por mi vida, C.! Juegas conmigo, como el viento con una arista. Hace once días escribía en mis Memorias estas palabras: "Mi pena parece que se va adormeciendo, pero no disminuye

un solo grado de su intensidad: las reacciones que despiertan sucesos é incidentes no previstos son terribles. Á cada momento siento en el pecho tales vacíos que me hacen arrojar la pluma ó cerrar el libro con desaliento, y unos enternecimientos tan empapados de tristeza, y al par, de desesperación, que me llevaron, contra mi voluntad, los ojos del alma hacia C. C., á cuya casa no voy por huir el riesgo de que se remueva más esa ceniza, debajo de la cual hay tanto fuego. Hasta el pasar por su calle procuro evitarlo. Luego me veo precisado á ir á su casa, y no contenta usted con haberme asaetado con sus ojos durante las misiones, me dice: Tengo una carta para usted, y se la entregaré si no llega ya tarde. Por mi parte, aún queda esperanza. ¿Por qué descolgó usted mis flores y las sepultó en la tumba de los recuerdos tristes? Yo ví esa carta en su bolsillo; yo estuve desvelado media noche, y ocuparon mis sueños dulces la otra media; yo sentí otra vez el soplo de mis primaverales brisas sobre el agostado y desierto mundo de mi alma; usted barrió la ceniza que envolvía el fuego de mi pasión y vió las llamaradas de la hoguera ascender y verterse en forma de contento. La tristeza se disipó y fué obra suya. Usted me levantó hasta las nubes y de pronto me dejó caer en el más negro y hondo abismo. ¡Es usted terrible! Ha tenido una ó dos ocasiones de entregar esa carta (ese desahogo de un corazón á que el mío, con sus propios desahogos se ha hecho acreedor), y tres ó cuatro para enviármela á casa y no lo ha hecho. Y hasta ha dejado de darme gloria é infierno con esos ojos de cielo, á través de los cuales veo á Dios. ¿Ha cambiado usted en un

día de modo de pensar? En tal caso, C. C., por favor, acabemos, déjeme abandonado á mi pena, no me mire usted más, no me hable más, que son sus miradas rayos y centellas, y pasión y agonía sus palabras. Deje yo de beber en sus ojos si sólo ha de ser para hacer más amarga la muerte y soledad en que me deja. Pase morir de hambre y de sed, ¡pero morir como Tántalo! Deje usted que la noche señoree mi espíritu y no haga más densas sus tinieblas con el fugitivo resplandor de sus relámpagos de esperanza que penetran como finas hojas de acero en las entrañas. La causa de la mudanza, si la hubo, no quiero saberla. Harto sé ya, con saber lo vano é infundado de mi pasada alegría. Adiós. Su tonto y apasionado, Joaquín."

11 Julio:

Hoy, en el momento en que estaba desesperado con el estado de valores, que no me salió bien, poco después de haber leído carta de D. José en que me dice que va á pasar la novia con quien se va á casar Félix (!), me envía doña Leoncia el libro que le presté sobre gusanos de seda, y dentro de él encuentro la *carta de confidencias* que entregué á C. C. al ir á Jaca, y esta otra con la suya:

"Sr. D. Joaquín Costa.

Devuelvo á usted las CONFIDENCIAS que tuvo á bien entregarme, cuya serie de injusticias, sinrazones, insultos é inconveniencias á mi dignidad, que conservo siempre, que no he perdido todavía (aun-

que usted crea lo contrario), me prohibe contraste ni una sola palabra, y no es por aquello de "el que calla otorga", sino porque no merecen respuesta alguna escritos de semejante índole.

Como cristiana, perdono á usted desde este momento, pero como *mujer* no olvidaré *nunca jamás*... que usted es el *único* hombre que se ha permitido prodigarme sin ningún derecho tamañas ofensas.

Concepción Casas y Soler.

Hoy 11 de Julio de 1878.

Ha hecho bien en defenderme, pero ha estado débil y poco hábil en la defensa. Debió decir: "Semejante serie de calumnias y de injuriosas conjeturas las desprecio. Es usted el único hombre que se ha atrevido á eso y también el único que á ello podía atreverse. Ha obrado como quien es; ha justificado mi retirada. Pero, ¿podía decirlo? ¿No le remordía la conciencia? ¿No se encontraba culpable de mis acusaciones? ¡Cuánto hubo de llorar! ¡Qué de insomnios ha debido sufrir antes de resolverse á escapar por esa tangente del círculo estrechísimo de apuros en que le encerraron mis cobardes confidencias! ¡Pobre! Ahora le tengo compasión. ¡Aún la amo! ¿Hay pena más cruel? Se ha puesto desastradísimo punto final ese conflicto por de fuera, y todavía vive y progresa dentro. ¡A buena hora me pregunta Giner! !En buena ocasión me pregunta Torner! ¡Qué de cómico hay en el mundo! Y ella, por ventura, ¿no me buscará también? ¿No me amará todavía en medio del odio que, como yo á

ella, debe profesarme? ¡Triste vida!... Estoy llorando... Dios mío, ¿cuándo acabará esto?

***

Sabemos á cerca de esta virtuosa señorita que casó muchos años después y que ha muerto ya, dejando viudo y un hijo.

Pertenecía á una familia honradísima y fué un dechado de señoras.

Capítulo XX

Pequeño paréntesis

El autor sabía el rumbo de este libro y ahora lo intensifica y compleja.

Aquí acaban las memorias escritas de puño y letra por el glorioso Costa, y cuyas páginas hemos ido escrutando una á una, en obra casi interminable, pero deleitosa siempre.

Costa, ya notario de Madrid, metido en la política activa, asendereado por mil trabajos arduos, no pudo continuar redactando aquellas sus diarias impresiones.

¡Qué lástima! ¡Tan grato como nos hubiera sido tener la vida completa del grande hombre, vista y sentida por él mismo en páginas llenas de sinceridad y de majestad!

En vista de esta deficiencia, nos vemos en la obligación de cambiar el rumbo de nuestro libro. Hasta ahora hemos seguido un método rigurosamente cronológico y casi anecdótico con caducción.

Ahora, sin esa preciosa pauta de antes, mejor será estudiar á Costa en todos sus aspectos, entrando derechamente en la parte más seria y doctrinal de esta obra, parva é insignificante, pero tan llena de buena voluntad como de ímprobo trabajo.

Por lo demás, la vida puramente anecdótica de Costa pierde interés al llegar aquí. Costa, maduro y triunfador, ya no es interesante desde el punto de vista exterior y cotidiano. Ahora el interés de su personalidad formidable está en su obra realizada.

Veremos de abordar este nuevo aspecto con el mejor acierto posible. Tememos, aun así, defraudar al público. Fué Costa maravilla de nuestros días; no es para tratado en las someras páginas de un solo volumen.

Costa había sido notario en Jaén. Luego alcanzó una notaría en Madrid, estableciéndose en la calle del Barquillo. Su vida se hizo entonces intensísima. De sus inmensas luchas hacemos cuenta, así como de sus fervorosos trabajos.

Acoge, lector, con benevolencia este pobre intento.

Capítulo XXI.

Costa y el proceso Ferrer.

En Graus.—D. Joaquín no recibe.—Darío Pérez.—En la huerta.—Un funcionario.—Palabras de Costa.—Represión.

SUSTANCIADO el proceso Ferrer y cumplida la sentencia, fueron muchos los periodistas que estuvieron en Graus para conocer la opinión de Costa acerca de aquel ruidoso asunto.

El maestro no recibía á nadie. Ya gravemente enfermo, tambaleante aquella figura ciclópea, vivía recluído en su casa. Sólo tenía como amigos y contertulios á un ferretero local y al director de *El Ribagorzano*.

Empezaba Octubre cuando llegó á Graus el redactor de La Editorial, D. Darío Pérez, ganoso de lograr una interviú con D. Joaquín acerca del proceso Ferrer. No hubo manera. Costa se había negado á recibir á todo el mundo, incluso á varios periodistas franceses llegados á Graus desde París con ese único objeto.

Desalentado D. Darío, recurrió á los citados amigos de Costa para que le suplicaran una entrevista. La contestación fué negativa. Empero, llegó á los tres días una tarjeta del maestro. Decía que no le recibiría en su casa por no faltar á su palabra, pero que le verían aquella tarde en una huerta de las afueras, donde acudiría D. Joaquín.

Y así fué. Á las cinco de la tarde vió llegar don Darío, carretera adelante, la siguiente caravana: Delante iba un muchacho, portador de un botijo. Luego iba Costa, enorme, leonino, pero cayente ya, apoyándose en el ferretero y en el periodista local. Por fin, otro muchacho conducía una mecedora.

Á cada paso se detenía fatigado Costa y se sentaba á reposar. Entonces acudía la gente del pueblo para saludar al maestro. Costa conservaba la inteligencia y la palabra llenas de vigor y de fuego.

En una de estas paradas se acercó al grupo un veraneante:

—Tengo el honor—dijo—de saludar á una gloria de España. Soy gallego, pero vivo en Barcelona. Hace ya veinte años que sirvo al Estado.

—Querrá usted decir—objetó Costa—que hace veinte años que el Estado le sirve á usted.

Por fin llegaron á la huerta. Costa habló durante tres horas largas sobre política y botánica y agrarismo, dando una intensa y compleja lección á sus oyentes.

Ya anochecido, llegaron unas sobrinas del maestro. D. Joaquín las recibió alegremente, y apoyándose en ellas, volvió hacia Graus. Se había hecho de noche y el cielo se tachonaba de estrellas. Don Joaquín habló de Astronomía con palabra suave y

evocadora. Cerca del pueblo, les dijo á las muchachas:

—¿No cantáis? Estamos en Aragón y debierais cantar la jota.

Ellas, ruborosas, contestaron:

—Es que nos das miedo, tío Joaquín. No queremos cantar delante de ti. Sería faltarte al respeto.

Y entonces Costa inició una jota popular que aprendiera en Huesca cuando guiaba el cochecillo de su rico pariente. Las mozuelas entonces alzaron en la noche el rico y sonoro eco de su voz.

Ya en la puerta de su casa, detúvose una vez más D. Joaquín. Darío Pérez quiso sintetizar en una frase la opinión de Costa sobre el proceso Ferrer.

—Yo mismo le enviaré unas cuartillas.

Costa, caído, exánime, abatió la cabeza. Pero después, como si una cólera secreta moviese su sér leonino y majestuoso, alzó la noble testa y dijo:

—No es Ferrer quien debió ser fusilado, sino Maura. Ese hombre nos ha deshonrado ante el mundo.

El Liberal publicó aquella interviú. Fué recogida por otros periódicos. El Sr. Cierva denunció á esos periódicos y lió proceso á sus directores.

Capítulo XXII

La carrera de Costa.

Sus títulos universitarios.—Su hoja de servicios.—Costa, catedrático.—Sus malaventuranzas universitarias.—Renuncia á su cátedra.—Costa, abogado del Estado.—Sus malandanzas en los destinos del Gobierno.—Costa, presenta la dimisión.—Ingresa en la Institución Libre de Enseñanza.—Costa, abogado en ejercicio en Madrid.—Costa, notario.—Sus merecimientos como tal y sus excepcionales condiciones para ello.

Hemos dado á conocer en las páginas precedentes la vida del insigne español, ejemplo maravilloso de ambición noble y de energía espiritual sin antecedentes casi en nuestra patria, en la cual la improvisación, la casualidad, cuando no es la baja intriga y la embrollona trastienda, suelen suplir en nuestros hombres á aquellas firmes cualidades que caracterizan á los extranjeros en los países que marchan al frente hoy de la cultura universal.

Un hombre del pueblo, que teniendo fe en sí propio se lanza á la conquista de la más alta posi-

ción social y logra destacarse por sus merecimientos personales, es un caso frecuentísimo, sobre todo en los países llamados anglo-sajones. A esto, es decir, á este género de hombres constitutivos de un tipo social, se les denomina en Inglaterra un *self made man*, quiere decir un hombre hecho por sí mismo.

Este género de hombres ejemplares y representativos, no fué desconocido en España en otros siglos, si no que, por el contrario, fué nuestra Patria en ello, como en todas las cosas grandes, prototipo en los tiempos pretéritos. A estos hombres se les llamaba en castellano *hijos de sus obras*. El Romancero español, reflejo maravilloso de la psicología ibérica de otros siglos, muestra, como todas las gestas de nuestra sin par epopeya, una violenta simpatía, si así cabe decirlo, por este género de hombres que, salidos de la nada, no deben nada á nadie, teniendo el orgullo de ser sólo acreedores de sí mismos, fundadores de razas, de dinastías individuales.

Y ello fué de tal manera, que el tipo favorito de nuestros poemas nacionales, el héroe por autonomasia de nuestro pueblo, fueron siempre los bastardos, esto es, aquellos que, no sólo no debían nada á nadie, sino que hasta tenían que luchar con el estigma de su nacimiento. El plebeyo con merecimientos personales fué en todo tiempo para los españoles más estimado que el noble, por muy notorios que fueran sus merecimientos.

La decadencia española, aminorando á la nación física y espiritualmente, encogió los ánimos, empequeñeció las almas, acobardó á nuestros compatrio-

tas. Los casos como el de Costa, de luchadores arrogantes que se lanzan á la conquista de la gloria por los caminos del trabajo honorable y de la ciencia, constituyen ejemplos excepcionales entre nosotros. Por eso Costa es acreedor desde este punto de vista á la admiración, al respeto y á la gratitud de España, considerándolo como á uno de esos hombres que marcan en la vida de un pueblo su hitación espiritual.

Dijimos que las primeras y tal vez siempre más firmes aficiones de Costa, fueron la Agricultura. El eminente ingeniero agronómo D. Rafael Alvarez Sereix, en un interesante artículo publicado en *El Liberal* el 14 de Febrero de 1911, hacía constar que Costa "tenía el título de agrimensor".

Las circunstancias, sin embargo, impidieron á Costa seguir la carrera de la ciencia agronómica y dedicarse plenamente á lo que constituía el mayor de sus amores. La fuerza del medio le obligó á seguir el casi único camino accesible en nuestra Patria á los pobres, para adquirir un título científico.

Costa tuvo, pues, que dedicarse á los estudios universitarios.

En la hoja impresa de méritos y servicios para la provisión de Notarías de Madrid, en turno tercero, figuran las "Condiciones del aspirante D. Joaquín Costa". En dicho documento, que tenemos á la mano, figuran obras del egregio polígrafo, impresas en 1894. Vemos, pues, que este concurso se hizo muy poco antes del momento histórico en que la figura de Costa llena nuestra nación con los resplandores de su antorcha revolucionaria.

En 1872 terminó Costa la carrera de Derecho ci-

vil y canónico, con nota de sobresaliente en la Licenciatura y el Doctorado, y premio extraordinario en ambos grados. En 1873 concluyó la carrera de Filosofía y Letras, graduándose con nota de sobresaliente en los ejercicios Licenciatura y Doctorado.

En 1874 obtenía por oposición la cátedra de Legislación comparada de la Universidad Central, en concepto de supernumerario, esto es, de sustituto. En 1875 hacía oposiciones á las cátedras de Derecho político y administrativo en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, y de Historia de España en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid. Costa fué propuesto en terna para ambas cátedras; pero ello es que el insigne opositor se encontró despojado de entrambas.

Ofendido en su legítimo orgullo profesional, y sintiéndose amargado ante el penoso espectáculo que la vida universitaria le ofrecía, Costa renuncia en dicho año 1875 á su cátedra supernumeraria de Madrid, haciendo oposiciones, que ganó brillantemente, á oficial letrado de Hacienda, como entonces se decía, y siendo abogado del Estado en las provincias de Guipúzcoa, Guadalajara y Huesca, hasta 1878.

Estaba escrito, sin embargo, que el gran Costa no había de envejecer tampoco en la nueva profesión que abrazaba. Persona autorizadísima nos ha explicado las razones que obligaron al futuro león de Graus á renunciar á su segunda carrera. "Su carácter independiente y refractario á cierto género de imposiciones políticas hizo que abandonase el rumbo de los destinos del Estado."

Vino entonces á Madrid á incorporarse al Colegio

de Abogados. Poco después, en efecto, abrió despacho en la Corte, adquiriendo lisonjera reputación entre sus colegas de toga; pero, entretanto, Costa dióse á conocer inmediatamente en los círculos literarios, siendo nombrado profesor de la Institución Libre de Enseñanza el mismo año 1878.

En 1881 aparece incorporado como abogado del Colegio de Madrid, ejerciendo la profesión hasta 1888.

En este año hace oposiciones á una Notaría de Granada, obteniendo la calificación de sobresaliente y el número uno en la clasificación de los aspirantes.

He aquí á Costa notario. En esta profesión, tan ajena al parecer á su temperamento, demostró Costa las mayores aptitudes y las circunstancias más relevantes. En su hoja de servicios notariales aparecen los extremos siguientes: "Visita extraordinaria á su protocolo por un delegado de la Dirección General de los Registros y del Notariado (Sr. Escosura) en 1890, sin haber encontrado una sola falta. Visita extraordinaria á sus protocolos por un delegado y vocal de la Junta directiva del Colegio (señor López Marín) en 1894, sin una sola falta. Servicio especial, declarado meritorio por la Dirección General, en expediente de censura y rectificación de los protocolos del notario D. E. Bonilla (1890). Visitador de protocolos en el distrito de Baeza, en comisión de la Junta directiva del Colegio Notarial de Granada, á expensas de aquél (1894)."

En la misma hoja y en la misma sección hallamos anotado: "Es subdelegado de la Junta directiva del Colegio en el distrito notarial de Jaén". Esto apare-

ce en la sección de "Méritos y servicios notariales". Antes de ella y bajo el epígrafe de: "Aptitud legal para la traslación solicitada", leemos: Es notario de Jaén (segunda clase) desde hace más de cuatro años. Nos encontramos, pues, pasados los umbrales de 1898, esto es, en el momento culminante y trágico de la vida de Costa y de la Historia de España á un mismo tiempo.

Fué Costa tratadista y especialista en las cuestiones notariales. Siendo abogado de Estado en Huesca, se dedicó al estudio "Hechos sobre esculturas y protocolos; Formulario notarial", según consigna su expresada hoja de servicios, de lo que tituló "Derecho consuetudinario del Alto Aragón", obra impresa en 1877-1880 y declarada de mérito por la Dirección General competente. Asimismo aparece con la nota: "Declarada de mérito por la Dirección General" su obra, publicada en 1890-1893, esto es, siendo ya notario, "Reorganización del Notariado, del Registro de la Propiedad y de la Administración de Justicia".

En 1889 figuró Costa como juez de oposiciones á la cátedra de Derecho natural de la Universidad de Sevilla. Desde 1887 aparece como profesor en la Academia de Legislación y Jurisprudencia, y antes de esto lo encontramos de vocal de la Comisión de Legislación Extranjera en el ministerio de Gracia y Justicia, desde su creación en 12 de Febrero de 1884.

La afición de Costa á las cuestiones jurídicas de índole profesional y técnica la hallamos viéndole redactar ponencias impresas en 1880 en el Congreso Jurídico de Zaragoza, en el cual pronunció diversos discursos sobre temas de Derecho, en el Con-

greso Jurídico de Madrid de 1887 y de Barcelona de 1888. En el citado año 1880 daba Costa tres conferencias en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, acerca del Congreso Jurídico de Zaragoza.

Fué Costa redactor de la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* desde 1879 á 1894, y publicó, entre otras obras de igual índole, "La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos aragoneses", publicada en 1873 por la Biblioteca Jurídica. Entre las obras de Costa de índole exclusivamente jurídica, se encuentran: "El Consejo de familia en España: Comentarios á los artículos 293-314 del Código civil", "Los Fideicomisos de confianza y sus relaciones con el Código civil español", y obras ya tan escuetamente profesionales como "Tranvías y ómnibus: Estudios de Derecho administrativo" y "Los Ayuntamientos y las alineaciones de calles: Estudio de Derecho administrativo", impresas en Madrid en 1893 y 1899, respectivamente. De las demás obras jurídicas de Costa hablaremos en lugar oportuno.

Hemos dicho que Costa fué profesor de la Institución Libre de Enseñanza desde el año 1878. Desde 1880 á 1883 lo encontraremos de director del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza.*

Costa era, por lo tanto, notario de Madrid cuando surgió ruidosamente á la vida política.

Hemos dado á conocer la carrera, ó, mejor dicho, las carreras de Costa, desde que se graduó en ambas Facultades en la Universidad de Madrid. Cúmplenos ahora dar á conocer detalladamente la producción literaria de Costa.

Capítulo XXIII.

Las obras de Costa.

Sus primeros pasos.—Costa, auto-didacta.—D. Fermin Caballero.—La Exposición universal de París.—El sentido práctico de Costa.—Sus primeras obras jurídicas.—Á los treinta y cuatro años de edad ha entrado Costa en la plenitud de su producción intelectual.—Sus obras, cronológicamente. — Obras completas, ordenadas por materias.

Hemos dicho que Costa es el prototipo en España del hombre hijo de sus obras, en el sentido que esta palabra tiene corrientemente, esto es, hijo de sus hechos. El insigne español, cuya multiformidad es tal vez su principal característica aparece en sus obras literarias, científicas, intelectuales, como forjador igualmente de sí propio.

Costa se formó á sí mismo como hombre, se templó á sí propio como espíritu, y fué en el orden de producción mental un verdadero auto-didacta, como desgraciadamente han tenido y tienen que serlo todos los españoles que empleen sus energías en aquellos órdenes de la vida pública que no sean,

por ejemplo, la política y el toreo, en donde existen escuelas y maestros consumados y notorias.

Inició Costa su vida intelectual en plena adolescencia casi, cuando siendo un muchacho, estuvo en clase de obrero destinado en la Exposición universal de París de 1867.

El sentido práctico de Costa, en armonía con su modesta categoría social de entonces, no se apartó jamás de su naturaleza mental, constituyendo uno de los aspectos más interesantes de la compleja personalidad del grande hombre. El espectáculo de la gran ciudad, cabeza espiritual de Europa, despertó en Costa la idea de dar á conocer en España lo que aquella Exposición universal signifieaba y le sugería. Tal vez ya entonces había Costa recibido la benéfica influencia que sobre su alma ejerció el único tratadista que, en cierto modo, puede ser denominado maestro de Costa.

Nos referimos á D. Fermín Caballero, cuyos trabajos sobre los problemas españoles verdaderos, esto es, sobre los prácticos, modestos y callados, son de los pocos merecedores de gratitud por parte de nuestra patria.

El sencillo doctrinal de D. Fermín Caballero fué incorporado por Costa á su vasto programa intelectual, cristalizándolo muchos años después en su famosa frase "La Escuela y la despensa", queriendo significar con ella que lo que España necesita fundamentalmente es: cultura, escuela y alimentación, despensa.

La obra primera de Costa se tituló modestamente de este modo: *Ideas apuntadas en la Exposición universal de París de 1867*, siendo editada en Hues-

ca, al regreso de Costa, en 1868, al precio de pesetas 1,50.

La segunda obra de Costa, cronológicamente, fué la publicada en 1871 bajo el título *El problema de la ignorancia del Derecho*, según sus biógrafos. Era Costa todavía estudiante, puesto que en 1872 terminó sus estudios en la Facultad de Derecho; pero, ¿se publicó entonces esa obra? Con el mismo título se imprimió en 1901 su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

En su hoja de servicios como aspirante á la Notaría de Madrid, anterior á 1901, Costa no incluyó esta obra entre sus producciones jurídicas como mérito para obtener la plaza vacante.

En 1876 publicó Costa la primera de sus obras jurídicas, y fué la titulada *La Vida del Derecho*. Algún biógrafo de Costa (Luis Bello) ha dicho que esta obra fué pblicada en 1873; pero hasta el mismo Costa, en algún escrito en cierto modo autobiográfico, ha dicho: "En 1876... en mi *Vida del Derecho...*"

En 1877 imprimió Costa su obra, tal vez fundamental en este género de estudios, terminada en 1880, titulada: *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*. Tenía, pues, el gran tratadista por entonces treinta y cuatro años de edad. El mismo año 1880 publicó su *Teoría del hecho jurídico*, y al siguiente, esto es, en 1881, publicó Costa su obra monumental de 500 páginas, en 4.°, editada en 1888 en Madrid y Sevilla por la librería de Fe, al precio de diez pesetas, titulada *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*.

Escribió Costa una sola obra en colaboración, y

fué el segundo tomo de su *Derecho consuetudinario y Economía popular de España*, que es el verdadero título de la obra. El tomo primero se titula *Alto Aragón*, y el segundo no tiene denominación propia. Este segundo tomo abarcaba á Zamora, Vizcaya, Asturias, Ciudad Real, Alicante, León, Jaén, Burgos, etc., y se componía de estudios monográficos escritos por el propio Costa y por los señores D. Santiago Méndez, D. Miguel de Unamuno, don Manuel Pedregal, D. José Piernas Hurtado, D. Pascual Soriano, D. Rafael Altamira, D. Juan Alfonso López de la Osa, D. Juan Serrano, D. Victoriano Santamaría, D. Elías López Morán y D. Gervasio González Linares, siendo publicada esta obra completa, ó sea en sus dos tomos, en Barcelona, en 1902, por su editor Soler.

Entremos ahora en la enumeración de las obras de Costa, con arreglo al catálogo de sus

OBRAS COMPLETAS

publicadas y en publicación, editadas por la Biblioteca Costa, domiciliada en Madrid en la calle de las Naciones, números 2 y 4.

Del catálogo de esas obras formamos, por materias, las agrupaciones que siguen, que dan á conocer la multiplicidad mental del asombroso polígrafo español:

PEDAGOGÍA

"Maestro, escuela y patria."

AGRICULTURA

"La fórmula de la agricultura española." Dos tomos.

"Formas típicas de guardería rural."

"Agricultura armónica" (expectante, popular).

"Política hidráulica." (Misión social de los riegos en España.)

"El arbolado y la Patria."

"Primera campaña de la Cámara Agrícola del Alto Aragón."

"Proyecto de Asilo Agrícola Colonizador."

"Información acerca de si debe aplicarse la ley de accidentes del trabajo en Agricultura."

"La enseñanza en la Agricultura."

POLÍTICA

"Reconstitución y europeización de España.

"Oligarquía y caciquismo, como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla." Tres tomos.

"Los siete criterios de gobierno."

"Política quirúrgica."

"Crisis política de España." (Doble llave al sepulcro del Cid.)

"Quiénes deben gobernar después de la catástrofe." (Discurso.)

"Mi partido político."

"Estímulos comerciales."

"La generación del Poder."

"Epístola republicana."

"Por qué fracasó la Unión Nacional."

"Lo gastado en la guerra, si se hubiese gastado en la paz...!"

"El pesimismo nacional."

"Zaragoza á Costa... Costa á Zaragoza."

"Tutela de pueblos en la Historia."

En la vasta bibliografía de Costa aparecen, además, tres obras del que podemos llamar mentalmente el verdadero "gigante aragonés", no consignadas en el catálogo de la "Biblioteca Costa", dirigida por su hermano D. Tomás.

Dichas obras son:

"Veinte años después: Revolución, regeneración, reacción."

"Historia de un despojo frustrado. Embolia nacional. Carne para la revolución."

"Estructura de los programas políticos de los partidos."

MARINA

"Marina española ó la cuestión de la escuadra."

COLONIZACIÓN

"El comercio español y la cuestión de África."

"La Guinea española."

"Política geográfica."

"Política hispano-marroquí."

POLÍTICA INTERNACIOMAL

"Alemania contra España. El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia."

DERECHO

"La vida del Derecho", con prólogo de Azcárate."

"Teoría del hecho jurídico, individual y social."

"Colectivismo agrario en España." (Doctrinas y hechos.)

"La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses."

"Estudios jurídicos y políticos." (Colección de monografías.)

"Reorganización del Notariado, del Registro de la Propiedad y de la Administración de justicia."

"Reforma de la Fe Pública."

"Derecho consuetudinario de España."

"Derecho consuetudinario del Alto Aragón." (Tomo I de la obra precedente.)

"El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referendum y la costumbre." (Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y políticas.)

"El juicio pericial (de peritos prácticos, liquidadores, partidores, terceros, etc.) y su procedimiento."

"Los fideicomisos de confianza."

"El Consejo de familia en España."

"Plan de una historia del Derecho español en la antigüedad."

"Problemas de Derecho aragonés."

"Colectivismo, comunismo y socialismo en el Derecho positivo español." (Ensayo de un plan.)

ADMINISTRACIÓN

"Tranvías y ómnibus."

"Los Ayuntamientos y las alineaciones de calles."

"Cómo deben ser los municipios."

SOCIOLOGÍA

"La Tierra y la cuestión social."

"Regeneración y tutela social."

"Dar de comer al hambriento." (Problemas obreros y casas baratas.)

HISTORIA

"Estudios ibéricos." (La servidumbre entre los iberos. Litoral español del Mediterráneo en los siglos VI-V antes de J. C.)

"Islas líbicas: Ciranis, Cerne, Hesperia."

"Último día del paganismo y... primero de lo mismo. (Obra póstuma,)

"La patria de Viriato."

"La religión de los celtíberos."

"La Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas."

NOVELA

"Justo de Valdediós."

OBRAS VARIAS

"Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867."

"Problemas prolongados."

"El doctrinal de Costa" (Diccionario de las diversas materias tratadas por el autor, copia de los párrafos más salientes, con indicación de la obra y página que los contiene.)

"Excerpta." (Reunión de varios trabajos.)

La obra póstuma del insigne aragonés se titula: "Último día del paganismo y primero... de lo mismo." Un capítulo de ella fué publicado poco antes de morir su insigne autor, bajo el epígrafe de "El Sol de flinio en el telescopio", en la revista *La España Moderna*, dirigida por D. José Lázaro, desgraciadamente suspendida hace unos meses.

Capítulo XXIV.

Trozos selectos de sus libros.

Florilegio de grandes períodos.

LOS PROBLEMAS NACIONALES
ENTREVISTOS POR COSTA.

"... aquellos problemas por excelencia nacionaes que vibran secretamente en todas las conciencias y de cuya solución depende el porvenir de nuestra Patria. Hay una política liberal que desenvolver y afianzar; una nacionalidad ibérica que reivindicar y redimir; una España transfetana que atraer á la comunidad de nuestro derecho y de nuestra cultura, una España trasatlántica que unir á nosotros por los vínculos de una fraternal alianza; hay que avalorar la opinión, herir rudamente la dormida fibra del patriotismo, redimir al pueblo de la cruel servidumbre de la materia, que lo oprime, arrancarlo al escéptico desaliento que lo domina..."

(De su *(Poesía popular española);* 1888.)

EL CID Y LA EPOPEYA NACIONAL: SU SÍMBOLO.

"Aparte de este carácter histórico nacional, ostenta nuestra poesía nacional la representación de una idea política, universal y permanente, por más que lo contrario se haya afirmado...: á España tocó cantar la Justicia y la Ley. La *Ley*, afirmada por encima de súbditos y de autoridades y antepuesta á las particulares conveniencias é inclinaciones del individuo; el *Derecho*, afirmado por la ley y de la voluntad de los que la representan; tales son las notas con que ha contribuído España á la sinfonía universal del Arte europeo. En este respecto, los héroes de nuestra epopeya nacional se convierten en símbolo y *sehma* de categorías generales de la vida, expresadas con aquella viveza y energía que son el más preciado distintivo de toda musa primitiva. El Cid, pongo por ejemplo (hablamos del Cid tal como lo ha transfigurado el entusiasmo y la devoción del pueblo), no es tan sólo un caudillo castellano y su vida un episodio de la Historia de España. El Cid es, además, un principio, y su vida un ideal. No se pierde todo allá en las penumbras de lo pasado: se dibuja también en los senos del porvenir. No ha quedado su personalidad entera detrás de nosotros: su espíritu nos precede y alumbra con la antorcha que las generaciones han encendido en su mano. No limitan su mirada de águila las fronteras de la Patria, sino que abraza el horionte de la vida, en tanto que vida jurídica. Re-

presenta su idea sin limitaciones de espacio ni de tiempo; habla para todas las latitudes."

(De su *(Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas)*

SOBRE LA SUPERVIVENCIA IBÉRICA Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

"En este tiempo (Costa se refiere á la organización política de la Península, en los tiempos ibéricos, en comunidades de ciudades rodeadas de aldeas) las estadísticas de la Edad Media tienen perfecta aplicación á la Edad Antigua; las ciudades de la Península, después de la conquista romana, vinieron á ser, con raras excepciones, lo mismo que habían sido antes, salvo crecer en número, en importancia y en civilidad: las más eran poblaciones estipendiarias, habitadas, como antes, por naturales del país; las menos, una cuarta parte, colonias y municipios de ciudadanos romanos ó latinos, y todavía en éstas el fondo de la población se componía de indígenas. De los ciento ochenta y cinco números *oppida* que se registraban en la Bética en el siglo I, ciento veinte eran estipendiarios; de los ciento setenta y nueve *oppida* de la Tarraconense, eran estipendiarios ciento treinta y cinco; en la Lusitania, de cuarenta y cinco pueblos, treinta y seis tenían aquella misma condición. Los romanos no introdujeron ningún cambio en su organización, la cual llegó intacta á los visigodos y aun á los musulmanes."

(De sus *(Estudios ibéricos.)*

"Pocos países, con efecto, mejor dispuestos que éste (1) para conservar siglos y en toda su pureza las instituciones primitivas de la gente española. Como la raza no se romanizó, el derecho romano no pudo enseñorearse de ella, ni suplantar al derecho indígena. Como los godos ni los musulmanes se aventuraron en aquellos angostos valles pirenáicos, y, si se aventuraron, no hicieron asiento en ellos, el estado social no sufrió el más leve trastorno, y cuando surgieron los nuevos Estados, sus jefes, electivos ó hereditarios, hubieron de jurar el respeto á las libertades y antiguas costumbres del país. Por otra parte, tampoco existían causas interiores de desorganización; al contrario, todas conspiraban á conservar el primitivo estado patriarcal: el clima lo mismo que la raza."

(De su *(Derecho consuetudinario de España.)*

ESTILO LITERARIO DE COSTA
EN UN MOMENTO DE LIRISMO.

"En este laberinto de montañas del Alto Aragón, hace pensar en un como gigantesco florecimiento de la tierra, y en las cuales parece que se respira aún el aliento virginal de la creación; la Naturaleza, más que convidar, obliga al recogimiento; nada de festivos valles, como en el Mediodía, plantados de vides, olivos y naranjos; nada de ligeras ondulaciones del terreno, de risueñas colinas, convertidas por espléndida vegetación en otros tantos canasti-

(1) Costa se refiere al Aragón pirenáico.

llos de flores; nada de verjeles cuajados de regaladas frutas, florestas pobladas de ruiseñores, aire embalsamado, empapado de azahar; nada de Naturaleza próvida que sale al encuentro de todas las necesidades y provee generosamente de sustento y regalo al hombre; nada de aquella decoración meridional que embellece las rientes costas mediterráneas; nada de espejismos en el aire, fiestas de colores en el suelo, reflejos de ópalo en las aguas, arreboladas auroras en el horizonte, espléndido y urente sol, lloviendo centellas en el zenit, monumentos de la industria humana lanzando sus atrevidas agujas como un desafío al cielo. Aquí la Naturaleza ostenta muy otra fisonomía: nontañas más altas que las nubes, en las cuales, como en un mar tempestuoso, parecen bogar; valles estrechos, de abrupta y severa contextura, circuídos por un collar de nieves perpetuas, regados por riachuelos y torrentes que fluyen de aquellos eternos ventisqueros y recogen la savia de los montes; druídicas selvas de pinos y corpulentas hayas, pobladas de osos y cabras silvestres; senderos impracticables la mitad del año entre plateadas alfombras de nieve, tendidas por montes y valles sobre las rudas alfombras del verano; horizontes limitados, como los términos del alfoz; cielo plomizo de ordinario; riscos suspendidos como una amenaza eterna; todo, todo llama con imperiosa voz á la vida del hogar é impone como una necesidad de primer orden la asociación. El cielo, que reparte pródigamente sus dones en otros climas, muéstrase en éste avaro sobre toda medida y obliga al labrador á vivir en continuo afán para sustentar la vida; aun en igual-

dad de latitud, es esta comarca la menos favorecida de la Península: en el resto del Pirineo crece espontáneamente un árbol cuyo fruto hace veces de pan en los meses más crudos del invierno: el castaño; aquí se carece de la poderosa cooperación de este obrero gratuito; se vive en estado de perpetua conquista sobre la enemiga Naturaleza. Por esto lo que en otros puntos es subdivisión del suelo, proliferación y expansión de la familia, aquí es concentracion de fuerzas productivas y polimorfismo, asociación de los individuos en robustas colectividades. Sin este régimen la montaña hubiera quedado despoblada. Una familia del Pirineo, con un regular haber y la acción concertada de multitud de esfuerzos individuales, no sólo se sostiene, sino que prospera; divídase su patrimonio, dispérsense sus miembros y al punto se la verá desmedrarse y desfallecer, doliente de incurable anemia, y será milagro que la parte constituída en centros domésticos independientes no adolezca del mismo incurable raquitismo."

(Del *Derecho consuetudinario español.)*

Capítulo XXV.

El alma de Costa.

Siempre la verdad.—Fué un Prometeo.—Cómo fué tratado Costa.—Se le envidió y se le robó.—Abominando de Monzón.—Español sobre todo.—Y por encima de todo, un hombre de ética.—El pesimismo de Costa.—Costa y Macías Picavea.

No es empresa hacedera la de trazar la psicología de Costa, hombre complejo y multiforme cual ninguno, que, en tal sentido, parece del Renacimiento, contradictorio en casi todos los instantes de su vida y de su espíritu, y, con todo eso, carácter de una pieza, invariable aun en medio de sus cambios.

Porque si Costa se contradijo muchas veces, no muestra en ello sino su unidad moral, quiere decir, la sinceridad inquebrantable de su temperamento. Costa dice siempre la verdad, tal como él la ve y la siente al expresarla. Si luego cambian sus puntos de vista, van cambiando con ellos sus criterios. Pero jamás ocultó Costa estas contradicciones su-

yas. Frecuentemente consigna en sus obras que ha rectificado su opinión, que ha cambiado de criterio en tal ó en cual aspecto con relación á tal ó á cual asunto, después de haber practicado nuevas investigaciones ó de haber reflexionado sobre ello.

Costa no es de los autores que se aferran á sus yerros y que se niegan á confesar que se equivocaron, sometiendo todas sus obras ulteriores á la tortura de acomodarlas á las opiniones que consignaron antes. Si Costa á veces parece tener prejuicios y someter la realidad de los hechos á sus hipótesis personales, si en ocasiones parece someter la Historia á su voluntad, moldeándola á su antojo por un impulso de soberbia, ó por anhelo de crear escuelas y sistemas personales, no es así. Es que Costa es un poeta al mismo tiempo que un sabio, y, en consecuencia, se deja arrastrar en ocasiones por el impulso de su fantasía desbordante. Es su utopismo el que á veces le arrebata, ó alguna vez, un estado pasional de hombre enfermo. Porque es preciso no olvidar que este coloso, que era un gigante como por su inteligencia, por su cuerpo, fué un temperamento desequilibrado, aun desde niño, y murió de una parálisis que durante toda su existencia luchó ferozmente contra su voluntad portentosa.

La sensación que en conjunto, en una síntesis suprema, nos da Costa, es la de un Prometeo, trágica y dolorosa. Nosotros lo contemplamos encadenado á la roca del Pirineo aragonés eternamente, porque, si á veces bajó al llano de Castilla y durante años Costa vivió en Madrid libre en apariencia, su vida fué de tormentos infinitos, aunque su orgullo supo ocultarlos siempre con la energía de su

temple varonil. Costa, "el último español", como se le llamó por muchos al morir, era de aquellos iberos que practicaron la fórmula del cordobés Séneca: "Sé hombre".

El Sr. Argente, en un artículo dedicado al gran español, bajo el epígrafe de "La tragedia de Costa", refiere que "muchas veces—cuentan sus íntimos—, de los labios del coloso brotaron iracundas diatribas contra la estupidez de una masa que le aplaudía por sus trenos y sus apóstrofes, é ignoraba sus investigaciones y sus doctrinas". El señor Argente ve, "al través de las fluctuaciones en las actividades de Costa, la gran tragedia de su espíritu gigante", luchando entre sus amores por la soledad y el estudio y sus ansias por la acción material y política, y en todo ello, las acometidas de su enfermedad mortal, que le inmovilizaba clavándole en su asiento, la sombra de la parálisis que le seguía y acechaba en todas partes.

Costa no fué comprendido ni admirado Sí, cuando estaba en Madrid, siempre de paso, aun en los años en que residió en la Corte oficialmente, le seguía una turba de admiradores, especialmente en sus últimos años, no eran discípulos, sino curiosos, noveleros, esnobos ó sagaces, egoístas, que iban en busca de notoriedad á su sombra ó en pos de algunas migajas de su ciencia.

Al morir Costa, durante su enfermedad, España entera apareció conmovida. Pero fué sólo al desplomarse el edificio cuando su patria supo que existía Costa en calidad de monumento nacional. Las alabanzas, la admiración, el panegírico, la apología bajo todos los matices, vienen entonces,

como la celebridad había llegado á él muy poco antes por sus insultos y no por obras doctrinales. Pero ¿y los años que precedieron á su muerte, quiere decir, toda su vida, qué fueron?

El Evangelio del 5 de Junio de 1901 publicó un artículo titulado "El notable publicista", protestando contra la iniquidad cometida por la prensa española, que encaminaba de tal modo los epítetos, dando este solo al coloso aragonés, en tanto que amontonaba el léxico adulatorio sin pudor sobre los politicastros más ramplones, y consignando con noble indignación, que los periódicos, "al hacer el recuento de los que, valiendo mucho se han quedado sin acta, hayan olvidado á Costa".

En el régimen de los valores transmutados que caracteriza á nuestra patria en general actualmente, Costa, no sólo no fué tomado en serio, para decirlo con la frase vulgar, por la denominada opinión pública, sino que fué muchas veces, aun en el único momento de su popularidad, de su ruido, tomado en chanza, llamado en burla "el hombre hidráulico", mientras que otros canalizaban sus aguas.

Algún periódico se hizo eco de las quejas que *El Evangelio* formuló por su parte. "La gran farándula" como eco del "Mentidero", llamó un diario al entusiasmo y admiración que todos sentían por Costa. Este grande hombre, al que se quiere erigir un mausoleo, consignaba, que va á costar muchos miles de duros, "es el mismo D. Joaquín Costa, que tuvo que abandonar la Corte porque no encontró quien le prestase el dinero que necesitaba para establecerse en Madrid con objeto de ejercer su profesión de Notario", viéndose obligado á reti-

rarse y esconderse en las heladas montañas de Graus.

Nada más trágico que la vejez de Costa, viviendo, como consignó *La Liga Agraria*, el 10 de Febrero de 1911, calientes aún les cenizas del grande hombre, "viviendo pobremente en un piso húmedo, desamparado de todos", en Madrid, ocurriendo que un día cayó al suelo Costa, efecto de su enfermedad, y hubo de permanecer tres horas en él boca arriba, "por no poder moverse" y no tener nadie que le asistiera.

El Ateneo de Madrid le prometió darle albergue en su casa para que Costa, teniendo allí su biblioteca, pudiera terminar sus libros, "y presidente del Consejo de ministros era el Sr. Moret—consigna *La Liga Agraria*—, y ministro de Fomento el señor Gasset, y no se acordaron de la existencia pobre de aquel que hoy llaman todos león..."

Cierto que á última hora, al saberse en Madrid la noticia de la gravedad de Costa, se organizó una peregrinación á Graus á ver al grande hombre; pero esto fué, más que nada, un espectáculo en el que muchos representaron un papel. *La Liga Agraria* protestó contra aquello, considerándolo como una exhibición, como un reclamo. "Y allá se fueron á su Yuste—consigna—á turbar su dulce dolor y quietud, á acelerar su muerte, á contristar aquel gran espíritu con viajes fantásticos, con crueldades horribles, en compasivos conceptos envueltos con ofrecimientos y suscripciones ofensivas, una docena de periodistas, sin que nadie haya puesto término á latigazos el inquisitorial examen de su espíritu y el poco respeto ante las augustas horas

de una vida que, para desgracia de la ciencia y de todos, se escapaba..."

Este grito de los aragoneses de Costa califica de profanación el homenaje que se le tributó entonces, culto inhumano, dice, del vocinglero egoísmo, mientras que en vida se vió Costa condenado al ostracismo, "en pobreza mísera y en olvido punible y vergonzoso de todos esos que hoy vocean y gritan, y se preocuparon poco, hace unos meses, cuando en la calle de Los Madrazo vivía, en cuarto piso, bajo, obscuro y húmedo", de lo que le era debido, no hallando ni en aquellos momentos de su permanencia en Madrid más consuelos y atenciones que los que le tributaran Niembro y su familia..."

La Correspondencia de España publicó en Noviembre de 1916 un artículo del Sr. Aznar Navarro, con motivo de la inauguración en Huesca, capital del Alto Aragón, cabeza de la patria pequeña de Costa, de un monumento erigido á D. Manuel Camo, "cacique máximo de la provincia", mientras su "contemporáneo y comprovinciano" Costa no pudo en su vida "ser diputado por un distrito de la provincia en que nació". El Sr. Aznar Navarro terminaba su artículo diciendo: "Pasarán años, muchos años. Cambiarán las gentes, se extinguirán las memorias. Y llegará un día en que un viajero desperdigado... pregunte ante el monumento inaugurado hoy: ¿Quieren ustedes decirme quién era D. Manuel Camo? Y satisfecha su curiosidad, agregue: ¿Quieren ustedes enseñarme el monumento de D. Joaquín Costa?"

Costa, además, sufrió una persecución sobre la cual nada queremos decir. Noticias vagas llegadas

á nuestro oído rasgan un velo que no queremos descorrer. Hasta hubo alguien que durante quince años empleó su vida en acorralar á Costa por el camino de todas las maldades, impulsado por el odio y por la envidia. Otros, saqueando las obras del maestro, hicieron suyas las ideas de éste, publicando como propietarios sus trabajos, amargando así sus últimos instantes. Las glorias póstumas fueron las únicas de Costa.

Enfermo físicamente durante toda su vida, amenazado por la terrible parálisis y atormentado por la indiferencia pública, no es de extrañar que el espíritu de Costa aparezca desequilibrado algunas veces, contradictorio y difícil de seguir. Su alma es múltiple y compleja, y, en consecuencia, se encuentra llena de aspectos. Procuraremos examinar los más salientes.

Costa, ante todo y sobre todo, fué un carácter, fué un hombre calderoniano, de una pieza, en lo que atañe á su conducta moral, intransigente en las cuestiones de honor, de una rectitud sin límites, de una honradez y una dignidad sin tasa. La hipocresía le fué desconocida. Si erró, fué siempre de buena fe, sincero. Indomable en las cuestiones de principios, fué en lo moral un profesor de energía, venciendo al cuerpo con las fuerzas de su alma.

Costa fué un macho. Su temple varonil le hizo formular su frase "política masculina", como doctrina fundamental pedagógica ante el estado de rebajamiento nacional, llamando "eunucos" á los españoles decadentes. Costa es el símbolo de la virilidad de la raza. Flageló Costa á sus contemporáneos, diciendo que "las mujeres son más hombres

que los hombres" en España. Dijo también que España, por la carencia de sexo de sus hombres, era una "nación asiática de Europa".

Y no eran éstas bravatas palabreras. En sus cartas íntimas, escritas días antes de su muerte, hablando de su enfermedad, que le tenía á las puertas del sepulcro, reclama lo que él denomina los derechos "de la masculinidad", para mirar frente á frente á la muerte sin inmutarse, con aquel estoicismo genuinamente ibérico que nuestro Séneca cristalizó en la Filosofía. Por eso dijo con acierto el Sr. Zozaya que Costa, pensador, investigador, jurisconsulto, sociólogo, "ha sido y es, ante todo, un carácter" en los momentos en que Costa agonizaba.

Así no suenan á hueco, no trascienden á retórica sus truculencias cuando ataca á los políticos, y exclama: "Gran siglo ha sido para España el diez y nueve! En sus comienzos, la vendieron sus Reyes á Napoleón; en sus postrimerías la han vendido sus ministros á Mac Kinley", añadiendo esta frase cruel: "Los políticos, en lugar de jubilarse, han jubilado á la nación, y se han encaminado al Capitolio, en lugar de dirigirse, como debieran, al juzgado de guardia."

Costa fué un inadaptado. Así vivió y así murió altivamente Tenía el orgullo de los hidalgos de antaño, con la típica brusquedad aragonesa y la nativa rudeza del labriego. "Costa no sólo era pobre—dice su hermano D. Tomás en unas notas - , sino que se jactaba de serlo." Austero, fiero como las rocas pirenáicas de su tierra, repudió siempre la alabanza, considerándola como servilismo en quien la da

y como flaqueza en quien la recibe. No pidió nada, no mendigó jamás. Fué diputado cuando no aspiraba á serlo, y no juró por un conjunto de causas, entre las cuales se encontraba el temor de que creyeran que había entrado en la política empujado por miras bastardas.

Lógicamente, Costa fué á veces soberbio. Una vez sola se presentó diputado. Monzón, su ciudad nativa, no le eligió. Ocurrió esto en 1896. Quería Costa ir á las Cortes para oponerse á la política colonial y acabar con la guerra de Cuba. Costa, á partir del desaire de los suyos, renegó públicamente de su tierra, considerándose como hijo de Graus.

Años después los republicanos de Huesca se adhirieron á su política. La carta de Costa maldiciendo á su provincia merece ser conocida íntegramente. Reproducida en *El Porvenir*, diario de Huesca, bajo un epígrafe de grandes titulares: "En la ciudad de Huesca, donde le fué negado el nombre de una calle á Costa inmortal, en el día de la inauguración del monumento á Camo", 26 de Noviembre de 1916, dice así:

"Madrid, 19 Mayo, 1903.

„Señores del Comité Republicano de Huesca.

„Muy señores míos de mi mayor consideración:

„Tengo aún incontestadas, sin manos ni salud para tanta labor, centenares de cartas y despachos, entre ellos uno de ustedes fecha 28 de Abril último. Les agradezco muy cordialmente su felicitación y los términos de afecto y encarecimiento en

que lo hacen, como asimismo la adhesión entusiasta que me significan y á la cual sinceramente correspondo.

„No me obliga menos el honor que me han dispensado ustedes nombrándome presidente de su comité, siquiera me halle imposibilitado para aceptarlo.

„Tengo roto todo vínculo moral con la más cobarde, la más demente y la más desagradecida de las provincias españolas, pródiga para sus asesinos, despreciadora de sus hijos ilustres, que la sirven y honran, madre cariñosa nada más para los extraños, y que á mí, que la sacrifiqué las mejores horas de mi vida, me ha tratado, más aún que con despego, con hostilidad, con la misma hostilidad que si hubiera sido yo un enemigo público. No soy nada para ella ni ella nada para mí; cuando la cruzo en el ferrocarril desde Zaragoza, me hace el efecto de una región extranjera; sólo cuando llego á Barbastro y á Graus me siento en mi patria y en mi tierra; ¡dos oasis enclavados en un desierto enemigo!

„No quiero contacto, ni siquiera indirecto, con una colectividad gregaria que se ha prestado tan servilmente á hacer de trampolín á unas cuantas nulidades forasteras, para caer en la miseria y el deshonor, abrazada á ellas, mientras dejaba envejecer en el aislamiento y en el olvido á la media docena de propios que podían haberla prosperado con los mismos esfuerzos que hacían por prosperar á la ciencia y á la patria.

„¡Ah! Morirá ese miserable efecto que ha hecho de ella una Gomorra, sin entraña en nadie para vengarla; y todavía no sé cuántas generaciones ha-

brán de pasar antes de redimirse de su abyección, no sé cuántos Jordanes habrán de caer en catarata purificadora sobre su cabeza para renacer á una vida digna.

„No quiero nada con nada de ella. Lo mismo que ustedes, me escriben otros amigos haciéndome el honor de invitarme á ir á Huesca. Si alguna vez voy, será señal de que ha llegado la hora de las grandes justicias.

„Esto no obsta para que les agradezca á ustedes la invitación, como antes les agradecí la enhorabuena.

„Una cosa es la provincia culpable, y otra ustedes, como individualidades respetables, á cuya incondicional disposición pone su voluntad, ya que otra cosa no puede ofrecerles su afectísimo amigo y correligionario, atento seguro servidor que besa sus manos, *Joaquín Costa.*—Madrid."

Al mismo tiempo que esto, que un rebelde, era Costa un resignado, un alma buena. Era Costa un niño grande, de cóleras tempestuosas y terribles, pero sencillo y afectuoso en el fondo; soberbio á ratos, pero humilde íntimamente; terco en apariencias, pero razonable y dúctil, inexorable sólo en cuestiones de conciencia.

Tuvo rarezas, genialidades, que le dieron reputación de misántropo, dando lugar con su frecuente malhumor á una copiosa antología de anécdotas. Pero ello era hijo de su enfermedad, de la terrible parálisis y de lo amargo de su vida atormentada.

Fué Costa un anacoreta. Su casa en Graus era pobre, asemejando, por su dura austeridad, la de un cura de aldea, vieja y destartalada, con un so-

mero mobiliario rural; los suelos fríos, sin más que alguna que otra estera; formada la biblioteca, único salón de su casa, por unas toscas maderas clavadas en las paredes hasta metro y medio de altura, por donde se hacinaban los libros y legajos del grande hombre.

Á pesar de sus brusquedades y rarezas, no obstante su natural llaneza, que le hacía ponerse en mangas de camisa cuando viajaba en ferrocarril en verano, era Costa de una exquita gentileza y una respetuosa galantería con las mujeres, todas las cuales, como para Don Quijote, eran damas para el leonino caballero de Graus.

Aun cuando austero como un anacoreta del siglo XVII, era Costa socarrón en ocasiones, desorientando con sus chanzas sonoras á los que iban á contarle sandeces ó á sonsacarle cosas que él quería guardar; grato y ameno como conversador, de un trato lleno de encanto, tan instructivo como afable cuando no estaba exaltado ó dolorido.

Hubo en Costa muchos Costas, para resumir nuestra impresión psicológica sobre él. No ya un dualismo, sino un verdadero multicismo, si podemos expresarlo así, le caracterizan. Su fondo, lo íntimo, lo fundamental de su temperamento y su temple es racial, es castizo, es lo nuestro, lo nacional, lo ibérico, con esa supervivencia característica en el Alto Aragón. Hay en Costa, entre otras muchas facetas, un elemento extranjero en lo físico. Su cuello apoplético, su voluminosa corpulencia delatan algo de germano. También culturalmente hay algo germano en sus procedimientos científicos. Algo también políticamente en sus momentos en que es

Costa imperialista y proclama la teoría de la *tutela de los pueblos*.

Séanos lícito, por lo tanto, decir que lo que queda de grande y fuerte en Costa, despojado de lo dudoso de su obra, es lo genuinamente español. Porque también el utopismo que existe á veces en Costa, encastillado en ocasiones en la torre de marfil de las bibliotecas, vida de refracción, como alguien ha anotado, es de filiación extranjera, es influencia del sentido universalista, enciclopédico, francés, mientras que lo español en Costa es el realismo de sus campañas agrarias, cuando se lanzaba, no ya á la calle, sino al campo, para emprender su gigantesca propaganda, que redimió en el Alto Aragón á los siervos de la gleba actual.

Costa se denominaba á sí propio "el Hombridrón", con frase popular de su tierra—sabido es que una de las muchas especialidades científicas de Costa era la *demografía*, lo que se llama exóticamente *folkelorismo*—, esto es, con una expresión ribagorzana. Esa palabra *hombridón* quiere decir "todo un hombre", esto es, "un hombre cabal" de arriba á abajo. Á este concepto, expresado por uno de los cronistas que acudieron á Graus en el momento de la muerte de Costa, se une la calificación de otro, el Sr. Zozaya, llamando á Costa "el Irreductible".

El Sr. Chabás, por su parte, unido al gran aragonés por lazos íntimos de amistad, nos pinta á Costa, esa "especie de ogro que devora á quien tiene la osadía de acercarse hasta él", según la leyenda, como un hombre muy distinto de eso, "tan bondadoso, tan atento, alma de niño para el afecto, mo-

desto, y tan recto para defender sus convicciones y su honor", como un español de otros siglos. El señor Royo Villanova, á su vez, en una conferencia dada en Zaragoza al morir Costa, organizada por la Asociación Escolar, sobre el carácter del gran polígrafo, lo simbolizó en esta frase: "Fué casto esposo de la Verdad desnuda".

D, Tomás Costa, hermano del "león de Graus", lo pinta de este modo: satisfecho de sus orígenes modestos, sin la menor soberbia ni la menor humildad. "Tenía fe en sus propósitos, consigna, pero le faltaba constancia", efecto, indudablemente, de su desequilibrio físico. "Costa tenía—nos dice—buen sentido práctico, en medio del idealismo de su vida; era un espíritu moral, profundo, universal y vario, amenizado por el humorismo, animado por la imaginación, corregido y embellecido por los mejores sentimientos, consolado, sobre todo, por la amistad. Costa, en lugar de agriarse, era como el vino añejo de que habla Voltaire á propósito de Horacio: gana envejeciendo."

"Costa, dice su hermano, era un gran talento y un gran corazón; tiene el sello de la originalidad; se ve en todas sus obras la profundidad, la fuerza de su espíritu y una ardiente y como encarnizada persecución de la Verdad. Sus descubrimientos, desde la infancia, son célebres; dondequiera que ponía los ojos buscaba y encontraba alguna cosa buena; le era más fácil encontrar por su cuenta que estudiar en los otros".

Ha quedado presentada en su conjunto la psicología de Costa. Repetimos que es empeño de dificultad insuperable dar la sensación exacta de su

personalidad compleja. Por ello hemos de insistir, aun á riesgo de pesada persistencia, en la necesidad de ver en Costa, ante todo, el aspecto ético, su figura de profeta en lo que á su alma se refiere, como su aspecto de jurisconsulto en el orden intelectual.

Costa, al contemplar la ruina y la caída de España, al presenciar el trágico y humillante espectáculo del *desastre*, se sintió herido en su orgullo personal y quiso ser el salvador de su patria. Todos los españoles habían sido y eran cómplices, cuando no autores, de la vergonzosa catástrofe. Nadie aparecía con un programa, con una bandera, con un ideal regenerador. Costa entonces quiso ser el hombre providencial, el Mesías, el artista político de sus elucubraciones teóricas.

La figura de Costa, examinada en aquel momento decisivo de nuestra vida, es gigantesca. Con razón se le ha llamado "el Fichte español". Porque si Costa no logró realizar nada, si su gesto de apóstol, de evangelizador, fué infecundo, la culpa de ello no está en el magno tribuno del momento, sino en el estado de postración, de abatimiento, de anulación espiritual, de inanidad moral de su raza.

Los apóstrofes de Costa á su nación, sus insultos a España, restallan como latigazos en el rostro de su pueblo, que, resignado, desengañado de todo, tras haber sido engañado por todos, permaneció insensible y mudo á las imprecaciones é invectivas de Costa.

Y, ahora, volvamos sobre un aspecto del gran aragonés, que es necesario aclarar debidamente.

Se ha hablado mucho del "pesimismo" de Costa.

Nosotros creemos que el pesimismo abstractamente, como teoría, como cosa substantiva, es algo absurdo y bajamente ridículo, exactamente lo mismo que el optimismo considerado como una cosa sistemática.

El pesimismo de Costa, sin embargo, no es pesimismo, porque no es un prejuicio. Es un aserto después de una premisa, el corolario de una demostración. Ante el estado de España en los momentos de la derrota nacional, todo español tenía que ser pesimista. ¿No lo fué, acaso, Macías Picavea?

Macías Picavea y Costa. He aquí los nombres que siempre irán unidos en el momento más trágico de nuestra historia contemporánea. Macías es lo contrario de Costa. Macías era un temperamento espiritualmente sosegado, no un agitador ni un tribuno, un escritor de producción escasísima, que lanzó un libro casi por casualidad. En ideas, en sentimientos, en cultura, en temperamento sobre todo, Costa y Macías eran cosas antitéticas. Los une, empero, el más noble patriotismo, una igual ansia de regeneración y, allá en lo íntimo, una cierta comunidad de visión honda sobre las causas de la decadencia nacional.

Para Costa los orígenes están en la "oligarquía y caciquismo" que nos corroen. Para Macías en la extranjerización de la casa de Austria y en el Despotismo introducido por ella en España. Costa y Macías son, en el fondo, españoles, aman y buscan en el seno de la patria las instituciones vernáculas, castizas, siendo ambos los precursores del *Nacionalismo* de que nosotros hemos hecho nuestra bandera espiritual. Ni uno ni otro señalaron los oríge-

nes de la decadencia española en su verdadero momento, esto es, en los reyes Católicos. El patriotismo de entrambos los cegó, deslumbrados ante la magnificencia externa de aquel reinado maravillosamente espléndido, pero uno y otro, Costa como Macías, son hombres-faros en aquellos momentos de anulación espiritual de nuestro pueblo.

También Macías Picavea tiene amarguras infinitas en su alma, se siente invadido de mortal desconfianza, exhala un vaho de pesimismo desolador al contemplar el espectáculo de "la *abulia* nacional" y lanza frases como aquella en que resume su temor por lo futuro, viendo un cartel sobre España que diga: "Esta casa se alquila."

El pesimismo de Costa, como el de Macías Picavea, no es innato. No es una cosa congénita, dañina. Ambos egregios y profundos pensadores, ambos sociólogos—mejor que historiadores—, ambos tratadistas insignes de nuestra decadencia, son patriotas honrados y sinceros, almas vehementes, espíritus superiores, que se rebelan, llenos de santa indignación, ante la atonía de la conciencia española, ante el estado que nosotros hemos denominado "la catalepsia nacional".

Es, por lo tanto, el pesimismo de Costa patriotismo. Es lo contrario de la resignación. Es un pesimismo activo, violento, enérgico, estimulante y bienhechor. No es pesimismo, sino indignación y cólera, rabia, iracundia, rugido de león.

Hoy martes

D. J. Alvarez Rayo

Mi estimado amigo: Usted siempre tan complaciente y tan diligente para mis cosas. Mil gracias

El libro es cuenta de Vmd. (nunca), que publica una Biblioteca de Derecho y Ciencias sociales. Cada vez por el tomo veinte y tantos.

Me urge mucho, pero no tanto tanto que no pueda ponerse en eso 9 ó 10 días; con ellos contaba, porque no podré principiar á corregir hasta el jueves ó viernes. Y serán pruebas de estudio...

Por eso le mando recado tan á deshora (he venido de Bibliotecas á las 9 1/2) para que se vayan á dormir (y suspenda ustedes) la composición hasta que yo vaya mañana porque la normanda en los epígrafes es una condición esencial; y quizá convengamos en que pague yo la caja de lo hecho, para llevar el libro (aún le faltan apéndices) á Fuiller ó Bates. Hasta mañana.

muy suyo affmo amigo seguro J. Costa

Carta autógrafa de Costa.

Capítulo XXVI.

Costa, pedagogo.

Agricultura, Instrucción y Ciudadanía.--Sus ideas y sus obras.

La variedad asombrosa de facultades del *gran polígrafo español* del siglo XIX le hizo descollar en todas las materias tratadas por él. Procuraremos señalar las características de aquellos aspectos de Costa, que nos vemos obligados á englobar en breves capítulos, dada la imposibilidad de dedicar á cada uno de ellos, como merecen, un folleto especial.

COSTA, MULTIFORME

Para dar idea de su complejidad intelectual, veamos sus estudios y grados académicos:

1.° Doctor en Derecho.

Notario y abogado del Estado y en ejercicio.

Tratadista jurídico.
2.° Doctor en Letras.
Historiador.
Sociólogo.
Pedagogo.
Crítico folk-lorista.
3.° Catedrático de la Universidad, supernumerario por oposición y numerario de la Institución Libre de Enseñanza.
Ateneísta.
4.° Orador.
Propagandista.
5.° Político.
6.° Creador.
Agricultor.
Africanista.
7.° Periodista.
8.° Literato.
Novelista.
y Poeta.

COSTA PEDAGOGO

Estudiemos en este capítulo al pedagogo.

He aquí el más transcendente de los aspectos que hemos de estudiar aquí. Costa fué maestro siempre, enseñó en todas sus obras, pero dedicó, además, trabajos y monografías especiales á la Pedagogía. La "Biblioteca Costa" ha publicado, bajo el título de "Notas pedagógicas—Maestro, Escuela y Patria"—los estudios fundamentales del egregio aragonés á este respecto.

Tres son los puntos de vista fundamentales que trató Costa en sus elucubraciones pedagógicas: 1.º, la enseñanza de la agricultura; 2.º, la instrucción pública en general; y 3.º, la educación ciudadana de la Nación.

El estudio del suelo, de los barbechos, de las plantas, la agricultura práctica, la enseñanza agrícola, los meteoros acuosos, forman las ideas madres de Costa en materia de Agricultura. Los métodos de enseñanza, la reforma de la Pedagogía, la supresión de las Universidades, son los conceptos fundamentales de Costa en materia de Instrucción pública. El maestro y su misión educadora, el sacerdote en la vida del progreso, la "Escuela de ciudadanos", la misión de los profesores españoles, la formación de "hombres de carácter", el ideal de "la Escuela y la Despensa", son el eje de su criterio como educador de almas, como forjador de patriotas.

Comenzó Costa sus estudios pedagógicos, fijándose sólo en la Agricultura por entonces, en 1864, siendo casi un niño, á los diéz y seis años de edad, manifestando un gran sentido práctico y un admirable instinto reformador. En 1866, á los diez y ocho años, leía un discurso en el Ateneo de Huesca sobre la "esperanza en el porvenir", en el cual alentaba á la juventud, inculcándole las ideas de amor "al trabajo y al estudio".

En el año 1867 se ocupaba Costa de la "Misión del Clero en el progreso", y en 1869 de "El Maestro y el Sacerdote", mostrando en todos sus trabajos de principiante un alto sentido de pedagogo sociólogo, transcendente. Hay más aún. Costa, el in-

signe Costa, en el año 1869, se hizo maestro de escuela. La obra mencionada *Estudios pedagógicos*, de Costa, hace la "copia literal del expediente académico de D. Joaquín Costa Martínez, existente en el Archivo de la Secretaría de la Escuela Normal Superior de Maestros de Huesca." Comienza con la instancia de Costa solicitando el examen de las asignaturas de la carrera del Magisterio: "D. Joaquín Costa Martínez, natural de Monzón, provincia de Huesca, á V. S. con el debido respeto expone: Que ha estudiado particularmente las asignaturas correspondientes á los tres cursos que exige la ley para tomar el título de profesor elemental y superior de primera enseñanza", por lo que pide ser examinado oficialmente. La instancia está fechada en Huesca el 10 de Septiembre de 1869. En los días 10 y 11 efectuó los exámenes, obteniendo el título de profesor elemental. En las disertaciones de Costa, hechas el día 13 de dicho mes, para el mismo objeto, se muestra el maestro de escuela con un sentido de ponderación filosófica, en el centro de los extremos todos, de todas las exageraciones. Su fórmula como profesor, en el Magisterio, fué esta de nuestro Séneca: "Enseñando, aprendemos."

El mismo año 1869 formuló Costa unos "Apuntes para la exposición de un método general de enseñanza". Vemos en Costa el mismo estilo literario de siempre, esto es, una carencia absoluta de estilo. Costa escribe llanamente, desarrolla sus ideas en prosa sencilla, clara, sin asomo alguno, no ya de retórica, sino de literatura. Rarísima vez se exalta Costa, tiene estilo, escribe con cláusula, con período oratorio, no obstante ser un orador de primer

orden. El pedagogo domina al literato. Es un didacta y no un poeta, con la singularidad de que su fantasía le arrastró muchas veces, haciendo de él más un poeta de la Historia, que un historiador en sus estudios ibéricos y en los que denominó también célticos.

En 1870 publicó Costa un estudio: "Nueva base de educación", sobre pedagogía infantil. Es, pues, un técnico, un profesional, un eterno enamorado de la pedagogía actuante. En 1882 Costa toma una parte activísima en el Congreso Nacional Pedagógico. No es cosa excepcional, sino lógica, que Costa, en 1899, resuma el actual problema "España y la Liga nacional" en esta fórmula: "Escuela y despensa." Dijo Costa entonces: "La escuela y la despensa, la despensa y la escuela, no hay otras llaves capaces de abrir camino á la regeneración española; son la nueva Covadonga y el nuevo San Juan de la Peña de esta segunda Reconquista que se nos impone." En 1901 Costa asistía á la Asamblea Pedagógica de Tárrega, en Lérida, arrastrado siempre por su amor al Magisterio. En ella habló de "Maestro y Patria" y proclamó la necesidad de formar "Escuela de ciudadanos". El Sr. Puig publicó en Valencia, en 1911, una obra titulada *Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas*. En 1908 la Asociación de Maestros de Madrid dirigió á Costa un mensaje de gratitud, al que Costa respondió desde Graus.

El más ardiente patriotismo, el más alto y hondo sentido de lo que era nuestra patria en el pasado, aparece en Costa pedagogo. Siendo ya maestro de escuela, pero alumno al mismo tiempo en la

Universidad de Madrid, Costa encabezó un mensaje memorable dirigido á Castelar en 1870 y otro á Serrano en 1871, protestando, en nombre de la juventud escolar, del menosprecio manifestado hacia España por el célebre orador y por la supresión de las armas de Aragón y Navarra en el escudo nacional, llevada á cabo por el General regente.

*
* *

Hemos dicho que la agricultura fué una de sus obsesiones como pedagogo.

Los trabajos que Costa publicó relativos á materia agraria son muchos y notabilísimos. He aquí un índice, no completo:

"Agricultura armónica" (expectante popular), "El suelo de la Patria y la redención del agricultor", "Misión social de los riegos en España", "Memoria y proposición del Congreso de agricultores de 1880", "Agricultura de regadío, nacionalización de las aguas fluviales, destinos que hay que dar al agua de las canales", etc. (Campañas en el Alto Aragón), "Solaces de política hidráulica", "Resumen de programa agrario al *meeting* agrícola de Ríoseco", "La pequeña política hidráulica: agua de riego para el pueblo", "Proyecto de ley para la formación de un plan general de pantanos y canales de riegos", "Agricultores, ¡á europeizarse!", "¿Viñas ó cereales?", "El arbolado y el hombre, repoblación forestal y Fiesta del Árbol", "Efectos de la despoblación forestal en el Alto Aragón".

"Condiciones económicas del cultivo del arbolado, almendro, naranjo, encina...", "Sobre crédito

agrícola", "El pueblo y la propiedad territorial", "Ideas revolucionarias de antiguos gubernamentales (Ciscar, Martínez Marina, Flores Estrada, Balmes, Moyano, Madezel)", "Cuestión social agraria, con criterio experimental y oportunista", "El problema de las tierras", "Tierras concejiles para el pueblo: en Inglaterra, en Suiza, en Aragón", "La miseria como fuente de servidumbre y de delito, según la Biblia", "Concurrencia de jornal con cultivo propio y jornada de ocho horas en Zaragoza", "La agricultura y el librecambio", "Mosén Acequias", "Agricultura descriptiva", "Sahara español".

Muchos otros folletos y Memorias dió á la estampa, comenzando por el "Informe sobre la Exposición de París de 1867"; pero no hay manera de enumerarlos todos.

Citaremos también una obra suya titulada "El campo", observaciones prácticas de agricultura, publicada en 1878.

Capítulo XXVII.

Costa, africanista.

Un gran orientador.—La expedición Ovilo.—Frases y recuerdos.—Perdida América, África.

Lo poco ó bueno que España ha hecho en África se le debe en parte á Costa. Costa fué uno de los primeros españoles que vieron claro el problema de África.

Costa organizó diversas expediciones á Marruecos. La de Ovilo fué pensamiento suyo. Dirigió la *Revista de Geografía Comercial.* Realizó intensas campañas encaminadas á que su Patria no se inhibiese de la repartición del África, consagrando su atención á la Guinea, al Muni, pidiendo que "acaudillados por él si era preciso, demandaran los españoles la incorporación de esos y otros territorios al patrimonio nacional".

La política seguida después por los gobiernos españoles—aunque no sus normas administrativas—tuvieron un generador en Costa.

¿Qué mayor patriota que D. Joaquín Costa? ¿Cuál

más grande africanista que Costa? En 1881, en 1882, en 1884, Costa espoleaba á los gobiernos españoles á modificar su política en Marruecos. Les metía prisa en cumplir el tratado de 1860 y en apoderarse de Santa Cruz de Mar Pequeña. Trazaba una orientación. Y avisaba el peligro de que Francia, la señora de Argelia, rompiese el *statu quo* marroquí en cuanto la situación internacional se lo permitiese.

Pasó el tiempo. Se dió por fracasado, sin haber sido ni ensayado, el presupuesto de la paz. Nuestros partidos nada hicieron por moralizar las colonias, por moralizar la Hacienda, por moralizar la política arancelaria, por moralizar la administración de justicia. Vanos y hueros, exaltaban como virtudes los vicios; mentían en sus discursos y en su Prensa, sin excluir la *Gaceta*, y luego creían como verdades sus propias mentiras.

La vanidad tentó á nuestros políticos, que, desde 1902, con la excepción de Silvela y Abarzuza, andan jugando á la gran potencia, juego peligrosísimo, como dijo Urzáiz; al imperialismo bufo y al kaiser Codorníu, como han dicho otros.

Pero esto nada tiene que ver con la nobleza y clarividencia de Costa.

He aquí lo dicho por un conocido escritor acerca de este aspecto de Costa:

"La clarividente inteligencia de Joaquín Costa, su profundo conocimiento de la Historia y de la raza, e hicieron ver en el problema de Marruecos lo que nadie antes que él había visto y lo que después no han querido ver nuestros africanistas de real orden: "Que los intereses de Marruecos y de España son armónicos."

Esta gran inteligencia atravesó de un vuelo rápido la Historia y nos demostró lo absurdo de la política africanista de nuestros gobiernos, que cada vez nos alejaba más del afecto de un pueblo con el que tenemos bastantes vínculos para llamarle hermano.

"No sólo no debe España intentar la imposible conquista de Marruecos —decía en síntesis Costa—, sino que debe ser su aliada, su amiga, impidiendo que ninguna nación extraña tienda su garra sobre el imperio vecino."

Luego añade:

"Primeramente pensó en que era llegada la hora de que España se retirase de América, á la que había dado con su sangre su porvenir; y como Europa tenía puesto su pensamiento en África y se iba á convenir el *interland*, antes, mucho antes de que el Congreso de Berlín se reuniera, Costa hizo una admirable campaña de propaganda geográfica para mover á los políticos, á los capitalistas, á los exploradores, y de esta campaña fué resultado el Congreso de Geografía mercantil, en que pronunció el discurso inaugural y marcó positivas orientaciones, aunque todo para llegar en definitiva al convencimiento de que se acabaría en la desilusión, no completa, porque el alma del pueblo respondió en aquella última sacudida épica, obra de sus propagandas y manifiestos: el levantamiento nacional ocasionado por la ocupación alemana de las Carolinas."

Patriota ardoroso, al percatarse de que la pérdida material de América es definitiva, ve en África una esperanza, y procura encaminar hacia allí el corazón y la ambición de sus connacionales.

Capítulo XXVIII.

Costa, historiador.

Estudios ibéricos.—Un libro pasmoso.—Una obra sobre Mitología.—Homero de la Historia.—Su estilo como historiador.

CABE emplear exactamente la denominación de historiador, al catalogar á Costa con arreglo á la múltiple calidad de sus obras?

Costa es, ante todo, sobre todo, fundamentalmente, el tratadista, el polígrafo. En la inmensa variedad de sus obras, más de sesenta entre libros y folletros publicados, según su ilustre biógrafo el señor Salvador y Barrera en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, al ocupar la vacante de Costa, aparece un gran número de producciones fundamentales que no tienen un carácter definido. La enorme figura de Costa no se avenía á las clasificaciones ordinarias, no cabía en los moldes estrechos del preceptismo retórico.

Si por Historia se entiende la narración sistemática de sucesos políticos y militares de una época

determinada, Costa no fué historiador. Si se entiende por Historia el estudio cronológico de una institución, de un organismo, de una manifestación parcial de la vida humana, ya sea nacional, ya universal, tampoco Costa puede ser llamado historiador. Pero si Historia es el estudio amplio, sin límites, de las instituciones, de los organismos, de la vida española en todos los órdenes y á través de todos los tiempos, realizado sin método matemático, conforme lo exige la materia tratada por un autor lleno de ciencia siempre, sean las que fueren sus opiniones personales, Costa es, sin duda, un formidable historiador español, complejo y múltiple.

La obra de Costa que cae más de lleno dentro del concepto generalmente admitido de la Historia, es la que publicó bajo el título genérico de *Estudios ibéricos*, recogiendo una serie de trabajos que habían visto la luz en revistas.

En esta obra, de la que sólo imprimió el tomo primero, Costa aparece desordenado á veces. Y dentro de ella tampoco Costa concluyó los temas que trató. Sus capítulos aparecen de repente cortados con un "A continuar", desconcertante. Dos son los temas fundamentales tratados por Costa en ese libro monumental y asombroso, á despecho de sus inconvenientes: de una parte, las instituciones y organización nacionales en los tiempos anteriores á Roma, y de otra, la geografía peninsular de aquellos siglos en el sentido de Geografía histórica.

El gran polígrafo asombra en ese libro por sus pasmosos conocimientos. Esparcidos en el texto y las notas—sistema un tanto confuso seguido por todos los sabios y eruditos—, Costa reproduce todos

los textos de los autores de la antigüedad clásica acerca de los iberos. Y como Costa era un tratadista infatigable, los reprodujo en los idiomas respectivos, esto es, en griego y en latín.

Tal vez las tesis lanzadas allí por Costa sean demasiado adheridas; tal vez algunas sean meramente hipotéticas; tal vez las haya evidentemente erróneas; pero en las mismas equivocaciones de su autor, causa estupor el esfuerzo de imaginación creadora, de fantasía como historiador-geógrafo, que le colocan al nivel de los poetas.

Los eruditos censuraban á Costa, aterrados ante este hombre portentoso que se lanzaba por un desfiladero como una tromba, bajando á toda carrera desde la cumbre del monte hasta la sima. Duro en extremo fué Menéndez y Pelayo, calificando de *aberraciones* algunas de estas hipótesis de Costa, en una obra en que el insigne maestro anduvo á ciegas tratando de Pre-Historia. Pero no es dable contemplar sin asombro cómo el gigante, dueño del desfiladero, llegaba al fin como por arte milagroso.

La obra de Costa sobre la *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas* publicada algunos años antes que sus *Estudios ibéricos,* debe ser catalogada como también fundamentalmente histórica. La primera parte de ella es de carácter de crítica literaria en el sentido de historia literaria. La segunda pertenece á la índole de sus trabajos de proto-Historia, como sus *Estas libycas* y sus *Estudios ibéricos*.

No hemos de entrar en distinciones importunas acerca de las hipótesis de Costa en esta segunda

parte de su obra monumental y gigantesca, como era todo lo que producía aquel coloso cuya estatura de atlante, de ibero hercúleo del Pirineo aragonés, se salía, física como moralmente, de los moldes, siendo de talla superior á las demás.

Costa cree en la existencia de los celtas y, á más de esto, se contradice con su producción ulterior, en la que sólo se ocupa de los iberos, aun cuando á veces nos hable de celtíberos. Sea como fuere, aun no aceptando las hipótesis de Costa, su obra aparece como una mole de ciencia, como un portento de sabia erudición, y su lectura es absolutamente indispensable para el que quiera penetrar en nuestra Historia con verdadero conocimiento de causa y comenzando por los cimientos verdaderos, esto es, buscando nuestra genealogía en los siglos anteriores á Roma.

Precisamente lo atrevido, lo fantástico, lo arbitrario, en ocasiones, de las hipótesis de este extraño historiador, sirve como estimulante, dada su enorme estatura de poeta, que hace de él como un Homero de la Historia, para ajustarse á la verdad disciplinada y llegar á la verdad por ambas vías.

Costa no es un *erudito*, un hombre de esos, meritorios y hasta insignes, denominados *ratones de biblioteca*. Costa entra en ellas, no andando de puntillas, hablando quedo, respetuoso, reverente, con timideces de niño ni mucho menos con pudores de dama.

Costa penetra como un conquistador, á saco á veces, irrumpiendo en alaridos, poniendo espanto en las personas y en las cosas, con la grandeza y el rugido de león. Genial, extraño, se le acusará de

todo, pero siempre gigantesco, extraordinario, se nos presenta á la manera de un Hércules, abriendo estantes, manejando la clava.

Y, sin embargo, Costa, historiador á veces, es el maestro reposado, severo, irreprochable, dentro de su estatura, que excede siempre de la talla ordinaria.

En sus estudios de Historia literaria, al ocuparse de la poesía nacional, de la epopeya portentosa de Castilla, nadie ha tenido su mirada de águila. Su conferencia, leída en el Fomento de las Artes en el mes de Noviembre de 1878, maduro ya, pero en plena juventud, sobre la "Representación política del Cid en la epopeya española", es la más grande de las visiones que han tenido nuestros críticos al contemplar nuestra épica medioeval.

Y no es tan sólo como concepción de síntesis, sino, además, como visión erudita, como ese estudio es realmente portentoso. Costa afirma, en contradicción con todos los tratadistas nacionales y extranjeros, diciendo algo que es absolutamente cierlo, los verdaderos orígenes de los poemas ó cantares de gesta, de los romances vulgares y de las crónicas prosificadas de nuestra historia literaria, al mismo tiempo que con mano maestra, ciclópeamente, traza el cuadro de nuestra poesía nacional, hace el retrato de nuestro héroe racial, con un sentido imponderable, portentoso, de nuestro espíritu y de nuestra tradición.

El estilo de Costa, ordinariamente seco, duro á veces, afluyó siempre á la amplitud del período, extraño á toda retórica armoniosa, se ensancha aquí al contemplar á Rodrigo, y se dilata, como un mar

majestuoso, al mirar á la distancia de los siglos, en la inmensa lejanía de la Historia, al héroe típico de nuestro romancero como símbolo popular y aristocrático á un mismo tiempo de nuestra tradición vernácula.

Capítulo XXIX.

Costa, jurisconsulto.

Maestro supremo del Derecho.—Sin precursor.—Nuestra justicia consuetudinaria.—España, nación cumbre jurídica.—Supervivencias ibéricas.

Confesamos que no estamos satisfechos del título con que encabezamos el presente capítulo. El verdadero epígrafe sería: "Costa, historiador del Derecho"; pero nos hemos decidido por la primera denominación para acomodarnos al tecnicismo adoptado por los tratadistas al ocuparse de las obras del gran polígrafo aragonés y para sentar mejor la división entre ellas.

Sin género alguno de dudas nos atrevemos á afirmar que Costa fué, ante todo y sobre todo, un jurisconsulto eminente, y que su figura gigantesca se yergue con majestad de maestro supremo en este linaje de estudios. Su autoridad es casi incontrovertible en tal género de disciplinas.

Y ello es tanto más digno de admiración y de respeto, cuanto que, en rigor, fué él quien creó su

doctrina histórico-jurídica. Costa, en efecto, no tiene precursor alguno en esto.

Cuando el egregio jurista comenzó á publicar sus estudios sobre el Derecho español antiguo, era un principio incuestionable, sentado y admitido por todos los tratadistas, tal vez sin una excepción, que nuestra patria carecía de un Derecho. Existía un Derecho español denominado convencionalmente así; pero ese Derecho no era español de origen. Era romano, mezclado en algo con lo gótico, á juicio de nuestras mayores autoridades.

España, en opinión de nuestros historiadores más reputados, como consignó Costa en sus obras, comenzaba en los tiempos de la dominación romana. Todas nuestras autoridades del siglo XIX lo han entendido así. Con anterioridad á la conquista romana, España no era más que un conjunto de tribus semi-salvajes, entre las cuales, claro está, no existía la menor cultura. Sólo en Andalucía y en la costa levantina reconocían nuestros historiadores una cierta civilización, pero debida, ni que decir tiene, á los extranjeros que nos dominaron: los fenicios, los griegos y los cartagineses.

Costa, que empleó una gran parte de su vida en el estudio del Derecho consuetudinario de su tierra, esto es, el Alto Aragón, de la provincia de Huesca, depositaria de las tradiciones jurídicas inmemoriales del Pirineo, observó innumerables instituciones jurídicas todavía en vigor que no tenían la menor relación con el supuesto Derecho germánico, atribuído arbitrariamente á los godos, á quienes nada menos que el Sr. Hinojosa había hecho inventores de nuestros Concejos.

Costa, maestro en el conocimiento del Derecho romano, vió que esas instituciones aragonesas, todavía en vigor, no tenían tampoco relación alguna con la Jurisprudencia romana, y dedujo con lógica incontestable, que se trataba de un abolengo más remoto, viendo en ellas un atavismo evidente, una supervivencia raigal de nuestras instituciones vernáculas.

Y como Costa se dedicó á estudiar el problema en su totalidad, abarcándolo en toda su extensión, y vió que esas instituciones jurídicas del Pirineo aragonés enfrontaban directamente con otras idénticas y con muchas análogas de toda la Península, asentó de una manera positiva el origen ibérico, que él denominó con una cierta incertidumbre celtibérico, porque aún creía en la existencia imaginaria de los celtas, de esas instituciones jurídicas nacionales, esto es, peninsulares.

Costa llevó sus investigaciones como historiador á los tiempos primitivos, á los tiempos genuinamente ibéricos, al período anterior a Roma, y fué anotando todos los elementos que existen, para poder conocer las institucionés jurídicas de nuestros remotos progenitores. Cabe á Costa la gloria de haber, no sólo adivinado, sino visto y señalado, un gran número de instituciones jurídicas nacionales, auténticas, típicas, que, arraigadas profundamente en la Península, se mantienen incólumes á través de los siglos y llegan íntegramente hasta nuestros días, no degolladas todavía por la bárbara cuchilla del uniformismo, centralizados por medio de unos códigos exóticos, traducidos servilmente del francés.

Costa afirmó que Roma, y lo demostró con pruebas, no alteró en lo más mínimo el Derecho nacional, las instituciones ibéricas peninsulares, en la mayoría de las ciudades y provincias. Y como los godos no lograron dominar á los españoles del Pirineo vasco-aragonés, resultaba irrefutable que una gran parte del tesoro jurídico de los iberos había sido transmitido directamente á la Reconquista, siendo consignados unas veces en los Fueros municipales y continuando las más en las leyes no escritas, en la tradición, en el *Derecho consuetudinario de España*, como denominó á la más fuerte, la más sólida y la más transcendental de sus obras, escrita en su segundo tomo, con la colaboración de muchos hombres eminentes, en una serie de monografías magistrales llenas de un admirable sentido racial.

El Sr. Ureña, docto catedrático de la Universidad Central, en su obra, llena de todas las doctrinas, inspirada en un nobilísimo anhelo de imparcialidad, ha reconocido con generosidad que le honra el papel que Costa representa en la historia del Derecho español, como precursor é iniciador de estos descubrimientos.

"Á partir de sus estudios se ha comenzado á distinguir", consigna el Sr. Ureña, el elemento nacional primitivo en nuestras instituciones, en virtud de lo cual muchas de ellas, catalogadas como de origen extranjero, han pasado á formar parte de nuestro mayorazgo espiritual y jurídico.

El camino abierto por Costa ha sido muy poco seguido. El escaso ó ningún interés que en nuestra patria despiertan los problemas fundamentales ha

hecho que la semilla del gran jurisconsulto no haya producido fruto alguno. Y sin embargo, ¡cuánto se puede hacer!

Dice el Sr. Ureña: "D. Joaquín Costa considera de procedencia ibero-celta, entre otras instituciones de nuestro Derecho medioeval y moderno, la *servidumbre adscripticia*, las *Behetrías*, las *Universidades* de tierra de Ávila y Soria, las *Comunidades de gastos* del Ampurdán, etc.; las *facerias* en Burgos, Asturias, Navarra, etc.; la *propiedad colectiva* en determinadas comarcas de León, Zamora, Salamanca, etc.; la *aparcería pecuaria*, la *ley del ósculo*, la *dote á la mujer*, el *derecho de viudedad*, el *símbolo de la adopción* en Castilla y Navarra; el *consejo de familia* del Derecho aragonés; la *comunidad doméstica* de Galicia, Portugal y Aragón; el *retracto gentilicio*, el *heredamiento de un hijo* y la *sucesión troncal*."

Nosotros quisiéramos que los estudios de Costa en este género de investigaciones histórico-jurídicas, su *Colectivismo agrario*, y, sobre todo, su *Derecho consuetudinario de España*, fuesen texto obligatorio, no ya de todos los juristas, sino de todos los ciudadanos españoles.

El Sr. Elorrieta, en su artículo titulado "Costa é Hinojosa", considera que estos dos eminentes tratadistas son, en el proceso de las ideas jurídicas durante el siglo XIX, "los dos grandes representantes de la escuela histórica en España". Costa, sin embargo, tiene sobre el Sr. Hinojosa una superioridad, á nuestro juicio, incontestable, y es que Costa es el descubridor de la continuidad jurídica y política de nuestras instituciones á través de los si-

glos. Lleno de contradicciones, sin formular un verdadero sistema, sin que se pueda decir "el *Doctrinal* de Costa", como escribió el Sr. Cavia; dadas las singulares fluctuaciones del espíritu complejo del gran aragonés, Costa es un iniciador, un precursor. Él estudió magistralmente nuestras verdaderas tradiciones jurídicas en nuestro Derecho consuetudinario, viendo y señalando con genial intuición los orígenes de muchas de ellas en las instituciones ibéricas.

No importa que se equivoque, llevado á veces de su fantasía de poeta, que se confunda al buscar la genealogía de nuestra vida jurídica al penetrar en los tiempos proto-históricos. Él señaló esos orígenes, y ello le pone á la cabeza, como maestro, de la verdadera escuela jurídica *española*.

Y española decimos, saliendo al paso del aserto de los que encuentran filiaciones extranjeras en los estudios de Costa, como historiador del Derecho nacional. El Sr. Gómez de Baquero ha consignado en un artículo: "Su TEORÍA DEL HECHO JURÍDICO INDIVIDUAL Y SOCIAL, una de las primeras y acaso todavía la mejor de sus obras, es uno de los tratados de Derecho más metódicos, más ricos en observaciones y en potencia analítica que se han publicado en España; modelo de exposición didáctica, no sólo por su sistema excelente, sino por la claridad y elegancia de su forma; un libro alemán por el método, latino por la elocuencia de la locución y la agilidad del pensamiento."

Todo ello es cierto, salvo lo de alemán, á nuestro juicio, y lo de latino lo mismo. Costa es tan sólo español en sus estudios de historia jurídica, sin in-

fluencias exóticas ningunas. En ellos campea su espíritu raigal íntegramente. Sus obras en este género son, sin disputa, lo que constituye lo más sólido, lo más grande y lo más transcendental de su personalidad gigantesca.

Capítulo XXX.

Costa, político teórico.

Cualidades excelentes, pero falta de voluntad de adaptación.—En toda su obra fulgura el político teórico.—Al hundirse las colonias...—La Unión Nacional.—El vacío en su torno.—Todos eran «politicastros».—El nacionalismo.—El cirujano de hierro y la política quirúrgica.—Regionalismo.

Si algún hombre en España reunió las dotes extraordinarias que parecen las propias y características de un político, fué Costa.

Tenía físicamente eso que los franceses llaman la figura del empleo. Su estatura gigantesca parecía hecha para las grandes alturas del Poder público. Su cabeza magnífica, su arrogancia leonina, parecían destinarle á la autoridad y al mando. Era, además, en el fondo, algo orgulloso, con la altivez que dan la virtud y el mérito, cualidad que, unida y no incompatible á su natural sencillez y maneras afables y democráticas, forjaban en el sin par escritor una personalidad superior para el ejercicio de las altas magistraturas.

Costa, á más de esto, era un gran orador. Poseía el dón de la palabra, requisito indispensable para ser un hombre público completo y condición *sine qua non* en un país como el nuestro, puesto casi exclusivamente en manos de los charlatanes de oficio por las nefastas Cortes de Cádiz, desde 1812 hasta nuestros días.

Y, sin embargo, para que todo fuese contradictorio, antinómico, extraño, en la vida de esta individualidad de excepción, Costa no fué jamás un político en la acepción actual de la palabra.

Política es la obra íntegra de Costa, desde sus "Memorias" personales, comenzadas siendo casi un niño. Costa, mozo, lanzado en París, cuando la Exposición Universal de 1867, no se preocupa jamás ni para nada de las cosas propias de su edad. Vésele en sus anotaciones íntimas obseído únicamente por los grandes problemas fundamentales que afectan á su patria. El primer libro de Costa fué ese, precisamente, sus impresiones de la Exposición Universal de París.

Las cuestiones agrarias, económicas, sociales y jurídicas, las cuestiones históricas, fueron los temas tratados por Costa en sus obras y en sus conferencias, juntamente con los asuntos exclusivamente políticos. ¿Cómo este gran tratadista, que comenzó siendo abogado y catedrático, que no cesó jamás en ambas profesiones, de una manera más ó menos directa, que fué, por tanto, un profesional de la palabra, no se lanzó en la arena de la política activa, para servirnos del tecnicismo de ella?

Costa era un hombre de principios. Era un hombre de carácter. Era uno de esos *caracteres de una*

pieza, como se decía en lo antiguo, en su calidad de aragonés de la montaña. Costa creía firmemente que la política, que el parlamentarismo, eran la ruina, la perdición de España. Miraba, pues, en su fuerte patriotismo, al parlamentarismo y la política con una mezcla de desdén y de aversión. Su espíritu, su pulmón moral é intelectual, se dilataban en las serenas esferas de los estudios científicos, especulativos. Pero, al querer descender á las realidades de la vida política, á los cenagosos ambientes parlamentarios, Costa se ahogaba y se retiraba de ellos á distancia.

Tuvo, además, dolorosos desengaños. Un día, empujado por sus amigos y admiradores de su tierra, los del Alto Aragón, los de su provincia, Costa presentó su candidatura como diputado á Cortes por la capital, por Huesca. Y sus paisanos, ajenos á los altísimos merecimientos de Costa, dominados por el régimen caciquil de la política menuda, de campanario, desdeñaron al coloso, no eligiéndolo.

El orgullo de león del gran polígrafo se sintió herido en lo más hondo. Renunció desde entonces á solicitar los votos de una plebe ignara é injusta. Aquella mole física, moral é intelectual que se llamaba Costa, era inflexible. No era un temperamento de acero sino de granito, como sus montañas del Pirineo aragonés. Jamás supo lo que sería doblegarse. Cuando en las oposiciones á catedrático numerario de Universidad no se le hizo justicia, renunció á su cátedra supernumeraria de Madrid, é ingresó en otra carrera. Cuando en ésta, que era la de abogados del Estado, chocó con los intereses caciquiles de la política provinciana, abandonó su se-

gunda carrera. Tan sólo permaneció en la última en que ingresara, siendo notario, es decir, un ser ajeno á toda dependencia oficial.

La naturaleza selváticamente virgen del coloso no se avenía, no siendo de ello susceptible, con los acomodamientos, las transacciones, las componendas, en suma, el *pasteleo,* como se dice con la frase consagrada. Y como esto, independientemente de aquellas otras cosas que un hombre público famoso en nuestros días ha llamado las impurezas de la realidad, es lo que constituye el fondo de la política española contemporánea, Costa no pudo ser político.

A última hora lo fué. Al contemplar el hundimiento colonial de su patria, al ver cómo se desmoronaban los últimos restos del más poderoso imperio que jamás conocieron los hombres de la Historia, la cólera, la indignación del ciudadano protestaron, y Costa salió de su ostracismo para lanzarse en la política militante.

Costa entonces creó aquel movimiento, que no llegó á convertirse en partido político, que se llamó de la Unión Nacional. Quiso hacer un llamamiento á las denominadas fuerzas vivas y clases neutras del país, para arrollar á la política de oficio, causadora del humillante desastre, y fundar una política nacional salvadora.

El impulso ciclópeo del gigante produjo una verdadera conmoción. Pero, ¿era dable constituir un partido político sólido, homogéneo, permanente, con elementos no políticos, frente á una organización oligárquica secular y maravillosamente organizada? El mismo Costa se dió cuenta de ello y comprendió

que era preciso uniformarse, formar parte de uno organización disciplinada. Y como Costa predicaba la *revolución* como único medio para salvar á España, y no existía más partido político revolucionario que el republicano, Costa ondeó la bandera de la República.

Entonces Costa se vió elegido diputado. El sufragio universal le llevó á las Cortes por dos ó tres distritos. Pero Costa no fué á ellas, no jurando siquiera su cargo. Antes de tener el acta, el gran tribuno, que ya se había lanzado por el camino de las asambleas populares, que había firmado proclamas incendiarias y manifiestos truculentos, había sentido todo el inmenso vacío de la política revolucionaria de los republicanos españoles, dándose cuenta de que estaba de más entre ellos.

Aquellos republicanos eran políticos peor que los demás, salvo excepciones de algún iluso como él. Aquellos republicanos lo eran todo menos revolucionarios. Se habían servido de él como pretexto, acogiendo el gran ruido de su nombre al entrar como un temblor de tierra en la política, y sus prestigios intelectuales inmensos. Costa había sido la víctima de una especulación, de una explotación mercantil. Y estimando que aquellas actas que había recibido no las había obtenido por sus méritos, sino merced á la inmoralidad política, Costa se encerró en su casa, jurando sólo no pisar en el Congreso.

Ahora bien: si prescindimos del Costa político como hombre de partido, y examinamos el doctrinal de Costa como político en el sentido de tratadista, de escritor, de pensador, encontraremos en el

león de Graus dos personalidades distintas y hasta antitéticas, la constante antinomia característica de su personalidad mental.

En Costa hay siempre dos individualidades: la una, española, racial, tradicionalista en el sentido racional de la palabra, y la otra, indefinible, inexplicable, vaga, confusa, resultante, de una parte, del ambiente en que nació, de la primera educación que recibió, y de otra, de los influjos extranjeros por efecto inevitable del predominio de lo exótico en todos los órdenes de la intelectualidad en España.

Costa es, realmente, en lo más hondo, en lo más íntimo, el más castizo de nuestros grandes hombres de su época. Pero esto lo es por atavismo, por instinto, por intuición, sin que nadie lo enseñara, lo condujese por esos derroteros.

Entonces Costa proclama el que pudiéramos llamar *nacionalismo* español. Costa exalta las grandezas del pasado y, renegando de la libertad moderna, de las mentiras del siglo XIX, se hace adalid de una política teórica "de calzón corto y de alpargata", de una política que llamaremos labriega.

Costa fué siempre y ante todo un labrador. Un labrador más honrado todavía que el castellano García del Castañar. Costa, asombroso conocedor del Derecho aragonés, del sentido aragonés de la política, esto es, de las instituciones seculares de su tierra, símbolo máximo de la verdadera libertad, quiere volver, en sus estudios jurídicos, sobre el derecho consuetudinario de España, en sus trabajos sobre la sociología tradicional de nuestra patria, á lo vernáculo, á lo social, á lo nuestro. En tal sentido Costa es *nacionalista.*

Al lado de esto encontraremos en Costa dos aspectos antitéticos y hasta opuestos, además, entre sí.

De una parte, se nos ofrece como un admirador, más aún, como un apologista de la política de Isabel la Católica, de la política llamada *castellana*. Este aragonés simbólico, que algunas veces añoró tan hondamente "el partido aragonés" del conde de Aranda, no sentía la política de Fernando el Católico, del rey de Aragón, sino la de Isabel I, quiere decir, una política autoritaria, despótica, "de hierro", para servirnos de su propia expresión.

Pero, por otra parte, este hombre múltiple, complejo, lleno de matices y facetas, Proteo á veces de sí propio, se nos presenta como algo enciclopedista, como un revolucionario á la francesa, jacobino. Entonces Costa, cuyo estudio maestro es, sin disputa, su monografía sobre el Cid, quiere cerrar con triple llave su sepulcro, aspirando á *europeizarnos*, cortando toda relación con el pasado, rompiendo con nuestra tradición.

Si examinamos, sin embargo, este aspecto político de Costa, tal vez hallemos un nexo íntimo con el Costa anterior, con el entusiasta panegirista de Isabel la Católica. El Costa republicano, revolucionario, europeizante, enemigo del Cid, es el mismo que proclama la tesis de la necesidad de un *cirujano de hierro*, de una política *quirúrgica*, de amputaciones implacables. ¿No es esto, acaso, proclamar la dictadura?

La idea madre de la política de Costa, cuando se aparta de su sentido *español*, de su sentido *nacionalista*, racial, tradicional, de libertades forales, de

democracia concejil, de organización castiza, fué siempre la de la dictadura, la de "la tutela de pueblos", ejercida por un artista excepcional, por un "escultor de pueblos"; la teoría, en suma, del "Fiat", para decirlo con su propia expresión.

Costa soñaba en sus arrebatos de poeta, político y sociólogo, en lo que él llamó repetidamente un Orfeo, con el hombre excepcional, con el *héroe* que forja pueblos, que crea las naciones. ¿No es esto, acaso, la teoría del despotismo? Y ¿qué es el jacobinismo, qué los principios de la revolución francesa, más que eso? La *política de hierro* de Isabel la Católica y el *cimpano de hierro* de la *europeización* de España son en el fondo una sola y misma cosa.

Se educó Costa en el Pirineo aragonés, quiere decir, en un ambiente antagónico de instituciones seculares, aborígenes, llenas de libertad, pletóricas de democracia y de ideas al mismo tiempo religiosas en el sentido político de esta palabra. El partido clerical, denominándose tradicionalista, había involucrado en España, al formarse el partido carlista en 1833, el criterio de la tiranía, del despotismo, con el mantenimiento de los fueros, esto es, de las libertades realmente tradicionales de nuestra patria. De esta manera, la teocracia pretendía armonizar la Inquisición con la democracia, simbolizando en Felipe II la tradición liberal de Iberia.

El solo medio de atraerse á los *montañeses*, á las regiones tradicionales de España, esto es, á los sucesores de los iberos en Cantabria y en Vasconia, en Aragón y en Cataluña, era el de hacer compatibles sus fueros, sus libertades, su democracia, con el despotismo. El partido clerical lo vió así. De esta

manera todo el Alto Aragón se hizo carlista, se trocó en clerical, no, en modo alguno, por instintos fanáticos, sino, al contrario, por ansias liberales. Los llamados liberales, uniformistas, enemigos de los fueros, se malquistaron con aquella región tan apegada á su tradición ibérica.

Costa nació y se educó en ese ambiente. Un hermano de su madre, sacerdote, ejerció un notorio influjo sobre su alma en los primeros momentos de su vida. Después otro sacerdote, deudo suyo también, ejerció evidente influjo sobre Costa. Si Mosén Lucas Martínez, su tío carnal, moldeó en parte su espíritu de niño, Costa se sintió influído sin quererlo por Monseñor José Salamero y Martínez, en cuya Revista, siendo Costa un principiante, desde París en 1867, publicó sus primeros trabajos de importancia.

Teniendo Costa que formarse á sí propio, que auto-forjarse, si es dable expresarse así, sufrió el influjo clerical de su casa, de su familia, de su ambiente en sus comienzos. Luego el influjo del enciclopedismo, cayendo en manos del racionalismo filosófico, cuando en Madrid profesó mucho tiempo en la Institución Libre de Enseñanza. Pero como el liberalismo del siglo XIX no es otra cosa que la última evolución del despotismo, creemos que queda explicado cómo Costa es reclamado al mismo tiempo por los llamados tradicionalistas, por los carlistas, y por los republicanos, por los librepensadores, por los absolutistas y por los revolucionarios.

Costa, empero, no pertenece á ninguno de esos dos partidos políticos, de esos dos bandos de ideas

y principios. Los españoles auténticos, los nacionales, pueden y deben reclamarlo como suyo. Porque, á despecho de sus contradicciones políticas y espirituales, hijas artificiales del medio, de la educación, lo que en conjunto, en la síntesis total de su personalidad múltiple, sobresale y predomina en Costa, es su sentido racial, su tradicionalismo genuino, castizo, su concepto de las libertades españolas, de las instituciones forales, del derecho democrático de Iberia.

Confirmemos ahora nuestros asertos con los textos de los representantes genuinos de la fracción denominada reaccionaria y de la denominada radical, basados en las teorías del gran agitador de ideas.

Al hablar Costa de Isabel la Católica, dice: "Parecía que España volvió á aquellos días creadores del Orfeo, que, á los mágicos acentos de su lira, domaba á las fieras, levantaba las piedras para edificar ciudades y atraía á los hombres al calor de la vida civil." Costa sintetizó su fórmula en una frase famosa: el "*Fiat* creador".

Isabel la Católica y el cardenal Cisneros son su ideal en España, como Colbert es su héroe favorito en Francia. En este sentido el Sr. Pujol pudo incluirle dentro de la denominación de "imperialista", considerando sus palabras, en un artículo publicado en el *Heraldo*, como "una manifestación de imperialismo".

La información que abrió Costa en el Ateneo, como presidente de la Sección de Ciencias Históricas, sobre "Tutela de los pueblos en la Historia", plantea el problema de "la *dictadura* como *tutela* de

los pueblos nacientes ó atrasados", el "de los grandes *institutores* de pueblos y *restauradores* de naciones", que llamó luego, al declararse republicano militante, los "*escultores* de pueblos", y el de los "males que pueden engendrarse de ella"—la tutela—, como "el *despotismo*, y modos de precaverlos y de remediarlos."

Por eso, aun cuando Costa, al hacer el panegírico de Isabel la Católica, esto es, del despotismo, consigne que su "política" fué "llevada más lejos de lo conveniente y de lo justo", los *reaccionarios*, esto es, los absolutistas, lo declararon de su comunión espiritual en un artículo titulado "El rey republicano", publicado en *El Correo Español* al morir el tribuno, declarando que, á despecho de sus "execraciones revolucionarias á lo Mirabeau", Costa era un absolutista como ellos, "digno de ser tradicionalista ó de luchar con nosotros", exactamente como dijeron después del Sr. Maura.

Al lado de esto, como Costa habló alguna vez de ese "concepto de Humanidad" que, en vez del de "Patria", constituirá el sentido futuro de los pueblos, los jacobinos lo reputan por suyo, independientemente del republicanismo político adoptado á última hora por Costa, creyéndolo el solo medio de realizar la revolución espiritual de España.

Pero mucho más aún que por todo, lo que lleva á los *radicales* españoles á reivindicar á Costa como de ellos es, según hemos consignado, el contenido despotista de algunas de sus predicaciones.

Al morir Costa, *El Radical* publicaba un artículo del Sr. Salillas bajo el epígrafe de "El radicalismo de Costa". El Sr. Salillas aducía como demostración

de que el insigne tribuno republicano era un radical representativo, las frases de Costa sobre "la tutela de pueblos" en la Historia, "el escultor de pueblos", el "cirujano de hierro", añadiendo: «Esa es la política radical», como pudiera decirlo de Robespierre. «¿Cabe mayor radicalismo? ¿El radicalismo puede tener otro programa? ¿En qué se diferencia el *radicalismo* de toda otra política de las usuales?», decía el Sr. Salillas. «El programa político de Costa es de una dinámica radical» simbólica, consignaba, «es un programa de fisiología política. El radicalismo ha de ser así, y asi lo siente el que esto escribe, antiguo amigo de Costa, antiguo discípulo de Costa».

Y ahora, pasemos á corroborar nuestro aserto de que ese Costa dictador, cesarista, que hacen suyo por este título los absolutistas y los jacobinos, no es el verdadero Costa. Costa, según sus asertos de otra índole, que son los verdaderos, los que perdurarán, fué el iniciador de lo que nosotros hemos denominado el *Nacionalismo*, esto es, el españolismo, el sentido racial de nuestra patria secular y vernácula.

Costa, en efecto, fué más que regionalista todavía. Costa era, primeramente, *español*, después *aragonés*, luego *alto-aragonés*, quiere decir, *pirenaico* de Huesca, y finalmente, *ribagorzano*. En *El Ribagorzano* de Graus, cabeza antaño del histórico Condado de Ribagorza en la Edad Media, escribió Costa numerosos artículos, y en el Alto-Aragón, á cuyo Derecho consuetudinario dedicó sus mejores estudios, buscó el núcleo de su acción política nacional.

Los antiguos gremios dentro de los viejos Concejos, el régimen corporativo y municipal, el sentido y organización tradicional, el derecho consuetudinario, el colectivismo agrario, las autonomías regionales, son el verdadero doctrinal de Costa, lo que permanece firme en medio de las fluctuaciones y contradicciones de su espíritu evolutivo é inquieto, lo que es el cimiento firme de su obra de pensador.

"Retroceder es adelantar cuando el adelanto ha sido un retroceso", ha dicho Costa. Esto es lo recio de su edificación. "La barbarie moderna" es una frase incesantemente repetida por sus sabios colaboradores en su monumental *Derecho consuetudinario de España.*" Nuestro siglo nada, es decir, sí, ha inventado la piqueta científica, más demoledora que las invasiones bárbaras", consigna Costa. Es, añade, su fórmula, sintetizando las que enumera como símbolo de las grandes naciones actuales, "el *homo homini lupus* de todas partes, como Código, bajo "protestas de paternidad y declaraciones constitucionales", acusando de estéril á "la Revolución" jacobina y acusando á esa "libertad abstracta proclamada por el liberalismo doctrinario de nuestro siglo".

Costa pide la formación de un "Código verdaderamente español", consultando á las regiones, á las aldeas, á los campesinos nacionales, y maldice de esta política que consiste en legislar desde "la Puerta del Sol" centralista y despótica, en vez de hacerlo en cada Municipio de España, abominando de "el centralismo y la uniformidad". Costa, en el fondo, fué ranciamente aragonés, ibero recio, y, en

consecuencia, nacionalista acérrimo. Por eso pudo, contestando á un periodista extranjero que le pedía datos autobiográficos, decirle:

"Soy aragonés, y con esto digo que soy dos veces español".

Capitulo XXXI.

Costa, político militante.

Su actuación.—El 98.—Su famoso manifiesto. — Política agraria y política hidráulica.—¿Le ofreció la reina Doña Cristina el Poder a Costa?—El fracaso.—Otro manifiesto.—Costa acepta a Salmerón como jefe.—Costa, diputado.—No jura.

Hemos consignado en las páginas precedentes las características de Costa como político en el más alto sentido. Veamos ahora lo que concretamente hizo y significó Costa en la política activa de España.

La catástrofe de 1898 determinó en aquel gran politicista —séanos dado inventar esta palabra—la decisión de salir de las esferas teóricas para intervenir de una manera directa en la política nacional. Costa, hemos dicho, creó un movimiento de opinión, pero no le dió carácter político en el sentido profesional de la palabra, siendo en rigor una actuación antipolítica.

El día 13 de Noviembre de 1898 publicó Costa su

amoso Manifiesto, puesto á la cabeza, como el Cid al frente de sus infanzones después de Santa Gadea, de sus fieles amigos de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, y, según la frase de Luis Morote en uno de sus artículos, "les dijo las verdades á todos los partidos políticos".

Quedó formada entonces con carácter de actuación política la "Liga Nacional de Productores". El 19 de Diciembre de aquel año, Costa dirigió la palabra á la Asamblea de la Liga Nacional, explicando los precedentes de este género de movimientos en Inglaterra, y el 10 de Abril de 1899 publicó el Manifiesto siguiente, en nombre del Directorio:

"El peligro mayor que se cierne hoy sobre la suerte de nuestra patria y que puede hacer dudar de la posibilidad de su restauración es, en sentir de esta Liga, la conformidad musulmana de que parece hacer gala todo el país; la falta de inquietud y desasosiego en el pueblo, de impaciencia en las clases directoras, de fiebre, y aun de pulso, en los Gobiernos.

Diríase que no nos habíamos dado cuenta todavía de la magnitud de la catástrofe; que no nos cabía en la cabeza, sino á distancia de siglos, la imagen de un pueblo fulminado por el rayo, subvertido por un terremoto, arrebatado por un remolino, hundido en las aguas de un nuevo Guadalete, y que por no cabernos en la cabeza habíamos practicado en el cerebro una adaptación, achicando el suceso á las proporciones de una de tantas crisis ordinarias que pueden conllevarse y de las cuales no hay que preocuparse mucho, contando con la fuerza medicatriz de la Naturaleza. El que más lejos va

trae á cuento la Francia de 1870, sin hacerse cargo de que Francia, la víspera de la derrota, no tenía su Hacienda averiada, y que después de la caída continuó en posesión de un capital inmenso, público y privado, con un comercio exterior exuberante, una industria potentísima y 36 millones de habitantes, mientras nosotros habíamos llegado á la quiebra, ó á una cosa muy parecida, en plena paz; que sobre esa quiebra se ha injertado otra con los 3.000 millones de gastos de la guerra, superiores en mucho, relativamente, á los cinco famosos *milliards;* que la España trabajadora no posee capital, aunque tenga alguno la que no trabaja; que su población no llega á la mitad de la de Francia y es casi del todo analfabeta; y que su territorio es pobrísimo, seco, sin vías de comunicación y con una potencia productiva muy escasa. Francia se rehizo después de 1871 por la que se llamó *politique de recueillement;* pero nosotros la hemos practicado absoluta desde 1867 y no hemos sabido levantarnos, y ni siquiera contener la ruina que venía precipitándose de atrás, por haber tenido, en vez de estadistas, oradores que fabricaban Parlamentos para reñir académicamente por unas cuantas entelequias sobre el mecanismo del Gobierno central, abandonando todos los problemas substantivos y vitales que en Europa estaban á la orden del día; la evolución colonial en América y Oceanía, la exploración y ocupación de territorios en África, la transformación de la agricultura de secano, la reforma de la enseñanza, el fomento de los caminos vecinales, las instituciones de previsión, el abaratamiento de las subsistencias por la aduana, el fielato, el almudí, el

vínculo y los canales, la higiene pública, los problemas de la miseria, de la criminalidad y el suicidio, la reconstitución del patrimonio de los pueblos, la renovación de los métodos administrativos y docentes de la Marina de guerra, la acción civilizadora en Marruecos, la igualdad en el servicio militar, etc. Aun los mismos que habían podrido á Francia la habían dotado de abundantes reservas y preparádole una generación de doctores hábiles para la hora de la *débâcle;* pero España no produjo más que curanderos, incapaces de poner ningún género de triaca al lado del veneno.

No, no ha sido un desplome lo que hemos sufrido, que ese, al cabo, deja intacta la substracción y permite reedificar el monumento: nuestro aniquilamiento ha sido obra de un como fenómeno sísmico, que ha removido hasta los cimientos, envolviéndolos con la edificación en una común ruina. No viéndolo así los españoles; no viendo que ya no bastan ni aun remedios heroicos, que son menester otros no usados en las caídas históricas que conocemos; no viendo que en los últimes cuarenta ó cincuenta años hemos retrocedido dos siglos, y que estamos por bajo, no ya de la España de 1807, sino que acaso aun de la España de Carlos II; no viendo que es necesaria una transformación honda, radical, de los organismos, de los presupuestos y de los procedimientos vigentes hasta aquí; que necesitamos una morfología especial y propia nuestra, acomodada á nuestra situación, tan diferente de la situación de las demás naciones; no viendo que todas esas instituciones de cuya imperfección nos hemos venido doliendo medio siglo: Parlamento, ministerios, tri-

bunales, ayuntamientos, provincias, representación diplomática, fuerzas de mar y tierra, primera enseñanza, Notariado, Registro de la propiedad, cuerpos consultivos, universidades, ingeniería, ferrocarriles, clases pasivas, propiedad territorial, cárceles, colonias, que todo, todo tenía que cortarse por distinto patrón, primero, porque ya antes era imperfecto, no nos venía á la medida, estaba copiado mecánicamente del extranjero ó recibido de una España diferente de la que hemos heredado, y necesitábamos haberlo refundido ó adaptado, y segundo, porque, aunque entonces nos hubiese servido, habría dejado de servirnos ahora, después del trágico desquiciamiento que acaba de envolvernos; no viendo eso, repetimos, viviendo ajenos á ese cuidado, haciéndonos la ilusión de que en el dictamen facultativo que escribió "sin pulso" no hay más que una metáfora y una hipérbole, nos aferraremos á la vieja piel, seguiremos dando vueltas á la misma noria sin agua á que estamos cogidos hace tres ó cuatro siglos, transportaremos insensatos el fausto y los esplendores de Toledo imperial á Covadonga, perseveraremos en los mismos dañados procedimientos que han provocado la caída y que han de impedir, por tanto, la resurrección, y Europa contemplará dentro de su sistema el triste espectáculo de un astro frío que va sembrando sus despojos por el espacio y dejándolos caer, bólido á bólido, en la esfera de acción de los planetas vivos: un día, las Canarias y Río de Oro en Inglaterra; otro día, la cuenca del Ebro en Francia, las reservas africanas de Portugal en Alemania, el patrimonio de la prole americana en los Estad os

dos; hoy el campo de Gibraltar, mañana Tánger y Ceuta; otro día Mahón y las Baleares; después Vigo, Lisboa, Cádiz, todo lo que vale algo, todo lo que representa algo y de que nuestra raza incapaz no ha sabido sacar ningún partido."

La Asamblea Nacional de Productores formuló por medio de Costa su programa. Lo esencial de él fué lo llamado "Política hidráulica", que Costa explicó diciendo que era la derivación más directa del problema fundamental de España, que es el "agrario". La nota oficiosa del directorio, publicada por la Prensa, daba á conocer en síntensis el programa mínimo de la Asamblea. Helo aquí:

"PARTES DEL PROGRAMA CONCEPTUADAS COMO DE MÁS URGENTE REALIZACIÓN

La Asamblea Nacional de Productores se celebró "con objeto de convenir y adoptar un plan de medidas legislativas y de gobierno para la reconstitución de la nación española y organizar sus clases económicas é intelectuales para el logro de aquel plan", según expresaba el art. 1.º de su reglamento. La Asamblea ha realizado en la medida de su saber este propósito. Pero al mismo tiempo los productores han aprovechado la ocasión de hallarse reunidos para acordar sobre la conveniencia ó sobre la necesidad de otras providencias que, sin revestir aquel carácter de generalidad, representan, no obstante, mejoras de importancia para la producción y requieren asimismo el cuidado y el concurso del legislador.

Del conjunto de unas y otras conclusiones está formado el programa. Las nuevas adhesiones á él, así colectivas como individuales, deben dirigirse al presidente del Directorio de la Liga, en Madrid, calle del Barquillo, núm. 5.

Entre dichas conclusiones hemos hecho una selección de aquellas que conceptuamos más vitales y de más urgente realización para los fines á que ha ido encaminada la Asamblea. Tales son:

1.° Plan general de canales combinados con pantanos, y su construcción simultánea inmediata por el Estado (núm. 1-4 del programa).

2.° Perfeccionamiento rápido de los caminos carreteros y de herradura, suspendiendo la construcción de carreteras generales (núm. 15-18).

3.° Reforma de la educación nacional en todos sus grados y su desarrollo rápido é intenso (número 35-38).

4.° Caja especial autónoma, dotada con recursos propios, para los tres fines precedentes: enseñanza y colonización interior, hidráulica agrícola, viabilidad (núm. 59-60).

5.° Organización del seguro y del socorro mutuo por iniciativa y bajo la dirección del Estado; huertos comunales (núm. 39-40).

6.° Nivelación de los presupuestos generales del Estado mediante reducción muy considerable del de gastos, arreglo con los acreedores de la nación, etc. (núm. 61-62).

7.° Simplificación y abaratamiento del sistema de titulación inmueble, de la fe pública y registro de la propiedad, y de la administración de justicia (número 29-34).

8.° Derogación de la ley municipal vigente y su sustitución por otra breve, inspirada en el criterio más descentralizador (núm. 74)."

Agregáronse á Costa, agrupados bajo su bandera de resurgimiento, elementos valiosos de todas las provincias, que recorrieron por entonces toda España. Los señores Alba y Paraíso formaron parte de aquel movimiento de concentración que se denominó *Unión Nacional.*

Ello es, empero, que Costa no fué elegido diputado por el pueblo. *El Evangelio* de 5 de Junio de 1901 publicó un vibrante artículo de protesta ante el hecho de que en aquellas elecciones "nuestros políticos de acción hayan dado de lado á un hombre así, privándole de asomar la cabeza al Parlamento", y atacando rudamente á Paraíso á expensas, según él, de Costa. "De su maridaje optimista con Paraíso—decía *El Evangelio*—no queda más rastro que los cuatro diputados de la *Unión Nacional.* El mañoso fabricante de espejos, moviéndose como un azogado, viene á las Cortes, y el único polígrafo de España, permaneciendo en la quietud de una Notaría, se queda sin una representación, á la que tiene *más derecho que nadie.*"

En una conferencia dada en Zaragoza por don Manuel Bescós, íntimo amigo de Costa, según manifestó al comenzar, en el aniversario de la muerte del egregio frustrado político español, Su Majestad la Reina Regente ofreció el poder á Costa, aconsejada por el cardenal Cascajares, á quien consultó sobre política, pero poniendo como condición á Costa la colaboración con Gamazo.

Costa, si esto fué así, no se manifestó propicio á

esta conexión. Nadie como él, en efecto, mostró mayor oposición al Sr. Maura después, manifestando de una manera tan pública como notoria su aversión á las ideas y á la política del que después y durante algunos años hubo de ser jefe y aun árbitro del partido conservador.

Es innegable que Costa fracasó en su actuación política activa primera. Ello era lógico y tenía que suceder fatalmente, dada la organización política de España, y dada además la forma en que el insigne aragonés se lanzó por vez primera á la política militante.

Costa, dijimos, no definió su política de una manera rotunda, categórica, en la forma y la manera que es requerida por las muchedumbres. Un partido *nacional* es una cosa muy bella como teoría, pero de nulo resultado en la práctica. El pueblo, es decir, la masa, la muchedumbre, quiere cosas definidas, inconfundibles, claras como la luz. La multitud es siempre revolucionaria en el deseo. Se siente mal, se encuentra mal, protesta y odia. Los movimientos revolucionarios que se formulan proclamando la matanza, que tienen como programa el asesinato y el pillaje, arrastran siempre á las masas oprimidas. Un movimiento más intelectual que otra cosa, que no pedía la revolución inmediata en tal sentido, quiere decir, la destrucción á sangre y fuego, pero no con la retórica, sino por medio de la tea y el puñal, estaba condenado en sí mismo al fracaso.

No estaba España preparada, ni lo está, para campañas de revolución moral, espiritual, en las esferas de la especulación política, aun cuando sea

traducida en las leyes. Nuestro pueblo, ineducado, analfabeto, embrutecido poco á poco por obra del despotismo—que ha procurado reducirlo á la ignorancia, convertirlo poco á poco en el pueblo de "pan y toros", para poder explotarlo impunemente—, no concebía, no podía digerir aquel proyecto de revolución teórica no ejecutada con el saqueo y el incendio.

Pero no renunció Costa, como dijimos, á intervenir directamente en la política. En 1903, en vísperas de unas nuevas elecciones, Costa lanzaba otro manifiesto á la nación al frente de sus devotos, como los iberos de Viriato y de Sertorio, los bravos almogávares de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.

El País, órgano del partido republicano, recogía unas palabras de ese manifiesto y le dedicaba un artículo titulado "Los neutros por la revolución". "Costa—decía—hace en ese manifiesto la crítica más despiadada" del régimen y de los gobernantes fracasados. Con palabras de Maura, de Silvela y de otros monárquicos, los analiza, los juzga, los mata. "Ese manifiesto—añade—es el toque de somatén que llama á la revolución desde las ásperas montañas del Alto Aragón á los agricultores, á los médicos, á los ingenieros, á los sabios y á los ignorantes, á los propietarios y á los obreros, á cuantos trabajan, ya intelectual, ya manualmente."

Costa, valiéndose de las palabras del Sr. Maura, cuando dijo—empleando las mismas frases precisamente que Costa en otras ocasiones—, que "no puede ya esperarse de la higiene el remedio, sino que es forzoso apelar á la cirugía", y aquella otra

celebérrima de que, como no se ha hecho "la revolución desde arriba, es preciso, inevitable, hacerla desde abajo", Costa, decimos, declarando definitivamente fracasados á todos los partidos políticos de la legalidad, volvió sus ojos á los republicanos.

He aquí cómo *El País* juzgaba esta nueva forma de la actuación política de Costa:

"Bien claramente expresa la Cámara Agrícola del Alto Aragón su republicanismo y su amor á la revolución, cuando dice que "el advenimiento del partido republicano al Poder tiene que ir acompañado de una conmoción más ó menos material, ó más ó menos violenta, poderosa, á allanar la resistencia de los interesados en que continúe el *statu quo* administrativo y financiero, y, por tanto, á hacer posible la revolución de arriba. Por otra parte, solo él parece poseer, hoy por hoy, hombres capaces de llevarla á cabo, de encarnar el presente minuto de nuestra Patria".

"Así es. Sólo en la República y en su obligado prólogo, la revolución, hay salvación para España. Las clases neutras, las intelectuales, se declaran revolucionarias por medio de su verbo, el Sr. Costa. ¡Bien venidas sean! Llegan en buena hora, oportunamente, en vísperas de la asamblea que ha de *fundir* y organizar al partido republicano para conquistar la República, para cortar las amarras que nos unen al África, para llenar con los escombros de la revolución el foso que divide á los gobernados de los gobernantes.

„La revolución tiene ya bandera: la República; la revolución tiene ya á su devoción á esa masa neutra fecundadora de los movimientos sociales y políti-

cos. ¿Qué le falta para ser una realidad? Unicamente el partido *revolucionario*, y ese partido lo vamos á *fundir* al calor de la asamblea que se ha de reunir el dia 25 de Marzo".

Costa, ¿fué republicano por despecho? No. Se hizo republicano en un momento de desesperación, como quien abre la última puerta á la esperanza. "Una república en España será un grito de ¡Alerta! en Europa." "Si España renace monárquica, es pequeña; si republicana, es grande. Que elijan", había escrito Costa por entonces. Costa fué á las elecciones, sometiéndose voluntariamente á la jefatura de Salmerón. Los dos años de reclusión en Graus, desde 1901 á 1903, dieron á Costa la convicción de que era necesario hacerse republicano y someterse á la disciplina de un partido.

Costa asistió á la asamblea republicana de Madrid de Marzo de 1903. D. Francisco Goitia, en un artículo publicado al morir Costa, refiere autorizadamente los motivos que llevaron á Costa á someterse á la jefatura de Salmerón.

"Salmerón, á más de sus títulos de pensador, de republicano firme y de autoridad, experiencia y crédito superiores á los de cualquier otro republicano español, tiene en su abono la condición de haber sido el único jefe del Poder ejecutivo de la República, y nadie debe ni puede disputarle ese supremo y peligroso honor de asumir la dictadura con el único objeto de preparar y hacer la revolución, investido de poder tan alto y completo, que sólo tiene que dar cuentas á Dios, mas no al pueblo, mientras realiza su labor." Esto me decía Costa con tono profético y grandilocuente, convenciéndome de que

procedió en aquel caso con la lógica y la lealtad de un esclarecido patriota, que antepone la salud de la patria á toda consideración personal.

„Y luego añadía, moviendo tristemente la cabeza: "¿Habré conseguido con un sacrificio personal el gran fin que nos hemos propuesto? Creo que no, y me fundo para ello en las revelaciones que anoche mismo me hizo Salmerón, quien ha tenido la bondad de venir á mi casa para explicarme su plan futuro, en agradecimiento al servicio que, á juicio suyo, le he prestado de subirle sobre el pavés.

„Su plan revolucionario estará mejor ó peor concebido, y eso sólo lo sabe él, que tiene la responsabilidad de formarlo y ejecutarlo; pues nadie más que el jefe puede medir y apreciar la eficacia de los concursos, el entusiasmo de los parciales y la oportunidad de los sacrificios personales y pecuniarios, factores que intervienen en toda obra revolucionaria, mezcla de secretas combinaciones de voluntades y de azar, que al táctico le incumbe agrupar y que yo no quiero ni debo saber; pero entre las aseveraciones que me ha hecho hay una—me decía hasta con honda pena—que hará fracasar seguramente todos sus nobles y patrióticos empeños. Ella es que Salmerón está dispuesto á usar con todo sigilo de cuantos poderes le ha entregado la asamblea, menos uno, que es la inversión por sí solo del Tesoro de la república, encomendado á su absoluta y secreta gestión, porque me ha dicho que nombrará una Comisión ó Consejo al que rinda cuentas, para que nadie pueda abrigar sospechas respecto á su moralidad. Y exclamaba Costa con honda convicción. "*Esto le honra mucho como hombre íntegro*,

pero le imposibilita para revolucionario, porque jefe ó dictador que ha de consultar con un Consejo fiscalizador los gastos secretos, bien antes ó después de ejecutarlos, jamás podrá contar con la confianza de los que conviene ganar para la causa de la revolución, que exige el más riguroso secreto, ni podrá estar seguro de la discreción de los miembros del Consejo, cuyos debates esterilizarán la acción revolucionaria." Y añadía con singular valor: "*Esos escrúpulos de honradez matan la obra revolucionaria, y, por lo tanto, hemos votado una dictadura inútil, haciendo el sacrificio de las ideas democráticas para llegar á una revolución que no se intentará siquiera por esos medios.*"

El Sr. Goitia, con el Sr. Picón, fué delegado de la Cámara Agrícola del Alto Aragón en la asamblea republicana citada.

Costa fué elegido diputado, pero se negó rotundamente á sentarse en los escaños del Congreso. ¿Qué razones le movieron á ello? El Sr. Goitia nos las refiere así, en su artículo de *La Voz de Guipúzcoa*, explicando cómo Costa se había jurado no ser cómplice de "la farsa" del parlamentarismo, repitiendo las palabras de Costa á Salmerón, con dicho motivo:

"Ese juramento, para mí sagrado, lo hice en la única ocasión en que tuve anhelo de acudir al templo de las leyes, no para pronunciar un discurso tribunicio, sino para realizar un acto, una protesta escandalosa que moviese al pueblo á una revolución. Era el año 1896, en que el pueblo español estaba demente con la frase de Cánovas: "Para salvar el honor español en Cuba hay que gastar la

última peseta y el último hombre." Sólo el viejecito Pí y Margall y yo nos oponíamos á aquella bárbara y cruenta guerra, por la que se escapaba á chorros la sangre y la vida de la Patria casi inanimada, y convencido de que nadie nos escuchaba y que los medios ordinarios no bastaban para atajar el furor bélico de toda la nación, pensé en un procedimiento atrevido, que consistía "en proponer á Pí y Margall un manifiesto á los electores de Madrid, haciéndoles ver la vergüenza de aquella guerra, que sólo servía para el afianzamiento del régimen y para el hundimiento de la Patria, con el despojo de sus mejores hijos y de su malbaratada Hacienda, y si el pueblo de Madrid nos otorgaba su confianza llevándonos al Congreso, allí los dos, en la mesa presidencial y el día de la inauguración de las Cortes, con voz potente declararíamos que no queríamos jurar ni prometer ante un Parlamento ignominioso, hechura de un régimen caciquil y enemigo de la Patria. Ante tal declaración no había más que un dilema: Ó se burlaban de nosotros ó nos llevaban á la cárcel en derechura desde el Congreso. En el primer caso habíamos fracasado; pero en el segundo, que sería lo más probable, en castigo de un atentado á la autoridad de la ley en su propio santuario, al pueblo tocaba alzarse en armas para amparar el prestigio de sus representantes y dar estocada de muerte al régimen. Expuse el plan al venerable Pí y Margall, lo aprobó y firmó el manifiesto que llevaba á prevención en el bolsillo. Nos presentamos como candidatos y el pueblo de Madrid nos desahució ignominiosamente. Entonces era la ocasión de que España se salvase por un alzamiento parecido al 2

de Mayo de 1808, acabando con el régimen y salvando el imperio colonial de las garras de aquella guerra bestial y patriotera. Hoy ya no es tiempo. Amargado por aquella derrota del pueblo de Madrid, juré en mi conciencia no pedir ya los sufragios á nadie, ni ser diputado, aunque me nombrasen, puesto que ya no puedo realizar en el Congreso obra patriótica. Ahora usted, señor Salmerón, que sabe mi secreto, juzgará si debo ó no formar parte de la candidatura que usted me propone."

Costa, elegido diputado por Madrid, Zaragoza y Gerona en 1903, no se sentó, en efecto, en el Congreso. ¿Fué realmente esto, lo referido por el señor Goitia, lo que recluyó á Costa en su casa en lugar de acudir al Congreso? Ya hemos dado sobre ello nuestra opinión. La verdadera razón por la que Costa no quiso jurar en las Cortes fué el desengaño que de los republicanos recibió al verlos de cerca.

En la obra de Costa publicada después de su muerte bajo el título de *Tutela de pueblos*, encontramos un estudio denominado "Muerte y resurrección de España", que es el discurso que Costa tenía pensado para pronunciarlo en el Congreso. Son apuntes, notas de Costa, ordenadas por el editor, y forma parte de un libro proyectado por Costa que se llamaría así: *¿Tiene España aptitudes para ser una nación moderna?*

Costa, al hacerse republicano, quería ir á la revolución, no al engaño. *El Radical*, en su número de 6 de Febrero de 1911, lo dijo. He aquí algunas de las palabras de este diario:

"Ya se sabe cómo. Están muy recientes la asamblea de Zaragoza y la Unión Nacional para volver

sobre el asunto. Fué otra desilusión, otro fracaso. Costa vió en torno suyo deshacerse las fuerzas que hubiesen podido deshacer y hacer. Costa quiso dar la batalla; pero no había hombres de su temple. Más que dar la batalla se propuso hacer un experimento decisivo. Le importaba convencerse de si había ó no pueblo.

"Vayamos á la cárcel—les había dicho á sus compañeros de Unión—. Vayamos á la cárcel. Si nos llevan, y si el pueblo lo consiente, vayámonos á nuestras casas para llorar la Patria perdida. Si sucede lo contrario, diremos: ¡Aún hay Patria! ¡Salvaremos la Patria!"

„Costa se quedó solo nuevamente, no desanimado, no desesperanzado, no pesimista, como algunos creyeron, sino fuerte en los mismos riscos de su carácter inflexible, y preparó otra obra, otra obra política, la de la *Oligarquía y Caciquismo*, y la llevó á la tribuna del Ateneo, y consiguió juntar en la información personalidades prestigiosas, y formó ambiente, y aun tuvo séquito. Pero... no tuvo poder para una nueva Unión, la de los intelectuales que él buscaba, que lo seguirán en muerte; pero que no lo siguieron en vida.

„Entonces, Costa, que ya había concretado su pensamiento político, no en una España poderosa para expansionarse en nuevos continentes, sino en una España necesitada de rehacerse en totalidad, en su estómago y en su cerebro—de aquí su fórmula política de despensa y escuela—, comprendió que el fracaso español lo era del régimen, y entonces se hizo político, se afilió como político, se incorporó á la Unión republicana, á aquella Unión

que concentró tanto poder que conmovió á todos los Poderes, pero que se deshizo como por ensalmo, y mató en Costa la última esperanza, definitivamente, inevitablemente y sin cura posible."

Mariano de Cávia, en un artículo titulado «La agonía del león», arremetía desde *El Imparcial* por aquellos días contra los republicanos todos, «todos ellos», lo mismo sus santones que sus guerrilleros, por el «indisculpable olvido, no sé si inconsciente ó desdeñoso, en que tienen al más esclarecido y más puro de sus prohombres».

No pudo Costa entenderse, al unirse á ellos, con los republicanos, meros vividores de la política, salvo excepción personal sin transcendencia. Oigamos á *El Radical* en su número de 8 de Febrero de 1911, titulado «Costa, republicano y revolucionario»; dice, hablando de Costa y los republicanos, lo que sigue:

«Sus cartas, discursos y artículos de periódicos, desde su primera elección de diputado, fueron proclamas incendiarias, toques de clarín guerrero, que en más de una ocasión cayeron en manos de los fiscales.

La inacción del partido provocaba su ira, ira tremenda, que se traducía en frases relampagueantes, aceradas, feroces. Llamaba al pueblo á la revuelta, espoleándole con insultos, haciéndole ver la urgencia con que España necesitaba de la República. Él veía como nadie la disolución de la patria, el hambre, la emigración, la bancarrota, la demagogia de los reaccionarios y la anarquía de las clases directoras de la política monárquica. Señalaba los síntomas de la enfermedad nacional con la minuciosidad

con que un médico examina la agonía de un enfermo, y clamaba por el remedio rápido de un levantamiento nacional. Llamaba gallinas y eunucos á los españoles, que no querían, no sabían, ó no podían correr á salvar á España, y se exasperaba en una prosa terrible, incendiaria, tremenda, en las acusaciones; casi bíblica y apocalíptica, en los llamamientos al patriotismo y al sacrificio colectivo.

Ha pocos días recordaba en estas columnas don Rafael Salillas algunos textos de Costa, en que éste hablaba del hombre de hierro que necesitaba España.

Cansado de predicar en desierto, asqueado de la política republicana y de la mayor parte de sus hombres, seguramente habrá muerto dedicando sus últimos pensamientos á la revolución, que fué el ideal de los últimos años de su vida.

Cuando supo que se preparaba un movimiento revolucionario, hace algunos años, escribió á un pariente suyo, que habita en Zaragoza, diciéndole que le preparase alojamiento, porque quería morir con un fusil en la mano, disparándolo desde un balcón, ya que sus piernas no le permitían hacerlo desde una barricada.

¡Ojalá los republicanos españoles puedan hacer pronto lo que no pudo hacer Costa en aquella ocasión!

Honremos nuestros muertos, cumpliendo como buenos sus últimas voluntades.»

Costa, apartado de los republicanos, retirado definitivamente á Graus, murió siendo republicano. La Monarquía, sin embargo, no lo consideró como á un enemigo. Viendo en él á un entusiasta patrio-

ta, tanto el Gobierno como el Rey se apresuraron á testificar á Costa el homenaje que le era debido, en los momentos que precedieron á su muerte.

La Prensa de entonces dió la noticia del interés manifestado por S. M. el Rey, en esta forma:

«El secretario particular de Don Alfonso XIII ha estado esta mañana en casa de D. Tomás Costa, á informarse del estado de salud del gran polígrafo español.

El Sr. Torres manifestó al hermano del insigne Costa el sentimiento del Monarca por la gravedad en que se halla el enfermo y los deseos del Rey de tener, dados los contrarios informes que aparecen en la Prensa, noticia circunstanciada y verídica de la dolencia.

La noticia de esta visita, hecha á nombre del Rey, circuló pronto por todo Madrid, y no hay que decir que fué objeto de generales comentarios; todos ellos, aun los formulados entre republicanos, de alabanza calurosa.»

El *Heraldo de Madrid* de 14 de Enero de 1913 publicó una información sobre la visita hecha á S. M. el Rey por el Sr. Azcárate, poniendo en boca del monarca estas palabras:

«No quiero más puertas cerradas, sino abiertas, muy abiertas, para que á Palacio lleguen las opiniones de monárquicos, republicanos y socialistas. Los que no vengan—añadió serán llamados, y sólo lamento que ya no exista el gran Costa, á quien, de vivir, hubiera escuchado con mucho gusto.

Capítulo XXXII.

Costa, orador.

Frase de un baturro.—Otra frase.—Su tono de voz. Su llanto.

Dice D. Tomás Costa:

"Como orador poseía el acento sonoro que hace pasar nuestra alma al alma de su auditorio."

Se ha dicho también acerca de él:

"Demostró ser orador en quien se unen y conciertan la facilidad en la locución y variados y extensos conocimientos en la ciencia de la Legislación y otras."

La frase gráfica de un baturro dará idea de cómo hablaba Costa.

Peroró el gran tribuno cierta vez en Barbastro, durante tres horas. Un baturro, al salir, decía:

—¡Rediez, este hombre habla fino y lo entiendo!

—Eso diría yo si supiera—exclamó otro hombre del pueblo, oyéndole.

Hablando cambiaba el tono de voz con frecuencia. Á veces lloraba durante sus discursos.

Costa aborrecía la oratoria y detestaba á los oradores.

Ya muerto Costa, se publicaron algunas opiniones y recuerdos acerca de la oratoria de Costa.

Nos parece interesante reproducir algunos de estos juicios.

He aquí lo dicho por un periódico aragonés:

"Hemos escuchado á los más grandes oradores de la España contemporánea, y los ha habido y hay verdaderamente formidables; en ninguno la elocuencia se dió de la manera que en Costa, tan majestuosa, tan pura, tan sobria, tan elegante.

Conservamos la visión gigantesca de Costa, del busto de Costa, cuando desde la tribuna del teatro de Pignatelli se hizo escuchar del pueblo zaragozano en Febrero de 1906. Dos discursos pronunció: el primero, doctrinal, lleno de ciencia política, un maravilloso bosquejo de nuestro Derecho público, tal como debiera ser; el segundo, una requisitoria cruelísima, con crueldad de cirujano que raja, corta y amputa para salvar al enfermo; una requisitoria feroz, apocalíptica, contra los gobiernos de la Restauración.

Todavía resuena en nuestros oídos su voz amplia, sonora, sin estridencias, cuando en su discurso primero decía: "Primer criterio de gobierno", al comenzar el desarrollo del tema, con una serenidad de profesor y una convicción de apóstol, con palabras y frases que daban la impresión de que todo aquello que oíamos no era un discurso de mitin, ni una oración de propaganda, sino la lectura

de párrafos clásicos de alguna obra inédita de Maquiavelo ó Macaulay.

El público, público enardecido por la sola presencia del apóstol, escuchaba en un recogido silencio; las toses inoportunas producían cortas explosiones de indignación; un espectador que golpeaba la puerta de un palco, buscando un hueco donde escuchar, fué arrojado por una ventana al patio sin alboroto ni ruido. Y Costa, erguido, con aquellas facciones doloridas de hombre que sufría sus propias miserias físicas y las de su amada patria, desarrollaba su discurso, que interrumpían tempestades de aplausos, ó una momentánea falta de fuerzas en el grande hombre, un de prisa caer en la silla del enfermo.

Su segundo discurso nos produjo escalofríos de entusiasmo, escalofríos de asombro. Las frases de Costa salían de su boca iracundas; despeñaban reputaciones falsas, derribaban ídolos, enterraban prestigios. Montero Ríos quedó allí de cuerpo presente. Más de dos horas empleó en cada uno de sus discursos. Ni una sola vez se detuvo el entonado raudal de su elocuencia, ni se empañó la pureza de su léxico, ni se perdió el hilo de la oración. Dijo lo que deseaba decir, y nadie en el mundo lo hubiera dicho como él. Subió á la cima de la elocuencia, y desde allí se hizo oir y escuchar, y, lo que es tan difícil, entender de los altos y de los bajos, de los cultos y de los analfabetos; los profesores, los publicistas, los hombres de ciencia y los de letras salieron asombrados y encantados. La masa, el buen pueblo zaragozano, los catalanes, valencianos y aragoneses que allí había sufrieron una verdadera su-

gestión. Nosotros vimos las caras de ocho mil ciudadanos con los ojos fijos en Costa, las facciones contraídas por la atención, por el esfuerzo gigantesco de escuchar, de entender. Y eso durante dos horas; así, cuando terminaba un párrafo, las ovaciones se sostenían durante mucho tiempo, que aprovechaba el auditorio para respirar, para *descansar*, para tomar fuerza y volver á someter el cerebro á una enorme tensión...

Costa fué un emotivo, un herecla de afectos; cariñoso, afable, cortés hasta la exageración. Costa se indignaba y se conmovía con gran facilidad.

En el banquete que se le dió en el Teatro-Circo de Zaragoza, al final de la Asamblea Municipalista, habló Costa, dando una serie de elocuentísimos discursos, y dijo tales cosas y con tal acento de sincera emoción, que todos, todos, llorábamos, los escépticos, acorazados por una vida intensa, los secos de corazón, los burlones, los que ni ríen ni lloran nunca, lloraron, y Costa también. Jamás olvidaremos el momento solemne en que la voz temblorosa de Costa nos decía que su madre, al acostarle de niño, le recordaba que muchas gentes en el mundo se quedaban todos los días sin cenar... El gigante no pudo continuar; bajó la cabeza y lloró; en el teatro se oyó durante un minuto un suspirar colectivo, un sollozo de la muchedumbre, á quien el verbo de Costa hizo estallar de piedad.

Hablaba horas enteras sin fatiga. En los últimos tiempos se notaba en él un cansancio que se exteriorizaba en intervalos cortos de silencio dolorido.

El cuerpo, indigno de tan grande y vigoroso espípíritu, flojeaba. ¡Pobre hombre!

Discurría sobre todos los asuntos con una encantadora lucidez y una seguridad asombrosa. Era un erudito, abierto á la ciencia y á las letras; decía las cosas en un castellano magistral, con un tono persuasivo y agradable, sin esa manera agresiva de tan soberana afirmación, desdeñosa, de tan categórico decir que hace antipáticos á los sabios. Costa era un hombre de trato delicioso que tuvo iracundias momentáneas á compás de sus dolores físicos.

Su *causerie* no era un chiste relampagueante, no siempre discreto ni oportuno. Todo cuanto decía tenía dentro de sí una enjundia, un sabor á fruta madura.

Jamás le oímos dar pasto á la maledicencia con acres ironías. Su humorismo no fué agresivo. Cuando satirizaba lo hacía á boca llena, serio, indignado. Sin embargo, alguna vez hizo frases, con una envoltura inocente llena de causticidad.

Fué el ilustre muerto maestro de la palabra, y la Naturaleza que fué tan poco pródiga con sus músculos, le dotó de una garganta maravillosa.

***

Luis Morote dijo acerca de Costa:

"He hablado de inadaptación. Sí, sublime y heroica inadaptación la de Costa. Su vida puede decirse que son capítulos vividos de un moderno Hidalgo de la Mancha. Sale, ha salido muchas veces por los campos de Montiel de la realidad social ó de la realidad política y como le muelen á palos y le que-

brantan los huesos, allá á Graus se retira cumpliendo una penitencia, y para hallarse á solas con sus pensamientos, que son sus únicos y verdaderos amigos.

¡Cuántas veces creyó hallarse con su Dulcinea! La primera vez que yo lo vi fué en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, hace muchos años, tantos que yo estudiaba el doctorado de Derecho y venía por primera vez á esta villa. Era en un Congreso de Agricultores y Joaquín Costa había formulado la proposición de que "la condición fundamental del progreso en España era la de los alumbramientos y depósitos de aguas corrientes y pluviales".

Yo no le conocía, y cuando le vi adelantarse á la tribuna no presumía que fuese tan gran pensador, tan extraordinario y magnífico orador. Juntad en una la elocuencia de Castelar y Salmerón y tendréis una imagen aproximada de la oratoria de Costa; Castelar por el brillo exuberante, flamígero de la frase; Salmerón por la grandeza de la idea y lo augusto de la palabra. Y todo eso sumado á una cultura pasmosa, á ser el Menéndez Pelayo de las izquierdas. ¡Qué orador!

Y aún recuerdo algunas de sus palabras, dichas con un entusiasmo y una potencia juvenil que transportaba á los quintos cielos del entusiasmo para indignarse con él, para protestar con él de todo lo que es y desesperar de todo lo que no será.

"—Vivimos todavía los españoles en el período rústico y fabuloso de nuestra vida nacional. Todavía nos fascinan y nos acaloran las luchas de moros y cristianos; todavía nos obsesionan el descubrimiento de las Américas y los galeones cargados de

metales preciosos: nos decimos el pueblo de San Quintín y de Lepanto; llenan aún nuestra imaginación los nombres de Viriato, el Cid, Roger de Lauria, Hernán Cortés, el Gran Capitán y el duque de Alba; nos duele que hayan pasado, para no volver, aquellos siglos en que el sol no se ponía nunca en nuestros *dominios*..."

Y Costa seguía tronando desde el Sinaí, aplaudido por todo el mundo, pero sin convencer á nadie. Ahora parece hasta una vulgaridad clamar contra nuestra leyenda. ¡Se ha clamado tanto desde la *débâcle* contra nuestras pasadas grandezas, fundadas sobre arena! Pero eso era en 1834, y hasta 1898 se siguió viviendo adormecidos todos por los fabulistas de la Historia, tan adormecidos, que apenas si despertamos tras el encontronazo terrible del desastre colonial."

Capítulo XXXIII.

Un discurso de Costa.

Trozos selectos de Costa como orador.

He aquí trozos de uno de los más bellos discursos de D. Joaquín Costa:

EL PEDAGOGO

"Lo que España necesita, y debe pedir á la escuela, no es precisamente hombres que sepan leer y escribir; lo que necesita son "hombres"; y el formarlos requiere educar el cuerpo tanto como el espíritu, y tanto ó más que el entendimiento, la voluntad. La conciencia del deber, el espíritu de iniciativa, la confianza en sí propio, la individualidad, el carácter; y juntamente con esto, la restauración del organismo corporal, tan decaído por causa del desaseo, del exceso de trabajo y la insuficiencia de alimentación: tal debe ser, en aquello que corres-

ponda á sus medios, el objetivo de la escuela nueva. Y condición esencial y previa por parte del legislador, ennoblecer el Magisterio, elevar la condición social del maestro al nivel de la del párroco, del magistrado y del registrador, imponer á su carrera otras condiciones que las que en su estado actual de abatimiento puedan exigírsele, é introducir en el programa y en las prácticas de la escuela la enseñanza obligatoria de oficios, las abluciones diarias, el aire libre, las excursiones y los campos escolares, la educación física y moral, la guerra al intelectualismo, los métodos socráticos é intuitivos, la compenetración con la sociedad.

EL REVOLUCIONARIO

He dicho que no hablaría nada de política; pero voy á hacer una declaración, siquiera sea para despedirme. Qué más da. Discurriendo sobre la situación actual del partido y la nación y las relaciones entre ambas situaciones, voy á presentaros el siguiente dilema, que nos han planteado los compromisos contraídos con el país: ó el partido republicano continúa, como hasta ahora, en la pasividad, en la abstinencia, ó trata de emprender derroteros nuevos, de seguir procedimientos nuevos.

Si lo primero, viviendo en la actual indiferencia, el trono se convertirá en un vivero. El rey criará hijos y nietos al mismo tiempo que Inglaterra nos avasallará con su gran fuerza molecular lentamente, pacíficamente. Llegado el caso, vale más que el partido se disuelva y que ponga punto final á una

historia de desengaños, de retóricas y de cobardías, que leerán después los súbditos españoles de la Gran Bretaña con estupor, si no la leen con asco.

Si se hace lo segundo, en seguida, sin dormirse, pensándolo, sin aguardar un minuto, poniéndose en contacto con todos los organismos, acudiendo á la minoría republicana del Congreso y requiriéndola á que se preste á ser el brazo ejecutor, declarando al país en estado de revolución, como el Poder declara al país en estado de sitio, comenzando por redactar el programa gacetable de la República, preparando la obra, para que los hombres de corazón, se junten el día próximo del golpe final que ha de coronar las tentativas de reconstitución de la Patria.

Con alma y vida, ora continúe yo en la política activa, ora me haya retirado á mi casa, Zaragoza me tendrá siempre á su lado; pero jamás en el Parlamento. Vayan otros á él, en la seguridad de que les acompañarán mis respetos; yo no les pediré cuentas, ni les censuraré; pero abrigo la convicción de que ellos y el partido me darán la razón. ¡Ojalá que cuando me la den no sea ya tarde!

EL GOBERNANTE

Política modesta, callada, de recogimiento, que camine sobre la punta de los pies, como si España entera fuese un hospital; atenta sólo á elaborar primera materia para una nación, sin la loca ambición de grandes palingenesias y renovaciones sociales.

Política reparadora, y, por tanto, para la blusa y

el calzón corto, principalmente, entre otras razones (con los más, son el cimiento del mañana que se trata de edificar; han costeado con su oro, su sudor, sus lágrimas, su sangre, la conquista de los derechos políticos de que no tenían necesidad y que no les han servido para nada, y que sólo han servido á la minoría de los ricos y de los ilustrados), entre otras razones, repetimos, porque hay que compensarles del empréstito de sangre de estos cuatro años, cubierto sólo por ellos, sin garantía de aduanas, sin interés y sin reembolso del capital. Venerar al labrador más aún si cabe, que al soldado que vuelve de la guerra, porque se necesita más vocación de héroe para ejercer la labranza que para guerrear.

EL POLÍTICO

Ahí tenéis ya completo cuanto hace falta que seamos para que los políticos de la *débâcle* sigan en el Poder: "Locos, burros y cobardes."

Es fuerza, señores, decidirse: hay que hacer política, y política masculina; es preciso que dejemos de parecer una nación de mujeres, que no saben más que llorar y quejarse, que le piden el hijo y lo da; que le roban el voto y lo aguanta; que le quitan la finca y se deja; que le ponen sobre los lomos la inmensa carga de parásitos y la lleva mansamente, como caballo de simón; que le dan una administración africana á precio de europea, y la toma; que le mandan los propios que le privaron de patria, y obedece. ¡Arriba, comerciantes! ¡Arriba, industria.

les y labradores! ¡Arriba los médicos, los pedagogos, los ingenieros, los publicistas! ¡Arriba los menestrales, los operarios de las fábricas, los braceros del campo! Caldead los ánimos y enardeced la sangre contemplando lo que han hecho de nosotros y de lo nuestro esos señores. Recibieron todos los ingredientes necesarios para hacer de España una gran nación, y han preferido ser los sepultureros de la Patria. No quisieron fatigarse en transformar el ambiente español, y hacerlo europeo, y se limitaron á la descansada tarea de sobredorar la barbarie, para que al primer rozamiento el barniz se desprendiese y nos encontrásemos sorprendidos y avergonzados. Toda su labor de treinta años ha consistido en coger la inmensa mole de Cuba y de Luzón, levantarla en alto y dejarla caer pesadamente sobre la metrópoli, aplastándola. ¡Y todavía pretenden seguir gobernando sobre las ruinas! ¡Que nos devuelvan antes las 1.000 islas, los 3.000 millones, el honor limpio y la bandera inmaculada, y que devuelvan al pueblo sus 100.000 hijos asesinados en Ultramar!...

Porque para vivir como vivimos, es preferible no vivir. Nos hemos abrazado á las columnas del templo y nos salvaremos con él, ó perecerá él con nosotros.

Hemos preferido y seguimos prefiriendo los procedimientos conservadores; no queremos chocar violentamente con los intereses creados; pero si se empeñan saltaremos por encima de ellos; si es fatal que nos hayamos de constituir en Convención, nos constituiremos en Convención... Y si eso no basta... si eso no basta... ya les diré á ustedes entonces lo que hay que hacer."

Capítulo XXXIV.

Otros aspectos de Costa.

Sociólogo.—Economista.—Filósofo.—Un artículo de Luis Bello.—Ateneista.—Una crónica de Insúa.—Recuerdos del Ateneo.—Frases é intimidades.

RESUMIREMOS en este capítulo, por no hacer interminable el libro presente, algunos de los muchos aspectos de Costa no tratados con especial interés.

COSTA, SOCIÓLOGO

No podía Costa desentenderse de la Sociología, ciencia ligada estrechamente á todo aquello en lo que había florecido su inmensa autoridad.

Preocupado por la excesiva mortalidad de España, hizo diversos estudios acerca de sus causas y remedios, aportando ideas luminosas que tendían á disminuir este grave achaque español.

Sin caer en las utopías societarias, sus ideas eran muy liberales en lo referente al problema obrero.

Al morir Costa le dedicó el Sr. Morato un artículo titulado "Costa y los obreros" en *Heraldo de Madrid*, que publicamos, y que dice así:

"Como temíamos, como esperábamos, este varón eximio, austero y agrio ha muerto.

Cuando nadie recuerde el nombre de los refulgentes mediocres que hoy brillan y pavonean, ornadas sus ruines figurillas de talco y lentejuelas coruscantes, el apellido del ilustre polígrafo y ardoroso y noble patriota será pronunciado por los cultos y por los buenos. ¡Que tal es el privilegio del saber y de la rectitud, como también es el olvido castigo para la insignificancia vanidosa y encumbrada!

Pudo Costa haber escalado las cimas del Poder y de lo que llaman honores; pudo haber deslumbrado cada día á los necios con libros, folletos y discursos en que brillara el saber ajeno—que es lo que hoy da fama y posiciones—; prefirió consagrarse á estudiar directamente lo nuestro para descubrir, con la fuente de los males, los remedios, y empeñado tercamente en esta bella tarea y de seguro asqueado de la hedionda, ruin y sórdida política al uso, vivió y murió retraído y áspero.

Habló, y claro, en los grandes momentos de nuestras desdichas; cruzó el rostro de los mandarines fautores de nuestra miseria, abyección y envilecimiento; levantó ronchas en la piel de las víctimas mansas y sumisas. No puede decirse que perdió el tiempo; sí que ni los unos se arrepintieron afrentados, ni que los otros sintieron el sangriento espolonazo.

Era Costa, en el fondo, de los proletarios. Veía con buenos ojos el movimiento obrero, y donde pudo le alentó y estimuló, y con su colosal libro *Colectivismo agrario en España*, dió elementos reales, no ya para un programa mínimo de reivindicaciones *socialistas* de obreros rurales, sino hasta para una finalidad, para un ideal, para un objetivo.

Más hizo: cuando aún los revisionistas, los bien intencionados é ilustradísimos revisionistas del marxismo no habían dado á la estampa el fruto de sus dudas respecto del materialismo histórico, Costa publicaba un minúsculo folleto de puntos merecedores de estudio en la historia de España, haciendo al factor tierra, al factor propiedad, al factor producción y apropiación y distribución del producto el eje de los movimientos y sucesos y fenómenos.

Y es que Costa, espíritu honrado, limpio de prejuicios, no se asustaba de la verdad, antes la amaba sobre todas las cosas.

Así, cuando en los jubileos del único revolucionario burgués que tuvo España se le pedía que él se asociara al acto con un escrito, condenaba virilmente la desamortización—y no por lo que al clero regular y secular respecta—, considerándola como fuente de daños y de males de imposible reparación hoy.

No parece que ahondara tanto como en éstas en otras cuestiones de las que á nosotros particularmente nos interesan; á buen seguro que de haberlo hecho con la clarividencia é intensidad que acostumbraba, hoy el proletariado español todo—el urbano como el rural—se enorgullecería con la posesión plena de semejante hombre.

No hay reproche en estas palabras. Costa no podía contentarse con las nociones corrientes aún entre los más entendidos en estas cuestiones; necesitaba crearse él mismo su verdad, conquistándola con hercúleos esfuerzos, y harto hizo con trabajar en otras parcelas, aquí donde todo, todo está por hacer y donde, para investigar, hay que realizar previamente una fatigosa, fastidiosa é ingrata labor de desbroce y roturación..."

COSTA, ECONOMISTA

Interesado Costa en este aspecto de la Ciencia, realizó intensas campañas económicas. La más notable fué la que emprendió sobre reforma de los aranceles de Aduanas. Costa no llegó, como Moret y Gabriel Rodríguez, al librecambismo; pero fué enemigo del proteccionismo exagerado.

COSTA, FILÓSOFO

Como no intentamos en esta obra hacer un juicio general acerca del grande hombre, sino aportar modestamente cuantos elementos hallamos á nuestro alcance para perpetuar en un volumen la egregia figura de Costa, no obrando por cuenta propia y con un criterio previsto, sino realizando una mera y pacienzuda labor de investigación, dejamos á la pluma del refinado D. Luis Bello este aspecto de nuestro biografiado:

La iniciación de Costa.

El entendimiento de Joaquín Costa se moldeó en la época más viva y más batalladora de aquella filosofía krausista predicada en España por D. Julián Sanz del Río y sus discípulos. El maestrito, y el agrimensor, que acababa de devorar los textos del bachillerato y de asomarse á Europa en la Exposición de París de 1867, llegó á los estudios filosóficos lleno de un espíritu práctico, recto y tradicional. Los principios religiosos, tal como correspondía al viejo solar en que nació, bien cultivados desde su infancia. Los ojos muy abiertos para las cosas de la tierra y el juicio sensato encendido de juvenil actividad. Su primera preocupación al hacerse cargo del atraso de España fué la de explicarse "por qué no hemos adelantado" y en la primera hoja de su primer libro contesta á esa pregunta. Luego comienza á propagar la cultura de sus veinte años y á fijar un ideal inmediato, realizable: escuelas, granjas agrícolas, Exposiciones regionales; el clero rural ayudando á la enseñanza de la Agricultura, los particulares contribuyendo á la educación de los analfabetos adultos, el Estado combatiendo la emigración y fomentando la inmigración... Rostro á Europa iban todas estas primeras soluciones concretas que respondían á cosas vistas en su viaje y se orientaban en el mismo sentido de los trabajos publicados por D. Fermín Caballero, benemérito patriota que le enseñó á pararse en la realidad del problema español y á pensar de un modo primario y ele-

mental en lo que más tarde formuló él con su frase "la escuela y la despensa".

Los años de Universidad le prepararon para otro género de ideas. Vino á Madrid cuando la doctrina krausista de Sanz del Río estaba consagrada por un núcleo de propagandistas fervorosos. El nombre del filósofo había sido bandera de combate; á título de irreligioso fué reprobado *El ideal de la humanidad*, obra de vulgarización, por el Indice romano, y Sanz del Río, el traductor y comentarista, despojado de su cátedra. Ya se había logrado la reparación y el catedrático ofendido era para los extranjeros el "campeón científico de la libertad espirittual de España", y para los nacionales, símbolo de un movimiento intelectual á cuya intensidad contribuían las figuras de más prestigio entre la juventud. Y al morir Sanz del Río, sus fideicomisarios Salmeron, Francisco Giner, Fernando y Federico de Castro, Ruiz de Quevedo, Losada, Tapia, propagaban su obra "religiosamente". Entonces comenzó Joaquín Costa á penetrar en los estudios filosóficos. El hombre que escribía en 1873 *La vida del Derecho* estaba ya formado en distinto troquel, con el cuño de una ética vigorosa que había de ser ya norma moral para toda su vida. Hablando de Salmeron, dice en trabajo recientísimo Giner de los Ríos: "Recibió su pensamiento el impulso inicial en el aula de D. Julián Sanz del Río, maestro hasta hoy único en la España Moderna: severo, intenso, vigoroso, educativo, que, como Kant, aspiraba á enseñar, no "una filosofía", sino "á filosofar"; no á propagar una doctrina "hecha y conclusa, articulación cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica"

—son sus palabras mismas—,sino á indagar libremente la verdad "en compañía obligada de la propia conciencia, lo que da muy otro y más alto género de unidad". Y, á su vez, el punto de partida de esta enseñanza era la filosofía de Krause, cuya Metafísica no está, sin duda, en el gusto del día; pero á cuyo sentido general en la Ética, el Derecho y la Ciencia social parece que vuelven hoy los ojos con insistencia pensadores de los más diversos puntos de partida" (1). A su vez, el pensamiento de Costa recibió el impulso inicial en la cátedra de Maranges y de D. Francisco Giner de los Ríos, de quien puede decirse palabras muy semejantes á las que emplea él para hablar de su maestro, como si se hubiera habituado á mirarle á través de su propio ideal. También aspiró siempre Giner á enseñar, no una filosofía, sino á filosofar y á indagar libremente la verdad en compañía obligada de la propia conciencia.

Á pesar de ese propósito de Sanz del Río y de Giner —ó quizás por lo mismo— ninguna filosofía ha tenido en España hace siglos la virtud de esta derivación krausista, que aun siendo disciplina más que dogma, logró imprimir un sello inconfundible en cuantos se acercaron á ella y transcender á la esfera social con cierta fuerza religiosa. Como nuestra historia contemporánea está por hacer, no se ha escrito la del alcance de esa transcendencia, ni se ha determinado bien cuál es la parte que corresponde á Krause y cuál la que debemos atribuir á sus

---

(1) *Salmerón*; prólogo de Francisco Giner de los Ríos. Madrid, 1911.

intérpretes españoles. El ardor místico y la profunda fe, el espíritu de lucha y de proselitismo no lo puso Krause; ni es fácil que dentro de Alemania, al hablar de su doctrina, sea lícito ó razonable siquiera incluir en ella conceptos prácticamente religiosos. Muchas veces, leyendo ese mismo *Ideal de la Humanidad* hemos visto que la serenidad científica del texto de Krause al fijar las leyes fundamentales de la vida con arreglo á los hechos históricos, sólo se altera por un romántico optimismo que lo ilumina como un poema de humanidad futura, mientras que las glosas y adiciones de Sanz del Río, lo mismo que su famoso discurso de apertura de la Universidad, parecen escritas con el enemigo enfrente. Era más de uno el enemigo; pero, entre todos, la intransigencia religiosa era el más formidable. Quizás por eso Sanz del Río procuró exaltar dentro del krausismo la divinidad y sumarle todo lo que el espíritu intransigente quiere asumir con exclusiva: por eso concretó la idea de la humanidad en el mundo bajo Dios y por Dios y propagó la base ética de Krause: "la ley del bien por el bien como precepto de Dios".

Debemos referir estas indicaciones á nuestro propósito, que se limita á la educación intelectual de Joaquín Costa. Hablar aquí del krausismo español para definirlo y analizarlo sería demasiada pretensión y no del todo oportuno. Se trata de Costa. Extremando algún tanto la representación nacional y regional de este aragonés educado entre el pueblo en el respeto de las creencias de sus mayores, podríamos ver en él cuál fué la obra del krausismo en España, y es forzoso decir del krausismo, porque

ninguna otra filosofía racional llegó á tener aquí carácter militante. Para la España católica, tradicional, sin el fermento de la Reforma, el enciclopedismo francés ó el criticismo alemán no podían ser puente entre dos edades del pensamiento. Las ideas contenidas en la frontera de un modo artificioso suscitaban al entrar violentamente en los espíritus otra guerra de independencia. Hacía falta una Metafísica frente á la Teología y una Metafísica honda, grave, severa, con la afirmación esencial, providencialista, de la divinidad. Repetiremos que se trata sólo de Costa para que parezca menos aventurado decir que la filosofía de Krause debió de presentársele como un cristianismo sin elemento maravilloso y que á través de la interpretación de Sanz del Río ese cristianismo tomaba el calor concentrado, la intensidad ética y puritana que acompaña á todos los apostolados. Para hacerlo más suave y más amable, Giner, limpio de dogmatismos, preparaba en esa filosofía lo que él mismo ha llamado "disolución de sus fórmulas primitivas".

Este movimiento profundamente ético ha producido hombres obligados á vivir en la Restauración y en la Regencia, después de haber visto el fracaso de la Revolución. El Destino ha sido poco generoso con ellos. Les mantuvo en perpetua autonomía, entre conceptos firmes, inquebrantables, irrefragables y sucesos pequeños, tornadizos, acomodaticios, bajo cuya pesadumbre vulgar, pero forzosa, era muy difícil cumplir "la ley del bien por el bien como precepto de Dios". Así los hemos visto luchar, no ya en la cátedra ni en el libro, sino en la presidencia de la República y ser vencidos. Para comprender

la vida de Costa es necesario examinarla á través de esa iniciación moral. Su ánimo se templó fácilmente en la ética krausista; pero era una gruesa hoja de acero poco curvable, y durante muchos años tuvo que apartarse de la vida, refugiado en el trabajo y en el estudio, sintiendo aguzarse cada día más la sensibilidad en un ambiente para él irrespirable. Cuando salió de sí mismo fué obligado por otro concepto ético: el deber, y entonces se desbordó su actividad en el mismo sentido que inspiraba sus primeros trabajos: el de la reconstitución y europeización de España ¿Sería temerario decir que Costa sacrificó gran parte de su fuerza de acción á la cultura y amplitud de su espíritu, y sobre todo á la inconmovible santidad de su conciencia?"

COSTA, ATENEÍSTA

Era D. Joaquín un entusiasta del Ateneo. Quien esto cuenta lo vió una sola vez salir de la biblioteca del docto Instituto. Recordamos una grande y vigorosa figura, paralizada y como desplomándose.

Preguntamos.

—Es Costa—nos dijo, respetuosa, una voz.

Vimos bajar los peldaños de la escalera á aquel hombre. Descendía lento y pesado, con terrible dificultad de enfermo. Su contemplación nos produjo un respeto y una pena enormes.

El día 12 de Junio de 1895 fué nombrado Costa presidente de la sección de Ciencias Históricas, realizando una información sobre "Tutela de los

pueblos en la Historia", trabajo, como suyo, meritísimo.

*
* *

He aquí una crónica de Alberto Insúa, publicada en *El Liberal* en 1907, que nos descubre á Costa en el Ateneo.

CRÓNICA

La ira de Costa.

"D. Joaquín Costa aparece todas las tardes en la biblioteca del Ateneo. Su figura patricia cruza por entre los estantes y los pupitres y se destaca sobre el fondo turbio de los libros alineados. Su paso de enfermo es inseguro, pero no abatido: es un enfermo que conserva íntegra la majestad del espíritu. En su marcha dolorosa no inspira compasión, sino respeto.

Tiene su cabeza miguelangélica como una aureola de santidad y de heroísmo. Es santo porque es tenaz, y heroico porque después de todos los desengaños ha sabido crearse nuevas ilusiones. Nadie como él, en España, podría adoptar la suave filosofía de la resignación. En nadie se justificaría, como en él, la impasibilidad de los estoicos. Él ha asistido á las querellas de los hombres; ha vivido, en la historia y en la vida, las tristezas de su patria; se ha preocupado de evitarlas ó aminorarlas en lo futuro, y ha escrito libros fuertes, llenos de lógica, de conciencia y de fe.

Su espíritu se ha educado en las serenas disciplinas del Derecho, no del Derecho sofístico y empírico, sino del sano y resplandeciente que conocen y aman los Papinianos y los Kants y que en las cátedras y los tribunales, en los bufetes y las escribanías, interpretan muchos hombres de un modo transitorio, circunstancial y á veces lamentable.

Así educado, su visión de la vida es recta, enérgica y sincretista En sus teorías no precipita los movimientos revolucionarios. Demuestra que hace tiempo debimos realizarlos. Conoce á España profundamente porque la ha estudiado en sus costumbres jurídicas. Las bases de su labor no pueden ser más firmes, y su obra es la más intensa y patriótica del pensamiento español después del año noventa y ocho. Sus libros sobre el *Colectivismo agrario* y la *Reconstitución y europeización de España* son el balance de nuestro pasado y programa para la consecución de un porvenir sano, culto y decente.

Es un hombre que ha cumplido. Ha dicho su credo. Podría estar satisfecho de sí mismo, y no lo está. Podría tener un orgullo hegeliano y no lo tiene. Vive lleno de amargura y tristeza porque ve hoy ante sus ojos, agravados los males que ayer combatió. Así, palpablemente, ha conseguido poco, y aunque él sabe que su obra es de las que fructifican despacio y de las que conquistan á los hombres lenta pero seguramente, no puede sobreponerse á á las melancolías del apóstol que no tiene prosélitos apasionados, y que duda, por esto, de sí propio y del rumbo de su vida.

Esta es la causa de la ira de Costa. El pensador está enfermo y lastimado. Su tristeza lo hace duro,

atrabiliario y vehemente. Sus ojos tienen un resplandor agresivo cuando se levantan de las cuartillas y de los libros para mirar á los jóvenes que escribimos artículos ó versos y que leemos novelas. Él puso mucha fe en esta juventud. Puso demasiada fe.

La ira de Costa no es ofensiva, sin embargo. Tiene una ingenuidad bíblica. Al mismo tiempo está llena de cosas pintorescas. Hace algunas semanas zahirió y ridiculizó á un joven porque iba de levita y de chistera. Dijo, con este motivo, mil conceptos originales y simbólicos, por los que corría una suerte de delirio enfermizo. El joven de la chistera, en unión de otros, escuchaba á Costa, sin molestarse. Daba pretexto al pensador para una expansión de su amargura, para un discurso raro, donde se escuchaban palabras inesperadas y plenas de puntos de reflexión.

En la biblioteca del Ateneo todos los lectores respetan al apóstol iracundo. Todos lo contemplan y él trabaja leyendo en muchos libros y llenando las cuartillas con una letra firme y menuda. De vez en cuando descansa; levanta su cabeza noble, lleva su diestra á la cabellera gris y leonina, á la barba doctoral, y priva á sus ojos del auxilio de las gafas. Entonces, bajo la frente anchurosa, los ojos brotan de sus cuencas un poco congestionados y recorren con mirada de águila á los hombres y cosas que están frente á ellos. Luego los ojos dominantes vuelven á posarse en los libros y en las cuartillas, y la mano, aristocrática, traza esa letra menuda que exterioriza los pensamientos y las concreciones de una grande y preclara inteligencia.

¿Qué escribe ahora Costa? Yo no lo sé. No pertenezco al número reducido de sus íntimos que se atreven á hablarle cuando él da paz á la pluma y se dispone á tomar un agua en la que derrama ciertos polvos medicinales. No sé lo que escribe Costa ni me interesa. Sé que trabaja. Sé que á pesar de su tristeza, de su ira y de su cuerpo enfermo, produce y lucha. Es un hombre de máxima voluntad, un hombre fecundo. Podrá indignarse ante los jóvenes que turban con sus risas y sus charlas el reposo de las bibliotecas. Podrá zaherir á los jóvenes elegantes que sueñan con ser diputados. Podrá, en lo profundo de sí mismo, despreciar á los jóvenes y los viejos que son cobardes, débiles y egoístas... Pero no llegará á ese abatimiento, á ese tedio, á ese no hacer de los supremamente desilusionados. Es de la raza de los fuertes. En lo físico recuerda al Moisés de Miguel Ángel, y es de esos hombres destinados á conducir los pueblos por encima del imperio de sus gobernantes. Puede más D. Joaquín Costa que D. Antonio Maura. Nuestros estadistas de hoy dejan sobre el mundo á sus amigos y á sus deudos. Pero los hombres como Costa dejan sus ideas, hechas de ciencia, de pureza y de luz."

***

He aquí ahora algunas impresiones de "Costa ateneísta" publicadas á poco de su muerte. Dijo un periódico:

"En la docta Casa la muerte del insigne Costa ha producido un hondo dolor. Las tristes nuevas que el telégrafo nos comunicaban estos días informán-

donos de la gravedad de su estado comentábanse en la *Cacharrería* y en las tertulias de la sala de Tapices con cariñosa solicitud. Los que á diario concurren al Ateneo forman una familia que, como todas las familias, tiene sus afectos y sus resquemores; pero que conserva puro, con gran espíritu de tolerancia, el culto de sus antepasados, de sus gloriosos ascendientes.

Costa era un patriarca. Hasta hace poco, ya enfermo y casi sin energías físicas, convivió con nosotros. Su noble cabeza gallarda y viril, tenía siempre por marco montones de libros en la Biblioteca. Entraba por la mañana á las diez en ella y no salía hasta bien entrada la noche.

—¿Cuándo come Costa?—preguntábanse los ateneístas:

Costa no comía. Un vaso ó dos de leche le servían para distraer el estómago. Estudiaba con tenacidad, abstraído del medio en que se encontraba, con la misma pujanza juvenil de un escolar en vísperas de exámenes. Alguna vez, su voz tonante difundíase por los ámbitos de la Biblioteca. Reclamaba el concurso de un empleado para que le sirvieran un libro.

—Haga el favor—clamaba D. Joaquín, llamando al empleado.

Y su voz de Júpiter atraía las miradas respetuosas de todos los lectores.

Su última visita nos produjo una amarga impresión. Aquel hombre fuerte, de andar firme y resuelto, de arrogante busto, con la majestad magnífica de un profeta, que había consagrado su existencia al estudio de tantos problemas relacionados con el

bienestar y el porvenir victorioso de la patria; él que era la encarnación, masa genuina de su espíritu caballeresco y romántico, justiciero y soñador, rendíase á los golpes de una enfermedad que engendraban la fatiga de tanto trabajo ó la pesadumbre de sus penas de buen español.

Caminaba despacio, apoyándose en los brazos robustos de dos hombres, débiles y torpes las piernas por una lesión medular. En su rostro, antes soberbio, con la serena gallardía de su poderosa espiritualidad, profundas arrugas acusaban el sufrimiento. Daba pena mirarle. Y sin embargo, Costa, incansable, subía á la Biblioteca, sentábase con dificultad, pedía libros y trabajaba horas y horas sin descansar. ¡Qué admirable ejemplo de fortaleza y de vigor para nuestra juventud doliente!

Costa era una institución en el Ateneo. Cuando venía á Madrid, su primera visita nos la dedicaba á nosotros. La noticia de su llegada difundíase rápidamente por toda la casa. Costa recibía la admiración callada de los ojos que le contemplaban con veneración.

Unos á otros se comunicaban con alegría su presencia.

—Ha venido Costa; ha venido Costa.

Entre todos se contaban anécdotas interesantes que retratan la independencia de juicio y la ruda franqueza de D. Joaquín. Su alma sincera aveníase mal con los convencionalismos y corruptelas sociales. Detestaba, como buen patriota, las frivolidades de una generación indiferente, entregada al ocio y á la molicie y ajena á la misión redentora que le incumbía realizar.

Un día, encarándose con un joven y conocido orador, que acababa de disertar en el salón de conferencias del Ateneo acerca de las relaciones de la Iglesia y el Estado, Costa dió suelta á su altisonante indignación. Temblaba de cólera. Su voz amplia, sonora, de timbre metálico, fulminaba los más tremendos apóstrofes.

—Parece mentira que haya usted tenido la habilidad y el cinismo de decir tanta tontería y tanta vaciedad en tan poco tiempo. ¡Es usted un necio y un pedante!

Otra vez, á un cronista consevador, que se había fijado en el exiguo tamaño de los pies de Costa, le puso como no digan dueñas. Vivía en las cumbres del pensamiento, con el alma inflamada, constantemente en la adoración del ideal, y le producía un estupor rayano en la locura todo lo que fuera trivial, deleznable y mezquino.

Costa visitó en una ocasión cierto pueblecillo andaluz. Los "prohombres" de la localidad invitáronle á pasar la noche con ellos.

—Venga usted, D. Joaquín; nos reunimos después de cenar.

Costa asistió. Profesaba la galantería con una rigidez de noble estirpe castellana. Pasados los primeros instantes de saludos y deferencias corteses, los graves señores de aquella tertulia le propusieron jugar al tresillo. Nunca lo hubieran hecho.

—¿Cómo al tresillo?—replicó Costa—. Pero, ¿ustedes se reunen para jugar al tresillo? ¿De este modo tan banal pierden ustedes el tiempo? ¡pobre país! Así vamos á la ruina.

Y abandonó la tertulia.

Pocos días después, el médico de la localidad declaraba que Costa estaba loco.

Aparte estas ráfagas de pasajera indignación, Costa comportábase con todos con extremosa deferencia y cordialidad. Gustaba de la conversación, y de sus labios salían en tropel, con artístico ornamento de palabras, las más profundas ideas. ¡No se olvidarán nunca las horas felices que pasaron oyéndole!„

Capítulo XXXV.

Más aspectos aún.

Periodista.—Literato.—Un índice necesario.—Académico.—No ingresó en la Española ni en la de la Historia.—Costa, estudiante siempre.

COSTA, PERIODISTA

A través de sus Memorias hemos podido ir anotando el gran trabajo periodístico realizado por D. Joaquín Costa desde su adolescencia.

He aquí algunos de sus trabajos en este complejo aspecto de la actividad espiritual.

Fué director del *Boletín de la Institución libre de Enseñanza,* desde el año 80 al 83.

Fué fundador de la *Revista de Geografía Comercial*, y director, del 85 al 87.

Idem del *Boletín de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, del 92 al 93.

Redactor de la *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*, 79 al 94.

Fué colaborador del *Boletín de la Universidad Central*, de la *Revista de España*, del *Boletín de la*

Sociedad Geográfica, de la *Revista Europea*, de *España Regional*, de *El Campo*, de la *Revista de Andalucía*, de *La Controversia*, de *La Campana de Huesca*, de *El Ribagorzano*, de *El Demócrata*, y de otras muchas publicaciones.

Hizo intensas campañas en la *Revista Mundial*, órgano de los productores españoles.

Los periodistas tenemos el orgullo de haberle podido contar entre nuestros maestros.

COSTA, LITERATO

No fué este un aspecto intelectual que cultivara Costa con ahinco. Más científico que imaginativo, aunque su fantasía fuera poderosa, se dedicó casi sin exclusión á la Ciencia.

Aun así podemos citar algo en este respecto.

Uno de sus últimos trabajos fué el prólogo, que es por sí solo un libro, puesto á la obra *Juan Corazón*, de Sánchez Díaz.

ÍNDICE

He aquí ahora otro índice de obras y trabajos suyos que no queremos omitir.

Sobre *Costa, agricultor*, podemos anotar los siguientes trabajos:

Tres discursos y ponencia en los Congresos agrícolas. Madrid 1880 y 1881.

Seis discursos en las asambleas y mítines de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.

Iniciador y organizador del Congreso de Geografía Colonial y Mercantil. 1883.

Idem de la Sociedad de Africanistas y Sociedad de Geografía Comercial. 1884 y 1885.

Director de expediciones geográficas en ambas, 84 á 88, é iniciador y organizador de cinco expediciones á Río de Oro y Sahara y al Golfo de Guinea, para adquisición de territorios (en combinación con el Gobierno).

Fué iniciador y organizador de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. 1891.

Idem de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. 1892.

Sobre *Costa, colonizador africanista*, citaremos:

Dos discursos y ponencia en el Congreso Geográfico de 1883. La conferencia colonial dada en el Círculo de la Unión Mercantil. Madrid, 1882.

Tres conferencias geográfico-coloniales en el Ateneo. Madrid, 1885.

Discurso sobre política de España en Marruecos. Mitin de 1884, y otro mitin, 1887, sobre las colonias portuguesas (fué iniciador y organizador de ambos).

Dos discursos en los mítines de 1884 y 1885 sobre abolición de la esclavitud.

Sobre *Costa, pedagogo*, anotaremos el discurso pronunciado en el Congreso Pedagógico en 1884.

COSTA, HISTORIADOR

Añadiremos la Conferencia Histórica dada en el Fomento de las Artes en 1886, y la Conferencia so-

bre Aragón en el Círculo Aragonés, de Madrid, en 1885.

COSTA, ECONOMISTA

Cinco discursos acerca de la reforma de los Aranceles de Aduanas en los mítines de 1881 á 1885.

CAMPAÑAS DE COSTA

Agrarias y de irrigación.
Abolicionistas.
Geográficas.
De reformas de Aranceles.
Africanistas.
Políticas.
Pedagógicas.
Sus luchas:
Contra el caciquismo.
Personales y económicas.
Su vida vida fué un eterno trabajo y una inmensa lucha, jamás apagada.

COSTA, ACADÉMICO

Costa ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas por la publicación de obras muy notables.

Entre ellas *El Consejo de familia en España; Los fideicomisos de confianza y sus relaciones con el Có-*

digo civil; El Derecho municipal consuetudinario de España; Los Ayuntamientos; *Estudio de Derecho administrativo*; *El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia; Derecho consuetudinario del Alto Aragón; Reorganización del Notariado, del Registro de la Propiedad y de la Administración de Justicia; La Vida del Derecho; Teoría del hecho jurídico individual y social; La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses*; *Estudios jurídicos y políticos*; *El comercio español y la cuestión de Africa; Plan de una historia del Derecho español en la antigüedad*; *Islas lybicas*; *Cyranis*, *Cerne*, *Hesperia; La poesía popular española*, *y Mitología y Literatura celtohispanas; Ideas apuntadas en la Exposición universal de París de 1867; Estudios ibéricos; Colectivismo agrario en España*; *Doctrinas y hechos*; *Reconstitución y europeización de España*; *Oligarquía y Caciquismo*, *como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*; *La teoría del hecho jurídico; Los estudios ibéricos* y *Colectivismo agrario*.

Esta labor, verdaderamente extraordinaria, le abrió las puertas de la Academia citada, donde llamó la atención su discurso de ingreso, el 3 de Febrero de 1901, sobre "El problema de la ignorancia del Derecho, como culpa, y sus relaciones con el *status* individual, con el *referendum* y con la costumbre.»

En Marzo de 1895 Costa fué elegido individuo numerario de esa Real Academia, en la cual ingresó seis años después.

Era Costa individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 1880. ¿Qué sucedió

para que este hombre eminentísimo, historiador del Derecho español, de la Literatura española y de la organización ibérica en los tiempos primitivos, no ingresara, esto es, no fuera elegido para ingresar en la Academia de la Historia? ¿Qué pudo suceder para impedir que el excelso polígrafo, que fué á la vez un portentoso orador, y cuya obra *La poesía popular española y Mitología y literatura celtohispanas*, impresa en 1881, es un monumento de sabiduría como historia de nuestra literatura épica, y un modelo de recopilación folklórica, fuese llamado á la Real Academia de la Lengua Española?

Probablemente, lo de siempre: oligarquía y caciquismo:

COSTA, ESTUDIANTE ETERNO

Costa estudió siempre. Tenía sed de estudiar. Una vez dijo:

—Los estudios me han dado dos veces la vida.

¿Por qué esta frase? Porque amargado ante la contemplación del mundo, sólo el noble aislamiento del trabajo intelectual le apartaba de la idea del suicidio. Varias veces hallamos alusiones á esto en el transcurso de su vida.

El Imparcial publicó con motivo de una inauguración de curso el artículo siguiente, en el que se alude á Costa como estudiante:

"Al comenzar el curso académico aparece en las ciudades donde hay centros docentes el tipo más simpático de la ciudadanía. Es un doncel que acaba de arrancarse de los brazos de la madre aman-

tísima y cuyos oídos tiemblan aún con el vibrar de los severos consejos paternales. Tal vez se mezclan con estas impresiones de la aldea abandonada la flor y el retrato de los amores primerizos.

Ahora no se trata de ese estudiante, sino de otro. Hablamos de un estudiante que lo sabe todo y quiere saber más. No ha recibido consejos, sino que está harto de darlos. No le vive la madre engendradora; pero le vive, y ha de ser eterna, la madre primaria, á quien dedica todos los esfuerzos de su corazón y de su mente.

Hablamos de D. Joaquín Costa.

Ese es el estudiante, el tipo castizo y soberano del estudiante.

Para los que apenas desfloran los libros de texto y se contentan con ramonear sus hojas tiernas, dándose por satisfechos si se les otorga la cédula de la aprobación, será inverosímil que D. Joaquín Costa, el único polígrafo español, maestro insuperable del estilo castizo, dueño de todas las sabidurías viejas y modernas, venga ahora á Madrid "á continuar su carrera", á seguir estudiando.

Anciano, enfermo, pobre, sin haber participado nunca de la codicia de los intereses, ansiando sólo el triunfo de lo que él estima que es la verdad, se hace conducir de Graus á la capital, y apoyado en generosos y leales brazos entra en la villa y corte para reanudar su obra.

En las grandes ocasiones, ese cerebro sediento de saber y saturado de sabiduría ha experimentado indignaciones que constituían estremecimientos geológicos. La idea surgía de aquel entendimiento como el rayo de la nube.

Pero, presto, el hombre volvía á su oficio y Costa se recogía á su condición de estudiante.

Y ahora viene á Madrid, vive en Madrid, como siempre, entre libros y papeles, y se ha instalado cerca del Ateneo, cuya biblioteca le es necesaria para continuar la obra iniciada allá, en Graus.

En esta tierra de la ignorancia, ¿será comprendida una existencia tan noblemente dedicada al estudio?

¿Sentirá el Ateneo la emoción de vivir cerca de ese estudiante maravilloso? ¿Permanecerán los viejos y los jóvenes ateneístas indiferentes ante el nuevo esfuerzo que se apresta á realizar el glorioso valetudinario?

Dejémosle estudiar al que ha nacido para ser perdurable estudiante. No perturbemos con homenajes teatrales su honrada y austera vida. Pero hagamos todo lo que sea posible para que en torno de su persona, al mover las hojas de los volúmenes que consulte y al imprimir cada rasgo de letra sobre las cuartillas en que toma sus apuntes, advierta los efluvios del respeto, de la admiración y de la simpatía.

Dejémosle estudiar; pero hagamos de modo que se entere de que todos sabemos que está estudiando."

Capítulo XXXVI.

Un artículo de Costa.

Madrid, causa de la decadencia nacional.

La meseta castellana es una de las regiones semidesiertas de la parte del mundo á que pertenecemos. En el centro de esa comarca muerta tiene el Estado español la triste cabeza, pobre y estéril, como la árida estepa que la rodea.

Si la Historia muestra que la patria que nos queda no es España, sino unos trozos de España, la Geografía enseña que entre esos trozos existe la más completa é irreductible diversidad. De Burgos á Albacete y de Teruel á Cáceres, la destemplanza del clima, la sequedad del aire, la altura de las mesetas y montañas y los manchones de granito y otras rocas estériles hacen á la tierra poco habitable y menos que medianamente fecunda. En ninguna otra región de Europa, si no es en Rusia y en el Centro y Norte de Suecia y Noruega, se ven, como allí, vastísimos espacios en los que la población no

pasa de 12 á 17 habitantes por kilómetro cuadrado. De estas comarcas centrales se baja al mar difícilmente, por malos caminos que á duras penas salvan el reborde de las altas sierras circundantes. Las provincias marítimas, mucho más favorecidas por la Naturaleza y su comunicación fácil con el resto del mundo, tienen mayor trato con éste que con las que se hallan á sus espaldas, las cuales sirven, además, de estorbo para las relaciones entre ellas mismas, en vez de ser, como en otras naciones sucede, lazo de unión entre las diversas partes del cuerpo nacional.

Hay, pues, una España interior aislada y pobre y una España periférica, mucho más rica y más en contacto con los demás pueblos. Nuestra historia responde á este dualismo, y es una demostración clarísima de él. A partir del siglo XII, mientras la reconquista de la España interior quedaba detenida en las pampas manchegas, la España exterior esbozaba gallardamente una era de empresas marítimas.

En el Cantábrico los intrépidos marinos éuscaros y montañeses remontábanse á las más altas latitudes en busca del bacalao y de la ballena; en el Océano, propiamente dicho, la marina portuguesa nacía al calor de las sabias leyes de los soberanos de la Casa de Borgoña, inteligentes cultivadores de la vocación de su pueblo, y en el Mediterráneo los catalanes comenzaban á imponer á pisanos y genoveses una superioridad que al fin nadie se atrevió á disputarles.

El año 1580 fué decisivo.

Hallóse un momento en duda cuál de las Españas se sobrepondría y tomaría la dirección de los desti-

nos nacionales: la exterior ó la interior. La elección estuvo en manos de Felipe II. ¿Llevaba la capital á Lisboa? Triunfaba la España exterior, la marítima. ¿La dejaba en Madrid? Triunfaba la España interior, la continental. Optó por la segunda, y vióse lo que nunca se había visto ni jamás volverá á verse: el mayor imperio marítimo del globo gobernado desde lo alto de una estepa árida y apartada del trato de las naciones.

***

¿Ha hecho algo Madrid por redimir en su esfera y límite aquella demostración de ineptitud del Gobierno de la nación? No; al contrario, la ha remachado; ha remachado y agravado las consecuencias de aquella grave falta política en tanto extremo, que el siglo XX ha sorprendido á un celoso diputado, que fué muchos años concejal madrileño, fiando la reforma de Madrid, ya no á Madrid mismo, ya no á la representación especial propia de la villa, sino á un Poder constitucionalmente extraño á ella, á una verdadera tutela: á las Cortes—cosa, sea dicha entre paréntesis, y con el más profundo respeto, que sería tanto como salir de Málaga para entrar en Malagón.

Madrid no ha sabido en tantos siglos soltar la indumentaria de la Edad Media para convertirse en población moderna, aun de segunda ó tercera importancia. Tampoco por este lado asoma ninguna de las cualidades que tenemos interés, que tengo empeño en descubrir. Los madrileños se han mos-

trado en la edificación de su ciudad dignos de los políticos que dispusieron aquí su traza.

He aquí la situación en cifra:

La mortalidad en París es algo menor del 20 por 1.000; en New-York, del 19; en Londres, del 18; en Bruselas, del 15; en Alemania se señala alguna población, como Francfort, en que es del 15 y décimas. En Madrid la mortalidad es próximamente doble, oscilando del 30 al 40. ¿Porque le faltan condiciones naturales de salubridad? No; que las tiene como otra población cualquiera y mejores que el mayor número; es por retraso, es por incultura, por falta de voluntad, por falta de arte, por las cosas de la vida. Ese exceso de mortalidad es debido á enfermedades evitables, como la viruela, el sarampión, la fiebre tifoidea; como el paludismo, como la tuberculosis, además de la anemia y del envenenamiento lento del comercio de subsistencias, debido al parasitismo, la carestía artificial, el fraude y la falsificación de los alimentos, en gran parte evitables también. Eso lo dice todo; ya no habría más que decir.

Río pequeño, no canalizado, y sobre pequeño, deshonrado, puesto á servicio de la cloaca, especie de colector al aire libre, que inficiona los aires con las materias fecales que recibe para que las transporte y rinda tributo con ellas, no á la agricultura, sino al mar.

Alcantarillado escaso, pues 500 calles carecen de él (poco más de la mitad de la población), y aun ése, mezquino é imperfectísimo, y además en comunicación directa con el mayor número de las viviendas. (Faltan más kilómetros de alcantarillado por construir que los que hay construídos.)

Caserío formado por un hacinamiento de viviendas apretadas unas contra otras en un dédalo de callejones estrechísimos y pendientes, propios de un pueblo moruno, donde no pueden revolverse pasajeros y carruajes, donde no puede penetrar la luz ni circular el aire, estos grandes microbicidas y saneadores de una población; sin plazas, sin una sola gran vía en el interior; rodeado, en cambio, de un cinturón de millares de pozos negros, ayudando al río en su tarea homicida de envenenar la población, y penetrado de tantos otros focos de infección, que nadie diría sino que la ciudad había sido fundada con el propósito de realizar la máxima de Jesús, traducida á la Hoblees: "Mataos los unos á los otros." Sin pecho ni arrojo en nadie para penetrar en ese macizo infecto, obscuro y maloliente con la mano armada de piqueta, como otro Hércules, para inundarla de sol, para emborracharse de aire los pulmones, para abrir plazas y calles de verdad y ponerse en comunicación el interior con la periferia.

Sin locales apropiados para sus servicios públicos, Casas de Socorro, Tenencias de alcaldía, Juzgados municipales y, sobre todo, escuelas que no sean mataderos de niños...

Régimen local tan admirablemente servido, que teniendo un Laboratorio municipal que de cada cien muestras de pan y harina, carne, pescado, pasta para sopa, embutidos, chocolates, vino, vinagre, aceite, leche, etc., denuncia como malas para el consumo las 50, las 75, á veces hasta las 90, no hay nunca autoridad que haga cumplir el Código penal ni las Ordenanzas municipales, pues las faltas y los

delitos se repiten todos los meses y el horrible tributo á la muerte sigue uno y otro año. Régimen local que ha entendido tener hasta su policía, esa cosa rara que con nombre de policía se nos exhibió, sin escándalo de nadie, con ocasión de la estafa llamada del millón y del proceso de un Mariano Conde. Régimen local que ha dejado hacer de la población feudo de las Empresas (tranvías, consumos, alumbrado), feudo de los especuladores é intermediarios de sus mercados (matarifes, abastecedores y demás), Sierra Morena del industrialismo falsificador y ladrón, corte de los mendigos, que tiene mataderos de niños por escuelas, que constituyen antesala del cementerio. Mal abastecida de aguas, con depósitos sin altitud suficiente y el constante riesgo de una catástrofe, cual es el de quedarse sin agua el mejor día por rotura de una acequia, de una presa, de un sifón, del mismo depósito, y mientras el peligro tarda, bebiendo agua que durante una gran parte del año carece de condiciones de potabilidad con sus eternas turbias grises y rojas.

Con un poco de superstición, diríamos de la corte que estaba predestinada. Cuando el ferrocarril ha llamado á sus puertas le han puesto las estaciones en tal lugar, que es menester otro ferrocarril, y éste de cremallera, para ir á ellas.

Estado acéfalo.—Este nuevo aspecto del problema que estoy planteando salta más á la vista que el mayor número de los demás, y su transcendencia es tal que bastaría él por sí solo para nuestra condenación. ¿Se comprende un cuerpo vertebrado sin cabeza?

Imposible una gran nación sin una gran cabeza

geográfica, sin una gran capitalidad histórica, política, científica, mercantil y manufacturera en fácil relación con las provincias y con el mundo exterior (París, Londres, Berlín, Roma, Viena, San Petersburgo, Nueva York). España lo necesita tanto, por lo menos, como cualquiera de las otras potencias europeas, y antes que todas ellas pudo tenerla, y se la estuvo brindando, y cometió la torpeza de rechazarla, condenándose á no ser nada en el mundo. Fuera de Valladolid, dos ciudades en el siglo XVI se disputaron el papel de metrópoli, corte y sede política de España: "Toledo y Lisboa". Las dos tenían razón; la Naturaleza y la Historia de concierto le daban marcado á la razón de Estado el asiento fijo de sus poderes. No un punto, sino una línea. Toledo y Lisboa, consideradas como mitades complementarias la una de la otra, unidas por el Tajo y puestas en fácil relación por una vía de embarcaciones y galeras, á trechos río, á trechos canal, á trechos calzada, con los centros de la Administración pública repartidos entre ellas y la residencia del rey alternando de una á otra, habrían realizado el ideal de una capital que diríamos á usanza griega, una «dipolis», tal como un imperio marítimo y continental podía soñar para su metrópoli.

Toledo, ciudad fértil é industriosa que resumía la tradición política, eclesiástica y científica, de la nación, desde la Corte de los reyes visigodos hasta ser la Atenas sede del imperio hispano visigótico, con influjo en la ciencia universal en el siglo XIII; en lo alto, la ciudad vieja, á manera de acrópolis, exhibiendo la pátina de todos los siglos y su ejecutoria de nobleza en los alcázares y monumentos,

que todavía conserva, de todos los estilos y de todos los siglos, romanos y románicos, judaicos, moriscos, mudéjares, góticos y renacimiento; en la llanura, la ciudad nueva, con sus bancas y sus grandes almacenes y depósitos y sus jardines botánicos, sus escuelas industriales, con sus enjambres de obradores y fábricas de ayer, sus bosques de aclimatación, hoy en que las hermosas industrias y manufacturas toledanas heredadas de la Edad Media habrían cobrado rápido desarrollo, pletórico cual era menester, para surtir los mercados de la India, de África y del Nuevo Mundo; el río, aguas arriba, entre muelles, sustentando rica sucesión de puentes, semejantes á París; exhibiendo todos los progresos de la construcción de siglo en siglo, uniendo calles, bulevares y monumentos á derecha é izquierda con potencia de desarrollo hasta Aranjuez; aguas abajo, aprovechamientos sin fin para la agricultura y para la industria y un incesante ir y venir de viajeros y de mercancías hasta la desembocadura, donde Lisboa habría confirmado para siempre la calidad que gozó un día de mercado universal intermarítimo entre Europa y el Extremo Oriente, además de serlo entre España y las Indias occidentales, y núcleo de una fuerza naval dominadora de dos mundos. Compenetrados de tal modo Castilla y Portugal... Satisfecho éste con el papel preponderante de su capital hecha llave de la nacionalidad y arsenal y refugio de sus flotas y en contacto continuo con el Poder central, asentado en ella, con todos los fueros y con todas las ventajas de la independencia (además de posibles uniones personales de los Braganzas con los Austrias), no

habrían pensado en separarse. Abierta Castilla hacia el mar por puerta tan natural como la del Tajo, que ponía á la vista de las pampas maniloagas una como reducción y sucursal de un gran puerto marítimo, Liverpool y Hamburgo en una pieza, y la convidaba á traficar, á asomarse al Océano y á viajar, no se habría enquistado en su elevada meseta, especie de tribu sahárica, no habría permanecido extraño á las cosas de la navegación y su imperio colonial habría tenido otra consistencia. España poseería hoy un París ó un Londres con su posición geográfica, todavía mejor que un Londres ó un París, y no he de decir yo lo que significa para una nación esa potencia industrial en comercio exterior, en fuerzas militares, en irradiación científica y artística, en influjo sobre el mundo.

Todas las naciones que pesan en los destinos del mundo asentaron su capital en lugar accesible á la navegación, condición necesaria en todo tiempo hasta el presente día, pero muy particularmente en tiempos en que no se había inventado el ferrocarril. Y es porque la Historia no se hace por vía de milagros, sino con lógica. Si hubiésemos consultado á nuestros enemigos, á los hombres de Estado ingleses, franceses, holandeses, que tan fieras batallas estaban riñendo y habían todavía de reñir con España, sobre el lugar donde ésta había de dar por residencia fija la dirección de sus negocios públicos, nos habrían contestado sin vacilar: en Madrid, en Valladolid ó en El Escorial. Pues ahí lo instalamos, anticipándonos á la consulta, haciendo la causa de nuestros enemigos en un lugar desolado, entre un encinar y una estepa arenosa y casi deshabitada,

sin río navegable, sin elementos para la industria, sin contacto con el mar, sin agua para la agricultura, sin vías para comunicarse con las provincias fértiles de la periferia, lejos de todo trato con la civilización exterior, lejos de las grandes arterias del globo y de las corrientes del comercio universal. No habría podido soñarse situación más contraria al interés político y al interés social. Fué tanto como dejar á España sin capital; fué tanto como entregar Portugal y sus Indias á Inglaterra; tanto como consagrar la política española en su condición de continental que pedía una gran rectificación sobre la base de las tradiciones marítimas de catalanes, portugueses y vascongados; fué tanto como renunciar á toda posible hegemonía y anularnos para siempre.

Fué una de las dos ó tres resoluciones de más transcendencia que se han tomado jamás desde que España existe; más grave aún (para los efectos políticos, no digo para la apreciación ética) que la bárbara expulsión de judíos y de moriscos. ¿Quién lo hizo? ¿El rey Felipe III, Felipe II, fueron las ciudades, el pueblo? Es igual, lo hizo la nación; lo importante para nosotros es que el mal no tiene ya remedio. Con semejante capital, ni Enrique IV el bearnés, ni Richelieu, ni Bismarck habrían podido hacer de España una gran potencia ni evitar su atraso y su caída."

(*El Día*, 6 de Diciembre de 1916.)

COMENTARIO

Costa es absoluto en su afirmación paradójica; pero tiene razón en el fondo.

Es el *centralismo*, la antítesis del *regionalismo*, lo que causó en gran parte, como forma del *despotismo*, la decadencia de España.

Capítulo XXXVII.

Costa, introductor de la bicicleta.

Costa ve el primer velocípedo en París.—Envía diseños y aplicación á Huesca.—Bajo los auspicios de Costa se construye la primer bicicleta española.—«El Pedal» y Costa.—Recuerdos interesantes.

La revista *El Pedal*, en su número primero, (15 Octubre 1896) confirmó un resultado curioso que produjo el viaje del joven Costa, comisionado aragonés, en París. Á saber: la primera introducción en España del velocípedo de dos ruedas, mediante uno construído en Huesca sobre el diseño que el Sr. Costa mandó desde París, en cuyo Campo de Marte estaba llamando poderosamente la atención pública aquel invento. Los ensayos del biciclo construído en la capital alto-aragonesa se llevaron á cabo con éxito completo en los días 12 y 13 de Diciembre de 1867, según aparece de la reseña que hizo de ellos el periódico *El Alto Aragón* en su número del día siguiente, y que *El Pedal* transcribe con gran regocijo en sus columnas.

El nombrado periódico oscense había afirmado en aquella ocasión ser Huesca "la primera población de la Península en que se han hecho trabajos de este género". *El Pedal* mantiene asimismo con gran firmeza y convicción la prioridad de Huesca en los anales del velocipedismo español.

Pero será curioso transcribir lo dicho por *El Pedal*, conservando así su ingenuidad interesante.

Copiamos de *El Pedal:*

"Revolviendo papeles viejos y rebuscando noticias referentes al primitivo velocipedismo oscense, hemos hallado en la colección de *El Alto Aragón* datos importantísimos para poner en claro, de modo indubitable, el comienzo rigurosamente histórico del velocipedismo en España.

Todos nos debemos á la verdad, y es justo que á su triunfo nos dobleguemos serenamente, con la más perfecta tranquilidad de espíritu, alejados siempre del horno de las pasiones de la vanidad humana.

Antes que ningún español pensara en montar en velocípedo habíase construído en Huesca la primera máquina velocipédica, en la cual hicieron su debut los señores cuyos nombres verá el que leyere en el curso de este modesto trabajo.

Hagamos historia.

En el mes de Mayo de 1867 marchó á París representando al Alto Aragón y con el objeto de asistir á la apertura de la Exposición Universal y hacer un estudio de ella, el entonces joven D. Joaquín Costa.

Fué elegido el Sr. Costa mediante oposición, para que, con el carácter de albañil, fuera uno de los

obreros auxiliares de la Comisión española. (Don Joaquín Costa es hoy uno de los abogados más conspicuos de Madrid é individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.).

La Exposición se inauguró el 1.° de Abril del citado año, y en aquellos días próximos á la inauguración del Certamen envió el Sr. Costa desde París el dibujo hecho en un papel de fumar, diseñando los trazos del velocípedo existente en la Exposición y que atraía la curiosidad de los representantes de todas las naciones y delegados de todas partes.

Llegado á Huesca el famoso papelito de fumar con la máquina trazada en líneas diminutas, fué lo suficiente para que en esta capital reuniéranse los Sres. D. Francisco Larruga, D. José Lasierra, don Mariano Beltrán y D. Hilario Larrosa y mandaran construir á D. Mariano Catalán el velocípedo celebérrimo, que quedó terminado en los últimos días del mes de Diciembre del mismo año 67, con arreglo al dibujo remitido por el Sr. Costa.

Antes de esa fecha última, el 26 de Septiembre del susodicho año, y en una de las correspondencias con el título de *Impresiones de un viaje á la Exposición Universal*, escritas desde París por el ilustre escritor D. Antonio Torres Solanot y publicado en *El Alto Aragón*, se lee lo siguiente:

"...Acaso llaman la atención, si tenemos algún niño á quien hacer un bonito regalo, los carruajillos para niños, en donde, como en toda la juguetería, sobresalen los franceses. Tal vez aquí podamos complacer á cualquiera de nuestros amigos que nos hubiese encargado algún carruaje mecánico, llevándole un *velocípedo* de tres ruedas, ó el de dos,

raro carruaje, si esto puede llamarse á un sencillo aparato que tiene dos ruedas, una ante otra, y en el que hay que ir montado guardando milagrosamente el equilibrio; pero todos los días los vemos por los paseos de París, caminando á razón de nueve kilómetros por hora, en lo que están compensados los ocho días de aprendizaje que se requieren y los 200 francos que cuestan con freno."

Cuando los lectores de *El Alto Aragón* leyeran ese párrafo de las impresiones recogidas en la Exposición de París por el señor vizconde de Torres-Solanot, estaba construyéndose ya en Huesca el velocípedo, como pueden ver los lectores de *El Pedal* en el siguiente documento publicado en *El Alto Aragón* con fecha 19 de Noviembre de 1867. Dice así:

"VELOCÍFERO

Dentro de breves días se ensayará en Huesca una máquina-carruaje á que su autor ha dado el nombre de *velocífero.*

Dicho vehículo se está construyendo en esta capital con los datos tomados del modelo que su inventor exhibió en el Certamen Universal de París.

Puesto que nuestros lectores no tendrán noticia de tan ingenioso carruaje, les daremos algunos ligeros detalles de él.

Los presentados en la Exposición sólo pueden conducir una persona. Se mueve sin que lo arrastren animales de tiro y sin vapor. Lo más extraño es que sólo tiene dos ruedas situadas en un mismo

plano vertical y en la dirección en que se marcha; la rueda delantera es de un diámetro poco menor que la de atrás; sobre dos brazos ó palancas que parten del eje de esta última se halla colocado el asiento del viajero, cuyas piernas cuelgan á ambos lados de la primera rueda, yendo á apoyarse los pies en dos manivelas unidas al centro de la rueda menor; dichas manivelas ó *pedales*, que son de corta longitud, tienen la dirección de los distintos radios; además del cubo ó eje, de la misma rueda parte una palanca vertical terminada arriba en forma de T, que el conductor ó viajero lleva asida, pudiendo con ella torcer la dirección de la rueda anterior, haciéndola salir del plano determinado por la circunferencia de la posterior.

Para marchar es preciso ir imprimiendo alternativamente con ambos pies un movimiento circular á las dos manivelas, y entonces el carruaje camina en línea recta, siendo fácil trazar curvas con sólo hacer girar á uno y otro lado la rueda de adelante. Se puede conseguir con esta máquina una velocidad superior á la de un carruaje cuyos caballos marchen al galope.

Sube pendientes rápidas de un 4 ó 6 por 100.

Vemos, pues, que la base de sustentación no es otra que la recta que une los dos puntos de contacto de las ruedas con el suelo; tan difícil es sostener el equilibrio del vehículo, que se necesita estar muy acostumbrado á manejar con manos y pies este aparato. Si se pára cae instantáneamente, por cuya razón el viajero debe montar y apearse cuando se halle el ingenioso mecanismo en marcha.

Si mientras camina se observa que tiende á caer-

se hacia un lado, el conductor tuerce un poco hacia el mismo costado la rueda anterior; entonces traza una ligera curva; con este movimiento se desarrolla fuerza centrífuga, cuya intensidad guarda relación con la mayor ó menor curva de la línea de marcha y se puede llegar á contrarrestar de este modo la caída del vehículo.

La altura de éste es tan pequeña, que desde el asiento se puede casi colocar los pies en el suelo, por lo que no hay nunca riesgo de sufrir un terrible vuelco. Por otra parte, el *velocífero* es de tan poco peso, que con una sola mano se le puede transportar de un sitio á otro. En París cuesta un vehículo de esos 40 duros. Sus ruedas son de madera con llanta de hierro.

Cuando se ensaye el que se halla en construcción lo avisaremos á nuestros lectores."

Ese artículo y el que á continuación copiamos con el mismo título llevan la firma de Benjamín Riego, ilustrado redactor del antiguo periódico *El Alto Aragón*, que por aquel entonces se publicaba en esta capital.

Decía el citado periódico el día 14 de Diciembre de 1867:

"Ayer y anteayer hemos tenido el gusto de presenciar los ensayos verificados con la máquina-carruaje construída en Huesca á la vista de un diseño tomado del aparato presentado en la Exposición de París con el nombre de *velocípedo*, llamado por otros *velocífero*. Ambas palabras son propias del objeto que representan.

Las llantas de las ruedas no tienen más de cuatro centímetros de ancho.

Casa donde murió D. Joaquín Costa.

El joven que la ensaya lo hacía anteayer por tercera vez, y con la mayor facilidad imprime al *velocípedo* un movimiento en línea recta ó en zig-zags, y traza perfectamente curvas de ocho á diez metros de radio.

La velocidad con que hemos visto marchar el aparato era aproximadamente igual á la de un caballo al galope; pero con más práctica de la que tiene hasta ahora el que lo ensaya, el *velocípedo* dejará muy atrás á un caballo que marche á todo escape.

Se ve, y apenas se cree; cuando el carruaje en cuestión corre á alguna distancia del espectador se hace éste la ilusión de ver á un hombre *sentado en el aire* y que *vuela* á una vara de altura sobre el suelo.

En París está muy en boga los *velocípedos* de tres ruedas, cuyo mérito no es, ni con mucho, comparable al construído en Huesca.

No tenemos noticia de que se haya traído á España ninguno de estos aparatos, que están llamados á *dar de baja* á todos los animales de montar, y HUESCA DEBE ESTAR SATISFECHA DE SER LA PRIMERA POBLACIÓN DE LA PENÍNSULA EN QUE SE HAN HECHO TRABAJOS DE ESTE GÉNERO

El aprendizaje para poder utilizar como vehículo el *velocípedo* se consigue en ocho ó diez días solamente.«

Este escrito debió tener gran resonancia en la Prensa española, por el suelto insertado en *El Alto Aragón* el día 26 de Diciembre del año tantas veces citado.

Dice como á continuación copiamos:

"Hemos visto que varios periódicos de la corte y de provincias, al dar cuenta del *velocífero* ensayado en nuestra capital, no han interpretado bien el primer párrafo del artículo que dedicamos á aquella máquina-carruaje, pues que dan á entender nuestros colegas que el ya ensayado *velocífero* ó *velocípedo* SE HA INVENTADO EN HUESCA. El extraño vehículo en cuestión, según dijimos en nuestro número primero y segundo artículo, ha sido construído en esta ciudad, pero sujetándose á un diseño de los *velocíferos* que tanto han llamado la atención de todo París en la última Exposición Universal.

La ilustrada publicación madrileña *La Gaceta Industrial*, ocupándose del *velocífero* de Huesca, afirma que el tal aparato no es nuevo en España; nosotros no tenemos noticia de los que *de dos ruedas* hayan podido ensayarse en nuestra Península; pero sí podemos asegurar que los que no ha mucho circulan en París (iguales al de Huesca) han sorprendido extraordinariamente á los habitantes del Sena.

El *velocífero* de Huesca ha dado los mejores resultados en los repetidos ensayos que con él se hicieron y aún siguen haciéndose."

Á instancias de uno de los redactores de *El Pedal* nos ha remitido el eminente escritor D. Joaquín Costa, desde Madrid, la siguiente carta:

"EL VELOCÍPEDO EN 1819

Mi buen amigo Morera:

Le han dicho á usted que en 1868, á mi vuelta del extranjero, anduve con otros de ahí en el em-

peño de construir una máquina del género velocipédico, y me pide detalles. Imposible complacerle: no me acuerdo de aquello sino como de un sueño, y han fallecido el malogrado D. Hilarión Rubio, principal proveedor, y Larruga, y Cosín, y Villanúa, y Formigales, que tal vez conservaran una imagen menos borrosa del hecho en la memoria. Unicamente puedo decirle que se trataba de un carruaje ligero de tres ruedas, para tres ó para cuatro asientos; que el eje de las dos ruedas principales formaba codos con excéntricos, sobre las cuales actuaban con manijas y pedales articulados las personas que ocupaban los asientos de popa; que en los ensayos el original vehículo cursó con desembarazo la carretera de Zaragoza hasta la primera cuesta; pero que llegado á ella se atascó, no pudiendo vencerla. Le hicieron falta esos ejes primorosos de las modernas bicicletas, que casi han reducido á cero el coeficiente de rozamientos.

Después de todo la cosa carece de importancia, aun para los más exagerados ciclómanos, porque el velocípedo había penetrado en España mucho antes, al menos en estampa. En 1819 el *Diario Mercantil* de Cádiz publicó, y una revista de Barcelona, *Memorias de Agricultura y Artes*, reprodujo la descripción, con diseño, de una máquina titulada *velocípedo*, ó caballo mecánico, inventada por el barón de Drais, intendente del gran duque de Baden, y hasta hubo conato de polémica entre la notable publicación catalana y el *Diario de Valencia*, sobre el valor y las condiciones mecánicas de la nueva invención.

Consistía ésta en dos ruedas sobre un mismo

plano, al igual de los modernos biciclos, unidas por un travesaño de madera, el cual se enjaezaba con una silla de montar. Sentado en ella el ciclista, apoyaba los brazos en un cojín, inclinando el cuerpo hacia adelante: asía con ambas manos el timón de la rueda delantera, y con los pies tocaba ligeramente el suelo, empezando por pasos largos y espaciados; pues es de advertir que en ese primitivo velocípedo no había entrado todavía el pedal. Cuando el ciclista se había adiestrado lo bastante para conservar el equilibrio y gobernar la máquina, suspendía los pies, alzándolos del suelo, al punto en que aquélla había cobrado buen impulso. La velocidad máxima que era dado alcanzar, caminando por arrecife duro y seco, era, en los trayectos llanos, de ocho á nueve millas por hora, que viene á ser el galope de un caballo. El coste no excedía de 15 duros; pero el fabricante, que gozaba patente, hacía pagar de 40 á 50.

El *Diario de Valencia* de 16 de Junio de 1819 puso algunas objeciones á la invención, entre ellas la de que abrumaría y rendiría al jinete ó velocipedista, por la necesidad de bajar los pies de cuando en cuando y apoyarlos contra el suelo para comunicar nuevo impulso al aparato, así como fuera cediendo y amortiguándose el movimiento adquirido en el empuje anterior. La revista citada de Barcelona, en su número del mes de Julio de 1819 (tomo IX, pág. 91), refutó algunas de aquellas objeciones, juzgando digna de ser tomada en consideración la curiosa máquina, y alegando por conclusión un argumento de hecho perentorio: que en París se anunciaba por carteles, como una diversión

corriente y admitida, la hora y el paraje en que había de celebrarse carrera ó "corrida de velocípedos".

No puedo enviar á usted copia del grabado, porque un ejemplar de las *Memorias de Agricultura y Artes* donde hace años hallé casualmente estas noticias, y que es el de la Biblioteca de San Isidro, tiene mutilada la lámina número 100 á que la reseña escrita se remite; pero fácil ha de ser á usted obtenerla en cualquiera de las bibliotecas públicas de Barcelona (caso de no hallarse en esa provincial), si usted tiene la curiosidad de archivar en el nuevo periódico ese precedente nacional de la velocipedia.

Muy suyo afectísimo y cordial amigo,

Joaquín Costa.

Madrid 10 de Octubre de 1896."

La descripción que hace D. Joaquín Costa en los primeros párrafos de su carta ha venido á llenarnos de dudas y confusiones, pues ignorábamos que hubiérase construído tal vehículo en esta capital.

Por fortuna para todos, vive todavía el constructor de los susodichos velocípedos, D. Mariano Catalán, que nos ha dado cuantas noticias necesitábamos para poder presentar clara y concreta relación de lo sucedido en Huesca en los años 67 y 68 con referencia á las primeras máquinas velocipédicas.

Es gran verdad lo que dice el Sr. Costa, nuestro distinguido amigo, que para ilustrarnos en este asunto le hemos molestado interrumpiéndole sus

trabajos de bufete, y distrayéndolo de sus profundas meditaciones; verdad es que se construyó en Huesca una máquina parecida á un triciclo que no dió el resultado apetecido y quedó luego abandonada. Al tal vehículo se refiere el Sr. Costa.

Suponiendo que nuestros lectores hayan leído con deleite los interesantes recuerdos de *El Pedal*, damos fin á este ameno capítulo.

Capítulo XXXVIII.

Un artículo de Giner de los Ríos.

D. Hermenegildo Giner de los Ríos.—Costa, profesor.—Revelaciones interesantes.

El bondadoso y sabio D. Hermenegildo Giner nos hace donación de las siguientes cuartillas acerca de Costa:

"Costa, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, no lo pudo ser de la Universidad.

Desde la creación de este Centro (en 1876), figuró Costa como uno de sus entusiastas fundadores.

Asistió como alumno á sus clases, fué profesor de otras, colaboró en la formación de su biblioteca, y, por último, dirigió varios años el *Boletín*, revista que cuenta más de cuarenta de brillante vida, modelo en su género.

Era asiduo excursionista con los alumnos á museos, fábricas, instituciones públicas, sin faltar los miércoles á presenciar los juegos escolares del puente de San Fernando, y acudiendo con igual puntualidad los domingos á los paseos campestres

de los alrededores de Madrid ó á las excursiones á ciudades dignas de ser visitadas, desde el punto de vista pintoresco, artístico, arqueológico, histórico, industrial, etc.

Mientras *la Institución* no representó sino la protesta contra la arbitrariedad ministerial que arrebató sus cátedras á los profesores liberales, con pretextos vanos y fútiles (que el mismo Cánovas del Castillo reprochó á Ossorio), Costa atacaba con su más enconada virulencia á Romero Robledo, que no se detuvo en los linderos de la serenidad, y á sus secuaces, que rebasaron los límites de lo humano en el atropello brutal, creyendo unos y otros que peligraba la Restauración por la protesta universitaria. Pero cuando se convencieron los poderes públicos que el orden social no peligraba con la creación de aquella Universidad libre en que se reunieron D. Laureano Figuerola, Moret, Montero Ríos, Pelayo, Cuesta, D. Juan Valera, Federico Rubio, Augusto Linares, los tres hermanos Calderón, dos Giner de los Ríos (Francisco y el que escribe estas líneas), etc., etc., entonces, unos satisfechos de su obra, otros apenados, como Cánovas, dejaron vivir tranquilo á dicho Centro docente, que fué evolucionando, como organismo vivo que se desarrolla atendiendo á las exigencias de la realidad.

Y Costa dedicóse en la Institución á múltiples iniciativas y á trabajos de investigación, tales como el de los dialectos de la Península Ibérica, que valió al *Boletín* que el propio Cánovas se hiciera lector asiduo de esta revista.

De aquella época, momentos antes ó momentos después, datan las oposiciones de Costa á las cáte-

dras de Derecho Natural. Y... aquel hombre que ya estaba nimbado con la aureola de un gran prestigio... un tribunal no lo juzgó digno de ser maestro de aquella materia.

Y... otro tribunal hizo lo propio con Alfredo Calderón, uno de los tratadistas más acreditados en Filosofía del Derecho...; y luego, Jerónimo Vida, otro tercer institucionista, perdió sus oposiciones á Derecho Natural (aunque luego entró en otra asignatura)... y después, Melquiades Álvarez, otro influído por esa orientación semikrausiana, tampoco triunfó en Derecho Natural (si bien ingresó en la Universidad venciendo en otra materia)... Y, ¡es coincidencia!, desde la Restauración no ha logrado ser profesor de esa disciplina del Derecho, *ni un solo hombre de la izquierda* (recientemente, en los días que se escriben estas líneas, se ha repetido el fenómeno coincidente, con el Sr. Rivera); y Costa, que en cierta ocasión protestó, como juez de un tribunal de oposiciones, de que pudiera existir esa tendencia partidista, armó tal escándalo, que jamás se le volvió á nombrar vocal de tales jurados... Y, basta.

Celebraré que estas líneas sirvan para pintar algún matiz de la psicología de Costa.

H. Giner de los Ríos."

Capítulo XXXIX.

Un artículo de Azcárate.

D. Gumersindo y D. Joaquín.—Palabras del docto rector honorario.—Sobre el premio Malanges.

Don Gumersindo de Azcárate, á quien le hemos suplicado un trabajo inédito acerca de Costa, nos remite la siguiente carta, que publicamos con gratitud y que colocamos en este lugar, antes de recoger en un florilegio los pensamientos más notables del maestro:

"Sr. D. Luis Antón de Olmet.

Mi distinguido amigo: El día 17 de Junio de 1872 perdió la Universidad de Madrid al catedrático don José María Malanges, "arrebatado poco después de los treinta años á la ciencia y á la enseñanza, que amara con fervor religioso, haciendo de ellas ocupación constante de una noble y generosa vida". La familia del malogrado profesor dispuso se concediese en memoria suya un premio entre los que fueron sus discípulos. Este premio, consistente en los de-

rechos del título de licenciado ó de doctor en la Facultad, y destinado al mejor trabajo sobre este tema: "La costumbre como fuente de Derecho, considerada en principios y en su valor é importancia en Roma." Concurrieron varios opositores, quienes discutieron sus trabajos ante un jurado constituído por los señores Moreno Nieto, Pisa Pajares, Comas (D. Augusto), Silvela (D. Luis), Giner (D. Francisco), Azcárate y Messía (D. Jacinto), quienes le confirieron por unanimidad á D. Joaquín Costa. La primera parte de la Memoria premiada se publicó en 1876, con el título de *La Vida del Derecho.*

Ahora bien: Costa, hombre genial, casi único en España en más de un concepto, cuyas obras, por lo numerosas, causan asombro, habiéndose ocupado en ellas de Derecho, de Administración, de Historia, de Política, de Mitología, de Colonización, de Agricultura, bien puede decirse que lo que le caracteriza, lo más saliente de los frutos de su poderosa inteligencia es lo relativo á la *costumbre*, tema que desarrolló en esta que fué su primera obra y que escribió siendo mozo, y que fué constante preocupación de toda su vida.

En 1870 publicó su *Teoría del hecho jurídico* y el *Derecho consuetudinario del Alto Aragón.* En 1873 imprimió *La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses.* En 1885 se publicaron los *Estudios jurídicos.* El mismo año dió á luz *El Derecho municipal consuetudinario de España*, que llamó la atención de ilustres escritores de Francia, Bélgica é Inglaterra. En 1898 publicó su obra monumental: *Colectivismo agrario en España*, dando á conocer en su primera parte doctrinas de antiguos escritores,

desconocidas y olvidadas, y en la segunda, un arsenal de *hechos*, que de vivir Laveleye, rebuscador de los de ese orden en Europa, le habría parecido asombroso, y todo ello es Derecho consuetudinario. Y, finalmente, en 1901, al ser recibido en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, leía su discurso sobre *El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referendum y la costumbre*, en el cual bien puede decirse que ocupa en el particular un lugar preferente.

El Sr. Costa empleó todas sus poderosas energías en la defensa de los fueros de la costumbre. Bajo el influjo del Derecho romano imperial, mejor ó peor entendido por los comentaristas, se preparó el terreno para que las ideas sobre la omnipotencia de la ley derivada de la fe ciega en el valor de los princios, triunfasen, dando lugar al hecho elocuente de que casi todos los códigós, hasta los más modernos, ó proscriben la costumbre ó hacen caso omiso de ella, contentándose cuando más con remitirse á las locales en casos en que es inevitable, resultando así sólo una fuente de Derecho: la ley.

En España, en el *Congreso de jurisconsultos aragoneses* celebrado en 1880 se negó toda virtud y toda eficacia á la costumbre como fuente de Derecho para lo venidero. En el *Congreso jurídico español* celebrado en Madrid en 1886, votaron que no podía prevalecer la costumbre contra ley 294 congresistas, enfrente de 77, y hasta hubo 19 que rechazaron la costumbre compatible con la ley. Y al discutirse en el Congreso de Diputados el Novísimo Código civil, ocurrió una cosa singular, y fué que mientras los jurisconsultos afiliados á los partidos

gobernantes mantuvieron el exclusivismo de la ley como fuente de Derecho positivo, inspirándose en los prejuicios tan en boga á fines del siglo XVIII, desde los bancos de la izquierda se sostuvo la virtud y eficacia de la costumbre.

En el discurso leído á su ingreso en la Academia, en el que combatió enérgicamente el principio absurdo de que la ignorancia del Derecho no aprovecha, de tal suerte ensalza la utilidad y valor de la costumbre, que dice: que en vez de hablar (como se hace de ordinario) de costumbres según ley, fuera de ley y contra ley, debería decirse: ley, según costumbre, fuera de costumbre ó contra costumbre.

La tendencia ácrata que se revela en ese discurso se ve en estas palabras: "Las leyes van desapareciendo gradualmente á medida que el Estado autoritario actual, basado en la fuerza, vaya transformándose en un Estado cooperativo, basado en la libre y racional voluntad de todos los individuos..." Dice: "Los siguientes apuntes harán ver cómo ya hoy, conforme á las diversas constituciones civiles de la Península, podrán vivir holgadamente los hombres en sociedad, sin comercio apenas con las leyes, libres, por tanto, de la necesidad de conocerlas y sin que por ello, dicho se está, hubieran de chocarse entre sí las multiples esferas individuales ni dejaran de formar juntas, como antes y como siempre, Municipio, Nación y Estado". Estas últimas palabras ponen de manifiesto el límite que pone el Sr. Costa al sentido ácrata ó individualista que inspira todo el discurso.

No quiero terminar estas líneas sin consignar el hecho estupendo de que llegan á veinticinco las

obras del Sr. Costa que han visto la luz, y á treinta y cinco las que están preparadas para ser publicadas.

Queda de usted afmo. amigo y s. s. q. l. e. l. m.,

G. de Azcárate."

Capítulo XL.

Costa, y el problema nacional.

Treinta años consecutivos de publicista infatigable, desde 1868, no lograron dar á Costa la menor popularidad en España. Su autoridad, aplastante en ocasiones, no había pasado de los círculos científicos. Hasta las mismas academias lo miraban con una mezcla de recelo y temor.

Sus maldiciones de 1898 á raíz de la catástrofe atrajeron la atención de lo que se llama la opinión pública. Su palabra y su pluma expresaron la indignación y la rabia con tal ímpetu que penetraron y fundieron, con el calor apasionado de su verbo, ese témpano de hielo, ese *iceberg* moral que se llama España, para decirlo con su propia expresión.

La figura de Costa se nos presenta, sean las que fueren sus contradicciones y sus yerros, con la grandeza magnífica de un profeta. Hay algo bíblico en la figura gigantesca de este hombre que, en 1892, en un discurso pronunciado en Tamarite sobre un tema de cosas agrarias é hidráulicas, habla á aquellas gentes rudas del Pirineo aragonés de "las pro-

fecías de Ezequiel", conmoviendo el corazón de los labriegos.

Alguien ha dicho con expresión feliz que Costa, nuevo Moisés, quiso conducir al pueblo español desorientado hacia la tierra de promisión; pero "le faltó la raza". Luis Morote, en un artículo publicado en *La Publicidad* de Barcelona á raíz de la muerte de Costa, estableció un paralelo entre el apóstol aragonés y Tolstoi. Ambos grandes hombres, aislados enmedio de su pueblo, voluntariamente desterrados, viviendo como en un desierto, apartados de un mundo que no les comprende, simbolizan la protesta contra todo lo que les rodea, sin que nadie se atreva á protestar contra las acusaciones de ambos, imponiendo el respeto con el prestigio intelectual y moral que les unge. Una sola diferencia apartaba, sin embargo, á ambos apóstoles, como consignaba melancólicamente Morote. Y es que Tolstoi había logrado, gracias al vehículo de Francia, la inmortalidad en vida, la más alta y más sonora de las glorias, mientras que Costa permanecía ignorado por el mundo, conocido solamente por su pueblo,no por sus obras, sino por sus imprecaciones últimas.

El aspecto más hermoso de Costa en ese momento histórico es su misión de pedagogo En los momentos que preceden á la catástrofe colonial, Ganivet publicó su renombrado *Idearium español* en el cual, en abigarrada confusión de conceptos, aparece como algo que nuestra Patria no ha tenido jamás, quiere decir, como un educador.

La espontaneidad, la independencia del carácter nacional, ha hecho que el espíritu de la raza, más

rebelde que disciplinada, más individual que ordenancista, no haya gustado de normas fijas que la sometan á moldes determinados. Por la misma razón, los españoles, viendo la poca afición de los demás á ser discípulos, se han cuidado poco de querer ser maestros. No es que falten pedagogos en España. Los hubo en tiempos, cuando teníamos de todo; pero faltaron cuando más falta hacía, es decir, al iniciarse la decadencia de la nación.

Á raíz de la catástrofe surgen Costa y Macías Picavea. Éste, de un mundo sistemático en su obra, buscando exclusivamente los orígenes de nuestra caída. Costa, á jirones, acá y allá, en todas partes, en sus discursos, en sus artículos, en sus manifiestos, en sus libros. Costa, por todos los medios, quiere sacar de sus escombros á su Patria, y, como dijo en un artículo el vasco Sr. Urdina: "inundar de luz nuestros cerebros y de valentía nuestros corazones". Costa flagela á los políticos acusándoles de ser responsables de la ruina de España y apostrofa ferozmente al pueblo, llamando "ladrones" á aquéllos, y á éste "eunucos". Al mismo tiempo señala el medio de regenerar á España, sintetizando el problema nacional en esta frase: "La despensa y la escuela".

¡Costa pedagogo! He aquí un aspecto fundamental de este hombre múitiple como ninguno. "El remedio orgánico y primordial para *regenerar* á España —escribe— es el fomento de la educación y la enseñanza. Porque el que no sabe es como el que no ve, y sólo el que ve y sabe adónde y por dónde va y domina su camino, puede ejercer de hecho señorío sobre su persona."

Por ello, el ilustre arzobispo Sr. Salvador y Barrera, le apellidó "pedagogo insigne", al ingresar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Costa, ciudadano ejemplar, quiso fundar en España una escuela de ciudadanía. Quiso enseñar á sus compatriotas algo olvidado por ellos desde los tiempos de Zumel en Castilla. España, empero, no estaba preparada. Y su semilla no llegó á fructificar. Nadie había roturado el campo yermo.

Pero lo que sobrenada á los ojos de la mayoría en la múltiple personalidad de Costa es su aspecto de imprecador, sus invectivas, sus frases crueles, sus violentos apóstrofes. Vese generalmente á Costa encarándose fieramente con su Patria, planteándole con su látigo el problema denominado nacional y resolviéndolo con sus maldiciones. Costa aparece como un despreciador de España, inspirado por un negro pesimismo.

Este, en efecto, es un aspecto de Costa. Pero es el Costa de 1906, desengañado, agotada ya su vida, aproximándose á los bordes del sepulcro. Costa, enfermo, moribundo, reune sus fuerzas para maldecir de España, y es injusto al englobar á la España de su tiempo, de sus días, á la España de Santiago y de Cavite, con la España heróica y cívica á un mismo tiempo de otros días, con la España que él cantó y loó otras veces, viendo en ella el modelo que la España deformada, degenerada, debería de imitar.

"Yo he sentido curiosidad de saber, y se lo he preguntado á la Historia—decía Costa en esos momentos de depresión enfermiza de su alma—, en qué ha demostrado aptitudes nuestro pueblo y, como

consecuencia y por extensión, si posee éste condiciones para ser una nación moderna." Y luego, Costa se respondía, amargado, con notoria inexactitud, contradicha mil veces por sus propios asertos: "Y no he encontrado una sola zona, *fuera quizás del arte pictórico*, que no acuse en nosotros una marcada inferioridad respecto de los demás pueblos europeos, cuando no una franca y radical incapacidad." En vista de ello, Costa prevía para España un porvenir de disolución.

¿Cuál era la razón por la que España estaba condenada á sucumbir, "es fatal que sucumba y sea arrastrada como China, como la India, como Persia, como Egipto, como Argelia y Marruecos", para decirlo con sus mismas palabras?

Ello ocurría porque España, según Costa, tenía un *cerebro medioeval*, adoptando la opinión de los extranjeros. En consecuencia, incapaz de evolucionar, de incorporarse al movimiento del progreso moderno de las demás naciones de Europa. España, "con ese cerebro", estaba condenada á morir como los pueblos que citaba, "detritus de civilizaciones extinguidas en los torbellinos de nuestro siglo".

Costa aquí no es un verdadero educador. Es un enfermo que exhala ayes de dolor, y no es posible fijar en este aspecto suyo, cristalizar en esta modalidad de su vida, su personalidad verdadera.

Costa quería la "regeneración" de España, y como el pueblo no respondió á su voz, no veía más que "aconsejar á los jóvenes republicanos que se dejen de libros de caballerías y vayan á naturalizarse en pueblos diligentes y despiertos, que no padezcan el instinto del suicidio". Es que Costa, po

entonces, al hacerse republicano, había querido la "europeización" de España.

Este mismo patriota, este español, que en sus obras fundamentales, en sus admirables estudios jurídicos, había proclamado la superioridad de España por su organización vernácula, por su espíritu tradicional, todo libertad y democracia, que había exaltado la figura del Cid como prototipo de nuestra ciudadanía más que por su legendario heroísmo, decía á raíz de sus grandes desengaños: "Desinchemos esos grandes nombres, Sagunto, Numancia, Otumba, Lepanto, con que se envenena á la juventud en las escuelas, y pasémosles una esponja", pidiendo una doble ó triple llave para "el sepulcro del Cid", como si éste hubiera sido el responsable de las derrotas de Cavite y Santiago.

La contradicción de Costa era flagrante, por que en ese mismo momento, mientras dice que "desmontemos de su pedestal al Gran Capitán y al duque de Alba, á Leyva y Hernán Cortés, á Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria", añade: "y elevemos á él á Fernando de Aragón é Isabel de Castilla, á Cisneros", enumerando después á toda una pléyade de sabios que representan la gloria mental de España desde el siglo XV hasta nuestros días.

En su obra famosa *Reconstitución y europeización de España*, planteó Costa dos cuestiones diferentes. Como anotó el Sr. Cejador en una polémica que sostuvo con el Sr. Maeztu, en el pensamiento de Costa hay dos problemas: "lo primero para Costa era la *reconstitución*" y la *europeización* lo segundo. Ahora bien: el mismo Costa consideró como causa de la decadencia de España su olvi-

do de sí misma, indicando, según el Sr. Ortega y Gasset, "como arbitrio de mejora, la vuelta á lo más íntimo, á lo más espontáneo, á lo más nativo", de nuestra patria, "á las reacciones populares". Y el P. Cejador añade que Costa fué siempre "soldado de la tradición española con las mismas instituciones tradicionales" de siempre, sabiendo "que la sociedad española estaba postrada cabalmente por haberle inyectado materias médicas europeas sin haberlas españolizado antes".

Confesamos que es difícil por extremo desentrañar en la personalidad múltiple, cambiante, contradictoria de Costa, la verdadera doctrina de aquel espíritu complejo. Costa puso la mano sobre la verdadera causa de la decadencia española, señalándola en el título de su memorable Información sobre *Oligarquía y Caciquismo*, esto es, en el Despotismo; pero á la vez desorienta al que le sigue, desde el momento en que pone como modelo de regeneración de nuestra patria á los Reyes Católicos, que echaron los cimientos definitivos del Despotismo, sobre los cuales la Casa de Austria edificó la decadencia de España.

Otra gran contradicción existe en él. Mientras de un lado proclama la necesidad de volver á lo nuestro, lo que nosotros hemos denominado la *renacionalización* de España, mientras en mil ocasiones habla de nuestro origen "ario", señalando la similitud de las primitivas instituciones ibéricas con sus hermanas de Grecia, de Roma, de Germania y de la India, otras veces habla del origen africano de los españoles, "libyo-africano", teoría de moda hace ya bastantes años, consecuencia de la

cual es su propósito de europeizar á nuestra patria.

Y como España no se mostró propicia á esos caminos de europeización, Costa insultó á España, llamándola nación degenerada y país de eunucos, exclamando amargamente: "¡No hay España!", condensando su concepto sobre los españoles en esta frase memorable: "Locos, burros y cobardes."

Pero si Costa dice esto al contemplar "este dilatado *iceberg* moral que llamamos España", si Costa se equivocó en ocasiones, contradiciéndose, al buscar los orígenes de nuestra decadencia, pidiendo "que la historia de España tome nuevos rumbos, substituyendo la actual orientación de África por la de Europa", es necesario que la crítica prescinda del lado débil del grande hombre, para fijar su verdadera personalidad, cristalizándola en lo sólido de sus afirmaciones y aciertos.

"No es que España—dijo Costa, á raíz del *desastre*—haya sido vencida, sino que ha sucumbido y se ha desplomado, por falta de consistencia para tenerse en pie." ¿Cuál fué la causa de ello? He aquí planteado en la entraña el problema nacional.

Nosotros afirmamos que la causa de ello fué el haber sido sacada España de sus cauces tradicionales por la implantación del Despotismo á fines del siglo XV. Pero probémoslo con palabras de Costa.

En su admirable conferencia de 1878 sobre la "Representación política del Cid en la epopeya española", Costa afirma, y con razón, que el Cid es el símbolo de nuestra poesía popular nacional, y proclama, con verdad, que esta es la representación sintética de nuestra raza. Pues bien: según Costa, la epopeya española "parece la apoteosis del Deber

y un himno á la Justicia; hace del Derecho una religión." De todo esto es la encarnación el Cid.

Pero leamos su memorable discurso de inauguración del Congreso de Geografía Colonial, el día 4 de Noviembre de 1883, publicado en sus *Estudios jurídicos y políticos*, bajo el epígrafe de "Porvenir de la raza española." Escuchémosle con veneración y con respeto, porque este es *el espíritu de Costa.* Dice así:

"¿Comprendéis también por qué hemos dibujado con una misma tinta en ese mapa-mundi *(señalando á uno de los que había colgados frente á la tribuna)* los territorios que poseen fuera de Europa los pueblos latinos y por qué deben erigir los gobiernos españoles ese mapa en programa fundamental de toda su política exterior, regular por él sus fuerzas militares, ajustar á él sus alianzas, inspirar en él sus tratados de paz, de guerra y de comercio, inculcarlo como el evangelio del porvenir en el espíritu de la nueva generación y cultivarlo con el mismo amor conque el jardinero cultiva sus flores al sol pasados los fríos y las noches del invierno, como si fuese la fecunda semilla de esa España ideal en que soñamos todos, heridos de nostalgia, porque la vemos muy lejos de nosotros, nación prepotente, gloriosa madre de pueblos, piadosa vestal enamorada de la belleza eterna, encargada de mantener encendida la llama del ideal en el hogar de la humanidad, extendida por toda la tierra, abrazándola y calentándola con su aliento para que no la reduzcan á témpano de hielo con sus balanzas de precisión, con su partida doble, con sus artes de Maquiavelo y sus filosofías pesimistas, esa raza metalizada de calcula-

dores y escépticos que presumen sujetar á los cálculos de su matemática abstracta hasta los impulsos más nobles del corazón humano?

...La Humanidad terrestre necesita una raza española grande y poderosa, contrapuesta á la raza sajona, para restablecer el equilibrio moral en el juego infinito de la Historia: no correspondería á la grandeza de la habitación terráquea la grandeza del inquilino hombre, si al lado del Sancho británico no se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español, llenando el mundo con sus locuras, afirmando á través de los siglos la utopía de la Edad de Oro, y manteniendo perenne aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, que siente pasión por algo, que se sacrifica por algo, y con esa pasión y con esa fe y con ese sacrificio hace que la tierra sea más que una factoría y que un mercado donde se compra y se vende...

...no ya por impulso de vanagloria, no ya por sugestiones de patriotismo, por altos deberes de humanidad, estamos obligados á fomentar el crecimiento y desarrollo de la raza española.

...prefiero haber nacido en esta España pobre y débil, que parece, más que la patria de sus hijos, un montón de ruinas y un calvario, que en la poderosa Inglaterra, donde el individuo recibe del todo más de lo que da él; y si, puesto en el caso de escoger entre la España grande del siglo XV ó esta España de hoy, que apenas tiene de patria otra cosa que el nombre, habría optado por esta en que he nacido, porque yo prefiero ser el rudo compañero de Rómulo, que á fuerza de fatigas se crea su propia patria, ó el soldado de Garibaldi, que á fuer-

za de heroísmos se la reconstruye, que el hijo sibarita de Augusto ó el súbdito feliz de la reina Victoria, nacidos en el centro moral del mundo, rebosando riqueza y quietud, en cuna mullida y dorada por el esfuerzo tenaz y el sacrificio de veinte generaciones de trabajadores, de sabios, de héroes y mártires.

Después de todo, no será la primera vez que la raza española imite á Diómedes en Troya, luchando con un destino adverso y venciéndose á sí propia; ha peleado con el fanatismo mulsumán, perseverante y tenaz como todo fanatismo, y lo ha vencido, expulsándolo de la Península al cabo de ocho siglos; ha peleado con el fanatismo de la Naturaleza, cruel y persistente como todo fatalismo, y lo ha domado, creando de la nada jardines y vergeles en los arenales de Valencia, en la estepa de Zaragoza, en los espartales de Mitidja.

Altos ejemplos que conviene retraer de continuo en la memoria para que no desmaye la voluntad. El español de ayer, imperfecto y todo por su carácter, ha poblado medio continente, dando el ser en él á diez y seis naciones: el español de hoy se halla en condiciones infinitamente mejores que entonces para repetir este mismo esfuerzo, porque puede rectificar, y de hecho va rectificando, su carácter, gracias al contacto en que se ha puesto con las demás razas, de las cuales recibe estímulos, ejemplo, consejo y ayuda, con las cuales hace comercio de facultades, de aptitudes y de sentimientos, tanto como de productos materiales."

Lea ese admirable discurso todo el que quiera saber lo que España representa en la historia de la

civilización humana, el que quiera conocer cuáles han sido los valores intelectuales y culturales de nuestra nación en otros siglos, recorriendo la lista, la enumeración, el catálogo de nombres inmortales acumulados allí por Costa en asombrosa erudicción y maravillosa lucidez á un tiempo mismo.

Pero, no muchos meses antes de morir Costa, en un momento de clarividencia y de justicia, escribió algunas páginas que podemos llamar su testamento espiritual, rindiendo á España, quiere decir, no á la España actual de *locos*, *burros* y *cobardes*, sino á la España de otros días, *á España*, los homenajes que á su grandeza sin par eran debidos. Costa aparece, no pasional y pesimista sistemático, sino ecuánime y optimista en el sentido más alto de la idea, esto es, confiando en el resurgimiento de una nación superior, hoy decaída. Copiemos sus palabras solemnes:

Hemos confesado sin regateo los grandes defectos de nuestra España; pero, enmedio de ellos resplandece una virtud que ninguna otra nación ha demostrado poseer en igual grado, y ni en grado mucho menor. Es la representación de un ideal de piedad, de humanidad, de justicia, de viva y efectiva solidaridad, que ha salvado á las razas indígenas de América, de la Malasia y de la Micronesia, librándolas de desaparecer; es aquel espíritu romántico, y aun místico, que en la declinación de su Edad de Oro la llevó á erigirse temerariamente en brazo armado de una idea espiritual, después de todo elevada, sacrificándole, sublime Quijote de las naciones, su presente y su porvenir.

Ese sentimiento de idealidad, de espiritualidad,

de nobleza, alojado en el alma de nuestra raza, carece de órgano físico en el mundo; porque sólo España podía serlo, y España, como categoría internacional, ha fracasado.

Si no se hubiera paralizado en su evolución, si hubiese mantenido y desarrollado las energías de su espíritu y sus recursos y fuerzas materiales, si hubiese consolidado su condición de gran potencia en todos los respectos: científico, pedagógico, industrial, colonial, artístico, naval y militar, y penetrado con tal bagaje en la nueva Era, y, por decirlo de una vez, si se hubiese hecho otra Inglaterra, otra Alemania ú otra Francia, como pudo y debió ser, sabe Dios las iniquidades y los crímenes internacionales que se habrían evitado de tantos como van cometidos en cien, en doscientos años; los progresos que se habrían realizado en las prácticas internacionales: arbitraje, desarme, etc.; la historia moderna no sería lo que es: una historia sin corazón, presidida por Darwin; se habría, tal vez, conjurado ese paso atrás en las relaciones de nación á nación, este como renacimiento y recrudecimiento bárbaro de la teoría de la fuerza sobre el derecho, á que hemos asistido escandalizados, y las razas negras contarían una probabilidad de no ser exterminadas, como indefectiblemente lo serán por la raza inglesa, tengan ó no tengan una misión que cumplir sobre la tierra; y los Estados Unidos no se habrían apresurado tanto á dar á su viejo lema el odioso giro "América para los *yankees*", amenaza á un tiempo para los indígenas y para los ibero-americanos; ni se habrían dejado desvanecer por la prosperidad material, entregándose, contra lo que ha-

cían esperar sus nobles orígenes, en brazos de un ideal imperialista, como el más vacío y vulgar de los Estados antiguos.

El que fué equivocado campeón de una idea religiosa en Europa, podría del mismo modo haberse erigido en adalid de una idea inmanente, tal como la justicia, alma y motor de su epopeya. ¡Quién podría calcular los desequilibrios de que ha sido causa la ausencia de España como factor de peso en la balanza del mundo durante el siglo XIX, evitando las devastaciones, expoliaciones y exterminio de gentes que se están incubando por no existir una España viva y potente, que influya con su consejo, con su voto y con su espada, en la suprema dirección de los destinos humanos!

¿Y habrá de renunciar definitivamente la Historia al concurso de tan escogida colaboradora? Ese "fondo de seriedad y esa rara solidez de carácter", que Elíseo Reclus señala en los españoles y que les hizo tomar siempre en serio la vida de las ideas, ¿habrá de perderse para tal humanidad? ¿Será fatal que haya de quedar perdurablemente arrumbado é inerte, inútil para el progreso, un pueblo que tanto y tanto prometió á la salida de la Edad Media?

¡Oh, no! Como Fichte creía en la eternidad de la raza alemana, aplastada por Napoleón, creamos nosotros aún en la eternidad de la raza española; pero creámoslo con fe viva, cimentada en obras. La sacudida tiene que ser tan enérgica, diría tan brutal, que yo no atino á representármela ni aun como "una revolución de arriba", según el concepto usual; tendría que decir, si acaso, como "muchas revoluciones".

No menos representa despertar á España de esta horrible pesadilla de cuatro siglos: romper el hechizo que la posee, ó, lo que para el caso es igual, resucitarla á nueva vida proveyéndola de un órgano de pensamiento, de voluntad y de corazón (todo brota de una común fuente), capaz de responder á las exigencias de nuestro siglo en el grado y manera en que su cerebro actual responde á las exigencias y predicados del siglo xv. Eso significó aquella tentativa de renacimiento geográfico-económico de 1883; eso aquella otra de transformación social y política de 1899; ninguna de las dos suficientemente entendida, sentida, secundada."

Capítulo XLI.

Pensamientos y frases.

Momentos cumbres del gran polígrafo.—Frases y pensamientos gloriosos.

Nos parece interesante recoger en este capítulo los pensamientos más populares y afortunados de Costa.

He aquí algunos recogidos por el Ateneo Costista de Zaragoza:

RUGIDOS DEL LEÓN

"Es preciso gobernar con actos, no con leyes; lo que más hace falta son hombres superiores, no Parlamento."

(*Séptimo criterio de Gobierno.*)

***

"Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva á cabalgar. Triple cerrojo al sepulcro de Ensenada, para que no vuelva á construir."

—

"Las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses, pero es preciso que los que las manejan sepan también que sirven para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos."

. . . . . .

"La libertad del hombre está en sus riquezas."

"El que tiene la llave del estómago, tiene la llave de la conciencia."

. . . . . .

(De *Oligarquía y Caciquismo.*)

***

"La Constitución dice: *Todo español está obligado á defender á la patria con las armas en la mano,* y yo digo: *con los libros en la mano.*"

(*Discurso en el teatro Pignatelli, 1915.*)

***

"Derogación de la facultad concedida por las Cortes al Banco de España para aumentar la circulación fiduciaria hasta 2.500 millones, en término de que no pueda hacer nuevas emisiones de billetes sin que aumente las reservas en oro en proporción de lo emitido."

. . . . . .

"El problema de la regeneración de España es pedagógico tanto ó más que económico y financiero, si se quiere una transformación profunda de la educación nacional en todos sus grados."

(*Reconstitución y europeización de España.*)

"Es fuerza, señores, decidirse; hay que hacer política, y política masculina; es preciso que dejemos de parecer una nación de mujeres que no saben más que llorar y quejarse; que le piden el hijo y lo da; que le roban el voto y lo aguanta; que le quitan la firma y se deja; que le ponen sobre los lomos la inmensa carga de parásitos y la lleva mansamente, como caballo de simón, que le dan una administración africana á precio de europea, y la toma; que le mandan los mismos que le privaron de patria, y obedece."

. . . . . .

"No tenemos derecho á consentir este espectáculo que nos denigra; allá arriba, en los Ministerios y en el Parlamento, y alrededor del Palacio y en el Salón de Conferencias, los culpables, con aire de triunfadores, haciendo cábalas y combinaciones sobre el porvenir; y abajo, el pueblo, nosotros, en la misma resignada actitud de cordero pascual, presentando el cuello al carnicero..."

(*Conferencia dada en el Círculo Mercantil é Industrial de Madrid.*)

"Sólo España aparece en el concierto universal con la cabeza desmelenada, los brazos humeantes de sangre, la voz ronca y fatal, gritando aún: ¡Sangre, sangre, más caballos á los toros!"

(*La fiesta nacional.*)

***

"En la sangre hay hierro: esa es la mina á que acuden los notables para extraerlo y construir sus acorazados. ¿Cómo? 1.° Aumentando el coeficiente de mortalidad. 2.° Aumentando la emigración. 3.° Aumentando el número de españoles (ex españoles más bien) que descienden del rango de pequeños propietarios á la clase de jornaleros ó proletarios. Quienquiera llamar á esto una sangría, llámelo; á mi parecer más bien es una puñalada en el corazón.

(*Informe sobre la construcción de la escuadra.*)

***

"Cuatro rateros con sombrero de copa y cuatro matones: esta suele ser la plana mayor de un partido."

. . . . . .

"La mayor parte de los caciques, antes de ascender á tales, han estado en la cárcel ó en presidio, y de allí los sacó la política; los que no han estado en presidio, no ha sido por falta de méritos, sino porque las influencias los han librado."

. . . . . .

"No confundamos el gubernamentalismo con el

cabronismo. Hay que deshacer el equívoeo que se esconde tras de estos dos dictados: revolucionario y gubernamental, revolucionario y conservador, revolucionario y evolucionista, causa de que, por ejemplo, unos me tengan á mí por lo primero y otros por lo segundo."

(*Párrafos de un artículo publicado en* El Ribagorzano *el 30 de Septiembre de 1908.*)

***

. . . . . .

"Sobró hielo, sobró cálculo, faltó vergüenza, corazón, espíritu de apostolicidad."

. . . . . .

"... que ayer habría sído día de pelear como caballeros, pero que hoy no es ya día más que de llorar como Boabdiles ó de morir como capones."

"España acaba de perder del todo el conocimiento: ya decreta una escuadra y rebaja el presupuesto de Fomento."

(*Fragmentos de una carta juzgando á la Solidaridad Catalana, y comparándola con la Unión Nacional, publicada en* El Ribagorzano *del día 12 de Julio de 1907.*)

***

"Me habrá tomado ese imbécil por la última marca de un automóvil..."

(*Frase pronunciada en la agonía.*)

***

"La escuela y la despensa, la despensa y la escuela—decía en 1899—; no hay otras llaves capaces de abrir camino á la regeneración española; son la nueva Covadonga y el nuevo San Juan de la Peña, para esta segunda reconquista que se nos impone, harto más dura y de menos seguro desenlace que la primera; porque el África que nos ha invadido ahora, y que hay que expulsar, no es ya exterior, sino que reside dentro, en nosotros mismos, y en nuestras instituciones, y en nuestro ambiente y modo de ser y de vivir."

"Como Quinto Fabio en Cartago, llevamos envueltas en la toga la paz y la guerra; sólo que, al revés del intransigente y preocupado romano, hemos elegido la paz: no será culpa nuestra si no somos correspondidos, y se nos obliga á sustituir el "á vuecencia suplico" por el "fallo que debo condenar y condeno". Basta ya de relojes de repetición despertando á sordos: basta ya de solicitudes. Y basta también de programas. Veinticinco años de pedir, son ya demasiado pedir. Y la cuestión no es ya de programa, sino de acción. Nos duelen los labios de tanto haberlos hecho trabajar y las manos de haber holgado tanto."

EN UN BANQUETE

"Basta ya de ser relojes de restaurant, llamando a deglutir manjares á los ayunos de ideas; basta ya

de aniversarios. Y basta también de banquetes. Treinta y ocho años de comer es ya demasiado comer. Y la cuestión no es ya de estómago, sino de conciencia y puños. Nos duelen las mandíbulas de tanto haberlas hecho trabajar y el cerebro de no haber entrado jamás en juego."

***

"Tenemos los cambios por las nubes. Pues bien: el sol vale tanto oro en nuestro país, que sobra mucho, pero mucho, para nivelarlos. Apresurémonos á amonedar ese oro con la máquina de acuñar de los canales, de las acequias y de los pantanos. "Con agua y con sol, Dios es creador", dice un antiguo refrán que vale por todo un programa y encierra más doctrina que todo un tratado de política."

***

"El español es una "mano muerta"; la suerte de España está en "desamortizar" al español."

***

"Es el nuestro un espíritu, además de inmaturo, inmensamente desequilibrado. El hierro que nos falta en el carácter lo tenemos en el corazón, más duro que roca."

***

"España es una letrina en que no hay de puro y sano más que los suelos, que soportan todo el peso de la inmundicia."

***

"Después de haber entregado Cuba á los yanquis, estamos haciendo de España una nueva Cuba."

***

"*Maestro* viene de *magis* (más); *ministro* de *minus* (menos). La realidad se halla ahora reñida con la etimología. Urge mucho enderezar la primera en el sentido de la segunda, poniéndose el maestro á la cabeza de la sociedad, y por de pronto, al nivel del juez, del magistrado, del párroco, del catedrático, del ingeniero..."

***

"De dos modos puede aumentar el suelo de la Patria: por medio de conquistas guerreras fuera del territorio, y por medio de conquistas agrícolas en el interior. Lo primero no se consigue sin muchas lágrimas y sangre, y supone frecuentemente una injusticia en la Historia; lo segundo se logra con el ejercicio de un trabajo legítimo, y es la honra de la Humanidad, que domina con su inteligencia las fuerzas más poderosas de la Naturaleza. Lo primero es la barbarie y el despotismo; lo segundo, el Progreso y la Humanidad."

HABLANDO DE LA TUBERCULOSIS

"La clave de todo, en esto de la tuberculosis (curación lo mismo que profilaxis), estriba principal-

mente en aumentar á todo trabajador su ración de oxígeno, de pan y de descanso, al par que de luz en la habitación y en el cerebro, y sin tal base los remedios específicos resultarán á la postre fatalmente ineficaces."

SOBRE EL EJÉRCITO, EN UNA INTERVIÚ

"A pesar de todo—añadió—, acojo contento y satisfecho este movimiento de opinión, y quiero imaginarme que no está todo perdido, y que la nación puede adquirir la vitalidad y las energías de que carece, si la parte sana del Ejército—organismo en el que no escasean hombres rectos y de buena voluntad, verdaderos patriotas—pone término á la francachela del presupuesto nacional, y lo encamina al desenvolvimiento de la riqueza pública y de la cultura nacional y á lograr una recta administración de justicia."

***

"Por desgracia, los españoles no hemos poseído nunca aquella aptitud; como los hebreos del Profeta, llevamos, en vez de corazón, una piedra en el pecho. No hay nada que tanto se parezca como el español á Don Quijote en lo que éste tiene de visionario, ni nada que se le parezca menos en lo que tiene de ideal eterno y transcendente: en su ardiente pasión por la justicia. Y es difícil que lleguen corazones al Poder, no produciéndolos el país. En este dilatado *iceberg* moral que llamamos Espa-

ña, la política tenía que ser fatalmente "hemacrima". De ahí, en gran parte, nuestra caída."

COSTA Y LA CULTURA

Una de las grandes aspiraciones del insigne patricio fué la de elevar la cultura media de la nación española. Su programa estaba sintetizado en dos palabras: escuela y despensa. Quería dar pan para el cuerpo y pan para el espíritu. Su deseo mayor estaba en conseguir que los españoles dejaran de acostarse la mitad de las noches sin cenar y en que se repartiera la ciencia por el pueblo, elevando la cultura media de todas las clases sociales.

En su *Crisis política de España* encontramos estos párrafos, llenos de vida, y en los cuales se encierra una clara visión del remedio que nuestra incultura necesita con urgencia vital:

"Imaginad ahora—dice—que el Estado funda un colegio como ése—se refiere á los colegios universitarios de tradición salmantina—en Berlín, y otro en París, y otro en Oxford, y otro en Harvard ó New York, como los tenemos en Roma y en Bolonia; que los confía á la dirección de pedagogos serios y bien orientados; que se manda á ellos una docena de docenas de becarios todos los años, y que cada década expiden de vuelta á España diez grandes químicos, y cien pedagogos sobresalientes, y seis hacendistas, once industriales, cincuenta agrónomos, cuatro epigrafistas y filólogos, seis historiadores, quince físicos y mecánicos, veintisiete ingenieros, arquitectos, matemáticos, artilleros y construc-

tores navales, diez y ocho histólogos, médicos y naturalistas, treinta y seis jurisconsultos, filósofos, teólogos y economistas – para las universidades, para los seminarios, para las escuelas normales y especiales, para la gobernación, para la diócesis, para el Parlamento, para las explotaciones agrícolas, para las minas, para las fundiciones, para las manufacturas, para los ferrocarriles, para las maestranzas, para el libro y el periódico, para la administración pública, para el ejército –, que inventan, que agitan, que propagan, que organizan empresas, que atraen capitales á la luz, que jubilan todo lo rezagado, que ponen en fermentación la masa, infundiéndole un espíritu nuevo, que transforman los servicios públicos, que disputan sus puestos á esos dos mil extranjeros que monopolizan ahora los sueldos más pingües del país y le dan aspecto de colonia... Imaginad que esto se hace, y España habrá revivido, se habrá reintegrado á Europa, sin haber dejado de ser España, y antes bien, siendo más España de lo que ahora es, y más sobre todo de lo que será sin eso dentro de diez, dentro de veinte años."

*
* *

Y ahora, para terminar, reproducimos algunas frases suyas anotadas en la lectura de sus Memorias:

20 Febrero 67.

"¡Cuán triste debe ser la suerte del solterón!"

*
* *

En París:

"Pero, ¡qué triste es estar solo! ¡Triste, triste es la vida en la soledad!"

*
* *

Soltero murió Costa. ¿Se acordaría en el momento grandioso de aquella Pilar desconocida cuyo nombre hemos visto citado en sus Memorias de manera tan delicada y tan poética?

Capítulo XLII.

Epistolario.

Cartas á «El Popular» y á Cejador.

El *Popular* de Málaga recibió en 1903, para el día de su aparición, una carta de Costa, que reproducimos por las ideas levantadas que contiene:

"Sr. D. Pedro Gómez Chaix.

Muy querido amigo: No puedo menos de aprobar su proyecto de hoja diaria republicana y alentarle en la realización de él. Todo lo que sea sacudir la opinión, ahora que ha empezado á despertar á la accion, merecerá el más fervoroso de los aplausos, y el concurso de todos los buenos. Ojalá sea usted imitado en todas partes, hasta contar nuestra comunión con tres centenares siquiera de periódicos en la Península.

Nos hallamos en momentos por todo extremo críticos. Hay que salvar la bandera, hay que rehacer la nación: pide esto una revolución rapidísima

desde el Poder; y la revolución desde el Poder está acabando de convertirse en una nueva retórica, como aquella malaventurada sobre asimilación y autonomía que divirtió los últimos años de nuestra dominación en las Antillas. Los Sres. Silvela y Maura, que han vivido, políticamente, cuatro años de prometer esa revolución, acaban de declarar en el Parlamento que no pueden hacer lo que el país había entendido que tal concepto significaba: esos que en la oposición se nos anunciaron como grandes arquitectos, se han reducido á sí mismos en el Poder á menos que peones de albañil. Yo creo que la revolución rápida desde el Gobierno, tal como el país la entendió, puede positivamente llevarse á cabo; en cuatro años la han hecho los norteamericanos en Cuba. Pero creo también que los señores Silvela y Maura tienen razón; que no son ellos los llamados á ser el Leonardo Wood de la Península: lo teníamos descontado. Esa obra pide una revolución previa de la calle, que no puede esperarse más que de los republicanos. Por esto, la causa de la República no es la causa de una mera forma política: es, juntamente con eso, la causa del país, del país neutro.

Afirmaron con repetición aquellos dos políticos que á España le falta todo, absolutamente todo, para ser propiamente una nación; que no posee sino apariencia de instituciones; y ahora, este mismo mes en el Senado, ya dicen que aquello de "revolución" fué un yerro levísimo de léxico, cuestión de una *r* de más; que no hay que hacer nada, que la curación del organismo nacional ha de ser obra de la Naturaleza; la conjunción conservadora, ya

volante, y la conjunción liberal, en canutillo, por el solo hecho de existir dejan á los republicanos sin programa, y, por tanto, sin razón de ser. Así, *tout court;* ¡sin programa! Aunque todo está por hacer; aunque España es una nación inconstituída y los conservadores y los liberales no saben, ó no pueden, ó no quieren constituirla de otro modo que por apariencias á lo Potemkin. Porque ya es sabido que el progama del país, su anhelo, su ideal, consiste en eso y nada más que en eso; que el país no quiere más ni más necesita para reconciliarse con la vida y restituirse á la corriente de la Historia, que un par de conjunciones ó concentraciones oligárquicas como aquellas de 1875 y 1881, y un mozo imberbe al frente de ambas, para presidir como entonces la *vis medicatrix* de la Naturaleza, que nos llevó... á Santiago de Cuba y al tratado hispano-yanqui de París.

Los mismos Sres. Silvela y Maura han confesado en sus horas de sinceridad que el país los execra; que entre él y los hombres y partidos del régimen existe un verdadero abismo; á cuya manifestación acaba de adherirse por su parte el Sr. Montero Ríos en el Senado. Mas luego, con el mismo desahogo que si fuese y hubiesen ellos dicho lo contrario, invocan el testimonio de las elecciones últimas, que es decir una de aquellas ficciones denunciadas como tales por ellos mismos, en concepto de prueba para acreditar que sólo á ellos quiere verdaderamente el país y que el partido republicano es una antigualla fuera de toda realidad.

Sírvanle á *El Popular* estas burlas como espuela para incitar al país á que acabe de volver en su

acuerdo y requiera por fin la escoba y barra esta banda macabra de momias escapadas del panteón de las historias muertas, que acampa en la Península y le comunica su inmovilidad, su polilla y su rigidez, que con cómica gravedad reclama á los vivos los títulos que tienen para vivir y amenaza con encerrar en los anaqueles desalojados del Museo Arqueológico lo que hay ya de progresivo y siglo xx en las ciudades, y ha llenado de sufragios verdad sus colegios electorales, votando el fin de la dinastía y la jubilación de los dinásticos y palatinos que le sacrificaron criminalmente el país.

Los periódicos de Madrid llegados hoy á este pueblo refieren, en su información telegráfica de Cartagena, que al tiempo que el Rey llegaba al puerto para embarcarse en el *Giralda*, escoltado por lucidísimo séquito, resplandeciente de bordados, agremanes, cruces, bandas, galones, plumas y cascos, uniformes y dalmáticas, mazas y espadines, se advirtió el contraste amarguísimo que formaba un grupo de labriegos emigrantes que estaban aguardando, con su mísero hatillo, tristes y silenciosos, en las escalerillas del muelle, la salida del barco que había de trasladarles á Orán.

Los periódicos ponen por epígrafe á la noticia: "Contraste horrible." ¡Y tan horrible! Por raro acaso habíase juntado allí la más genuina representación de lo que Benjamín Disraeli denomina "las dos naciones", tan extrañas la una á la otra como si habitaran planetas diferentes; la España parasitaria que debiera emigrar y se queda, y la España verdad, que debiera quedarse y emigra. Á un lado, los que usurpan y contrahacen la soberanía, vol-

viéndola en su exclusivo provecho; á otro, los verdaderos soberanos, que se la dejan escamotear por no saber hacer aún de cada hoz un cetro. Allá los gallardetes mentirosos que flamean al viento, decorando una fiesta de percalina: aquí el cimiento inconmovible sobre que habría podido edificarse una España grande. ¡Y se habían quedado sin programa los republicanos!

Sin tiempo ni salud para más, ahí tiene usted la última impresión con que contesto su grata, haciendo votos por la mayor eficacia de su periódico y repitiéndome muy suyo cordial y consecuente amigo,

Joaquín Costa.

La Solana 25 de Junio de 1903.»

De este modo, nuestro diario tenía contraídos vínculos de imborrable gratitud con el ilustre español, cuyos sabios consejos nos sirvieron de norma y orientación en más de una campaña, y en Agosto del año 1903 fué denunciado el número en que reprodujimos su memorable artículo "La tercera".

Al insigne filólogo D. Julio Cejador escribió Costa las siguientes cartas, en las cuales no faltan ideas interesantes:

"Sr. D. Julio Cejador.

Mi ilustre amigo: He aquí tercer día que me levanto un rato después de tres semanas de cama, con una más de mis ponzoñosas gripes anuales. Debiera haber dispuesto que enviaran á usted una tarjeta provisional para cumplir debidamente con persona de tanto respeto, tan respetada y admirada aquí; pero, ¿cómo prever que iba ésto á durar tanto, y de dónde sacar cabeza en los comienzos de una afección que me la absorbe toda?

Tal es la razón que me ha impedido expresar á usted con mayor oportunidad mi gratitud por su opulento presente y mi felicitación por haber llevado á remate este nuevo volumen de su obra fundamental, que tan inmensa suma de sacrificios representa. España debía recibirla con palmas; pero... *¡no hay España!*

Antes de confinarme en la cama, había leído todo el prólogo y algunos artículos del cuerpo de la obra, admirando la copia de erudición y de filosofía que ha derrochado usted en todas sus páginas. La Exposición Hispano-francesa de Zaragoza debió buscar á usted, Cajal, Codera, Mallada, Salillas, Lázaro, Pradilla, Ripollés, etc., para darse una cabeza y autorizarse; pero la ramplonería de los organizadores les disuadió de contar con ustedes, como con sus ilustres antecesores europeos de la región, con quienes se empalmaban, los Luna y Fernando, Agustín, Zurita, Servet, Argensola, Gracián, Azara, Pignatelli, Aranda, Carderera... Fuera de Goya, la Exposición quedó acéfala...

He leído su épica dedicatoria, valor entendido, reconocidísimo.

Con la expresión renovada de mi obligación y de mi simpatía, me suscribo muy suyo afectísimo, cordial amigo y admirador,

Joaquín Costa.

Graus 20 de Diciembre de 1908.»

"Sr. D. Julio Cejador.

Muy querido amigo mío: Agradezco á usted de corazón el nuevo tomo (VII-L) de su magna obra, con que se ha dignado obsequiarme, siquiera con la pena por parte mía de quien quisiera, á ley de agradecido, corresponder en la medida de la voluntad y no puedo. Ni siquiera con la nota bibliográfica que debo á la transcendental obra. He ido decayendo rápidamente y perdiendo toda potencia de trabajo. Veremos si la lectura intensa á que su amable envío me provoca, me provee de otro poco de lastre.

Ahora, ¿qué decir de su dedicatoria, tan pomposa y bien humorada, en que, excediéndose á sí mismo, por ansia de consolarme, me saca á la cara los colores de la vergüenza? No somos nadie, querido Cejador. Lo de "homenaje de admiración y cariño" sí que lo puedo hacer y lo hago mío. ¡Milagro!

Estoy tan *capitis diminuido*, que ya no me ocurre nada ni puedo apenas escribir. ¡Cómo les envidio á ustedes, á los fuertes! Sólo el aislamiento,

sólo la soledad me hace todavía un poco soportable la situación. Necesitaría disponer de aquella entereza de alma que la bondad de usted ha querido atribuirme.

Siempre á su devoción, admirador de su labor y haciendo votos por su salud,

Joaquín Costa.

Graus 22 de Julio de 1910.«

Capítulo XLIII.

La España de Costa.

Locos, burros y cobardes.

Pocos días después de suspendidas con el protocolo de Washington las hostilidades, en aquel Agosto crítico del 98, hace quince meses, un periódico de fama universal, el *New York Herald*, nos decía en su número del día 22 que, "de cuantas desgracias amenazaban á España, la más grave era la de seguir gobernada por sus actuales políticos". Ha pasado cerca de año y medio, y ni los conservadores ni los liberales han hecho cosa alguna para desmentir aquel fallo condenatorio, ni nosotros hemos regido nuestra conducta por aquel prudente juicio. Y cuenta, señores, que en esto nos va, ¡si es que ya no nos ha ido!, la vida ó la muerte. Si no tuviéramos donde elegir, ¡qué remedio!, haríamos de la necesidad virtud; pero habiendo otros, nuestro aguante, nuestra pasividad son inconcebibles. Para hacer eso que estamos haciendo, para mantener en el Poder á los que tuvieron ojos y no vieron,

y haciendo de lazarillos del país lo estrellaron una vez y lo despeñaron por el precipicio otras; para seguir otorgando nuestra confianza al administrador que maltrató el patrimonio nacional y nos llevó á la miseria y al descrédito, y rechazando, por el contrario, el concurso del que demostró voluntad y fué celoso y previsor, y nos enseñó el abismo adonde nos llevaban los gobernantes y el camino por donde prevendríamos la bancarrota y la deshonra; para hacer eso que el más pródigo dilapidador no haría en sus negocios privados, es preciso ser dos cosas: una de ellas por sí sola no basta; se necesita ser un "loco", pero se necesita además ser un "burro": un burro que no esté loco no lo hace, y un loco que no sea burro, tampoco. ¡Ah! Y se necesita ser una tercera cosa, menos fácil de decir, porque hiere más á la vetusta fanfarronería nacional que las otras dos.

Repasaba yo ayer una carpeta de recortes de la guerra, cuando súbitamente un artículo de *El Imparcial* vino á descorrer ante mis ojos un cuadro sombrío de niños. Recordarán ustedes que durante la campaña de Cuba principiaron á llover en la Redacción de aquel periódico cuotas ó donativos para los soldados postrados en el hospital, tan modestas como de veinticinco céntimos, de quince céntimos, de diez céntimos; era dinero mandado por los niños de las escuelas. Cuando el periódico hizo un primer recuento de ellos, materia del artículo en cuestión, sumaban unos veintiséis mil, procedentes de quinientas y pico de escuelas, de hijos del pueblo. Fijaos, señores, en lo que esto significa. Esos niños que se veían turbados en la escuela por las triste-

zas del maestro, en la casa por el llanto de la abuela, y que sin comprender aún cosa alguna de la vida pública, tomaban parte inconsciente en ella con los céntimos arrancados á la indigencia materna para socorrer á sus hermanos mayores, robados al arado, envenenados por los miasmas de las ciénagas cubanas... y por los miasmas de la administración española, tendrán derecho á preguntarnos mañana por la Patria, y cuando les contestemos, avergonzados: "¡Hijos míos, no tenemos Patria! Mirad ahí arriba, en el Pretorio, á los que la envilecieron y disiparon"; nos pedirán cuentas á nosotros, y al hacerse cargo de nuestra mansedumbre, cuando sepan que hemos soportado todo eso durante treinta años, tendrán derecho á mirarnos de alto á bajo con un gesto de desprecio, escupiéndonos al rostro este dictado infamante: ¡Cobardes!

Ahí tenéis ya completo cuanto hace falta que seamos para que los políticos de la *débâcle* sigan en el Poder: "Locos, burros y cobardes."

Es fuerza, señores, decidirse: hay que hacer política, y política masculina, es preciso que dejemos de parecer una nación de mujeres, que no saben más que llorar y quejarse; que le piden el hijo y lo da, que le roban el voto y lo aguanta, que le quitan la finca y se deja, que le ponen sobre los lomos la inmensa carga de parásitos, y la lleva mansamente como caballo de simón; que le dan una administración africana á precio de europea, y la toma; que le mandan los propios que le privaron de Patria, y obedece. ¡Arriba, comerciantes! ¡Arriba, industriales y labradores! ¡Arriba, los médicos, los pedagogos, los ingenieros, los publicistas! ¡Arriba, los me-

nestrales, los operarios de las fábricas, los braceros del campo! Caldead los ánimos y enardeced la sangre, contemplando lo que han hecho de nosotros y de lo nuestro esos señores. Recibieron todos los ingredientes necesarios para hacer de España una gran nación, y han preferido ser los sepultureros de la Patria. No quisieron fatigarse en transformar el ambiente español y hacerlo europeo, y se limitaron á la descansada tarea de sobredorar la barbarie, para que al primer rozamiento el barniz se desprendiese y nos encontrásemos sorprendidos y avergonzados. Toda su labor de treinta años ha consistido en coger la inmensa mole de Cuba y de Luzón, levantarla en alto y dejarla caer pesadamente sobre la Metrópoli, aplastándola. Y ¡todavía pretenden seguir gobernando sobre las ruinas! ¡Que nos devuelvan antes las mil islas, los tres mil millones, el honor limpio y la bandera inmaculada, que devuelvan al pueblo sus cien mil hijos asesinados en Ultramar!...

Porque para vivir como vivimos, es preferible no vivir. Nos hemos abrazado á las columnas del templo y nos salvaremos con él, ó perecerá él con nosotros.

Hemos preferido y seguimos prefiriendo los procedimientos conservadores; no queremos chocar violentamente con los intereses creados, pero si se empeñan, saltaremos por encima de ellos; si es fatal que nos hayamos de constituir en convención, nos constituiremos en convención... Y si eso no basta... si eso no basta... ya les diré á ustedes, entonces, lo que hay que hacer.

. . . . . .

Basta ya de ser relojes de repetición despertando á sordos; basta ya de solicitudes. Y basta también de programas. Veinticinco años de pedir, son ya demasiado pedir. Y la cuestión no es ya de programa, sino de acción. Nos duelen los labios de tanto haberlos hecho trabajar y las manos de haber holgado tanto.

.....

"La desgracia de España—decía el *Times* el día 28 de Diciembre—está en que las masas son superiores en carácter y en fuerza á sus *leaders*, así militares como políticos; las revoluciones y calamidades de la anterior generación, desde la huída de la reina Isabel, no han producido un solo hombre de primera fila." Bueno ó malo, á esto se debe quizás que la iniciativa haya partido de abajo. Que la historia de España tome nuevos rumbos, sustituyendo la actual orientación de África por la de Europa, y si no saben ó no quieren hacerlo, que la historia de España cese; todo, todo menos seguir como hasta aquí, sacrificando en aras de un nombre vacío todo lo demás.

....

... la justicia, más temida de las gentes honradas, que los malhechores mismos; igual falta de aptitudes y de preparación en los estadistas; los mismos ministros, Hipócrates de yeso, sordos á los clamores del país dolorido, sin un solo remedio de tantos como pueden llevarse á la *Gaceta* sin requerir concursos de dinero; los mismos ciegos cambios de postura, sucediendo los liberales á los conservadores y los conservadores á los liberales, sin más razón que la de haber ido fracasando unos tras otros y haber

vuelto á fracasar; la misma grosera farsa en las elecciones y la misma declarada impotencia del Poder legislativo para legislar; el mismo pretorianismo empoyando pronunciamientos dominicanos en los cuarteles; buques imaginarios devorando millones de reales, con la criminal complicidad del Parlamento, mientras en tal ó cual provincia se paga media peseta á una nodriza para lactar tres y más recién nacidos, que van muriendo de hambre uno ó dos por día, y se tiene descalzos, vestidos de harapos y hambrientos, á los asilados de la Beneficencia; las clases medias aplaudiendo enternecidas á la reina, dero sin ceder un solo millón de su lista civil; abarrotando con sus enjambres de parásitos los Ministerios, las Diputaciones, el Ejército, los buques, las Universidades, las Legaciones, los Cabildos, los arsenales, el Notariado, la Justicia, los Consejos, y negando á la nación "soberana" el derecho de rescatar sus rentas, prodigadas en mercedes más que en riquezas, y de reducir sus gastos, sus servicios y sus servidores en la proporción en que se han reducido su territorio, su población, sus recursos, el tamaño y las responsabilidades de su bandera; el mismo secuestro de la libertad y del Derecho en lugares, distritos y provincias por la chusma de enemigos públicos, vividores sin honor, echados á señores feudales, carne madura para un 93; la misma Europa, mirándonos con humillantes lástimas, como á una pequeña China occidental incapaz ya de redención, y esperando tranquila, como quien está cierta del resultado, la primera ocasión, que no hemos de tardar nosotros en darla, para reanudar la obra empezada en el tratado hispano-yanqui de París...

Dos caminos se brindan al país en trances tan desesperados como éstos: uno, la REVOLUCIÓN, dogma de Derecho público en el pensamiento colectivo español; otro, como recurso intermedio entre la pasividad y la revolución, consiste en NO ACEPTAR ni, por consiguiente, cumplir "las leyes" emanadas del Poder público, entre ellas las tributarias.

(Artículo hecho con fragmentos de las obras del ilustre polígrafo.)

Capítulo XLIV.

Cabos sueltos.

Algunos detalles que no encajan bien en otros capítulos.

Ya casi terminada esta obra, hallamos algunas notas y recortes periodísticos de verdadero nterés, que publicamos, dada su importancia.

DE UN PERIÓDICO

"El glorioso patricio hace una vida sencillísima. Como todo el mundo sabe, es pobre; pero vive tan conforme con la estrechez, que jamás admitió ayudas, ni aun de la propia familia. Sus ingresos se reducen á unos treinta duros mensuales que le pagan los periódicos en que colabora y á las cantidades que de tarde en tarde le pagan por sus libros. Hace poco recibió 2.000 pesetas, producto de una obra

que vendió al librero de Madrid D. Victoriano Suárez."

***

UN RASGO DE COSTA

"Costa, notario de Madrid, cierra su despacho, que podía producir un capital, y se dirige al domicilio de Alfredo Calderón, su amigo entrañable.

—Vengo—le dice—á consultarte un asunto importante. Quiero que me asesores. ¿Te parece—añade—que yo con cinco ó seis reales diarios podré vivir en Graus?

Alfredo Calderón coge una pluma y sobre unas cuartillas escribe cifras.

—Con menos de siete reales, imposible—dice, después de sacar la cuenta.

—Es que yo—replica Costa—puedo ganar hasta dos pesetas diarias; porque como abogado,en Graus despacharé algunos asuntillos.

—Con dos pesetas diarias ya es distinto. Poco es, pero se puede vivir.

—Pues me voy á Graus."

La escena es histórica. Se la oímos referir muchas veces á D. Alfredo, que en cuestiones de economia doméstica era una "autoridad para Costa".

Se comprende que el honrado Costa, el hombre insigne que se arregla para vivir con dos pesetas diarias, haya dicho:

"No hay nadie más enemigo de la República que esos llamados republicanos con brillantes y automóvil adquiridos por la causa."

Es verdad. Costa, á fuer de hombre honrado, no necesitó decir nunca, para justificar su fortuna, que "los partidos no deben preocuparse del honor individual, sino del colectivo".

*
* *

CÓMO VIVÍA COSTA EN GRAUS

(De un cronista.)

Era la pesadilla del último de los periodistas ver en su vida ordinaria al insigne D. Joaquín Costa, de gloria mundial, por su talento y esclarecida inteligencia que, abstraído del mundo material, vive actualmente en su retiro de Graus, entre las cuatro paredes del cuarto de una casa de campo, aislado del mundanal ruido, con el cariño tan sólo de dos hermanas y de un reducido número de amigos íntimos.

Halagaba al repórter un viajecito á la villa montañesa, donde vivir muy junto, respirando el aire puro de aquellos lugares y recibir la impresión de *visu*, á ser posible, de cuanto hace Costa, y de cómo vive Costa; era su ilusión, ya que ser recibido y favorecido con una declaración, juzgábalo imposible de todo punto, pues el patricio D. Joaquín Costa odia las *interviews*.

Y cuando menos esperaba el periodista, y más lejos su ánimo se encontraba de realizar aquel acariciado proyecto, en medio de un barullo de gentes, de una animación y concurrencia extraordinaria de

fiestas y toros, cuando acaba de llegar un tren abarrotado de forasteros á una fonda, nos damos de manos á boca en el patio de la hospedería, con el tribuno D. Joaquín Costa, sentado en un sillón, rodeado de amigos íntimos, quienes con él conversaban, en tanto dirigía su mirada penetrante, mezcla de asombro y desprecio, al ir y venir del gentío que bulle, grita y se mueve ante su vista.

Tal es la disposición de ánimo del ilustre huésped, que como un forastero curioso detuviérase admirado de hallarse ante la gloria nacional, molestado, alargó su mano con una moneda, é interrogóle enérgicamente: "¿Cuánto se paga por mirarme?"

Más tarde lo vemos solo completamente en una mesa del café del establecimiento, ante el almuerzo que se le había servido.

El periodista no le vió llevarse á la boca ni un trozo de pan, ni una cucharada de condumio.

Altivo, arrogante, majestuoso, calado el sombrero, la mirada penetrante, la barba sembrada de abundantes hilillos de plata, observa el movimiento del café, el ir y venir de la gente, en perpetua observación. Sus ojos miran con insistencia y su rostro hállase inconmovible.

D. Joaquín Costa es uno de tantos, para la mayoría de los que ante su vista pasan y vuelven á pasar. El periodista, con aire de disimulo é ignorancia de lo que á su alrededor pasa, no quita ojo al gran sabio.

Luego llegan amigos y la conversación entablada cambia el cuadro.

Juzgada nuestra insignificancia é ineficaces auxilios y procedimientos para acercarnos al super-

hombre, dedicamos nuestra labor á inquirir datos y detalles sobre el estado del Sr. Costa y motivo del abandono de su retiro de Graus.

D. Joaquín Costa padece una atrofia muscular, que le impide todo movimiento.

Su vida fisiológica, por abandono de sí mismo, es una ruina; el cuerpo es una máquina que apenas funciona y sus movimientos son de imposible realización sin auxilio de sus amigos y servidores. Es un hombre que no come, no duerme, no vive, en una palabra, en este mundo de engaños y mentira; no tiene noción del tiempo, y el reloj para él es un aparato inservible; su régimen es anormal. El desayuno lo toma igual á las siete de la tarde que á las diez de la noche; se acuesta á las cuatro de la madrugada, como pudiera hacerlo á igual hora de la tarde; cuando se le antoja y quiere, pide que lo levanten del lecho, para colocarlo en la mesa de estudio.

No comería si no hubiera de vez en cuando quien le diera en trocitos la chuleta de ternera ó las viandas de su almuerzo, ó colocara el vaso en sus labios. Su vestir se supedita al gusto del criado.

El médico lucha con el cuidado que requiere la desgastada naturaleza del cuerpo del ilustre hombre, siempre que permite éste se le atienda, que no son la mayoría de las veces.

La comida se le coloca ante su vista sobre la mesa inmediata, y las horas pasan y pasan permaneciendo intacta y más tarde inservible.

Pretendió abandonar á Graus, por perjudicarle el clima de altura, para vivir en Barbastro, y á las veinticuatro horas determinó su regreso al antiguo

retiro, contra consejos y cariños. Determinación de Costa es irrebatible, y por esta causa le vimos á nuestro deseo montar en un tartanucho con caballo, que mucho había de envidiar al rocinante de Cervantes, auxiliado de amigos y criados, que luchaban por aposentar al viajero en el vehículo.

Cuatro amigos le estrecharon la mano, y el carruaje partió al paso del caballejo hacia Graus, en pleno medio día.

¡Ocho horas de camino!

Pero si la naturaleza de Costa—según se nos dice—se agota, la potencialidad intelectual continúa en su labor, vertida en el silencio del tiempo sobre las cuartillas de una obra monumental y grandiosa, que seguramente será el asombro de las generaciones venideras.

Costa es un anacoreta de la Ciencia, rebelde á la sociedad actual, sin trabas que le impidan sus deseos y caprichos.

Saludemos al hombre predilecto de la Naturaleza, que le prodigó los dones más preclaros de inteligencia y sabiduría, y dirijamos una mirada fervorosa hacia su retiro de Graus, donde en reducido espacio reina el barómetro político, intelectual y de progreso de todo el mundo.

Amando Pellicer.

*
* *

AUTOBIOGRAFÍA DE COSTA

Al director de una revista inglesa, que hizo un viaje á España cuando se produjo aquí el movi-

miento de la Unión Nacional, y que pidió á Costa, iniciador y alma de aquel importante suceso, que le diera su autobiografía, le respondió al punto con estas hermosas palabras: "Agradezco el honor; pero no lo merezco. Hablar de mí sería profanarme, y me estimo en poco para el galardón y en mucho para el propio menosprecio. Soy español dos veces, porque soy aragonés. Trabajo por la reconquista. Me ocupo de asuntos interiores, los de mi pueblo, y mientras no consiga que éste mejore de condición, lo que he realizado no pasará de la categoría de un buen propósito. Así, pues, mi biografía no importa á nadie, ni á mí mismo." Y como el periodista insistiera en su empeño, después de algunas frases ingeniosas cambiadas entre ambos, le replicó: "Para corresponder á su benevolencia le diré que nací en un pueblo de España en que el dolor común de los españoles lacera el alma como pena familiar. Empecé á vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué á la madurez mental en días en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi patria, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento trinos de ira. Este es el resumen de mi historia. Ya ve usted que tiene muy poco de importante."

*
* *

COSTA, ÍNTIMO (IMPRESIONES DEL SEÑOR AGUIRRE METACA)

"Conocí personalmente á Costa en la primavera de 1905, aquí, en Madrid, adonde vino él en busca de materiales para sus obras, que redactaba al pie de los Pirineos, en su casa de Graus. Hacía más de un año que sosteníamos correspondencia frecuente, motivada por la publicación de un periodiquillo radical y anticaciquista que por entonces redactábamos en Huesca, y que desde su primer número conquistó las simpatías del gran polígrafo.

Mi hermano me anunció la llegada de Costa á Madrid y su deseo expreso de hablar conmigo. Muy cerca de donde escribo estas líneas le vi por primera vez en la biblioteca del Ateneo. Me acerqué, le di mi nombre; minutos después estábamos los dos sentados en la tribuna del salón de conferencias, desierto en aquel instante.

A las tres de la tarde comenzó la entrevista; á las nueve y media de la noche me despedía de él, un tanto aturdido. Seis horas de conversación, mejor dicho, de monólogo; hablando él de política republicana, de las Universidades yanquis, del caciquismo alto-aragonés, y escuchando yo encantado y asombrado de la amena intensidad de su *causerie*, manantial inagotable y cristalino de ideas originalísimas, expuestas de manera magistral.

Aquella tarde comenzó una amistad que sólo la muerte ha podido cortar. No hace mucho, próximamente un año, que recibí su última carta en la República Argentina. Por cierto que llegó á mis manos

de un modo original, que merece me detenga á referir el caso.

Le escribí yo desde una estancia de la provincia de Santa Fe, donde me encontraba, saludándole y poniéndome á sus órdenes; no le adjunté mis señas, por olvido. Me contestó, encerrando una carta llena de pesimismo en un sobre con mi nombre y apellidos, y por toda indicación de señas "República Argentina".

Debajo, unas líneas, con aquella su letra menuda y clara: "Ruego á la Administración de Correos de Buenos Aires haga llegar esta carta á su destino, orientándose con el sello argentino pegado al margen." Efectivamente: junto al timbre de franqueo español, aparecía el argentino, que llegó con mi carta, en cuyo matasellos se leía claramente el nombre de la estación del ferrocarril más inmediata á la estancia.

Sufría Costa ataques fulminantes de malhumor, motivados á veces por ínfimas causas, y cuyo primer origen habrá que atribuirlo á su estado físico, verdadera tortura para un hombre tan inquieto y tan impulsivo.

Me invitó cierta noche á cenar con él en la casa de pensión donde se hospedaba en la época en que me refería al principio de estas líneas. Nos sentamos á la mesa, una pequeña mesa de pino, que ocupaba buena parte de un reducido gabinete, que con la inmediata alcoba eran todos sus aposentos. Nos sirvieron sopa, verduras y huevos. Me serví huevos y sopa, pero no probé la verdura, sencillamente

porque no me gusta; á propósito de ello discurrió amenamente sobre las cualidades alimenticias de las legumbres y me atribuyó la condición de carnívoro, que justifica mi natural corpulencia. Después de comer un cocido bien aliñado, pusieron sobre la mesa un plato de pescado, que tampoco probé, porque no tenía apetito, y además no me agrada.

Nunca lo hubiera hecho ni dicho. En amargo tono, un tanto destemplado, se lamentó de que sus medios no le permitiesen obsequiar á los amigos que sentaba á su mesa con un festín heliogabalesco en lugar de someterle á un forzoso ayuno. En vano le hice presente que yo era hombre frugal, nada aficionado á los placeres de la mesa, no obstante de mis cien kilos de peso; en vano intenté convencerle de que había cenado muy bien, con mayor apetito que cotidianamente; hasta quise comer la maldita merluza, causa del pequeño disgusto. Por si esto fuera poco, azorado, avergonzado, me moví tan nerviosamente en la silla, que derribé una garrafa de agua que había encima de un velador, arrimado á la pared.

Nueva explosión, nuevas imprecaciones, doliéndose de que las dimensiones de su estancia no permitiesen á sus amigos moverse con entera libertad dentro de ella.

Mi atolondramiento llegó á su máximo límite, me despedí precipitadamente, y contra mi voluntad y mis deseos, con toda cortesía, con el afecto en él peculiar, me acompañó hasta la puerta, recorriendo los pasillos con su paso vacilante y trabajoso, que tantas veces me hizo avergonzarme de mi fortaleza física.

Cené con él otro día. No nos sirvieron ni pescados ni verduras.

Cuando fué á Zaragoza en 1906 á clausurar la Asamblea Municipalista, con sus dos monumentales discursos, los mejores que yo he escuchado en mi vida, nos hizo pasar á sus allegados y amigos muy malos ratos. Las rarezas de aquel coloso nos tenían preocupados con el constante temor de enojarle involuntariamente.

Recuerdo con gran abundancia de detalles lo ocurrido el día en que, desde el balcón del hotel, arengó á la muchedumbre, invitándola ardorosamente a hacer un escarmiento en la persona del cacique y ex ministro Castellano, cuyo órgano periodístico, *El Diario de Zaragoza*, había publicado un suelto injurioso para Costa, sin conocimiento, por cierto, de su director ni de su propietario.

El inmenso gentío que escuchaba en la calle las cálidas frases revolucionarias del gran tribuno aquella fría tarde de Febrero, parecía dispuesto á interpretar violentamente, con hechos, lo que no era sino justificado desahogo de un hombre ofendido gravemente. A mí y á todos los que conservábamos la serenidad en aquellos instantes nos tenía sin cuidado que la casa de Castellano ardiera por los cuatro costados; pero sabíamos que la autoridad estaba alerta y que cualquier tumulto sería brutalmente, sangrientamente, reprimido por la fuerza pública.

Nos creímos obligados á evitar una catástrofe, y usando de nuestra influencia, cuantos la teníamos

en menor ó mayor grado sobre las masas, las convencimos de la temeraria inutilidad de cualquier ataque que se intentara contra la casa de Castellano. Tras de muchas vacilaciones y altercados conseguimos que los grupos se disolvieran pacíficamente.

Horas después nos vió Costa desde las vidrieras de su balcón, y nos llamó á su lado. Le encontramos víctima del aplanamiento, agotado por el esfuerzo hecho, por la emoción que le había producido la calumnia intempestiva. Estaban con él, cuando entramos en la habitación, Montestruc, mi hermano y yo, su sobrino Martínez Baselga y creo que también su íntimo amigo Rosell, farmacéutico de Graus.

Nos saludó irónicamente llamándonos *capadores de pueblos*, porque nos había visto maniobrar en la calle, conteniendo los impulsos belicosos de la muchedumbre. A mi hermano, á quien quiso siempre mucho, muy enfermo entonces, le dijo, viéndole pálido, despeinado, con la capa pegada al delgado cuerpo: "Ángel, parece usted una gallina mojada y sin cola."

Me molestaron los cargos que nos hacía, por considerarlos injustos, y le hice presente que impidiendo que el pueblo realizase alguna acción violenta, habíamos cumplido con nuestro deber, y que no nos arrepentíamos de haber procedido de ese modo. Que sabíamos que la Guardia Civil y las tropas estaban dispuestas á salir á la calle á reducirnos á balazos, cumpliendo órdenes recibidas. "¿Y eso les asusta á ustedes, terribles revolucionarios?", me replicó irónicamente. "A nosotros, D. Joaquín, no nos asusta nada. Bien sabe usted que en cualquier momento hemos sabido cumplir con nuestro deber.

Y me extraña que se exprese de ese modo, rectificando lo dicho días antes por usted mismo, sosteniendo que los motines eran perjudiciales y que la revolución no se podía improvisar, porque es la resultante de un conjunto coordinado de esfuerzos. Si esta tarde la sangre hubiera corrido, usted hubiera sido el primero en lamentarse hondamente."

Los argumentos le hicieron mella: no insistió en sus ironías. Sólo dijo: "Los fusiles de la fuerza pública estaban cargados esta tarde con corchos". "Con h...", repliqué yo vivamente. En aquel instante sufrió un desvanecimiento, que nos alarmó no poco. Y recuerdo que con voz muy baja, en aquel momento de inconsciencia, sus labios pronunciaron repetidamente el nombre de uno que fué su amigo y á quien profesaba ya entonces una intensísima antipatía.

Era hombre de un gran valor personal, de un admirable espíritu de sacrificio. Repetidas veces me afirmó que en el momento en que el partido republicano hiciera el supremo esfuerzo, él, Joaquín Costa, acudiría al sitio de peligro á cumplir su deber como cualquier otro revolucionario de fila. Como sus piernas no le habrían de permitir ponerse á la cabeza de los grupos armados, llegado el día, iría á Zaragoza, y con un fusil en la mano, haría fuego desde un balcón, para que el pueblo de la capital aragonesa viese que estaba á su lado en cuerpo y alma. Y no eran palabras vanas; testimonios quedan de que ese propósito se hubiera realizado plenamente, llegado el caso.

Porque Costa, que tenía un corazón de niño, no padecía aquellos escrúpulos filosóficos que tan desastrosos efectos produjeron en el año 1873. Comprendía la revolución, no como un pacífico y hermoso acto de fraternidad del pueblo y el ejército, unidos un bello día para instaurar la República á compás de músicas y aclamaciones unánimes: esos son sueños de kantianos. Sabía que habría lucha, que correría la sangre, y contaba con este hecho doloroso, pero inevitable, y ponía á contribución su vida. Por eso, al convencerse de que no pensaban así otros caudillos de la Unión Republicana, perdió la fe y la esperanza de ver realizados sus deseos.

No olvidaré jamás con qué juvenil amor me decía una tarde, al despedirme en la escalera del Ateneo:

"¡Ánimo, cumpla con su deber y todos con el suyo! ¡Yo iré, si es preciso, á Zaragoza! ¡Avíseme, se lo ruego y se lo exijo!"

Desgraciadamente, los que sobre nosotros tenían autoridad no dieron ocasión para que le dijese: "¡Prepárese, D. Joaquín!"

*
* *

ARTÍCULO DE AZORÍN.—LA MELANCOLÍA INCURABLE DEL SR. COSTA

"Cuando el Sr. Costa, de regreso á su casa, al anochecer, echa una mirada hacia lo lejos, antes de trasponer los umbrales, contempla la llanura yerma, sombría, monótona, solitaria, inmensa... Se oyen los silbatos agudos de las locomotoras, el cielo va

ensombreciéndose por momentos. Cerca, en primer término, surgen, entre las chimeneas hieráticas, entre las cubiertas metálicas de los depósitos, entre las humaredas blancas de las máquinas, las cimas agudas é inmóviles de unos cipreses. Es un cementerio abandonado desde hace largos años. El señor Costa posa su mirada, un poco vaga, en la árida llanura castellana, y luego la deja caer en las copas solemnes de estos cipreses. Y entonces una aguda sensación de melancolía se hace en su espíritu. ¿Comprendéis el por qué? Á la sombra de estos árboles, rígidos, mudos, duermen el sueño eterno tres grandes hombres: Mendizábal, Argüelles, Calatrava. ¿Habéis comprendido ya la sensación de amargura del Sr. Costa? El Sr. Costa piensa un momento, mientras sube la escalera de su casa, en estos eximios políticos de antaño, y luego, por asociación ideológica inevitable, piensa también en los pequeños políticos del presente.

Y en este instante sus congojas suben de punto; ya no percibe este ligero y desagradable olor á aceite frito que se exhala á todas horas de esta casa en que habita; ya no repara en esta ventana, también triste, que arroja sobre la escalera esa luz opaca y fría que surte de los patios madrileños, altos y angostos; ya no se detiene, cuando le abren la puerta, á hablar unos minutos con esta doméstica, igualmente contristadora, que lleva el pelo un poco descompuesto y la ropa acaso un tanto ajada. Todo degenera y se pierde—piensa el Sr. Costa—; ya no pueden nacer en España aquellos grandes políticos de otros tiempos... Y el Sr. Costa, mientras pone el sombrero sobre una silla y deja el bastón en un rin-

cón, se acuerda de los Reyes Católicos. ¿Qué relación secreta puede haber entre el acto prosaico de dejar el sombrero y los Reyes Católicos? Ya sabéis que existe en el Sr. Costa una propensión innata á pensar en los Reyes Católicos. Realmente—dice el Sr. Costa—, á estos dos monarcas debe España su pasado y momentáneo engrandecimiento. Y al hacer esta ligera reflexión aparece en el cerebro del Sr. Costa el primer texto clásico... ¿He de describiros, al llegar á este punto, al Sr. Costa? ¿Diré que el Sr. Costa es un hombre que tiene el cuerpo recio, los pies chiquitos y la cabeza llena de textos clásicos? No será indispensable; el Sr. Costa se ha dejado caer en un sillón con profundo abatimiento, puesta la imaginación en los Reyes Católicos. Ya he dicho que el primer texto clásico ha aparecido en su cerebro. Y á propósito de Doña Isabel y Don Fernando, después de haber pensado en los hombres insignificantes que nos gobiernan, ¿qué texto puede ser éste sino uno en que se exprese lo que hizo un gran rey y lo que pudiera servir de espejo claro en los tiempos presentes? Helo aquí: las palabras son de Hurtado de Mendoza; las ha escrito en su libro famoso sobre la *Guerra de Granada*. "Pusieron los Reyes Católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados—dice el historiador—, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros, cuya profesión eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupción de costumbres; no visitar, ni recibir dones, no profesar estrecheza de amistades, no vestir ni gastar suntuosamente; blandura y humanidad en su trato; juntarse á horas

señaladas para oir causas o para determinarlas, y tratar del bien público."

El Sr. Costa, al acabar de repasar *in mente* estas memorables y soberbias palabras, da un ligero suspiro. ¿Quién no se explica la desesperanza del ilustre estadista? ¿Quién no ve lo que unos pocos hombres como éstos, inteligentes, activos, generosos, voluntariosos, pudieran hacer en pro de España? No se necesitarían muchos—piensa el Sr. Costa—; acaso cuarenta ó cincuenta bastarían á hacer una revolución en nuestro pueblo... Y al decir esto, el Sr. Costa recuerda la frase de Voltaire hablando de Olavide. "Sería de desear—decía Voltaire—que España poseyera cuarenta hombres como Olavide." Y el Sr. Costa siente cierto íntimo regocijo—si esto es posible, dado el estado de su espíritu—al pensar en Olavide. ¿No es admirable un político que decía que San Agustín era un *pobre hombre*, y que todos los padres de la Iglesia juntos no valían lo que Marco Aurelio? ¿No es admirable un político que se hace retratar entre los profanos atributos y emblemas de Venus y Cupido? Este es uno de los cargos terribles hechos por la Inquisición á Olavide. Y he aquí en esto mismo un secreto y agradable punto de contacto entre el Sr. Costa y D. Pablo Antonio de Olavide. ¿Necesitaré decir que el Sr. Costa tiene cierta discreta, aunque inevitable, predilección por las lindas muchachas, voluptuosas y joviales? ¿Quién, si lo miramos bien, no experimenta esta atracción por los ojos claros y parladores, por las turgencias sedosas y tibias, por las risas vibrantes é ingenuas, por los cabellos largos y suaves, por las actitudes elásticas y rápidas? He aquí un punto

de contacto secreto y agradable entre el Sr. Costa y D. Pablo Antonio de Olavide: la política agraria y el culto por las lindas y joviales muchachas... Al poner en esto su pensamiento el Sr. Costa, intenta sonreir; pero la sonrisa apenas si desflora sus labios. Otro pensamiento, hosco y formidable, ha aparecido súbitamente en las lejanías de su intelecto. ¿Es cierto realmente que cuarenta hombres resueltos é inteligentes como Olavide podrían hacer una transformación en el país? ¿Cómo se operaría esta transformación? ¿Cuánto tiempo habría que emplear en ella? Y aquí se condensa y aguza la melancolía del Sr. Costa. Es absurdo creer que un puñado de hombres pueden cambiar en breves años la faz de un pueblo; la obra lenta de los siglos no puede ser deshecha en un momento. Y ese otro texto formidable viene callado y solapado á las mientes del señor Costa; es de Balmes, uno de sus autores predilectos, el mayor periodista de la España contemporánea y el más fuerte y claro dialéctico. "Es necesario no hacerse ilusiones—decía Balmes, hablando de la política hidráulica en su periódico *La Sociedad*, allá por el año 1843—; es necesario no hacerse ilusiones; estamos ya tan acostumbrados á ponderar el suelo de España cual si fuera un paraíso, que nos imaginamos posible que con un buen Gobierno brotasen como por ensalmo en todos los puntos la Agricultura, la Industria y el Comercio. Esto es un error: esas obras requieren largos años, y dilatadas comarcas existen en España donde se necesitan siglos."

¿Cómo ponderar la amargura y el desconsuelo en que ha quedado sumido el Sr. Costa cuando ha

acabado de recordar estas palabras? Sin duda el señor Costa, para intentar sacudir esta impresión desagradable, se ha levantado de su sillón, penosamente, con una laxitud profunda, y se ha acercado al balcón. Su cuerpo es recio, fornido; sus pies son pequeñitos y están juntos; su barba es larga, entremezclada de hebras blancas, sus ojos son melancólicos, pensativos, y miran, al través de los cristales, la infinita llanura... Va llegando la noche; las cimas de los cipreses se pierden en el manchón negruzco de la hondonada; suenan, á intervalos, como gritos rápidos de angustia, los silbatos de las locomotoras. Á lo lejos, en los remotos confines de la campiña, la línea pálida del cielo se funde con la pincelada borrosa de la tierra. Y esta tierra triste, solitaria, silenciosa, seca, sin frondas, sin murmurios, acaba de poner una abrumadora pesadumbre en el espíritu del Sr. Costa. Bajo sus balcones pasan los moradores tristes de los hórridos suburbios y rondas madrileñas: una multitud hostigada, exasperada, desencajada, pálida, astrosa, con los ojos centelleantes.

Y esta multitud hosca y hambrienta, como todas las multitudes de España, trae á la memoria del señor Costa el próximo viaje de nuestro joven Monarca á Barcelona. La inmensa llanura se va ensombreciendo poco á poco; por estas áridas campiñas manchegas cabalgó Don Quijote. Y por lógicas y naturales concomitancias, el tercer texto clásico, el supremo texto, hace irrupción brutalmente en el cerebro del Sr. Costa. "Para ganar la voluntad del pueblo—decía á su criado este mismo caballero que corría por estos campos—, para ganar la voluntad

del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía."

Ha cerrado la noche: de pronto, un automóvil pasa por la ancha ronda, vertiginoso, incontrastable, con un tremendo estrépito, haciendo sonar su bocina con sones clamorosos y audaces, arrojando como relámpagos sus vivas claridades entre las sombras. Todo vuelve después á quedar en silencio; á lo lejos una campana suena con golpes lentos, plañideros. Y el Sr. Costa, con sus ojos melancólicos, incurablemente melancólicos, pegados á los cristales, piensa en la *europeización*, imposible, de España..."

Capítulo XLV.

La enfermedad de Costa.

Historia de su enfermedad.—En Graus.—España consternada.—Presagio de muerte.

Recluído en Graus desde hacía algunos años, el glorioso polígrafo iba perdiendo lentamente la vida.

He aquí cómo define aquella enfermedad el doctor Royo Villanova:

"Cuando hace unos ocho meses publicó el doctor Toulouse aquel magistral estudio médico-psicológico acerca de Zola y anunciaba la publicación de otros volúmenes dedicados á otras personalidades ilustres de Francia, concebí yo la idea de hacer algo parecido en España, y desde luego fijé mi atención en Joaquín Costa, Jacinto Benavente, Menéndez Pelayo y José Echegaray.

Ellos me parecían entonces, y siguen pareciéndome ahora, los cuatro ases del mentalismo español.

Creo que más del cincuenta por ciento de la intelectualidad nacional está repartida entre aquellos cuatro privilegiados cerebros.

Algún otro talento de primer orden, de los que están muy por encima del resto de los españoles, queda bastante por debajo de aquellos que yo llamo ases del intelectualismo nacional, reservando para D. Joaquín Costa el puesto del as de oros, por ser el primero y el más grande de los cuatro.

Las necesidades de la vida que llevan consigo agobios profesionales, secuestradores de la voluntad y enfocadores de la atención hacia otros menesteres, impedirán seguramente que yo lleve á la práctica mi propósito, aun suponiendo que aquellas insignes personalidades se prestasen á las molestas é incómodas observaciones necesarias para llevar á término feliz mi cometido; pero lo que mis oídos han escuchado y mis ojos leído acerca del carácter, del *desequilibrio* (?), del agotamiento psíquico (¡¡¡ ???) del virtuoso varón y gran sociólogo, me impulsan á tomar la pluma, no para vengar agravios, pero sí para desfacer entuertos de cierta parte de la opinión pública.

Es muy frecuente que el sectarismo político, filosófico, científico ó artístico, perturbe el buen sentido de los que profesan una creencia determinada, hasta el extremo de tachar de locos, dislocados, ilusos, utopistas, *psicópatas*, en fin, á los hombres que, comulgando en ideas distintas, sobresalen entre todos, por su cultura, por su elocuencia, por su carácter, y sobre todo por su moralidad.

Cuando se trata de personalidades que sólo pueden ostentar una de las cuatro cualidades indica-

das, se les busca el flaco de las tres que le faltan, y fácilmente se les echa del pedestal.

Así han ido subiendo y bajando de él, en todos los partidos y opiniones, multitud de hombres elocuentes, pero insulsos, de férreo carácter, de gran voluntad, pero ignorantes y deslabazados en el decir; de grandes conocimientos, pero de más grandes inmoralidades.

Mas llega á la cumbre Joaquín Costa después de cuarenta años de ascensión lenta, pero progresiva, poniendo el pie derecho en el suelo firme de la honradez, de la ética, de la generosidad, del desinterés, y subiendo con el izquierdo los escalones todos de la ciencia, del carácter, de la voluntad, de la elocuencia; al verlo en su sitio y al notar que los que estamos debajo parece como que descansamos satisfechos y fatigados de aquella ascensión tan personal y á contrapelo que él solo ha hecho, no puede decirse de ese hombre que le falte nada de lo que se necesita para la perdurable estabilidad en la cumbre, y empiezan á tirarle con chinitas primero, con pedruscos después, con bala rasa más tarde, llamándole agotado y loco.

La última andanada viene de las baterías de *La Epoca*, en una preciosa crónica escrita por el cultísimo y elegante escritor que firma *Andrieux*, quien llama á la idea de Costa *degeneración morbosa*, y habla de la *manía* de sistematización, de la *obsesión* de Costa, de un gran *cerebro desequilibrado* y de la *enfermedad que mina* á esa *elevada inteligencia*.

Pues bien: ni Costa está *agotado*, ni es un *loco*, ni tiene *degeneraciones* de *ideas morbosas*, ni *manías*,

ni *obsesiones*, ni *desequilibrios* en el cerebro, ni *enfermedad* en la *inteligencia.*

La enfermedad de Costa es de los pies y no de la cabeza; del movimiento y no de la ideación; de la carne y no del espíritu; de los músculos y no de los nervios; de aquello que puede considerarse como de más baja categoría orgánica y fácilmente puede ser sustituíble en la tierra, no de aquello otro que es lo más noble y elevado de la organización y que solamente por el cielo puede ser sustituído.

No ya la corteza gris de ese cerebro, que hasta los enemigos de sus ideas llaman privilegiado, sino el cerebro todo, el encéfalo en masa, la médula entera, los nervios todos, desde las más finas raicillas de lo sensitivo, hasta las más endebles y delicadas raminísculas de lo motor, están en la mayor sanidad y equilibrio; lo enfermo en Costa, lo único degenerado, lo falto de tono y de vida son los músculos, las carnes, lo que se tiene igual siendo hombre que siendo otro animal cualquiera, lo que se sustituye con unas correas ó con unos resortes.

Cuarenta años lleva de esa enfermedad y podrá llevar otros cuarenta, sin que la más insignificante de sus neuronas se resienta lo más mínimo.

Quizás á esa enfermedad de sus músculos se deba el desarrollo extraordinario de su sistema nervioso. Tal vez la debilidad de sus piernas y de sus brazos explique el vigor estupendo de sus lóbulos prefrontales.

Lo cierto es que desde que está enfermo de sus carnes, está dando frutos opimos su entendimiento.

Cuarenta años de martirios, cuarenta años de gloria.

La enfermedad de Costa se llama *miopatía primitiva progresiva*, que *empezó* hace ocho lustros bajo el tipo de *pseudo-hipertrófico*, y hoy se vislumbra con el de Landouzy y Dejerine.

A los técnicos bástales el enunciado de la enfermedad para que se lo expliquen todo. Para los profanos digo que se trata de una afección que no tiene nada que ver con el sistema nervioso, y mucho menos con el cerebro.

Del carácter de Costa se dice que es altivo, soberbio, orgulloso. Mentira: es humilde, modesto, sencillo.

Quizás algún día lo demuestre.

Porque no conteste muchas cartas, porque no recibe visitas á todas horas, se tacha á su carácter de tener aquellas cualidades viciosas.

Si se supiera lo excesivamente amable y respetuoso qne es este hombre, lo delicado de su educación refinadísima, que no le permite estar sentado mientras su interlocutor esté de pie, ni permanecer con un vestido descuidado, sino atildadamente vestido, para recibir á las gentes, aun las más modestas; si se supiera todo esto y además el trabajo ímprobo que supone vestirse, moverse, accionar, habría de explicarse como signos de una bondad suprema y de un respeto exagerado á todos, lo que hoy se califica de carácter agrio.

De su pensamiento se dice que es pesimista. Tampoco lo es; pero aunque lo sea, ¿tiene algo de extraño en quien asiste al desmoronamiento lento y progresivo de su propia mecánica, que lo vea todo

desmayado y sin tono, sin fe en las *fuerzas* del país, ya que no puede tenerlas en las suyas propias, y sin esperanzas en los auxilios de nadie, puesto que las va perdiendo paulatinamente en los remedios que le prescribimos los que le cuidamos?"

***

El día 20 de Enero de 1911 publicó la Prensa de Madrid el siguiente telegrama:

LA ENFERMEDAD DEL SR. COSTA

"Telegrafían de Huesca, según noticias de Graus, que el Sr. Costa sufrió hace tres días un ataque de hemiplejia, que le paralizó el lado derecho.

El Sr. Costa conserva las facultades intelectuales en toda su normalidad.

Aun cuando soporta la enfermedad con relativo vigor, se teme que sobrevengan complicaciones.

Le cuidan dos hermanas y tres amigos íntimos.

El Sr. Costa vive pobremente en una casa de las afueras de Graus.

Sus ingresos se reducen á unos treinta duros mensuales, que le pagan los periódicos en que colabora, y á las cantidades que de tarde en tarde le pagan por sus libros.

A pesar del ataque que acaba de sufrir, se muestra enérgico, rechaza casi sistemáticamente la asistencia facultativa y habla de hacer en breve un viaje á Madrid."

Al día siguiente salieron para Graus corresponsales de casi todos los diarios madrileños.

Nos parece buen sistema informativo reproducir día por día, las noticias que dichos corresponsales iban comunicando á sus periódicos.

LA CASA DE COSTA.—LA ALCOBA Y EL DESPACHO.—LA ÚLTIMA OBRA.—LO QUE DICE

Graus, 21 (10,45 m.)

El domicilio donde reside el gran Costa es una casa de moderna construcción, sita en la carretera de Barbastro y compuesta de tres pisos.

Lo primero que extraña el visitante que tiene la rara fortuna de penetrar en la morada del ilustre pensador—pues son contadísimas las personas que logran ver á Costa—, es el absoluto silencio que invade la estancia, y que parece estar en armonía con la austeridad del inquilino.

Una hermana de Costa, doña Martina, comparte con una sobrina los cuidados y cariñosas atenciones prodigados al enfermo. Éste duerme en una salita del segundo piso, donde hay una alcoba alumbrada por un modesto aparato de luz eléctrica, que está colocado sobre la cabecera de la cama.

Desperdigados por la habitación hay montones de periódicos nacionales y extranjeros, casi todos con la faja sin romper.

En el tercer piso está instalado el cuarto de tra-

bajo, donde Costa ha pasado tantísimas horas. Grandes estanterías repletas de libros rodean la habitación; sobre las mesas, en completo desorden, hay multitud de periódicos, revistas y papeles.

Á últimos de Mayo abandonó el genial escritor su productivo trabajo, obligado y rendido por el malestar físico; encerró en una maleta las cuartillas que llevaba escritas sobre *Estudios históricos de España.*

Tenía también comenzada otra obra, titulada *Psicología del pueblo español.* Ambas empresas constituían todo su ideal y forzábanle á abandonar todas las otras tareas.

Ahora no recibe á nadie, porque le produce un gran cansancio de la atención lo mismo la conversación que la lectura, por lo que no lee ni las cartas que le dirigen, habiéndose dado el caso de devolverlas sin abrirlas siquiera.

Siente pasión vehemente por la juventud triunfadora intelectual.

Ha recibido valiosísimos ofrecimientos é innumerables cartas, telegramas y tarjetas, preguntando por su salud.

Aliméntase con gran parquedad.

Los médicos más prestigiosos de la localidad le han aconsejado llamar á otros de Madrid, Barcelona y Valencia, que ya se ofrecieron espontáneamente á ver al enfermo; pero éste se niega con obstinación á recibirlos, pues profesa el axioma de que la Medicina del siglo pasado es hoy negativa, como la actual lo será en el siglo venidero.

La naturaleza debe ser fuerte para resistir los embates de las enfermedades, pues el individuo dé-

bil carece de medios para resistir aquéllas y vencerlas.

Costa dice de los periodistas que son insoportables é incontrastables.

El enfermo pasó la última noche en completo insomnio, sin poder dormir más que breves ratos. Por la mañana se desayunó con una taza de leche, y á la una de la tarde dictó dos telegramas de contestación y gratitud á los Sres. Sol y Ortega y Azcárate.

Á las cinco se le anunciará la llegada de los redactores de *El Liberal* D. Tomás Romero y don Antonio Zozaya, á quienes acompaña desde Huesca Manuel Bescós, autor de la célebre novela *Las tardes del Sanatorio*, que usa el seudónimo de "Silvio Kosti", y que es predilecto amigo del paciente.

Hace tiempo tuvo Costa el proyecto de pasar el invierno fuera de Graus, en un punto meridional. Dado el estado en que se halla hoy el paciente, es imposible apelar á tal recurso.

Además, impulsado por la dignidad y el espíritu de independencia que le caracterizan, Costa no consentiría qne tales proyectos se realizasen.

*
* *

Almería, 21 (4,30 t.)

La Junta Municipal Republicana se reune esta noche para deliberar acerca de una proposición de su respetable correligionario D. Gaspar Muñoz, ofreciendo á la familia de Costa una finca de recreo en

las afueras de esta ciudad, con el objeto de que el ilustre pensador pase en ella el invierno.

Málaga, 21 (6,10 t.)

En una reunión que ha celebrado hoy el Sindicato de Iniciativas de Málaga se ha acordado ofrecer á Costa la Caseta del Limonar, ú otro lugar conveniente, de adecuadas condiciones climatológicas, en donde el insigne polígrafo pueda atender al restablecimiento de su salud.

LLEGADA DEL MÉDICO SEÑOR GÓMEZ.—MÁS TELEGRAMAS

Graus, 23 (11,13 m.)

Terminada ayer nuestra visita, el Sr. Costa, que estaba algo fatigado, descansó, repasando luego las informaciones de los periódicos del día.

Su íntimo amigo el médico de Barbastro Sr. Gómez, llegó anoche, visitando al Sr. Costa, y no le hizo un reconocimiento por hallarlo cansado.

Siguen recibiéndose telegramas interesándose por el èstado del enfermo.

Hoy diagnosticará el médico, y, según promesa, nos recibirá el Sr. Costa otra vez.

En el pueblo hay gran expectación.

CONVERSACIÓN INTERESANTE.—UNA OBRA DE COSTA.—"ÚLTIMOS DÍAS DEL PAGANISMO"

Nuevamente hemos hablado hoy con D. Joaquín Costa y oído de sus labios cosas interesantísimas. Nos acompañó el doctor Gómez, íntimo amigo suyo, y el único médico que le visita ahora, el cual nos dió, respecto del estado de Costa, noticias poco gratas.

La conversación con el ilustre enfermo duró más de dos horas. Nos habló de los trabajos que tiene en el telar.

Á instancias nuestras nos dijo que una de las obras se titulará *Últimos días del paganismo*, refiriéndose á los tiempos del emperadar Teodosio *el Grande*, cuya grandeza no fué tanta como indica el sobrenombre.

Con voz entera nos relató el asunto de la obra, deteniéndose á examinar los comienzos del imperio romano y ponderando el genio de la raza hispana, que dió al Imperio grandes emperadores y caudillos. Nos refirió cómo asesinaron al padre de Teodosio y la preparación de éste hasta ceñirse la corona imperial.

Nos dijo que la obra era, más bien que historia, una novela interesante, enumerando los personajes que en ella actúan y citando las poblaciones en que se conservan recuerdos de aquella época. El protagonista del libro se detiene largo tiempo en Salónica, donde se reclutan y disciplinan las legiones para emprender grandes conquistas.

De cuatro á seis de la tarde duró la entrevista, en que apenas se interrumpió el hermosísimo relato de Costa. Sólo á veces se le notaba algo de amnesia, al querer citar nombres de ciudades.

Mañana volveremos, por gusto suyo, á acompañarle unas horas.

MEJORÍA APARENTE

El estado de salud de Costa ha mejorado notablemente esta tarde.

Sin embargo de ello, continúan siendo pesimistas las impresiones de su íntimo amigo el médico de Barbastro Sr. Gómez, que le hace frecuentes visitas.

No puede el médico precisar cuándo hará crisis, favorable ó adversa, la enfermedad. Es ésta de índole nerviosa, y producida, sin duda ninguna, por el exceso de trabajo mental. El gran polígrafo se obstina en no dejar la labor en que ahora se ocupa, y que es la composición de un libro titulado *Últimos días del paganismo*, que estudia la figura del emperador Teodosio, indigno, según Costa, del apelativo de *Grande* que le dan los historiadores.

Al enfermo, cuya anemia es extremada, le cuesta enorme trabajo recordar nombres y fechas necesarias para la redacción de su libro, y esto le exaspera.

Ayer y hoy estuvo trabajando, y no hay que decir el daño que esto le produce, lo mismo que el hablar. Cuando habla largo rato acaba por hacerlo con alguna incoherencia.

Come muy poco y bebe mucha agua. Dice que el comer es cosa de caballerías. El clima frío y húmedo de Graus le perjudica grandemente, y el doctor Gómez le ha hecho repetidamente ver la necesidad de que se traslade á un clima benigno en busca de la salud.

***

EN MADRID

El secretario particular de Don Alfonso XIII estuvo ayer mañana, por encargo de S. M., en casa de D. Tomás Costa á informarse del estado de salud del gran polígrafo español.

El Sr. Torres manifestó al hermano del insigne Costa el sentimiento del Monarca por la gravedad en que se halla el enfermo y los deseos del Rey de tener, dados los contrarios informes que aparecen en la Prensa, noticia circunstanciada y verídica de la dolencia.

El rasgo de S. M. ha sido comentado con generales alabanzas, incluso entre los republicanos.

***

COSTA, AGRADECIDO.—ESPERANDO Á LOS MÉDICOS

Graus, 26 (5,56 t.)

Acabo de participar á Costa que mañana llegarán

los doctores Gayarre y Royo y Villanova para reconocerle, y la noticia le ha dejado satisfecho.

Hablando después del proyectado viaje á un punto de mejor clima, se enteró minuciosamente de las combinaciones que había que hacer para trasladarse á Málaga.

Se muestra muy agradecido al Rey y á cuantos en estos días se han informado de su salud.

Mañana iré á Barbastro con un automóvil para esperar á los médicos y á Pedro de Répide.

He convenido con el enfermo en que los doctores le verán por primera vez á las cuatro de la tarde y practicarán un nuevo reconocimiento el sábado, á las diez de la mañana, para que el mismo día puedan regresar á Madrid.

Costa se encuentra mejorado y animadísimo.

PARAÍSO

Nuestro muy querido amigo el ilustre presidente de la Asociación de la Prensa, D. Miguel Moya, ha recibido una carta del Sr. Paraíso, en la cual éste, por sí y por sus amigos de la región aragonesa, ofrece para esta obra de reparación nacional su decidido concurso.

Entre otras cosas, dice:

"La idea de crear á Costa una lista civil y el propósito de hacer nacional el compromiso, son dignos de usted y merecen los más cordiales elogios. Aun cuando á los nuestros corresponda el primer puesto

en el cumplimiento de ese deber, no puede Aragón tener celos de España. Adelante, pues, en la obra felizmente iniciada por usted, y para ella cuente en absoluto con nosotros."

LOS MÉDICOS EN GRAUS.—GAYARRE, VILLANOVA Y GÓMEZ DAN EL DIAGNÓSTICO.—LA ANSIEDAD

Zaragoza, 28 (3 m.)

Acaban de llegar las noticias exactas de la llegada á Graus de los doctores Gayarre, Royo Villanova; Répide y Romero subieron en automóvil desde Barbastro á Graus.

Inmediatamente después de llegar á casa de Costa fueron recibidos por el ilustre enfermo. Presentados Gayarre y Répide, saludó efusivamente Costa á su amigo Royo y Villanova. También quedó en la alcoba del enfermo el Sr. Valenzuela.

Luego procedieron los doctores recién llegados, ayudados por el Sr. Gómez, al reconocimiento del paciente y al análisis de la orina y de antecedentes de la enfermedad, operación que duró más de una hora. Luego deliberaron los médicos, y en seguida emitieron dictamen facultativo.

Los asistentes, la familia del enfermo y algunos amigos seguían con intenso interés el trabajo de los médicos.

Los médicos han fijado un plan, al que se someterá el enfermo desde hoy.

Los médicos se muestran optimistas. El férreo temperamento de Costa posee unas enormes energías vitales. El rumor de que las facultades mentales de Costa peligraban ha sido desmentido por los médicos.

La conversación entre el enfermo y sus amigos que han venido á visitarle ha sido perfectamente normal. Los fenómenos cerebrales se manifiestan todavía—por fortuna—muy débilmente.

Durante el día de hoy harán Gayarre y Royo Villanova otra visita á Costa. Por la tarde saldrán: Royo para Zaragoza y Gayarre para Madrid.

EL DIAGNÓSTICO Y EL PLAN

D. Joaquín Costa padece una amitrofia miopática progresiva, con estado arterio-esclerósico, el cual ha dado origen, en estos últimos días, á una pradicardia, ó lentitud de pulso, que descendió á 46 pulsaciones por minuto, albuminuria y ligero edema pulmonar, más intenso en el lado derecho.

Por ahora, el tratamiento á que debe someterse el enfermo es: dieta exclusivamente láctea, frecuentes cambios de postura ó variación en los decúbitos y administración de nefrina, siendo peligroso el traslado inmediato á clima mejor, ante los peligros de accidentes urémicos graves. Esta contingencia podrá alejarse si, por el tratamiento establecido, se modifican la lentitud del pulso, el edema del pulmón y la albuminuria, en cuyo caso el traslado sería practicable, y beneficioso para el doliente el ir á mejor clima.

EL MENSAJE DEL AYUNTAMIENTO

El Ayuntamiento, en la sesión de ayer tarde ha acordado redactar un Mensaje á Costa y enviar una Comisión de concejales á Graus.

El Mensaje dice así:

"Ayuntamiento Zaragoza, recogiendo estado ansiedad que domina opinión pública, conocedora afección aquéjale, acuerda unánimemente manifestarle vivos deseos por total restablecimiento y enviar Comisión que personalmente exprese admiración que ciudad por usted siente."

El Ayuntamiento interpreta fielmente los sentimientos de todo Aragón.

***

EL DOCTOR MARTÍNEZ VARGAS. —SUMINISTRO DE PURGANTES. — VIENE EL DOCTOR ZALDÍVAR. — TELEGRAMAS

Graus, 3.—A las 18,8.

Anoche visitó á Costa el Dr. Martínez Vargas, ordenando el suministro al enfermo de enérgicos purgantes.

Hoy ha vuelto á visitarlo más detenidamente, por espacio de una hora, hallándolo más despejado.

Después del efecto de los purgantes, el pulso subió á 56 pulsaciones.

Durante la noche el enfermo ha tenido ratos intranquilos.

El Dr. Martínez Vargas no dirá su parecer médico hasta un nuevo examen del estado general del paciente.

LO QUE DICE EL DOCTOR VARGAS. CONSULTA ESPERADA

Después de las visitas hechas al enfermo ilustre por el Dr. Martínez Vargas, tenía interés en conocer el diagnóstico previo hecho por él.

Aprecia el Dr. Vargas que el estado actual de Costa pone en grave peligro la vida de éste.

Independientemente de la atrofia muscular, Costa -- dice—padece una nefritis con albuminuria y glocusuria, iniciada hace cuatro ó seis meses á causa de la retención intestinal que produjo el edema cerebral, hoy desaparecido merced al suministro de purgantes enérgicos.

La temperatura del enfermo oscila entre 35 y 36 grados y el pulso es variable entre 38,50 y 60 pulsaciones por minuto.

LLEGADA DEL DOCTOR ZALDÍVAR. EL DIAGNÓSTICO.—Á MADRID

Graus, 4.—A las 11,30.

Anoche llegó de Madrid el Dr. Zaldívar, amigo íntimo de D. Tomás Costa.

Inmediatamente visitó al ilustre enfermo, en unión del Dr. Martínez Vargas.

Seguidamente, después de detenido examen, ambos doctores facilitaron á los periodistas la siguiente nota oficiosa:

"La enfermedad que sufre D. Joaquín Costa pone en gran peligro la vida de éste.

Independientemente de su estado neuro-muscular habitual, padece una nefritis subaguda desarrollada en su arterio-esclerósico.

Esta nefritis debió existir con anterioridad, alcanzando su período álgido por el recrudecimiento frío del tiempo y falta de régimen en el enfermo.

Existe en la orina albuminuria y glucosaturia.

El edema cerebral debió ser producido por retención intestinal, habiendo desaparecido hoy, merced al suministro de purgantes activísimos.

Siendo una enfermedad corriente, no merece consideración filosófica especial, y aparte incidentes como la hemorragia, puede mejorar el enfermo, dados los recursos terapéuticos puestos en práctica."

Los doctores Vargas y Zaldívar hicieron ante la familia de Costa un examen detenido y cariñoso del insigne polígrafo.

Les acompañó el joven médico Dr. Gómez, á cuyo cargo está el régimen del enfermo.

Después de lo anterior, el Dr. Vargas salió para Barcelona, su habitual residencia.

También han marchado á Madrid los periodistas Sres. Romero y Répide.

COSTA, GRAVÍSIMO

Graus, 4.—A las 18,25.

Costa continúa grave, postrado y débil, con sopor aletargado.

Búscase por todos los medios la reacción del enfermo.

El pulso osciló hoy entre 32 y 39.

Al medio día le fué aplicada una doble inyección de cafeína: veinte centigramos.

Ahora comienza el baño de vapor, dirigiendo la operación el Dr. Zaldívar.

Aunque la situación es crítica, procúrase por todos los medios normalizar el funcionamiento del corazón y del pulso, que sin la calorificación no funcionan.

El tratamiento dispuesto actualmente es el suministro de inyecciones de cafeína y esparteína.

De observarse que decae el funcionamiento del corazón, le serán suministrados purgantes drásticos, á fin de evitar encharques y congestiones.

También le serán suministradas infusiones de digital, nuez, kola y quina.

El régimen es absolutamente lácteo.

Espérase con gran impaciencia la reacción que se espera le producirá el baño de vapor, cuyo suministro hácesele considerando la situación del enfermo como muy grave.

Esta situación ha de resolverse á favor ó en contra, en muy corto plazo.

D. Joaquín Costa de cuerpo presente.

NOTICIAS DESCONSOLADORAS

Nos apenan hondamente las que el Dr. Zaldívar ha dado al *Heraldo de Aragón*:

"A juicio del Sr. Zaldívar, Costa se halla grave. Las pulsaciones del enfermo oscilaron hoy entre 32 y 38 por minuto. A la hora presente se le prepara un baño de vapor, para provocar artificialmente la reacción que fisiológicamente no sobreviene. En vista de la lentitud del pulso y de la depresión del corazón, se le administró, á las doce de la mañana, una inyección de cafeína con ampollas de 20 centigramos.

Atraviesa la enfermedad de Costa, según Zaldívar, por una crisis definitiva que durará cuatro ó seis días.

En tres circunstancias basa el Dr. Zaldívar la gravedad del enfermo: en el corazón, en el pulso y en la calorificación. Si se normalizaran estas tres funciones, á lo cual tiende el tratamiento estatuído, recobraría el enfermo su estado habitual muy rápidamente.

Cree difícil que esto se consiga, á pesar de los esfuerzos que para ello se realizan.

Lamenta que sus obligaciones le impidan permanecer al lado del enfermo, como es el deseo de la familia.

La familia y los amigos de Costa rivalizan en facilitar al enfermo cuantos medios aconseja la ciencia para su curación."

Capítulo XLVI.

La lista civil de Costa.

Donativos.—Una idea.—Las 50.000 pesetas.—Costa no quiere dinero.

Con motivo de su enfermedad, púsose de manifiesto la pobreza en que Joaquín Costa vivía, siendo muchas las personas que acudieron á socorrerlo.

Por algunos de nuestros intelectuales llegóse á pensar en crearle una "lista civil", sufragada por el pueblo.

Todo fué inútil. Costa negóse absolutamente á recibir la más pequeña cantidad.

Pero reproduzcamos algunos informes periodísticos altamente interesantes.

España Nueva fué quien lanzó la idea de una suscripción "pro Costa". He aquí sus palabras:

POR DECORO.—HAY QUE HACER ALGO

"¡Costa se muere! Triste realidad, y desgracia más triste todavía para toda la raza latina: Costa se

está muriendo, allá en Graus, circundado de nieves perpetuas, tan frías y tan blancas como nuestro carácter apático, ingrato é indolente. Costa vino á Madrid, hospedándose en humilde cuarto de la calle de Los Madrazo; aquí se le encausó por aquel artículo publicado en *El Liberal*, *El País* y *España Nueva*, en el que emplazaba á Maura y sus secuaces para los fosos de Montjuich; se negó á declarar en los autos, demandando la cárcel; iba todos los días por el Ateneo; pero, al cabo, la falta de recursos le hizo regresar á Graus.

¿Conque Costa es pobre?—se preguntarán algunos—. Sí; Costa es tan pobre como honrado. La inteligencia más poderosa de nuestra raza se ve imposibilitada de trasladarse á otro clima más benigno que el de Graus, por la absoluta carencia de metálico; él no fué funcionario del Estado; no ejerció cátedra alguna; ni siquiera, como republicano, tuvo á sus órdenes mayorías municipales que votaran negocios como el del agua ó el del cemento; Costa se ha limitado á ser cirujano de un pueblo desagradecido, que ni por casualidad ha recordado pagarle los honorarios.

Todavía es tiempo; pero tenemos tan poca confianza, que deseamos se haga algo práctico para conservar al hombre que allá en Graus agoniza entre la indiferencia y la ingratitud de propios y extraños; todavía se podían arbitrar los recursos necesarios para que el ilustre pensador se trasladase á Málaga ó Alicante; todavía, por suscripción nacional, pudiéramos conservar la vida de ese gran hombre que, de cuando en cuando, sabe infundir en el alma de nuestra raza latigazos de energía y

esperanza; todavía se pudiera hacer mucho, pero abrigamos el pesimismo de que los españoles, en esta ocasión, nos cruzaremos de brazos como en tantas otras.

Tal vez hoy, mañana, acaso dentro de una semana, el espíritu de Joaquín Costa volará hacia otras regiones más clementes; se le hará justicia, no lo dudamos; se escribirán largos artículos necrológicos, tampoco lo ponemos en duda; diremos por milésima vez que Costa era un gran hombre, que su pesimismo hubiera tenido la virtud de producir efectos contrarios si lo hubiera inoculado en otra raza distinta de la nuestra; si tuviéramos un Panteón digno de conservar sus cenizas, demandaríamos al día siguiente de su muerte que el cadáver de Costa fuera trasladado allí; pero no tendríamos en cuenta, ni tampoco, por vergüenza, lo estamparíamos en estas columnas, que nosotros habíamos contribuído á facilitar su descenso al sepulcro.

Es menester que lo práctico sustituya á las lamentaciones; el clima de Graus viene minando la existencia de Costa de modo inclemente y precipitado; para vivir en Málaga ó en Alicante le hacen falta recursos, de los que carece; la carencia de estos mismos recursos le obligó á huir de Madrid, sin terminar las dos obras que consumían todas sus horas; es absolutamente preciso que de un modo ó de otro se arbitren esos recursos, para que Costa reponga su quebrantada salud.

Hace días, el maestro Mariano de Cávia hablaba de la indiferencia de la Prensa para con el gran hombre; no declinamos responsabilidades, pero entendemos que más culpables que los periódicos son

los que han dado al olvido que los hombres, por grandes y excelsos que sean, necesitan comer. Ahora mismo se nos ofrece una ocasión de reparar en algo nuestra apatía é ingratitud. Costa, en Alicante ó en Málaga, tal vez pudiera seguir viviendo y dar término á su último libro, que versará sobre la decadencia de nuestra raza; el clima de la bella ciudad andaluza acaso consiguiera devolver el movimiento á su organismo, paralizado hoy por el frío y por las inclemencias de una temperatura anómala como la de la provincia de Huesca: allí el espíritu de Costa dejará irremisiblemente su envoltura; hace falta que todos, por decoro, contribuyamos á conservar vida de tanto precio.

Cuando en España gastamos los miles y millones de pesetas en chorros de inagotable é infructífera prodigalidad; cuando sólo por unas minas, propiedad de particulares, derrochamos la sangre y el oro; cuando en mantener ficciones perjudiciales y opuestas al progreso cultural de nuestra raza disipamos el Erario público, ¿no se podrían recoger unos cuantos miles de pesetas para que D. Joaquín Costa continúe escribiendo?

Responda España á esta pregunta, teniendo en cuenta que de ella depende la vida de un hombre como Costa."

19 Enero 1911.

*
* *

El éxito fué enorme. Muchos periódicos de provincias iniciaron también suscripciones. Media Es-

paña acudió al llamamiento. Pero Costa, así que se enteró, rechazó la idea, diciendo:

—Sólo aceptaré de los obreros uno ó dos reales; de los ricos no quiero nada.

Lo más interesante de estos homenajes á Costa fué el ofrecimiento de 50.000 pesetas que un hombre incógnito hizo al Sr. Mataix, gerente de *El Mundo*, destinados á Costa, para que éste comprase una casita en Málaga y fuese á ella á curarse.

El león de Graus tampoco aceptó.

Últimamente, y ya casi muerto, logró su familia medio convencerlo, según dijo *El Mundo*.

Pero ya era tarde.

Capítulo XLVII.

La muerte de Costa.

Días aciagos.—El momento de morir.—España de luto.

Don Joaquín Costa murió el día 8 de Febrero de 1911, á las cuatro y media de la madrugada.

He aquí las oportunas referencias periodísticas

LA NOTICIA DEL FALLECIMIENTO. —LA ÚLTIMA NOCHE.—TRISTES DETALLES

Graus, 8.

Esta madrugada, á las cuatro y media, ha fallecido el insigne polígrafo D. Joaquín Costa.

Aunque la triste noticia era esperada, ha causado grande impresión.

La noche la pasó el enfermo muy intranquilo, habiendo perdido el conocimiento.

Los médicos de cabecera acudieron prontamente al enterarse de la agravación.

Aplicaron al Sr. Costa una inyección de suero.

El estado del paciente era ya tan grave, que no le produjo efecto alguno.

Los facultativos hubieron de repetirle la inyección, logrando reanimarle algo; pero el decaimiento era inmediato. Eran frecuentes los colapsos, y se comunicó á la familia que el desenlace era inminente.

A pesar de lo avanzado de la hora, acudieron no pocos íntimos al domicilio del ilustre paciente.

Á las cuatro tuvo el Sr. Costa un colapso más intenso que los anteriores, y media hora después expiraba.

La emoción de los que le rodeaban fué tan grande, que algunos no pudieron contener las lágrimas.

Inmediatamente se telegrafió la triste noticia á las personalidades del partido republicano y otras personas que á diario se interesaban por el estado del enfermo.

***

LA AGONÍA.—COSTA VIATICADO

Zaragoza, 8.

Comunican de Graus que á media noche se acentuó la gravedad de D. Joaquín Costa, comenzando la demacración del rostro y notándose movimientos en los brazos para la respiración.

Aumentaba la disnea, agotados ya los recursos de la Ciencia, que aconsejó contrarrestar los estragos latentes de la uremia desde la reacción producida por el suero.

Insensible, sin habla y fijos los ojos, permanecía sordo el ilustre enfermo á los llamamientos y preguntas de la familia.

En las primeras horas de la madrugada llegó la temperatura á 40°,2 y las pulsaciones á 93.

Dijo entonces el Dr. Gómez que perdía toda esperanza.

No tardó en iniciarse, en efecto, el período agónico.

El enfermo tenía ya aspecto cadavérico, con una ligera excitación en el pecho y la boca, fatigosa la respiración, y sacudido á veces el cuerpo por convulsiones.

Después de las tres reclamó la familia los auxilios espirituales de mosén Lucas, párroco de la localidad.

Á las tres y media administró éste la Extremaunción, orando luego junto al enfermo.

Este ha estado treinta y seis horas seguidas sin pronunciar una palabra.

Rodeaban su lecho en los últimos momentos el doctor Gómez, sus hermanos D. Tomás y doña Martina y sus sobrinas doña Carmen y doña Balbina.

Á las tres y treinta y cinco acentuóse la descomposición del rostro, apareciendo morados los labios, señal precursora de la muerte.

Esta llegó pronto, pues á las cuatro y quince expiraba D. Joaquín Costa.

LA NOTICIA DE LA MUERTE.—LA CAPILLA ARDIENTE.—DUELO GENERAL.—OTROS DETALLES

Zaragoza, 8.

Dicen de Graus que la noticia de la muerte de D. Joaquín Costa se extendió por aquella población con gran rapidez, causando hondísima emoción en todo el vecindario.

El primero en acudir á la casa mortuoria fué el farmacéutico Sr. Castán, cuñado del pintor Zuloaga y gran amigo del difunto.

Desarrollóse entre él y la familia de éste una escena conmovedora.

El cadáver ha conservado un ligero color violáceo.

El león de Graus, más que muerto parecía estar dormido.

El rostro aparece tranquilo y natural.

Vestido de levita y puestos en las manos guantes negros, descansa el cadáver del ilustre polígrafo en su cuarto del piso principal, que ha sido convertido en capilla ardiente.

En dicha habitación guardaba D. Joaquín numerosos legajos y recortes, fruto de cuarenta años de trabajo.

Se asegura que el Sr. Costa tiene hecho un testamento, que guardaba en una cajita, cuya llave llevaba siempre consigo.

Su hermano D. Tomás está resuelto á cerrar con llave todas las habitaciones, especialmente el cuar-

to de trabajo, donde guardaba el finado sus trabajos inéditos.

La agonía duró dos horas.

Á las diez de la noche se le había suministrado un baño de agua templada, y después una inyección de suero Hayen.

Después del baño pronunció sus últimas palabras: "¡Ya sudo!", que dijo con voz apagada.

El cura párroco mosén Costa, tío del finado, puso á éste una medalla sobre el pecho.

El último paseo que dió D. Joaquín fué con su amigo el Sr. Carrera. Llevó consigo una mecedora para descansar.

Ha estado enfermo cuarenta y nueve días. Realmente ha muerto hace cuarenta y ocho horas.

El pueblo desfila, hondamente conmovido, ante la casa de D. Joaquín.

Doblan las campanas.

Mosén Lucas celebró misa en la capilla ardiente poco después de ocurrir el fallecimiento.

Se desconocen en absoluto las últimas disposiciones del finado.

TELEGRAMA DEL REY

Graus, 8.

El hermano de D. Joaquín Costa ha recibido un telegrama de S. M. el Rey, en el que el monarca le expresa su más sentido y cariñoso pésame por la muerte del gran Costa, que siente toda España.

SU ENTIERRO EN MADRID.—LAS PUERTAS DE LAS CASAS CERRADAS EN SEÑAL DE DUELO

Graus, 8 (4 t.)

Se ha recibido un telegrama urgente del señor Moya consultando á la familia sobre si el entierro se podría verificar en Madrid.

Los hermanos de Costa accederían con mucho gusto si se tratara de un homenaje nacional. De no ser así, se celebrarán aquí los funerales el próximo viernes.

En el piso principal se ha dispuesto la capilla ardiente. La habitación se ha adornado con colgaduras negras y el cadáver ha sido colocado sobre un túmulo.

Se permitirá al público ver el cadáver del venerado sabio y apóstol Costa.

Numerosos grupos de gente están estacionados ante el domicilio.

Muchos habitantes del pueblo han cerrado las puertas de su casa en señal de duelo.

Se reciben innumerables telegramas de pésame.

EL CAPITAL DE COSTA.—TELEGRAMAS DE PÉSAME

Graus, 8 (6,30 t.)

Costa era propietario de pequeñas fincas rústicas y urbanas y tenía un capitalito que le producía modesta renta.

Velan el cadáver del sabio amigos y discípulos, que se relevan de hora en hora.

También han telegrafiado la Academia de Ciencias Morales y Políticas, las entidades republicanas de Zaragoza y los amigos de Barbastro, Huesca y Boltaña.

Muchos anuncian su llegada.

VELANDO EL CADÁVER.—PREPARANDO EL EMBALSAMAMIENTO.—SUSCRIPCIÓN PARA UN MAUSOLEO —EXTRAORDINARIO DE UN PERIÓDICO

Graus, 9 (1,15 t.)

Sigue conservado el cadáver y se hacen los preparativos para embalsamarlo.

Llegó el delegado de Medicina de Benabarre.

El cadáver fué velado anoche por varios amigos y admiradores.

El pueblo sigue desfilando respetuosamente delante del finado.

Se han cerrado numerosas puertas en el comercio, en señal de duelo.

Los amigos de Costa han iniciado una suscripción para levantar un mausoleo en este cementerio, en el caso de no trasladar el cadáver.

Se confecciona un extraordinario del periódico *El Ribagorzano*, de Graus, en honor del muerto.

Se ha establecido un servicio extraordinario de automóviles en la estación férrea de Barbastro, ante el anuncio de la llegada de gentes.

Graus, apesadumbrado, tributa un sentido homenaje de respeto al maestro.

EL TRASLADO Á MADRID.—INHUMACIÓN EN EL PANTEÓN DEL PATRONATO.—TELEGRAMAS Á LA FAMILIA.—GRATITUD DE GRAUS

Graus, 9 (3,40 t.)

Se ha recibido un telegrama de Madrid comunicando que Costa será enterrado en el panteón del Patronato de la Real Casa, provisionalmente en la cripta donde yacen los restos de Núñez de Arce y Rosales.

Para este acuerdo han mediado telegramas del Gobierno y del Sr. Moya con la familia del finado, especialmenle con D. Tomás Costa.

Éste ha expresado en términos muy expresivos la gratitud de la familia y la satisfacción de todo Graus ante el homenaje que se prepara.

La inhumación de los restos de Costa en dicho panteón será con carácter interino, pues después será trasladado al proyectado panteón de hombres ilustres, abriendo una suscripción nacional, que encabezará el Rey para construir un monumento como el que evoca la memoria de D. Emilio Castelar.

En vista de haberse llegado á concretos y definitivos acuerdos se organizan ya los detalles para el traslado de los restos á Madrid, dándose comienzo con este acto al homenaje nacional al gran pensador.

LA TRASLACIÓN DEL CADÁVER.—ALOCUCIÓN AL PUEBLO DE GRAUS.—ANTE LA CASA MORTUORIA.—TERMINACIÓN DEL EMBALSAMAMIENTO.—LLEGADA DEL CLERO. UN RESPONSO

Graus, 10.

Á las tres de la mañana un gentío inmenso sitúase frente á la casa mortuoria.

Allí permaneció á pie quieto, á pesar del frío glacial que se deja sentir. Las cumbres de las montañas próximas están cubiertas de nieve. El termómetro marca seis grados bajo cero.

La calle del Porvenir, donde se halla la morada que fué de Costa, está realmente atestada de gente. El tránsito por ella hácese con mucha dificultad.

El público guarda un silencio respetuoso. La impresión es de una solemnidad triste.

En la muchedumbre no hay movimiento; cada persona que llega ocupa el puesto que halla vacío y en él permanece quieta, sin entrometerse para buscar mejor sitio. Un ambiente de resignación, de enervamiento doloroso, parece respirarse. Todo el mundo espera pacientemente á que le llegue su turno para ver el cadáver, que se dice será expuesto, después de embalsamado, en el portal de la casa.

Muchas personas lloran; pero sus lágrimas silenciosas no perturban la serenidad tétrica del espectáculo. Dentro de la casa los médicos ocúpanse en el embalsamamiento del cadáver, operación que terminan á las seis y cuarto de la mañana.

El embalsamamiento fué presenciado por los seño-

res Romero y Cambón, director de *El Ribagorzano*, quienes firmaron la oportuna acta con los médicos.

Después de embalsamado fué colocado el cadáver en el portal, y cuando la aurora comenzaba á esparcir sus claras alas sobre el firmamento, abrióse la puerta de la casa de Costa y el cuerpo inanimado del grande hombre, como si diera á la luz del nuevo día, apareció encerrado en un humilde féretro, revestido de sencilla tela negra, sin más adornos que los herrajes plateados.

La emoción fué inmensa, indescriptible. Extendióse la noticia por la muchedumbre, que durante unos instantes se agitó, conmovida. Poco á poco, callados, cabizbajos, fueron desfilando por el portal hombres y mujeres. Miraban por la mirilla el rostro de Costa, que nadie al verlo diría ha muerto, por el aspecto que ofrecía, y volvían luego el suyo para tratar en vano de esconder las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y retirarse.

Una hora más tarde, á las siete y media, llegó el clero parroquial con la cruz alzada y entonó un responso, que el buen pueblo rezó también emocionado.

LA COMITIVA FÚNEBRE ORGANIZÁNDOSE.—LA CARROZA.—LA SOCIEDAD "MUTUA ARAGONESA".—LA PRESIDENCIA DEL DUELO.—LAS COMISIONES.—LOS COMERCIOS CERRADOS

Graus, 10.

Terminado el responso, comienza á organizarse el cortejo fúnebre

En una antigua galera, entoldada y recubierta hasta las ruedas por crespones negros, es colocado el féretro.

Dos troncos de mulas están enganchados á la carroza.

Á ambos lados de ésta sitúanse amigos y deudos del finado. El clero forma delante.

Delante también sitúase la Junta directiva de la sociedad "Mutua Aragonesa", que concurre con su estandarte, en el cual está pintada la imagen de San Sebastián.

Detrás del féretro marcha una carroza de respeto con grandes lazos negros de crespón. Ocúpanla D. Tomás Costa y su familia.

Á continuación siete coches con coronas. Tres destácanse en sitio preeminente: "El Ayuntamiento de Graus á su hijo predilecto y presidente honorario", "El pueblo de Graus á su preclaro é ilustre hijo", "*El Ribagorzano* á su maestro entrañable".

Después el alcalde de Graus, un concejal y cuatro vecinos del pueblo, y tras ellos las numerosas Comisiones llegadas aquí para asistir al traslado, la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, el Círculo de la Peña de Graus, el Ayuntamiento de Huesca, el Centro Aragonés de Barcelona y otros muchos, cuya enumeración se hace imposible.

Y, por último, el público: personas de todas las clases sociales, de todas las ideas, confundidas en masa enorme, muchas de ellas forasteras, que vinieron de Madrid, Zaragoza y Huesca, de los pueblos todos de la provincia.

La población de Graus asiste toda entera; los co-

mercios y las casas han quedado cerrados y desiertos.

*
* *

EN MARCHA. — LAS CAMPANAS DOBLANDO. — CAMINO DE BARBASTRO. — EN EL TRAYECTO. — CIENTOS DE CARRUAJES. — ESCENAS EMOCIONANTES

Barbastro, 10.

Eran en Graus las ocho de la mañana. Las campanas de las iglesias doblaban á muerto; sus ecos tristes repercutían dolorosamente en los corazones de la multitud cuando comenzaba á avanzar lentamente, reflejando en los semblantes y en la actitud la inmensa pena que le agobia.

El santuario de Nuestra Señora de la Peña, que alza su silueta sobre una roca, al pie de un precipicio, parece aumentar la impresión tétrica del cuadro.

El ánimo experimenta un ligero esparcimiento al entrar en la carretera de Cariñena, bordeada de árboles. El paisaje, de severa belleza, presta también confortamiento á los espíritus conturbados.

La nieve que platea en las cumbres vecinas, el campo poblado de robles, de pinos, de aliaga, distraen la vista y tonifican los aromas que exhala el romero.

En la carretera puede apreciarse mejor la magnitud de esta imponente manifestación del sentimien-

to de Graus ante la muerte de su hijo esclarecido.

Van en la comitiva cientos de automóviles y carruajes.

A medida que avanzamos vanse uniendo al cortejo gentes que no llegaron á tiempo para presenciar la salida de Graus.

La campiña tiene á trozos un aspecto salvaje; la vegetación espontánea forma enmarañadas espesuras, coronando un abismo, á cuyo pie un río deslízase, fertilizando un hermoso valle, cuyas verdes tonalidades, suaves, contrastan con la aspereza umbrosa de la selva.

El día es espléndido.

Al volver de una de las numerosísimas curvas que hace la carretera nos sorprende la vista de un pueblo que aparece coronando un cerro altísimo. La gente de él corre en forma que asusta por las abruptas pendientes veredas para acercarse al cortejo.

Frecuentemente durante todo el trayecto presenciamos escenas emocionantes.

Los labradores suspenden sus faenas y se arrodillan. Véseles llorar.

Frente al mismo féretro, y llorando, arrodíllanse algunos, deteniendo durante breves segundos la marcha de la fúnebre comitiva.

Al pasar la comitiva por la Puebla de Castro salió toda la vecindad á rendir el último tributo al insigne paisano suyo.

Allí también se encontró una Comisión del Centro Aragonés de Barcelona, con bandera, que venía retrasada.

Traían los representantes una preciosa corona, que fué depositada en el féretro.

Iguales demostraciones de sentimiento tributó al cadáver de Costa el pueblo de Grado, continuando sin novedad el cortejo hacia Barbastro.

Al encuentro del mismo salieron de Grado por la mañana gran número de personas, que se situaron á lo largo de la carretera.

LA LLEGADA Á BARBASTRO.—ESPERANDO AL CORTEJO.—MÁS DE 5.000 ALMAS.—MÁS CORONAS.—UN DESEO DE LOS REPUBLICANOS QUE NO PUDO SER SATISFECHO.—UN TELEGRAMA DEL GOBIERNO

Barbastro, 10.

En el puente de Graus, sobre el Vero, esperaban al cadáver de Costa el Ayuntamiento en pleno, con maceros, y nutridas comisiones de las entidades locales.

En la estación se está preparando el furgón que conducirá el féretro á Zaragoza.

Á las dos de la tarde ha aparecido en los altos próximos á esta población el cortejo fúnebre.

Á lo largo de la carretera, en un trecho de mil metros aproximadamente, hay un doble cordón de gente de las afueras: hombres, mujeres y niños, que esperan con coronas.

Esperan el cadáver del insigne Costa, además, el Ayuntamiento, comisiones de las Cámaras Agrícolas, todos los republicanos y un gentío que se calcula en más de 5.000 almas.

Al llegar á la entrada del pueblo la galera que

conducía el ataúd, fué sacado éste del vehículo y transportado á hombros á la estación.

En la galera que iba detrás fueron colocadas varias coronas y la bandera de los centros Aragonés y Barbastrense.

Rodeaba el féretro una enorme muchedumbre, que invadió los andenes de la estación.

Los republicanos deseaban pasear el cadáver por las calles principales del pueblo; pero hubieron de desistir de ello por no permitirlo la premura del tiempo.

Por la mañana se recibió un despacho del gobernador de Huesca, diciendo que corría por cuenta del Gobierno el alquiler del furgón que había de conducir los restos de Costa á Zaragoza y Madrid.

Á primera hora del día empezaron á distribuirse hojitas, invitando á asistir al entierro.

***

EN ZARAGOZA.—TRATANDO DEL HOMENAJE.—INSISTIENDO EN QUE QUEDE EN ZARAGOZA.—EXCITACIÓN EN EL VECINDARIO

Zaragoza, 10.

Se han reunido en el Ayuntamiento todas las entidades y personalidades de esta capital, para tratar del homenaje que se ha de rendir al egregio patricio D. Joaquín Costa, acordando depositar el féretro en el salón rojo de la Casa Consistorial, é invitar al pueblo á la manifestación de duelo.

Se ha telegrafiado con urgencia al Gobierno, pidiéndole deje que sea sepultado Costa en esta ciudad.

Reina con tal motivo gran excitación en el vecindario.

SALIDA DE BARBASTRO.—EL PUEBLO DE BARBASTRO QUIERE VER EL CADÁVER.—INTERVENCIÓN DEL ALCALDE.—D. TOMÁS COSTA DA LA LLAVE DEL FURGÓN.—DESFILE DEL PUEBLO ANTE EL CADÁVER.—VIVAS Á COSTA.—NOTICIAS DE ZARAGOZA.—D. TOMÁS, DICE: "MADRID Ó GRAUS".—EN SEGURA Y OTRAS ESTACIONES DEL TRÁNSITO

Zaragoza, 10.

Á las tres de la tarde sale de Barbastro el tren que conduce los restos del ilustre Costa. Los andenes están atestados de un inmenso gentío que rodea el furgón donde va depositado el féretro, intentando forzar la puerta para ver el cadáver. En vista de la actitud del pueblo, el alcalde solicita de D. Tomás Costa las llaves del furgón, á cuyo requerimiento accedió gustoso el hermano del ilustre polígrafo.

Una vez abierto el furgón, el público desfiló lentamente ante el mismo, contemplando los restos del ilustre finado.

Al arrancar el tren sonaron numerosos gritos de ¡Viva Costa! Los picachos que rodean la estación se hallaban invadidos de gente.

En el furgón que conduce el cadáver viajan varios vecinos de Graus, amigos íntimos del finado.

Al llegar el fúnebre convoy á la estación del Selgua, salió el pueblo, asociándose al duelo.

También acudieron á la estación varios parientes del insigne muerto, residentes en Monzón.

Varios periodistas manifestaron á D. Tomás Costa los temores que había de que al llegar á Zaragoza, el pueblo arrebataría el cadáver. El Sr. Costa dijo enérgicamente: "Antes me hacen trozos. Madrid ó Graus."

En Selgua fué separado el furgón de respeto del convoy, y unido al tren procedente de Lérida, continuando el viaje en dirección á Zaragoza.

Salen numerosas comisiones á las estaciones del tránsito, y en Tardienta, una muy numerosa de Huesca, que entregó á D. Tomás Costa una hermosa corona, testimoniándole en sentidas frases el duelo de aquella ciudad.

LA LLEGADA Á ZARAGOZA.—¡QUE SE QUEDE AQUÍ!—EN LOS ANDENES.—ENORME GENTÍO.—Á LA CASA CONSISTORIAL.—MÁS CORONAS

A las ocho de la noche llegó el convoy fúnebre á la estación de Zaragoza, que se hallaba invadida por inmenso gentío, que gritaba furiosamente: "¡Qué se quede aquí!"

Inmenso gentío rodea el furgón, que está adornado con crespones negros, en el que viene el cadáver.

En los andenes hay ya comisiones del Ayuntamiento, Diputación, Ateneo, Casino y otras entidades, el alcalde, el gobernador y demás autoridades.

El alcalde saluda á D. Tomás Costa, y después lo hacen las demás autoridades.

Acto seguido se procede á bajar el féretro del furgón en que viene. Este momento es conmovedor. Todos los presentes se descubren, guardando religioso silencio, mientras se organiza la comitiva para trasladar el cadáver al Ayuntamiento, donde quedará expuesto.

Forman en la comitiva servidores del Municipio, portadores de antorchas, precedidos de una sección de la guardia municipal montada. Detrás van las autoridades y comisiones, y en último término un enorme gentío, silencioso y apesadumbrado.

Fuera de la estación se desborda el gentío y asalta tranvías, coches y otros vehículos, deseoso de llegar al Ayuntamiento antes que la fúnebre comitiva, tras de la cual van varios coches llevando innumerables coronas.

Dirígese la comitiva por el puente de piedra y la Puerta del Ángel, hasta la Casa Consistorial, uno de cuyos salones ha sido convertido en capilla ardiente.

El público se estruja por ver la entrada del féretro en el Ayuntamiento.

Han llegado hermosas coronas de la Diputación y del Ayuntamiento, con expresivas dedicatorias.

MÁS DETALLES DE LA LLEGADA Á ZARAGOZA.—D. TOMÁS DA LAS GRACIAS AL PUEBLO.—ORGANIZACIÓN DE LA COMITIVA.—EL FÉRETRO LLEVADO Á HOMBROS.—EL GENTÍO EN EL TRÁNSITO

El alcalde subió al furgón, haciéndose cargo del cadáver, en nombre de la ciudad.

También subieron los diputados Sres. Albornoz, D. Tomás Costa, el Sr. Romero y el gobernador, reclamando éste silencio ante la magnitud del acto.

Luego, desde el furgón, habló D. Tomás Costa, diciendo:

"¡Gracias, pueblo de Zaragoza, por lo que hacéis por mi pobre hermano! Quisiera expresar debidamente todo mi reconocimiento; pero me lo impide la emoción. Recuerdo que un día dijo Joaquín: "Cuando el Supremo Hacedor me llame al cielo, le diré que entre los méritos que tengo, uno es el haber vivido un día en Zaragoza."

Recomendó al terminar se hiciera silencio en torno del gran muerto, protestando de que se hiciera del cadáver bandera política.

A continuación se organizó la comitiva, que acto seguido se puso en marcha, abriendo ésta cuatro guardias municipales montados, detrás de los cuales iban largas filas de bomberos, llevando encendidas sendas hachas de viento.

Luego seguía el féretro llevado á hombros, escoltándolo fuerzas de la guardia municipal y rodeándolo maceros del Ayuntamiento y la Diputación.

Inmediatamente después avanzaba la presidencia del duelo, que ocupaban el alcalde, el gobernador, presidente de la Audiencia, capitán general, presidente de la Diputación; detrás iban el hermano del finado, el Sr. Paraíso, el Sr. Isábal y otros caracterizados republicanos.

Al llegar el cortejo al puente de piedra era ya imposible el tránsito, por la enorme aglomeración de gentío que desde allí se extendía por la calle de San Gil hasta la Casa Consistorial, á la que llegó después de muy lenta marcha, dadas ya las nueve y media.

El ataúd fué subido al salón rojo, convertido en capilla ardiente, con colgaduras y crespones, y fué colocado sobre un sencillo túmulo que alumbraban cuatro candelabros. A la cabecera se erguía un gran crucifijo de plata. Al pie del catafalco se depositaron las coronas. La policía urbana daba guardia de honor.

D. Tomás estuvo un rato en la capilla, marchando luego al hotel.

EN LA CAPILLA ARDIENTE.—DESFILE DEL PÚBLICO

A las diez de la noche ha sido abierta al público la capilla ardiente, que estará hasta la una de la madrugada.

El público, que es inmenso, empieza á desfilar ordenadamente.

Mañana, desde las ocho de la misma, estará abierta la capilla.

La Diputación Mercantil y Academia Jurídico-práctica han enviado dos hermosas coronas.

ALOCUCIÓN INVITANDO Á RECIBIR EL CADÁVER.—ACUDIERON Á RECIBIRLE TODAS LAS AUTORIDADES, MENOS EL ARZOBISPO

Zaragoza, 11.

Al salir los obreros de las fábricas y talleres se han repartido infinidad de hojas invitándoles á que acudan á recibir los restos del insigne patricio, para rendirle un homenaje de admiración. Termina el impreso con un ¡Viva Costa!, habiendo sido correspondido con creces el llamamiento, pues puede decirse que al entrar el tren en agujas, toda Zaragoza había invadido el andén de la estación. El tren venía custodiado por 40 individuos de la Guardia civil, al mando de un teniente.

Todas las autoridades civiles y militares estaban presentes, menos el arzobispo.

SE QUEDA EN ZARAGOZA.—LOS PRIMEROS RUMORES

Zaragoza, 10.

Entre las personas de la comitiva que se hallaban en la estación circuló el rumor de haberse recibido un telegrama del Sr. Canalejas accediendo á que el entierro del ilustre Costa se verifique en Zaragoza.

El rumor, al extenderse y ser conocido, causó gratísima impresión.

DISPONIENDO EL ENTIERRO.—DON TOMÁS COSTA, CONVENCIDO.—MONUMENTO EN EL PICO MÁS ALTO DEL MONCAYO

Corre ahora el rumor de que el entierro se verificará el próximo domingo á las tres de la tarde, en el cementerio del Torrero, en una sepultura á perpetuidad, cedida por el Municipio.

El alcalde publicará mañana un bando invitando al vecindario.

D. Tomás Costa ha declarado al corresponsal de la Agencia Fabra que de ninguna manera accederá á que quede el cadáver en Zaragoza, y que no se someterá á esa tiranía.

Ahora (á la una y cuarto) están reunidos los concejales para tratar de este asunto.

Los ánimos están muy excitados; pero se va calmando la efervescencia, siendo ya los aragoneses depositarios del cadáver.

El comercio cerrará sus establecimientos mañana en señal de duelo. Éste es general.

El gobernador, Sr. García Bajo, ha celebrado una detenida conferencia con el hermano del ilustre finado, consiguiendo convencerle de que se efectuara el entierro en Zaragoza, después de consultar con otros miembros de la familia y con el alcalde de Graus.

También se convino que el monumento que se

proyectaba erigir á la memoria del ilustre polígrafo se alce en el pico más alto del Moncayo.

Esta resolución fué comunicada al gobernador por D. Manuel Bescós, quien también se lo comunicó al alcalde.

Éste conferenció con el gobernador, acordándose que mañana celebre el Ayuntamiento sesión extraordinaria para resolver acerca del proyectado monumento.

Se telegrafiará á los Ayuntamientos de Graus y Barbastro la noticia de haber sido cedido el cadáver á Zaragoza.

Mañana conferenciarán el alcalde y D. Tomás Costa.

EL GOBERNADOR LEE EL TELEGRAMA OFICIAL ACCEDIENDO Á QUE QUEDE EN ZARAGOZA

En vista de que continuaba cierta efervescencia entre el público, el gobernador leyó en público el telegrama que comunicaba que el Gobierno no se oponía á que el cadáver del gran Costa recibiese sepultura en Zaragoza.

Esta declaración oficial ha sido objeto de nutridísimos aplausos.

Hoy ha sido un día de luto para toda Zaragoza.

Al apearse del tren varios periodistas, algunos de los que aguardaban les dijeron: "Nada, que nos quedamos con él; nos lo ha dicho Canalejas."

Esto refleja el sentir del pueblo de Zaragoza.

***

CONFIRMACIÓN EN MADRID

Telegramas oficiales.

En el ministerio de la Gobernación facilitaron anoche á la Prensa los siguientes telegramas:

Zaragoza, 10.—Del alcalde al presidente del Consejo:

Interpretando unánime generosa admiración pueblo Zaragoza, manifestada en reunión de todos organismos y Corporaciones, ruego á V. E. y Gobierno que gran aragonés Costa reciba sepultura en esta ciudad, de que es hijo meritísimo, tributándole aquí homenaje nacional.

Como familia ha hecho entrega á la nación de los gloriosos restos, suplica Zaragoza al Gobierno que representa á nación disponga de conformidad á lo solicitado.

Ruego á V. E. urgente resolución Gobierno, supuesto que cadáver llega esta noche á las ocho.—*Juncosa.*

Madrid 10.—Presidente del Consejo al alcalde de Zaragoza.

España, que llora la pérdida de Costa, considera el más entusiasta homenaje para la memoria de hijo tan preclaro, la noble emulación con que Graus, Zaragoza y Madrid discuten la honra de conservar el depósito de sus restos queridos. El Gobierno, que tenía dispuesto que descansaran en la capital

de la nación, á la que tanto amó el ilustre muerto, no se opone, sin embargo, á que la heroica Zaragoza tenga ese honor, que Madrid envidia; pero no disputa á ciudad cabeza del noble solar aragonés.

Zaragoza, 10.—Del gobernador.

Tengo el honor de comunicar á V. E. que llegó á esta capital cadáver del Sr. Costa, recibido en la estación por autoridades, Corporaciones y enorme muchedumbre, que siguió féretro hasta la Casa Ayuntamiento, en cuyo salón de honor quedó expuesto. No ha ocurrido incidente alguno, pues noticia de que el Gobierno no se oponía á los vivos deseos de esta ciudad, que hube yo de transmitir al público, fué acogida con grandes muestras de gratitud para el Gobierno de S. M.

El comercio cerró sus puertas y espectáculos públicos suspenden sus representaciones.

LO QUE DICE EL GOBIERNO.—LA SITUACIÓN EN ZARAGOZA, GRAVE. OTRAS EXPLICACIONES

La situación en Zaragoza tuvo ayer momentos de gravedad, por la excitación de los ánimos y la decisión con que los aragoneses se oponían á que el cadáver siguiera hasta Madrid.

Muchos viajeros, que habían salido á las cuatro de la tarde de la capital aragonesa, se dirigieron desde la estación á la Central de Teléfonos para conocer las noticias que hubiera en Madrid, porque

la efervescencia en Zaragoza á la hora de salir el tren rápido era extraordinaria.

El ministro de la Gobernación dijo anoche, explicando la aquiescencia del Gobierno á dejar en Zaragoza los restos del ilustre Costa, que no vaciló en acceder á ello, dada la forma de ruego en que se pidió esto por la capital de Aragón, y que antes de acordarlo tuvo necesidad de recabar el permiso de la familia del difunto, cuyos derechos tenía el Gobierno que mantener por los medios á su alcance.

IMPONENTE DESFILE.—EL BELLO SEXO. — CÁLCULO APROXIMADO. AGUANTANDO LA LLUVIA

Zaragoza rindió hoy, como ayer, fervoroso culto al cadáver del insigne Costa.

Desde las primeras horas de la mañana millares de personas esperaban con ansiedad que fueran abiertas al público las puertas del salón rojo, convertido en suntuosa capilla ardiente.

Á las nueve en punto el enorme gentío, admirablemente formado en interminable hilera, comenzó á desfilar ante el cadáver, al que daba guardia de honor la sección municipal de Caballería, en traje de gran gala.

El desfile se verifica con el orden más completo y con la compostura y respeto que es característica de los hijos de este pueblo en momentos de tal solemnidad.

Fueron muchísimas las mujeres que desfilaron ante los restos de Costa, y en sus semblantes reflejábase la honda pena que en todos los corazones ha producido la pérdida de la más legítima gloria de Aragón.

Muchas mujeres, conmovidas, arrodillábanse al desfilar, y no faltó quien al ver el cadáver llorase con gran desconsuelo.

Fueron éstas, las mujeres, las que dieron nota en extremo simpática. Señoras de la más distinguida sociedad formaban en la cola, confundidas con esas simpáticas obreras, modistas, vendedoras, etcétera, etc., que les faltó tiempo, en cuanto terminaron sus cotidianas tareas, para ir á la Casa del Pueblo para rendir el debido tributo al cadáver del glorioso Costa.

Hizo ayer la mujer aragonesa lo que siempre hace: cautivar el corazón de todos y demostrar una vez más su supremacía sobre todas.

Ni la inclemencia del tiempo, ni la molesta lluvia que cayó durante las primeras horas de la tarde hicieron decaer un solo momento la extraordinaria aglomeración.

Despreocupadas las señoras, veían cómo el agua calaba sus elegantes atavíos y deslucía las amazonas de sus sombreros; despreocupadas también las obreras, sentían sobre sus sencillos peinados el continuo gotear del agua, que enfriaba sus cabezas, y ninguna, por esa gentileza varonil que caracteriza á nuestras paisanas, pensó ni un momento en desistir del cumplimiento del propósito que allí las congregó.

Fácilmente hemos podido hacer un cálculo apro-

ximado del número de personas que desfilaron por la capilla ardiente.

Tomando por base el recuento que hicimos de las personas que desfilaron en cinco minutos, que fueron unas 160, resulta que desde las nueve de la mañana de ayer hasta la una de la madrugada de hoy han pasado ante el cadáver de Costa más de 30.000 personas.

EN EL CEMENTERIO DE TORRERO. LA SEPULTURA DE COSTA

Esta mañana los tenientes de alcalde señores Marraco é Isábal, acompañados del aparejador de obras Sr. Comps, estuvieron en el cementerio de Torrero para elegir el terreno con destino á sepultura de Costa.

Los señores Marraco é Isábal examinaron detenidamente los sitios vacantes, eligiendo, como el más á propósito para el gran aragonés, un cuadrado de siete metros de lado, situado en la calle central, parte izquierda, que forma ángulo con la penúltima calle lateral, pasada la capilla.

El terreno está frontero al panteón de los canónigos y limitado por la parte de atrás con el del señor Jardiel.

Inmediatamente comenzaron los trabajos de excavación, con objeto de que todo se halle terminado para mañana al medio día.

La sepultura, que está situada en el centro mismo del cuadrado, mide 2,40 por 1,20 metros, y mañana quedará revestida de ladrillo y cemento.

LA INHUMACIÓN

El señor arzobispo ha concedido autorización para inhumar el cadáver de Costa en el cementerio de Torrero.

Era un requisito necesario, toda vez que el entierro del cadáver estaba acordado que fuera en Madrid.

Á las cuatro en punto fué bajado el cadáver de Costa al patio de la Casa Consistorial, rodeando al féretro y dando guardia de honor los maceros del Ayuntamiento de Zaragoza, los de la Diputación provincial y los de las ciudades de Calatayud y Tarazona, más algunos vecinos de Graus que no se separaron del cadáver hasta que fué sacado del Ayuntamiento.

Media hora después se dió la orden de marcha, desfilando las comisiones y agrupaciones de carácter popular por este orden:

Asilados de la Casa Amparo, empleados y dependientes del Municipio, sociedades obreras federadas, Asociación de Dependientes de Comercio y Banca y de Unión ultramarina, Asociación católica de obreros, asociaciones obreras no federadas, centros republicanos, casinos y círculos políticos, Centro Mercantil, centros y casinos de recreo, asociaciones agrarias, Orfeón Zaragozano y escolares de todos los centros de enseñanza.

Á continuación las bandas militares.

Seguía después el féretro, que era llevado á hombros de los bomberos, y sobre el cual fué colocada la corona del pueblo de Graus.

Daban guardia de honor al cadáver los maceros y guardia municipal é individuos del Cuerpo de Policía urbana.

Inmediatamente después del cadáver iba la presidencia del duelo, al que seguía la comitiva.

Formaban la presidencia el ministro de Fomento Sr. Gasset, que llevaba á derecha é izquierda á los Sres. D. Tomás Costa, Aura Boronat, en representación del Congreso; capitán general, Sr. Huerta; gobernador civil, Sr. García Bajo; alcalde, Sr. Juncosa; alcalde de Graus, en representación de los habitantes de dicho pueblo; teniente de alcalde don Andrés Aragón, por el Ayuntamiento de Madrid; el presidente de la Audiencia, Sr. Toledano, y millares de representaciones de toda España.

EN LAS CALLES

El paso de la comitiva es presenciado por inmenso gentío.

En las aceras se apiñan hombres, mujeres y chicos, que tienen frases de admiración por el acto hermoso que daba Zaragoza.

Los balcones están materialmente atestados de mujeres.

Al pasar el féretro por delante de la calle de Bayen, desde un entresuelo de la casa de enfrente arrojaron sobre la caja unos ramitos de laurel.

La comitiva pasó por delante del templo del Pilar, dando la vuelta por la plaza de este nombre, y conservándose siempre en toda la carrera un orden perfecto.

El espectáculo era verdaderamente de una grandiosidad admirable.

Siguió la comitiva por la calle de Alfonso, donde la concurrencia de público era realmente extraordinaria.

Las aceras estaban ocupadas por un cordón de carne humana y los balcones de las casas atestados de señoras y bellas señoritas.

El desfile por las calles de Alfonso, Coso y paseo de la Independencia fué de gran vistosidad.

Tanto el Casino de Zaragoza como el Círculo Mercantil cubrían sus balcones con colgaduras y lutos.

Y llegó la presidencia del duelo y comitiva á la plaza de la Constitución, á la hora próximamente de salir de la Lonja.

Lo mismo en los andenes del paseo que en los porches no se podía dar un paso. Creía el público que la comitiva desfilaría por el lado derecho de la calle de la Independencia y se situó en los porches y andén del paseo, formando una muralla irrompible, corriendo luego todos al paseo y colocándose á uno y otro lado, al ver que la comitiva desfilaba por el centro del mismo.

El cortejo fúnebre hizo alto en la plaza de Paraíso.

EN LA PLAZA DE PARAÍSO.—DESFILE DEL DUELO ANTE LA PRESIDENCIA.—AL CEMENTERIO.—INMENSO GENTÍO INVADE EL PASEO DE TORRERO

El fúnebre cortejo llegó momentos antes de las seis á la plaza de Paraíso, que, como todos los demás puntos del tránsito, estaba atestada de enorme gentío.

Detúvose la presidencia del duelo en el centro de dicha plaza, haciendo frente á la Facultad de Medicina, y ante el ministro y el hermano del ilustre finado desfiló todo el duelo.

Mientras tanto, era colocado el féretro en la carroza fúnebre. El público agolpábase en torno de ella; pero ni un momento siquiera hubo necesidad de que interviniera la fuerza para retirarle, pues predominó durante todo el acto el orden y compostura más completos.

Cuando hubo desfilado todo el duelo ante la presidencia, dirigióse al punto en donde encontrábanse los coches, que formaban interminable hilera.

No se recuerda en Zaragoza día en que se haya reunido un número de carruajes tan crecido como el que se reunió ayer. Indudablemente que no quedó un solo coche en el interior.

No tardó mucho en reorganizarse el fúnebre cortejo en la forma que había de proseguir hacia el cementerio.

En ambos lados del paseo de Torrero agolpábase la multitud, y los balcones y portales de todas

las casas del paseo de Sagasta estaban atestados de personas, predominando el elemento femenino, pues fué muy escaso el número de hombres que dejaron de formar en la comitiva.

Poco importó á varios centenares de personas el mal estado en que se encontraban los caminos; el barrizal no fué obstáculo para que éstas se apiñaran alrededor de la carroza, sin dejar un solo momento de seguir de cerca los restos del insigne Costa.

Confundíanse materialmente entre los carruajes centenares de hombres y chicos, que sin temor de ser arrollados no se separaban un instante del féretro.

Jamás desfilaron en el mismo espacio de tiempo por el paseo de Torrero los millares de almas que ayer lo invadían.

Presenciaba el público el paso del cortejo con profundo respeto y una corrección que nunca será bien ponderada.

EN EL PUENTE DE AMÉRICA.— LAS ANTORCHAS. — FANTÁSTICO ASPECTO. — PRECAUCIONES. — LLEGA EL CORTEJO

Cuando la carroza fúnebre llegó á la entrada del puente de América, prendiéronse centenares de antorchas, que eran llevadas por bomberos y obreros del Municipio y por otras muchas personas que las arrebataban de manos de aquéllos.

Presentaba el camino del cementerio fantástico aspecto.

Antes de que el entierro llegara al cementerio habíanse ya adoptado las oportunas precauciones para que no invadiera el público el interior de aquella mansión y no fuera ni un momento interrumpido el extraordinario orden que reinó durante toda la tarde.

Dos secciones de la Guardia civil, formadas á un lado y otro de la puerta de entrada, impedían que el público se aglomerara y dificultara el paso.

Los pundonorosos oficiáles del benemérito instituto cumplían esta misión con la mayor solicitud, rogando continuamente al público que despejara aquel lugar hasta tanto que hubieran penetrado el duelo y las comisiones oficiales.

Desde el cementerio divisábase el cortejo cuando aún se encontraba á gran distancia.

A las seis y cuarto llegó la carroza al camposanto.

EN EL CEMENTERIO.—EL ENTERRAMIENTO.—ANTE LA SEPULTURA.—FOTOGRAFÍAS.—SE DISUELVE EL CORTEJO

Detúvose la fúnebre carroza ante la puerta del cementerio, y ante ella la presidencia del duelo, las comisiones y la multitud presenció el descendimiento del féretro, que fué llevado hasta el interior en hombros de varios vecinos de Graus.

Ya en el interior, sustituyeron á éstos los sepultureros, los cuales habían solicitado del Ayuntamiento les concediera el honor de que fueran ellos

los portadores del féretro desde la puerta del camposanto hasta la sepultura.

Fué en extremo emocionante el momento de ser bajados hasta el fondo de la sepultura los restos del ilustre aragonés que tanta gloria dió á España.

En los semblantes de cuantos presenciábamos tan conmovedora ceremonia se reflejaba penosísima impresión.

El silencio era profundo, á pesar de los millares de personas que invadían aquel sagrado lugar.

Al pie de la sepultura colocóse el hermano de Costa, al que abrazaba el ministro de Fomento y rodeaban sus íntimos.

En aquel momento los redactores artísticos de *Heraldo de Aragón* y *Heraldo de Madrid* impresioron varias placas al magnesio.

Al ser descendido al sepulcro el féretro, sufrió D. Tomás Costa una congoja, prorrumpiendo en lastimero llanto.

El Sr. Gasset, con cariñosas y consoladoras frases, consiguió apartarle de aquel lugar, para mitigar su amargura.

—Consuélese usted, mi querido amigo—decíale el Sr. Gasset—. Temía que llegara este momento tan terrible que desgarra el alma.

D. Tomás Costa, cogido del brazo del ministro y de uno de los íntimos que desde Graus le han acompañado, abandonó el cementerio hondamente impresionado.

De esa dolorosa impresión participaba el pueblo entero, que, silencioso, fué desfilando por la tumba de D. Joaquín Costa para rendir su último y sentido tributo á sus venerandos restos.

CALLES DESIERTAS

La inmensa afluencia de público en las calles señaladas para el recorrido de la comitiva fúnebre fué causa de que las demás calles de la ciudad se vieran completamente desiertas.

En muchas hubo que desde las cuatro hasta las seis de la tarde no transitó nadie por ellas. Los portales de muchas casas estaban cerrados herméticamente, demostrando la ausencia de los vecinos en las mismas.

Desde las primeras horas de la tarde se echó la gente á la calle, invadiendo todas aquellas vías por donde iba á desfilar el cortejo.

Y eso que las calles estaban convertidas en barrizales, y la inseguridad del tiempo, que se mostraba tristón y huraño y con tendencia á llover.

El día amaneció con agua; pero ya entrada la mañana cesó la lluvia, desaparecieron del firmamento las nubes lloronas y mejoró notablemente la temperatura.

Lástima que no saliera el sol para secar las calles y dar mayor colorido al grandioso espectáculo que ayer presenció Zaragoza.

***

Y ahora queremos publicar la partida de defunción de Costa, que hemos obtenido para este libro expresamente:

"El infrascrito Cura Ecónomo de la parroquia de San Miguel Arcángel, de la villa de Graus, diócesis de Barbastro, provincia de Huesca,

„Certifico: Que en el tomo trigésimo, página cuatrocientas trece, de los libros parroquiales de este archivo á mi cargo se lee una partida de defunción que, fielmente transcripta, dice así: —Al margen.—Excmo. Sr. D. Joaquín Costa.—Dentro, lo siguiente:

"En la villa de Graus, provincia de Huesca, obispado de Barbastro, á las cuatro horas y quince minutos del día ocho de Febrero del año mil novecientos once, falleció el Excmo. Sor. D. Joaquín Costa Martínez, soltero, de sesenta y cinco años de edad, natural de la ciudad de Monzón, Abogado, hijo legítimo de los difuntos D. Joaquín Costa Larrégola, natural del lugar de Benavente, en esta Provincia, labrador, y de D.ª María Martínez Gil, natural, y los tres vecinos de Graus. Le fueron administradas la absolución, Extrema-unción, y aplicación de la Indulgencia plenaria, mas la recomendación del alma por el Párroco que suscribe. Con la autorización legal correspondiente se levantó su cadáver el día diez de los corrientes, con algunas preces del Ritual, para trasladarlo al Panteón de Hombres Ilustres, en Madrid. Para que conste, extiende y autoriza la presente partida el Párroco firmante, que certifica su verdad, en Graus, á diez de Febrero de mil novecientos once.—Licdo. Manuel La Plana."—Rubricado.

„Concuerda fiel y exactamente con su origi-

nal, á que me remito, y por ser así, expido la presente copia, firmada de mi mano y sellada con el de esta Parroquia, en Graus á 9 de diciembre de mil novecientos diez y seis.—*Mariano Puy*, Pbro. Ecónomo."

Capítulo XLVIII

Homenajes póstumos.

Una estatua á Costa.—Frases ajenas.—El león.—Evocación actual.

INMEDIATAMENTE de muerto este egregio patriota pensóse en erigirle una estatua.

¡Acaso la única merecida por un contemporáneo!

La Junta para la suscripción del monumento á Costa quedó formada por las siguientes personalidades:

Canalejas, Romanones, Moret, Groizard, Moya, Francos Rodríguez, Chavarri, Prast, Labra, Azcárate, Paraíso, alcaldes de Zaragoza, Graus, Huesca y Teruel, Mataix y Bescós.

S. M. el Rey inició la suscripción contribuyendo con 5.000 pesetas. El malogrado Canalejas con 1.000, y con 500 los ministros que formaban Gobierno en la época del fallecimiento del gran patricio.

También hubo algunos particulares que se ad-

hirieron á este homenaje que, para vergüenza nuestra, aún está en proyecto.

*
* *

Publicamos ahora algunos juicios de personalidades distinguidas, emitidos acerca del gran español:

„Cuando se extinguió la vida mortal de Joaquín Costa en Graus, un año ha, sentimos impresión de obscuridad tristísima. Para los que amábamos con devoción intensa al insigne polígrafo y luminoso pensador, se había puesto el sol en la tierra de España.

Desapareció la persona de Costa; pero en sus obras ha quedado el resplandor de aquella soberana inteligencia... No muere todo el hombre, cuando deja tras sí las ideas con que alumbró los cerebros de sus conciudadanos... Conservemos, ya que no la luz entera, el reflejo del inmenso saber de Costa, y apliquémoslo al vivir presente en la medida que nos consienta nuestra pequeñez.

B. Pérez Galdós"

*
* *

"Reducir á unas cuantas palabras el recuerdo de Joaquín Costa en el aniversario de su muerte, es punto menos que imposible, y hablar de él como se merece y cual requiere el afecto de los que fuimos

sus amigos, no cabe en los límites que se me señalan.

Costa fué, ante todo, un educador poderoso, y como tal vive en nuestra memoria. Dotado de condiciones para disputar un puesto en la vida pública á todos sus contemporáneos, renunció á ello, concentrando su vida en el estudio y su atención en la observación del estado de su patria. Su crítica fué, sin duda, acerba; pero no era producto del odio, sino consecuencia de su intenso amor á España.

Veía en los demás pueblos venturas y bienestar que nos estaban negados por la incultura de la masa y el egoísmo de sus directores, y sentía la indignación de los que, comprendiendo el bien y sabiendo cómo se alcanza, ven acercarse la muerte sin alcanzar la tierra de promisión.

Pero, si no llegó, nos trazó el camino y nos educó con el ejemplo. Á la juventud toca seguir el uno é imitar el otro.

S. Moret."

* * *

"Yo conocí á Costa de estudiante; le conocí ejerciendo la abogacía y redactando instrumentos públicos; le conocí trabajando en la ciencia como un benedictino; le conocí funcionando como político, y le conocí actuando como miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Siempre resultaba extraordinario.

G. de Azcárate."

* * *

"No conozco en la historia política de mi tiempo y de mi país un pensador tan excelso como Costa, ni un tan grande sembrador de ideas.

Quizás pecase á ratos de soñador; pero este es un defecto característico de los espíritus superiores, los cuales, por lo mismo que elevan el vuelo á demasiada altura, pierden á veces la noción de la realidad, con daño evidente de la eficacia de sus doctrinas.

No se crea, sin embargo, que han sido estériles sus predicaciones. Quien tal herejía afirmara olvida, sin duda, que las ideas no fructifican jamás rápidamente en la conciencia de los pueblos. Por eso es de esperar que, andando el tiempo, la obra de Costa resulte fecunda y redentora.

Nada significa que las muchedumbres, á quienes en tantas ocasiones asombró con su palabra, no le secundaran en sus iniciativas; nada significa tampoco que las clases neutras no sacudieran su letargo, ni que le hubiesen abandonado, en fin, por pereza ó por escepticismo, los llamados intelectuales.

Tarde ó temprano, su obra resurgirá con más fuerza que nunca en el espíritu del pueblo español, y será, sin duda alguna, el acicate más poderoso de aquella renovación profunda y revolucionaria que consideraba como necesaria tan esclarecido patricio.

Melquiades Alvarez."

* * *

"Propaganda, en mi sentir, hoy muy necesaria, es la del *concepto positivo de la patria*, para infundir en

la juventud, espiritualmente desnacionalizada por las suicidas predicaciones de un cosmopolitismo anticientífico, la noción real de los organismos nacionales, cuyo desarrollo es consecuencia de los estímulos del medio geográfico y del proceso histórico.

Costa, buscando en las cartas geográficas nuevos caminos para la expansión de la vida nacional, é investigando en arcaicos documentos las fuentes jurídicas de nuestro pueblo, trabaja siempre como español que en el curso progresivo de la Humanidad anhela, sin el temor de contradecir sus ideas políticas, el realce de su patria.

José R. Carracido."

* * *

"Escribo en la tribuna parlamentaria pensando en aquel gran español que no quiso ocuparla nunca.

Costa hubiérala convertido en Sinaí de nuestro renacimiento nacional, si hubiese encontrado en los escaños del Congreso la representación auténtica y legítima del pueblo.

Pero en este ambiente de indiferencia general, de atonía y de abatimiento ó resignación, hasta Costa, el insigne patricio que destacaba sobre su época como un álamo solitario en llanuras de Castilla, hubiera fracasado.

Vale más, para la gloria de su nombre venerado, que haya ascendido á la inmortalidad desde la tribuna popular, donde fulguró su genio, que desde la tribuna parlamentaria, donde las *conveniencias*

castran las energías de la palabra y ensombrecen las radiaciones del pensamiento.

A. Lerroux."

*
* *

"No he olvidado, ni quiero olvidar, que nací en Zaragoza á la vida pública.

Tengo con ese noble pueblo el doble vínculo de la simpatía que me inspira y la gratitud que le debo.

Al comenzar el nuevo curso académico, desde la tribuna del *Heraldo* saludo á maestros y escolares de Zaragoza.

En la crisis del alma española, quien tenga un aliento de ideal habrá necesariamente de contar como un factor decisivo, con la colaboración aragonesa. Es á un tiempo fuerza y espiritualidad, corazón y cabeza, desinterés y brío su tradición histórica, que está en el Justicia y en los Sitios. Su ciencia, hecha hombre, se llama Joaquín Costa. Sirvamos á la patria, como él nos lo recomendó, con los libros en la mano. Amemos la verdad y practiquemos el bien; así seremos todos dignos de evocar el nombre de ese gran pueblo y como él también no envejeceremos nunca.

Santiago Alba."

*
* *

"La noticia de la muerte de Costa, no por lo esperada menos dolorosa, producirá en toda España

hondo y perdurable sentimiento, pues era el hombre ilustre que acaba de expirar en Graus uno de sus más esclarecidos patricios.

Costa consagró su noble vida á enaltecerla, poniendo su inteligencia excepcional y la rectitud de su espíritu al servicio de una labor ímproba, enseñanza y ejemplo de las generaciones venideras.

Desde sus primeras obras, *Teoría del hecho jurídico individual y social*, y *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, á las últimas, más conocidas y divulgadas, Costa fué siempre el hombre austero, de alto sentido jurídico; el maestro y definidor de la ciencia del Derecho.

José Canalejas."

*
* *

"Cercanas ó remotas, las eminencias trazan las siluetas en la orografía del patriotismo. Desde antes de arrebatarle los remolinos de pasión política, suya y ajena, tenía Costa bien adquirida la imprescindible estimación de sus conciudadanos, lectores de sus libros, admiradores de su entendimiento y su labor, testigos de su honrada austeridad. ¡Descanse en paz!

Antonio Maura."

*
* *

"Para hablar de Costa, á quien he querido, porque fuimos condiscípulos, necesitaría hacer lo mismo que si se tratase de un escritor antiguo: leer uno á uno sus libros cronológicamente. Además yo no

puedo estudiar toda la labor de Costa en conjunto. Hay en ella mucho que no está dentro de mi campo de acción. Me refiero á la política. Yo podría trabajar sobre sus estudios ibéricos y celtíberos. Nada más.

Había perdido hace tiempo toda la serenidad necesaria para la política. Admiro mucho á Costa y reconozco su extraordinario valer.

Marcelino Menéndez Pelayo."

*
* *

"La fatalidad ha hecho que quien pudo ser el más grande parlamentario, muera sin que su elocuencia soberana haya resonado en el Congreso. Yo creo que su voz habría sido capaz de despertar la dormida energía de la raza, esa energía que cada vez aparece más sumida en letal sopor, que ha desoído hasta ahora á cuantos la han incitado á resurgir, y que sigue esperando, quizás en vano, como nuevo Lázaro, que haya quien con poder bastante la diga: "Levántate, y anda."

Conde de Romanones."

*
* *

"Profundamente impresionado por la noticia de la muerte del insigne Costa, me identifico con el dolor de España, que está hoy de luto.

Doctor Ezquerdo."

*
* *

Aquí acaba este libro.

Y antes de soltar la pluma queremos, en estos días gravísimos porque España atraviesa (escribimos el día 16 de Julio de 1917), evocar la arrogante, viril, majestuosa figura del patricio, que parece de nuevo actual.

¡Qué grande se nos aparece! ¡Qué inmenso faro y guía sería en los momentos de ahora!

Toda España volvería sus ojos hacia el coloso republicano, todo grandeza espiritual, para buscar en su figura una voz de esperanza y un gesto de padre.

Mas, ¿qué importa la muerte?

Costa ha sido uno de los sembradores. Costa, erguido en medio de la decadencia nacional, clama por una liberación, y orienta á sus conciudadanos hacia un camino de victoria. Su vida entera es un holocausto.

¿Qué importa la muerte?

Su semilla está echada en el surco.

Y de ella está brotando ya el árbol gigante en el que hemos puesto nuestra fe todos los españoles que aspiramos á tener por patria, no la patria que vemos, sino aquella España que Costa desempolvó de los archivos, y por la que murió entre rugidos de león apasionado.

INDICE

		Páginas.
Dedicatoria.		5
Capítulo primero.	—El ambiente de Costa	7
—	II.—Nacimiento de Costa	12
—	III.—«En este valle de lágrimas«.	21
—	IV.—Una triste niñez	25
—	V.—Costa al cuidado de un coche	28
—	VI.—La imitación de Franklin	33
—	VII.—Costa desea una pensión de albañil	37
—	VIII.—En la Exposición de París	42
—	IX.—Más de París	51
—	X.—En España otra vez	56
—	XI.—Estudiante en Madrid	62
—	XII.—1872	69
—	XIII.—Licenciado en Derecho	79
—	XIV.—1874	85
—	XV.—1875	96
—	XVI.—Siguen las luchas	107
—	XVII.—1876	124
—	XVIII.—1877	138
—	XIX.—La novia de Costa	144
—	XX.—Pequeño paréntesis	149

Páginas.

CAPÍUTLO XXI.—Costa y el proceso Ferrer... 151
— XXII.—La carrera de Costa..... 154
— XXIII.—Las obras de Costa..... 161
— XXIV.—Trozos selectos de sus libros 170
— XXV.—El alma de Costa..... 176
— XXVI.—Costa, pedagogo..... 193
— XXVII.—Costa, africanista..... 200
— XXVIII.—Costa, historiador. 203
— XXIX.—Costa, jurisconsulto..... 209
— XXX.—Costa, político teórico..... 216
— XXXI.—Costa, político militante..... 230
— XXXII.—Costa, orador..... .. 250
— XXXIII.—Un discurso de Costa..... 257
— XXXIV.—Otros aspectos de Costa..... 262
— XXXV.—Más aspectos aún 280
— XXXVI.—Un artículo de Costa..... 288
— XXXVII.—Costa, introductor de la bicicleta..... 299
— XXXVIII.—Un artículo de Giner de los Ríos..... 311
— XXXIX.—Un artículo de Azcárate..... 314
— XL.—Costa, y el problema nacional. 319
— XLI.—Pensamientos y frases..... 334
— XLII.—Epistolario... 346
— XLIII.—La España de Costa..... 354
— XLIV.—Cabos sueltos..... 361
— XLV.—La enfermedad de Costa.... 381
— XLVI.—La lista civil de Costa..... 402
— XLVII.—La muerte de Costa..... 407
— XLVIII.—Homenajes póstumos..... 445

Costa, Joaquin
Author Anton del Olmet, Luis 292205
Title Costa. LS
C 837
.Ya

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File
Made by LIBRARY BUREAU